

La frontera

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Miguel Ángel Olmedo Fornas

La frontera

Índice

Preámbulo

-9-

La posibilidad

-11-

El guía

-121-

La batida

-133-

Los seres complementarios

-151-

Admisión temporal

-175-

Los preparativos del viaje

-245-

Saulenda

-257-

La vigilancia

-283-

Preámbulo

La presente obra, titulada genéricamente *La frontera*, consta de tres novelas, dos cuentos y tres relatos. Cada narración es de lectura independiente y ofrece un significado propio, aunque las ocho se hallen adscritas al concepto de frontera y sus sinónimos —divisoria, límite, confín, periferia— en los diversos campos de comprensión humana y estudio racional, libérrimamente modificados en su recurrencia.

En cuanto a las novelas, *La posibilidad* alterna fantasía, ilusión y realismo escéptico; *Admisión temporal* colisiona la obligación con el placer; y *La vigilancia* despliega miedos, venganzas y recelos en un escenario difuso, laberíntico y tramposo.

En lo relativo a los cuentos, *Los seres complementarios* explica unas situaciones concatenadas con el protagonismo aleatoriamente repartido; y *Saulenda* retrocede y avanza en una cronología indiferente al tiempo.

En lo que respecta a los relatos, *El guía* transita por una percepción alterada oscilando entre lo latente y lo manifiesto; *La batida* recurre a la esperanza de una salida como último asidero contra la asfixia del aislamiento; y *Los preparativos del viaje* reconduce la interpretación mimética del entorno, personas y paisajes, al criterio extravagante de la subjetividad.

La posibilidad

(Novela)

El regalo tiene el rango de quien lo hace.

OVIDIO,
Epistolae ex Ponto

Quienes piden lógica a la vida se olvidan de que es un
sueño.
Los sueños no tienen lógica.
Esperemos a despertar.

AMADO NERVO

1

Metido en la cama, al calor del edredón y respirando el aire de las posibilidades, estaba en la gloria.

La mañana de invierno prematuro golpeaba en el mundo exterior, por lo que protegerse de los fríos zarpazos era la discreta aspiración de quien reservaba su sociabilidad para el único compromiso ineludible de aquel sábado.

“¿Ineludible? Sí, no le des más vueltas”, masculló Efe queriendo oír su voz desdeñosa en el silencio doméstico interferido por las habituales onomatopeyas del universo urbano circundante. La propuesta había surgido de Uve, ¿cómo no?, casi todas las propuestas que incluían a los cuatro llevaban su sello. Cuando pocos meses atrás el número de los que formaban el grupo se redujo a tres la dinámica se mantuvo, quizá por inercia o porque, simplemente, ninguno hizo amago de ofrecerse a capitanear la nave desde el puente de mando ni tampoco a desembarcar para elegir otro rumbo a su vida.

Con las persianas bajadas, las cortinas corridas y en la despensa suficiente comida para una semana, el mundo podía seguir girando presuroso que a Efe no le incordiaba. Había tomado la decisión de esperar un argumento convincente para pisar el suelo y darse de bruces, como cada día, con las obligaciones cotidianas de laborables y festivos, y pensaba mantenerse fiel a ella con el placer que experimenta una criatura protegida. La desactivada alarma del despertador no sonaría, “una molestia menos”, el acoso del hambre y la sed permanecía controlado “me dura el sustento”, y su vejiga descargada exactamente a las cuatro

y ocho minutos de la madrugada, hora oficial de sus relojes, le ayudaba a cumplir su proyecto. Todo dentro de un orden.

Excepto por el hecho de que las ganas de dormir huían por la puerta abierta, y era entonces cuando empezaban las incomodidades del cuerpo y los devaneos de la cabeza con un resultado hartamente sabido.

Dar rienda suelta a sus pensamientos solía integrarlo repentinamente en paisajes de vigilia que le incitaban a la interpretación; y, en el extremo opuesto, queriendo dormir de inmediato, el provocar la suspensión temporal del sistema cognitivo consciente le planteaba una doble cuestión: ¿era capaz?, ¿quería hacerlo? Y así, en este asunto que también se va por las ramas, valga el símil arbolado, es difícil conciliar el deseo con la realidad, y apetecible caer en la tentación del juego de las preguntas. Si le resultara fácil dejarse vencer por el sueño al poner la cabeza sobre la almohada la vida sería un tanto menos complicada para Efe.

“¿De quién es el turno de pregunta?”

Tuvo suerte. Mientras trataba de averiguar el origen de un ruido menor y probablemente foráneo que guardaba cierta semejanza con el zumbido de la sangre en los oídos, una nube de sueño intercedió ante la acometividad de su desvelo y en una caída de párpados lo trasladó en volandas a un recinto imaginario —¿existiría en alguna dimensión o tan sólo era producto de un entramado de subjetividades recogidas durante años?— de experimentación sentimental ausente de riesgos; un lugar donde impera el espíritu y las ideas cobran energía; un observatorio aislado de cualquier entorno conocido,

pero inserto en la misma geografía que registran los mapas; un lugar con el acceso restringido y una vigilancia selectiva por ojos insomnes.

Hay que protegerlo, piensa Efe. Una aspiración convertida en paisaje y en él perceptibles todos los elementos que son gratos a los sentidos y a la realización de las ideas tiene que preservarse de las malas influencias que diseminan las visitas indeseadas. El aprendizaje, admite Efe, es materia reservada para los que saben apreciarlo.

Se postulaba como un candidato a ingresar en el aula de los elegidos. Pasaría el examen previo; una especie de selección natural pero con las calificaciones emitidas por los maestros de cada curso, se rumoreaba en el enjambre de aptos para someterse a las pruebas. ¿Cuántos cursos requería el título de maestro de aspirantes? ¿Y el de doctor de doctorandos? ¿Y el de autoridad suprema? Era mucho preguntar. Efe modera su indagación y recapacita. Escucha que ha de obtener la nota de corte de alguien que va informando al resto de los alumnos que aguardan en vilo y aguijoneados por las suspicacias el llamamiento nominal a la siguiente fase. Se pregunta qué hace esperando su turno como un estudiante novato, a la manera de un aprendiz de maestro con un aval plegado en un sobre sin señas exteriores. Pero como la única presencia que no se ha diluido en el paisaje es la suya la respuesta es irrelevante. Cree que ha superado la criba y dejado atrás —a un lado o suspendidos de la nada— a sus competidores, lo que le infunde confianza para el resto del proceso; ahora sólo tiene que seguir las indicaciones, así de fácil se le pone el camino...

Y entonces se produjo el impacto y a su rebufo la sacudida del retorno. ¿Había una trampa disimulada en el camino de la epifanía? El acoplamiento de los planos se ha

consumado satisfactoriamente, cambio y corto; la conexión con las dependencias de la sabiduría extraordinaria está celosamente perdida, y lo que resuena en la cabeza de Efe al despertar de su vívido sueño es una lección muy antigua: para aprender hay que observar y comparar, y para que ese aprendizaje perdure en el tiempo y en la especie hay que transmitirlo.

“Vaya...”

La mañana discurría borrosa e indiferente fuera del santuario. Efe retomó mentalmente el hilo de sus pocas obligaciones sabatinas y salió de la cama con el equilibrio torpe, cuestionando el efecto benéfico del sueño en segunda instancia. Su voz interior tampoco le asistía de felicidad con unos momentos de silencio. Ni paz, ni armonía, ni placeres importados de la fábula onírica. Lo seguiría intentando en la ducha con la ayuda improvisada por las musas de la solución parcial, y luego le echaría un largo vistazo desde la ventana a los escenarios del teatro de calle, su otro fecundo manantial de inspiraciones duraderas.

2

Si no has estado antes —no importa el plano en el que se haya viajado— el sitio que buscas aparece desubicado de las referencias indicadas.

“No tiene pérdida”, es la apostilla que dejará en evidencia la comprensión del extraviado.

—¿Pérdida? ¿Perdida? —intentó recordar Efe.

Dos o tres escaparates o dos o tres establecimientos en un sentido o el contrario, configuran la distancia de aproximación válida al punto de encuentro. Las referencias estaban bien dadas.

—¿Diez y media?

—Buena hora.

La pequeña banda de jazz tocaba a las once en *El tranvía*. Efe llegó a la sala cenado y abstraído. El plan al que excusó adherirse incluía la cena a una cincuentena de pasos, el restaurante lo había elegido Uve y Dan, su marido, propuso quedar a las nueve. Efe le dijo a Uve por teléfono que le disculparan de la cena porque tenía asuntos pendientes que atender, insistió en que eran unos asuntos ya improrrogables por haberlos ido retrasando indebidamente, condenado a trabajar en festivo por su falta de diligencia. Al recalcar la exigencia personal en la resolución de aquellos asuntos sobre los que no dio pistas, Uve no le creyó; después de veinte años de amistad sincera, ambos traspasaban con movimiento reflejo el umbral de la certidumbre respecto al otro.

Fue puntual, pero eso no le libró de una sutil indagación.

—¿Cuántos asuntos has atendido hoy? —preguntó Uve.

—Sólo uno.

—Dijiste varios. Me repetiste que eran varios asuntos los que tenías que atender este sábado.

—¿Verdad que el lunes es fiesta?

Las rampantes volutas de la pregunta comodín lanzada por la seductora voz de Efe difuminaron la suspicacia en el atractivo óvalo facial de Uve.

—Se dicen muchas cosas dispares por teléfono —apuntó Dan—. Son formas de hablar para apenas comprometerse. Si nos expresamos tan genéricamente es para que nuestro interlocutor entienda que se ha puesto límite a la confesión, bien porque carece de relevancia, porque es de incumbencia exclusiva, bien porque al enemigo ni agua, y la confianza no sufre merma; es un juego social tácitamente aceptado.

Cada vez que la boca de Dan verbalizaba la agudeza de un cerebro nada ocurrente acudía a la memoria de Efe la que consideraba su frase más ingeniosa, pronunciada entre gorjeos al despedir la primera cita a cuatro: “Somos un cuarteto de apócope, acrónimo e iniciales”; la única frase de Dan en todos esos años de convivencia forzosa a la que Efe atribuía un mérito por encima de la comunicación oral básica. Contrariamente a lo que Efe imaginaba, ni podía sospechar al estrechar la solícita mano de Dan y cruzar protocolaria y educadamente el consabido risueño “tenemos que repetirlo”, aquella primera cita a cuatro supuso el comienzo de una historia que le involucró por activa y por pasiva muy a su pesar. Todavía se pregunta cómo pudo pasar y quién ha tenido la culpa de que los acontecimientos se precipitasen cuesta abajo rasgando la forma y sorbiendo vulgarmente la sustancia del amnios sentimental. Y cuánta responsabilidad le concernía. Cuando ya le acosaba la cer-

teza de que no había remedio, Efe interrogó a Uve —primero a su amiga Uve— por su inconcebible relación con Dan —llegó a decirle que era una relación equivocada, en plena vena admonitoria le dijo que consumir su relación con Dan por la vía del matrimonio era antinatural, un despropósito, el anticipo de una cuantiosa minuta de abogado, y más cosas que aborrece reproducir en su memoria—; y luego se entretuvo en sonsacar a Lina, su pareja y hermana de Dan, por aquel desatino que su juicio sentenciaba condenado al fracaso. ¿A ti qué te importa?, le espetó Uve, atravesándolo con la voz y la mirada y acumulando rencor para cuando retumbara el cuerno de la venganza. ¿A ti qué mosca te ha picado?, le soltó Lina, y siguió a lo suyo sin armar alboroto. Circunstancialmente la culpa era de Efe, él había tendido el puente a la sugerencia de Lina de unir por unas horas las dos vidas de Efe con los puntos suspensivos de Dan. Efe y Uve eran amigos desde que el verbo se transformó en carne; eso es una barbaridad de tiempo, exclamó Lina, absolutamente dispuesta a vincular las dos vidas de Efe. ¿Y si...?, ¿por qué no?, ¿quién sabe?, ¿será divertido?; tenazmente surcaba la posibilidad Lina, dándole por sentado, e implicó arteramente a Uve que estuvo encantada de implicarse. La amistad entre Efe y Uve se remontaba al momento en que la luz fundió las tinieblas; eso me parece exagerar mucho, rio Lina. Presentadas por Efe, que las había puesto en contacto extrasensorial por mencionar indistintamente a una episodios con la otra, Lina y Uve se habían hecho buenas amigas —los motivos escapaban a la comprensión de Efe, y tampoco quería profundizar a solas o acompañado en la materia oscura de las razones con doble intención—; Efe no tenía nada que ocultar, pero se preguntaba qué le ocultaban ellas antes de

comprobar los respectivos aspectos y genéticas y qué se ocultaban después de intimar por los canales de relación personal habituales. Tanta disquisición en el éter le proporcionaba dolor de cabeza y algo parecido a la desazón.

La pequeña banda de jazz le consolaría de su ridícula y pertinaz congoja. Efe se repitió que el pasado si ha pasado no es presente ni moldea el futuro, con tal de no repetir los errores el alma atribulada conseguía la absolución: Lina ya conjugaba el pretérito imperfecto, él y ella se habían calificado mutuamente como prescindibles, y la solidez o fragilidad del enlace de Uve con Dan no era de su incumbencia —los extremos se tocan, lo opuesto atrae, etcétera. Que cada palo sostenga su vela, se dijo y zanjó la urticante cuestión.

El aforo de *El Tranvía* estaba completo, fue un acierto el haber comprado las entradas con antelación.

—No me lo iba a perder —comentó Efe a Uve curioseando alrededor.

—En eso consiste el compromiso mínimo: aceptar la parte mollar del todo. —apuntó ella.

Dan revisaba la disposición de los instrumentos.

—Viento, cuerda, percusión. Estamos todos.

Todos subieron a bordo de la nave amarrada en el muelle de la ilusión cuando la fantasiosa Lina se empeñó en formar una comunidad de intereses elevados. Dos hermanos guapos y agradables para dos amigos con el carné fechado al retirarse las aguas del diluvio. Lina gustaba de salir en grupo y hasta la fatídica conjunción de astros en rebeldía invocados por Lina, a Uve le molestaban la fluctuación de terceras personas tanto como a Efe los grupos de fuerza centrípeta. Pero hay fenómenos que deben calificarse de extraños — a los que se les asigna la etiqueta de

paradoja de la voluble condición humana— que surgiendo de la nada se aclimatan en una zona de cultivo reservada, crecen al margen de la lógica y florecen ataviados con guirnaldas de azahar. Efe no lo entendía, no lo comprendía y no lo asimilaba, ni tampoco disimulaba su confusión — ¿hacia qué lado giraba el mundo?—, pero a Lina le traía sin cuidado el enfurruñamiento de su pareja y a Dan —el hombre feliz, el hombre tranquilo, el hombre complemento— nunca le salpicaban las especulaciones. A menudo, como quien investido de autoridad recuerda a los presentes que los pactos han de ser cumplidos, Efe interponía en la armoniosa convivencia del clan su frase más rotunda a cuento de lo que fuera: “No estoy de acuerdo”, sin precederla de un cortés: “Disculpadme, pero...”

—¿Has cenado? —preguntó Uve.

—He cenado pronto —le respondió Efe.

Uve buscaba un hueco para contarle una impresión íntima.

—Quiero hablarte de la casa —le susurró.

En el esplendor de su relación con Lina, Efe había imaginado su visita a la arquitectura genealógica de los antepasados de Lina y Dan. Los dos hermanos, siguiendo el orden de prelación aprendido de antiguo, ella la voz cantante y la comparsa él, intercalaban comentarios al recorrer con la palabra —únicamente por medio del vehículo oral era posible la estancia como invitado en la casa— el pase privado por las dependencias caracterizadas de museo que exponían la dilatada historia del linaje, y por los jardines y patios, de solana y umbría, que en tiempos gozaron de un trato exquisito y el favor de los asiduos al diálogo recoleto; previamente admirados los blasones y forjas de las distintas fachadas; y como broche dorado, la contemplación en

la capilla de la preciosa factura de tallas, coro y retablo. Esta era la cara monumental de la casa; la otra cara, la que había sido habilitada como domicilio permanente y exclusivo de los ancianos conservadores del antaño magnífico patrimonio, los últimos miembros de la estirpe que preferían vivir y morir en el círculo agríndice de sus recuerdos y ser enterrados en aquel ilustre lugar que nunca conoció más dueño que la herencia de la sangre, relumbraba menos pero acogía mejor al solicitante de asilo; que era como se definía Efe entre bromas y veras.

Efe resumió conmovido aquella visita íntima con guía por la casa de los antepasados.

Le hubiera encantado acudir como invitado a la casa de la manera que ella la recorría para él, pero no se dio la ocasión ni amago en Lina de propiciarla.

—Tienes que venir conmigo a la casa —le pidió Uve pronunciando de prisa.

De las varias preguntas que un asombrado Efe hubiera podido formular para saber a qué atenerse eligió la arriesgada, la que lo convertía en cómplice.

—¿Cuándo?

Con lo que dio a entender a Uve que le continuaba llamando la casa de los antepasados.

—Esta noche. Este fin de semana con el lunes festivo.

Aunque obviamente tarde, Efe reaccionó.

—Quiero escuchar la historia que tienes que contarme sin música de fondo, callejeando, lejos del excrementicio de tu marido.

—Con tacones y con frío prefiero estar bajo techo. Y haz el favor de no descalificar a Dan; es un hombre solícito, una persona afable y complaciente.

Ignorando la recriminación que llovía sobre mojado, Efe iba a forzarle un resumen de lo que se proponía cuando la mano de Dan le palmeó el costado.

—Quedaros aquí. Dadme un segundo y encontraré un buen sitio —dijo observando de puntillas el fondo de la sala—. Esto parece que se retrasa y mucha gente todavía no ha decidido dónde sentarse. Si estáis pendientes de mí os haré una señal.

—Gracias, Dan —dijo Efe.

Uve sonrió a su marido. Cuando lo perdió de vista propinó a Efe un moderado pisotón.

—Imponderables de la vida social, no seas arisco con nosotros —dijo—. Acepta y compartiremos el misterio. Me he involucrado.

Efe asintió.

—¿Qué sabes?

—Lo mismo que tú —respondió Uve con idéntico murmullo y la mirada puesta en el horizonte de cuerpos expresivos.

Precisamente del confín del horizonte surgía un problema para Efe.

—¿Qué va a decir Dan?

—Nada. Está al corriente.

—¿De qué?

—De que vienes con nosotros a la casa; te hemos invitado los dos. Deja de mostrarte arisco y no te esfuerces en fastidiarme la velada ni la promesa de emociones. Disfruta como nosotros... ¡Bien! Ahí está Dan —dijo estirando el cuello—. Vamos.

Efe dio un respingo de asentimiento, bajó la mirada hasta el calzado de Uve y rozando la mano que ella le tenía —para que no se distrajera con cualquiera de las apre-

ciaciones sensitivas que le influían poderosamente la atención— siguió sus pies hasta las localidades que el habilitado Dan había conseguido; reconocía Efe con honestidad que para encontrar huecos Dan era un hacha, igual que su escurridiza hermana.

Uve no le pedía demasiado y una dosis de buenas vibraciones le sentaría de maravilla.

El ritmo de la sesión musical disolvió la zozobra del hombre amargado; con el hechizo de la música se sincronizaron en Efe un tropel de improvisaciones con final posible.

La pequeña banda de jazz obró el milagro de la concordia en media hora de actuación más treinta minutos de concierto y dos encandilados bises.

3

No puede creer que Uve sepa lo mismo que él.

“Es imposible”, se convenció Efe.

La confianza que Lina le tenía era mayor que la que nunca tuvo con Uve; tenía la certeza de que ni Uve ni Dan escucharon nunca el secreto que Lina le había revelado, aunque como hermanos bien avenidos Lina y Dan compartieran las dimensiones del tiempo y el espacio. De aquel secreto, difundido como una noticia verdadera que se transmite al alma gemela en el día de su confirmación, y concatenado al espíritu perseverante que animaba las empresas de funda reversible de Lina, únicamente participaba él y sólo a él comprometía.

Mal que a Efe le pesara en ocasiones, por lo que suponía de cesión de intimidad, Lina le conocía y trataba como nadie en el mundo; dotada con plenos poderes entregados ante notario, ella había ido inmiscuyéndose en su vida y Efe en Lina depositando el magma de sus sentimientos y el crisol de sus reflexiones. El balance del negocio era fructífero para ambos.

Y la nostalgia campaba a sus anchas cuando Efe desatendía su firme propósito de enmienda.

Es difícil dominar las emociones en campo abierto, se justificaba Efe.

—¿En qué piensas?

Era la pregunta favorita de Uve, matizada de reconvencción, cuando advertía la capa de aislamiento cubriendo la parte menos accesible de Efe.

—Tengo que hacer el equipaje.

Uve negó despacio con la cabeza.

—Según mi versión, antes de emprender el viaje tenemos que pasar por tu casa para que recojas la bolsa que, no me cabe duda, está esperándote llena y cerrada a un palmo de la puerta.

Efe asintió y le devolvió la andanada.

—¿Has llenado el depósito del coche? Sería una temeridad meternos en la boca del lobo con el centelleo de la reserva acuciando.

Uve le sonrió la fundada ironía. Quien esté libre de culpa que dispare su arma; aquello fue un descuido absurdo, un mero error de cálculo achacable al apresuramiento por salir y llegar.

—Tú date prisa con la bolsa que yo me encargo de anular su aparición.

Efe bromeaba con el fallo pueril que dejó el depósito del coche seco en la autopista a cincuenta kilómetros de la fiesta temática a la que los invitados debían asistir caracterizados de actores. Uve había sido excesivamente generosa con la velocidad cuando empezó a parpadear el testigo luminoso de la escasez de carburante de 97 octanos entre el pasado y el futuro de las estaciones de servicio; sintió la punzada de la angustia por su patente responsabilidad, a la que no dio rienda suelta inmediata, pero al cuarto, quinto y sexto reojo sobre la intermitencia delatora se lo dijo a Efe para que no le sorprendiera el acoso de la avería más tonta. Aunque levantara el pie del acelerador ya no había remedio, por eso siguió apretándolo sin abandonar el carril derecho para facilitar la inevitable detención en el arcén a las nueve de una noche de sábado vertiginosa, con tráfico rodado incesante y ráfagas de viento levantisco, aguardando la ayuda en carretera los dos ata-

viados con el remedo protagonista de la película *Mary Poppins* —Efe propuso emular el vestuario de *Soldado Azul*, a lo que Uve, esbozada una burla de cejas a boca, replicó apostando por dar la campanada con una adaptación fidedigna de *El fantasma de la Ópera*; la opción de la mágica *Mary Poppins* y el entrañable deshollinador y artista callejero *Bert* obtuvo el plácet mutuo después de una deliberación plagada de títulos, excentricidades en los argumentos y puyas aderezadas de mímica.

Apoyado en el quitamiedos unos metros por delante del exhausto vehículo, como si el percance fuera una pausa en el rodaje de la película, Efe sostenía y volteaba el paraguas-sombrilla de la niñera *Mary Poppins* —una versión lograda— por si motu proprio obraba el milagro de sacarlos del atolladero alzando el vuelo, lo que no hizo gracia a una turbada Uve que no encontraba una explicación que la disculpara.

Algo retrasados e incómodos en los asientos con la hechura alquilada de sus disfraces llegaron a la fiesta y el incidente de la gasolina quedó en anécdota picajosa.

Pero a no tardar, apenas un semestre, cambiaron las tornas de la agudeza socarrona. La oportunidad se la brindó a Uve una verbena en el crepúsculo de la ambivalente época universitaria, celebrada a la orilla del mar la breve noche de san Juan. Conducía Efe y a su vehículo, sacado pocas horas antes del túnel de lavado, no le faltaba combustible ni presión en los neumáticos. Uve observaba gratamente distraída, imbuida de los diminutos paisajes en hilera, la franja costera iluminada por el lento y cálido declive de la luz solar, el relieve del suelo edificado a los dos lados de la carretera y el mosaico de parcelas boscosas tendentes a cosquillar el cielo y terrenos de cultivo inclina-

dos a fusionarse con el mar. En silencio plácido dentro del coche, con el ronroneo del cuidado motor secundando la levedad del momento, desfilaban ante sus ojos entretenidos las señales viarias, los indicadores geográficos y los cruces, las intersecciones y los desvíos. De repente, pero sin brusquedad, un cambio de sentido, la trayectoria a la inversa, el mar del lado derecho al izquierdo, la floresta y los sembrados en el lado opuesto, la perspectiva de kilómetros equivocados en el espejo retrovisor; de vis cómica y a ver si a la tercera va la vencida o la noche en ciernes, la noche de las hogueras purificadoras, rueda por una torpe comprensión de los mapas. Calma, aún divertida, con la memoria fértil y al quite, Uve iba a preguntarle si se había perdido, pero su tenue voz le preguntó con impostada timidez, si se habían perdido, si un travieso gazapo estaba borrando con el terciopelo de su pelaje el nombre del concurrido destino; pudorosa, Uve inquiría al señalado por las rotaciones si un diablillo del solsticio, si un duende montaraz, si un esperpento grotesco, quizá unánimes los jocosos de la terna, confundían la ruta al diestro conductor para desviarlos del paraíso; sutilmente meliflua su pronunciación, le preguntaba si rodeados de civilización ociosa y rutilante serían los únicos extraviados y condenados a vagar como en la leyenda del judío errante.

Uve cobraba su venganza servida en plato frío. Llegaron a la fiesta habiendo recorrido varias distancias y un recuerdo, momento para vaciar el cargador de su paciente arma contra aquel lapsus que los equiparaba en el recuento de insospechados deslices. Le asestó la puntilla con esta frase: “La primera ley del sentido común declara que todo gira y gira y gira con el mundo”.

Había llovido mucho desde entonces.

—Necesitaré diez minutos o un cuarto de hora —anunció Efe.

—No te demores —le pidió Uve, porque estaba escrito en su versión de los hechos que meter su equipaje en la bolsa, aliviarse en el cuarto de baño y tomar un bocado no necesitaba más que ese tiempo.

4

La naturaleza previsor de Dan hubiera servido de ejemplo a cualquier persona. Con una metódica revisión de las peticiones que cursaba su desatascada línea de órdenes le bastaba para afrontar las contingencias usuales con garantía. Pero el contagio de la virtud no suele cundir en la periferia de la empatía.

—¿Listos? —preguntó al pisar la calle.

En lo que Uve y Efe se ponían de acuerdo disimulando la composición del engaño, él había ido al aseo hábilmente infiltrado en la cola rápida de las vejigas colmadas, y con la expresión de quien nunca ha roto un plato —no registraba diligencia alguna que el adulto Dan hubiera producido daños conscientemente a seres o cosas— repasaba el inventario de utilidades y auxilios básicos en su equipaje y en la guantera, los bolsillos y el maletero del coche.

—Vamos —dijo Uve.

Ella se situó a la cabeza del grupo calle arriba, dirección al aparcamiento.

—Demos un paseo.

La inadecuada sugerencia de Efe pilló desprevenida a Uve. ¿A qué venía el paréntesis calle abajo, dirección a una zona frecuente en las salidas con origen y destino en la ciudad?

—Me apetece caminar un rato. Venimos de estar sentados y nos espera un buen tute de kilómetros; vuestros culos y espaldas me lo agradecerán.

¿Qué mosca le habrá picado?, pensó Uve.

Ella cuestionó tajante la oportunidad de la iniciativa.

—Salgamos cuanto antes a la carretera —pidió.

La paternidad de la frase que ella tantas veces le había escuchado era de Efe, se lo recordó clavando su mirada de ojos muy abiertos en la entornada y resbaladiza de él.

Dan carraspeó intrigado.

—Sacudámonos las sombras con alegorías, hormas del porvenir... —recitó en soniquete a la madrugada.

Dan estaba inusualmente espabilado esa noche.

—Venga —instó Uve.

Efe contrajo los hombros y resaltó un suspiro

—Vuestras articulaciones os maldecirán.

Dan recuperaba versos sueltos del poemario de la desavenencia.

—... En el infinito cósmico ideadas por los verbos auxiliares...

Calle arriba en paralelo; Uve y Efe callados, pensativos.

—... Casi transparente, figura de cristal prendida por un recóndito pincel...

Las únicas voces no sonoras en la calle que ascendían eran las de Uve y Efe. Por las estrechas calles adyacentes, de somero alumbrado y proliferación de alcorques y bolar-dos, tropezaban las estridencias habituales de la madrugada festiva. Dan se esforzaba por recobrar el apócrifo de los vates contrariados.

—... Inmersos en la evaluación de la probabilidad...

Hasta que un estampido seco audible en un amplio radio de concentrado urbanístico, análogo al restallar de un latigazo en la carpa enjaulada de las fieras circenses, detuvo el paso del trío.

Al sobresalto le siguió una retahíla de pirotecnias guturales y fracturas de contenedores con pronóstico reservado.

—Son los disturbios de la fiesta —se chanceó Efe.

—Y las secuelas morbosas —abundó Uve, anclada en su postura reacia a los alardes extemporáneos.

—¿Tan pronto?

La ocasión era propicia para un golpe de efecto.

Dan se disculpó. Tenía que retroceder, calle abajo, él solo, un momento. Eso dijo un renovado Dan.

—Os alcanzo enseguida.

Asombroso, pero ambos siguieron andando calle arriba como los únicos seres vivos en aquella parcela de mundo asediada por las esquinas, y en silencio que escucha las voces y los ruidos del extramuros.

Algo entretuvo a Dan. Su figura ascendía a trancos de las sombras inferiores.

—Ya está —anunció colocándose en medio.

—A qué juegas, hombre de paja —le espetó Efe brindándole una sonrisa magnánima.

La alusión a la falacia de su cometido no causó mella en el jocoso rostro de Dan.

—Te he traído de vuelta.

—¿A mí?

—A ti, el hombre ausente. He ido a buscarte al punto de disociación y te he traído al presente. —Se dirigió a Uve—. He impedido que desaparezca. —La voz galana, el gesto obsequioso—: No me des las gracias.

—No pensaba hacerlo. Tengo bien atado con una promesa al hombre ausente, querido.

—Por si acaso —terció Dan.

Efe paseó su mirada por los balcones y las azoteas.

—Vamos —reclamó ella harta de esperar que apareciera la carta mágica.

Dan se ufanaba de su habilidad para disipar obsesiones.

—La guardo yo.

Efe comprobaba la holgura de sus bolsillos.

—¿De qué obsesiones hablas? —inquirió Uve.

—Yo soy una obsesión.

—Lo sé —aseguró Uve—. Todo tú eres una incandescente duda obsesiva.

—Mi duda soy yo.

—Es por aquí —señaló Dan la escalera de acceso peatonal al aparcamiento subterráneo.

Llegado su turno de pago Dan introdujo el tique de estacionamiento en la ranura.

—Tengo suelto.

Efe sacó monedas del bolsillo.

Uve insistió sobre las obsesiones y las dudas a modo de comentario, alejada de la polémica.

La máquina expendedora de autorización dio su permiso de salida. De nuevo Dan se puso en cabeza de la comitiva.

—Adelante.

Uve abrió su bolso para coger las llaves del coche.

—Elegid asiento —dijo ella quizá refiriéndose al cortejo de obsesiones—. Voy a cambiar de zapatos.

Efe pensaba en el equipaje.

5

Efe pensaba en el viaje.

Quería volver a un lugar donde aún no había estado corpóreamente. Era su obsesión, una idea obsesiva vinculada a otras anteriores que fluctuaban como las mareas por el influjo de la Luna, una maquinación seductora que adoptaba el bello estilo de la tentación; y sin sopesar las consecuencias que acarrearía para cada uno implicó a Uve.

Por teléfono, dando la apariencia de un asunto urgente apegado a la realidad, Efe le invitaba a una aventura de carretera y manta con la duración de un puente ingeniado con la generosidad del calendario laboral.

—¿Adónde vamos?

—Imagina que el pintor necesita del resto de la semana para terminar su cuadro.

A ella no le entusiasaban los dispendios imaginativos, prefería derrochar su tiempo y su actitud con muestras factibles de productos elaborados.

—¿Me reservas una sorpresa o una improvisación? — preguntó anticipando nulo crédito a la respuesta de Efe.

—Si te apuntas reservo mesa esta noche en *Viña Turquesa*.

Era la segunda invitación en pocos minutos.

—Y me cuentas tu plan.

Era muy simple la propuesta de Efe.

Salían en su coche el viernes por la mañana hacia un destino por descubrir y regresaban al origen de la aventura

—“démosle una denominación aséptica a la experiencia”— el domingo por la tarde.

—¿Dónde me llevas? —insistía en saber Uve.

A pesar de la confianza que se dispensaban, Efe no se atrevía a decirle que su intención era la de retornar a un paraje que podía descubrir aproximadamente.

La propuesta de Efe era estrambótica.

—Ya lo verás.

Con la frase se lavaba las manos.

—Acepto el invite.

Y con la suya, idéntica en número de palabras, Uve se encomendaba a la fascinación que en ella ejercían los desafíos intelectuales.

Efe conducía el coche pero no era el conductor.

Le iba indicando la ruta el pasajero a su lado, que no era Uve. “Sin prisa.” Ella se había sentado detrás, con todo el asiento a su disposición, y prudentemente evitaba reflejar sus facciones en el espejo retrovisor. Uve absorbía tras los cristales el panorama de la oferta viajera. “No tengo prisa”, dijo el circunspecto pasajero; ella tampoco apremiaba para desbaratar el componente místico a la situación.

La carretera, en su modestia de intemperie, ascendía y descendía salvando demarcaciones geográficas. A medida que declinaba el día el tránsito derivaba a fortuito y a borrasca de granizo las tonalidades solapadas del asfalto. Un buen conductor se fija en los rasgos del lienzo, los tiene muy en cuenta a la hora de decidir qué camino tomar para llegar confortablemente si la distancia es larga para una sola jornada. El buen conductor atiende la exigencia de los pasajeros y discretamente elude la prisa —las diferentes

prisas a las que cada individuo atiende a lo largo de su vida— como tema de conversación.

Efe no quería conducir de noche, pero las horas de invierno suman pronto la oscuridad que vela la fotografía. De noche, en las cuatro estaciones que sucesivas decoran el año astronómico, aunque con matices, todos los gatos son pardos y todas las caras y todos los cuerpos se parecen hasta el extremo de confundirse al momento siguiente de cruzarse las miradas; al conducir durante las equívocas horas nocturnas hay que incrementar el cuidado.

La carretera se empinaba en un porcentaje elevado al coronar el puerto de montaña.

Otro factor a tener en cuenta es el de los sentimientos, dijo la voz que nunca cesa; peliaguda catalogación la de los sentimientos, convino Efe. Se rascó unos segundos la frente y la sien con la mano de la ventanilla como si de ella, al frotarla con aplicación, fuera a brotar una espléndida respuesta.

Hablar de sentimientos con un extraño significaba adentrarse en terreno resbaladizo, deslizante como una carretera sumida en hielo y niebla. Más si cabe cuando el extraño que viaja al lado es alguien con vitola de especial al que se traslada a un lugar especial. El extraño —que viaja de incógnito— es un pasajero normal —tanto como puede serlo Efe— que ha contratado el servicio de ser conducido a donde quiere ir. El encargo recayó en Efe, que se prestó voluntario, no obstante advertido de la singularidad de aquel trato. Efe tiene fama de entenderse con la alteridad; en veinte años no constaba en su específica hoja de servicios ni un pequeño incidente, ni una queja por desacato.

Efe era un tipo con los modales en clase, amable, atento si lo deseaba, cauto y audaz en la inscripción de los contra-

pesos de la balanza, de simpatía dosificada; un hombre desdoblado con epíteto de cumplidor y de probada solvencia. Todos los calificativos eran por asignación.

El pasajero no se había presentado. Posiblemente no le impresionaba el currículum de su asistente privado, y viceversa. Tal vez coincidía con Efe en lo esencial y él también se reunía con viejos amigos aficionados a la charla sin competición; la mesa de juego no aceptaba apuestas porque no podía pagarlas ni cobrarlas; alrededor de la mesa de juego nunca hubo la menor disputa por una cantidad impagada o por un importe dudoso. El precio de la amistad era en sí mismo la moneda de uso acogida a sagrado.

“Una opción ganadora.”

Efe conducía al dictado de la voz de un pasajero parco en palabras que viaja de incógnito.

Un pasajero que miraba a vista de pájaro posado en una rama flexionada por el viento.

El pasajero especial portaba una bolsa de viaje que abultaba una reserva para tres o cuatro días.

Pararon a comer en una postal bucólica a recaudo de la afluencia masiva, enmarcada por la vigilancia exenta de prejuicio de tres cumbres nevadas, severamente hermosa su majestad.

El reverso de la postal, leído a los postres, describía el último tramo de la ruta. Había que superar otro puerto de montaña y una extensión de diálogo con información privilegiada a la que ya era imposible enmudecer.

“Precioso.”

Tan cerca y tan lejos...

Opinaron lo mismo.

Tan viejo y tan nuevo...

Libaron el viso con los cinco sentidos.

Cuando la carretera comenzaba a descender la voz del pasajero impuso un alto en la marcha. Efe estacionó asomado a un paisaje sin marcas corrosivas.

El pasajero se encaminó al borde del precipicio. Quedó inmóvil en el filo desprovisto de asideros, puede que absorto, Efe no podía verle en la cara la dirección que tomaron sus ojos. Y los de él vieron recortada contra un fondo abrupto la estación término.

La villa señoreaba una superficie de contrastes, similares a los tintados por el cielo crepuscular.

“Llegemos antes de que anochezca.”

Mandaba la voz del pasajero.

Ese alguien especial que viajaba de incógnito con ellos les guió a un bonito aposento de dos plantas y buhardilla acondicionada para morar ensueños, y cómodo acceso a cualquier tracción, del que daba fe de utilidad, remodelado para un turismo cívico de sosiego y paladar sin romper su estética, dibujado en una esquina a las afueras urbanizadas del casco histórico con sus artes, folclore y tradiciones.

Uve dio su aprobación a la acuarela que no desmerecía el anochecer y al hotel de aristocrática rusticidad. En la habitación alta, la preferida en la elección, con mirador a dos calles, lo primero que hizo fue abrir paso a la fragancia de los lagos y los picos y luego dejar correr el agua de los grifos para ambientarla con sonidos autóctonos.

—Aquí se tiene que dormir divinamente —dijo contenta.

Como los ángeles dormía ella cuando, apenas despuntada la mañana y el mundo de luces diurnas estaba a medio componer. No le gustaba madrugar y detestaba que la des-

pertase un madrugador con afanes de intrépida descubierta.

Efe salió a los alrededores del hotel que se ofrecían a su percepción menos difusos que los ocho horizontes.

Al poco, pues las distancias para que no recelara la dormida si despertaba antes de su regreso eran obligadamente cortas —y porque, tirando de sinceridad para consigo mismo, enseguida descubrió lo que buscaba—, paseaba una acera orillada por un arriate plantado de arbustos ornamentales y de suelo a terrones colonizados por la hierba resistente. De esquina a esquina hasta completar los cate-tos de un triángulo rectángulo, la acera cuadraba en ángulo recto con un muro de factura reciente —dos décadas a lo sumo— interrumpido por un portalón de madera y forja perfectamente encajado del arco a la base.

No le pareció a Efe una fachada ni una puerta en consonancia con lo que deducía guardaba esa tosca fortificación aislante; ni tampoco en los laterales de las calles paralelas —perdiéndose en la lejanía hacia la solera de un bosque con troncos gruesos y esbeltos y copas tupidas—, inspeccionados desde los vértices, asomaba una recepción distinta. Ni una avenida floral, ni un modesto farol...

—¿Decepcionado?

Lo estaba.

“Dentro tiene que ser hermoso.”

Tan hermoso y reclamante como el atractivo de los pináculos vegetales que cuidaban elegantemente sobrios de no abocarse al muro.

—¿Te ha decepcionado? —insistió ella con gracejo.

“¿Qué hay de malo en responder a una pregunta directa?”

—¿Es a mí...?

—¿A quién si no?

Nadie más en el mundo entonces.

“Esa voz risueña sólo puede dirigirse a mí.”

—Estaba...

Esperándola era mucho decir.

Lina se presentó, y sin más preámbulo le dijo que había salido a observar lo que anidaba la espesura de los arbustos a este lado de la frontera.

—Es una tarea rutinaria agradable.

Efe echó una ojeada a los arbustos de naturaleza doméstica que en el arriate de la calle principal crecían aparentemente sanos.

—Forman un pequeño seto —murmuró—. Más bajo..., menos compacto.

Lina asintió.

—El seto va por dentro. Antes —sin especificar el tiempo al que se refería, pero dando a entender que había pasado mucho— el cinturón que bordeaba la finca era una obra vegetal de jardinería, alto y frondoso.

—Debía ser...

—Yo siempre lo he conocido recortado detrás del muro; y no es lo mismo.

Le decían a ella sus abuelos en tono de confianza que era muy diferente, y hasta doloroso por lo que significaba de renuncia, de pérdida de identidad, ver aquella magnífica estructura afrontando con pose erguida el pulso mundano a languidecer a merced de un tiempo enclaustrado restringida a una custodia interiorizada; si bien que todavía orgullosa.

Efe imaginaba la grandeza del diseño original.

—Quién pudiera devolver la belleza al hogar de los vivos —musitó.

Pero su voz libre de competencias sonoras llegó nítida a oídos de Lina, tan precisa y sustancial como la imagen que se había formado de la casa y sus delicados parterres ahora ocultos a su curiosidad.

Lina expresó su innato apego al personaje surgido de la alborada con un gesto de complicidad.

—O, simplemente, visitarla en su retiro.

Era un plan excelente de poder llevarlo a cabo.

“Es una buena idea”, pensó Efe.

—Tengo que irme —se despidió Lina.

—Hasta la próxima.

“Mañana volveré a esta hora”, decidió Efe.

Lina no se opuso a repetir un encuentro que ya no sería casual.

Ella se había mostrado receptiva, y él plenamente dispuesto a penetrar en el secreto escondido tras la monótona valla repelente de loas entonadas a la carrera, ditirambos poéticos extraídos con pértiga del eco de viejos cantares y ambiciones excéntricas de cuya confesión no hay certificado que valga.

Fiel a su costumbre el cazador de tesoros fue puntual, e impaciente. También Lina presumió de asumir serenamente un compromiso en la palidez albar, materializada por el soplo de una entidad benefactora dedicada al consuelo paliativo de incurables y moribundos que aceleran la incursión en las etapas hacia la intimidad.

—¿Crees que es suficiente con estar?

—No.

Los adornos del intercambio de sinceridad lucían un instante al destello de la coincidencia.

—Por algo se empieza.

“Lo que nunca empieza nunca acaba.”

Hablaron enfrente del portalón, de perfil al muro, de cara al deseo, estatuados a modo de lámparas que únicamente arrojan luz veladora, invisible uno si se mira al otro.

Efe le contó que no era capaz de adivinarse en el futuro.

—Ni de ver la firma que me plasme en un cuadro de realidad.

Ella le dijo que era indiferente a las predicciones.

—Mientras pueda rebatir los augurios con mis decisiones.

Ninguno de los dos medía el tiempo con una magnitud convencional.

“Por algo se empieza.”

Suficientemente fuerte para retenerlos.

—Las historias sin inicio no escriben un final.

Para vincularlos a un epicentro.

—Todo parte de un propósito.

—De la voluntad por conseguirlo.

Era una buena idea.

—¿La tienes?

Erigida en el epicentro.

A los dos les había gustado lo que descubrieron en ese viaje improvisado.

—Tenemos que repetirlo.

Efe se lo prometió.

—Nos queda mucho por delante —anunció apoderándose de las imágenes captadas por los retrovisores.

Uve no percibía la maniobra de incautación.

—Eso es lo mejor —dijo con energía, reparada de sueño.

En el asiento trasero del coche evolucionaban los trazos

autónomos de dos formas incipientes, simétricamente colocadas detrás de sus pares, que Efe vigilaba celosamente sin apartar la vista de la solitaria carretera.

—Conduce despacio.

Ninguno de los cuatro tenía prisa.

6

—No te entretengas.

Uve le instó a que se diera prisa con el equipaje para que Dan no sospechara un engaño.

—Te perdonaría, es por una buena causa —ironizó Efe.

—No pienso arriesgarme por una tontería.

—¿Una equivocación?

—Lo que sea. Tú corre, tengo ganas de salir de aquí.

—Tranquilízate. Dan no reconocería en ti un fallo de ese calibre.

—El error es tuyo por subestimarlos.

Uve se defendió.

—Digo que te perdona hasta el pecado que jamás vayas a cometer.

Uve le apremió con una mueca de ruego fraternal.

—Va, no tardes.

Lo cierto es que a ella le desagradaba esperar cuando tenía decidido el plan a seguir, y le hubiera empujado con el mismo ímpetu a coger su equipaje ya preparado en el piso aunque sólo viajaran ellos dos a la casa de los antepasados.

—Cuenta hasta...

“Corre, no tardes”, sermoneaba Efe a los objetos y a las prendas que iba metiendo en la bolsa. “He ultimado el plan, date prisa”, repetía en sonsonete imprimiendo celeridad a todas sus acciones. Desde luego, no era la ilusión que le había embargado la primera vez, por él organizada, pero a resguardo esa noche contra la decepción permanecía latente el espíritu de la sorpresa. “Será emocionante.”

Imaginó el reencuentro con el espectro de Lina, celando sus derechos de autor sobre la propiedad intelectual de la comedia, del drama.

—Lo siento, Lina.

—Yo también lo siento.

—Nos hemos cansado de la fábula, del ensueño.

—Era previsible.

Aquella mañana de segunda oportunidad hablaron a la pesada sombra del muro y la esquiva de los árboles suntuarios que apuntan sus troncos al cielo de una lógica displicente, con cualidades particulares, en la comprensión del mundo: Yo quiero, tú quieres; yo necesito, tú necesitas; yo soy, tú eres.

Al atardecer, finalizadas las excursiones del día en coche, estiraron las piernas dando un paseo que los condujo a los dominios del muro.

Efe se quedó observando la extensión prohibitiva, también encerrados sus pensamientos, y pasados unos segundos elevó despacio la mirada y de prisa sus aspiraciones.

—¿Me regalas esta casa? —preguntó a Uve.

Ella que leía el deseo en su cara le sonrió.

—Si de mí dependiera haría realidad tu sueño con un chasquido de los dedos.

—Te lo agradecería eternamente.

—Y puede que fruto de ese agradecimiento me invitaras a pasar temporadas de asueto en una de las parcelas del jardín y en una de las alas de la mansión.

Efe imaginaba su vida al otro lado del muro, colmado de botánica, y detrás de los ventanales y las linternas de las cuatro fachadas, enteladas de preciosismo, con la óptica desenfocada de la cámara creando una atmósfera ilusoria.

—Pero qué basto es el muro y qué fea la puerta; tienen una estética disuasoria —se quejó Uve, un tanto influida por la cercana ensoñación. Ella también podía imaginarse protagonista de una ficción y a bordo de una nube espumosa surcar la estela del capricho, e imprimir a su relato un toque de verosimilitud y una mayor emotividad.

Dando pábulo a las especulaciones, Uve quería cerciorarse a saltos de que la apariencia no engatusaba camuflando un fiasco de abandono y decadencia. Saltaba y retrocedía para ganar perspectiva, se iba alejando del muro pero no lograba superarlo; no había manera de perforar su opacidad.

—Es inútil.

—¿Ya lo has probado?

Efe le dijo que se había desplazado al menos un centenar de metros por el terreno despejado y sólo consiguió posarse en las copas de los árboles y una linde horizontal edificada a dos alturas.

—Me has despertado la curiosidad. Preguntaré por ahí.

—No...

Efe era reacio a preguntar las direcciones y los misterios, prefería perderse y dar mil vueltas antes que solicitar la intervención ajena para solventar de un plumazo un asunto propio.

—¿Te vas a quedar con las ganas? ¿No te pica la curiosidad? A mí me has inoculado el veneno.

Del juego de las adivinanzas.

Del juego de las invenciones.

Detenido por los obstáculos, Efe se sintió débil, nuevamente decepcionado, en parte aturdido y también infectado.

Por el juego de las posibilidades.

Efe sentía la fatiga de la derrota con la misma intensidad que la tentación del atrevimiento, y del resultado de ese litigio entre instancias antagónicas dentro de su cabeza dependía su felicidad.

Por un veredicto favorable.

7

Efe no se hizo de rogar. Formal y callado como un hijo disciplinado —o un anciano gobernable por sus carencias o un invitado de repesca conforme con el papel que le han adjudicado—, ocupó su plaza en el asiento trasero y desvió alternativamente la mirada hacia las ventanillas laterales en una rutinaria comprobación del marco espacial.

—Bien. En marcha.

—¿Tú no tendrás sueño, verdad?

Uve negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—No. Te lo he preguntado por si quieres que conduzca yo —aclaró Efe solícito, y se abstuvo de más comentario.

En un juego de interpretaciones.

Todo cuanto de extraño fuera haciéndose presente en imágenes y sonidos al circular en dirección a la casa de los antepasados lo traduciría a conceptos de uso cotidiano.

“¿Por qué no a símbolos?”, se preguntó Efe.

Salieron de la ciudad iluminada para adentrarse en una ruta de penumbras intermitentes por donde era fácil confundir las señales.

—En qué piensas.

Era una pregunta tópica formulado por alguien que se cree obligado por el civismo a romper un silencio desaprobado en compañía despierta, incluso en las horas que preside la madrugada.

—Se ha abstraído —apuntó Uve.

“El intermedio es tedioso.”

—Seguro que no tienes la mente en blanco.

Dan le incitaba a responder.

Efe se mordió la lengua y bajó los párpados. Replicar hubiera desmerecido la intriga que concitaba su silencio.

“La semana está compuesta por tres pasado mañana.”

En esa conclusión intrascendente pensaba, y le divertía imaginarse el efecto que hubiera provocado en la curiosidad de Dan.

—Vale. Dime más cosas. Enséñame, maestro.

Dan le llamaba maestro en ocasiones; lo decía con sincera admiración: “Eres un maestro”, “te expresas con maestría”, “se nota a la legua que sabes de lo que hablas”, “tú has estudiado mucho”, “podrías dar clases”. Simpático, modesto, encantador Dan; igual que su hermana. El aséptico Dan, un comodín en la sinuosa partida de las relaciones humanas; tan útil y hábil como su hermana en los actos sociales deliberados

“Qué lástima...”

¿Por dónde andaría Lina? Esa noche, ayer, anteayer...

Lina era la maestra de ceremonias que imponía con dulce pericia las reglas del protocolo. Ella siempre actuaba como es debido, sin doblez, sin ofender, tan sólo insinuando los defectos, haciéndolos digeribles —¿acaso no es una virtud digna de encomio el avisar de los errores antes de que se conviertan en una trampa mortal? Lina era una eminencia en la técnica psicoanalítica de la transferencia.

Efe pensaba en Lina, pero no iba a confesárselo a Dan ni tampoco a Uve, ella atenta a la carretera y debatiendo íntimamente con sus particulares devaneos.

El viaje era largo además de nocturno.

“Una dádiva para los desvelados”, se dijo Efe.

Dan no se había girado a darle conversación. Dan se comedia exquisitamente en sus actuaciones, tiraba a pacato, hasta su hermana le espoleaba para que no cediera terreno impunemente; pero aquel apocamiento que Lina le criticaba era una virtud en él —tan encomiable como las de ella—, fundamentada según su carácter, ya que nadie podía reprobarle que se entrometiera en los asuntos ajenos y así desarmaba las suspicacias que pudiera generar su persona.

—¿De qué hablas?

Lina saltaba a la yugular de las insinuaciones y las maledicencias. Ni siquiera subrepticamente Dan se entrometía en las grandezas y miserias del prójimo, afirmaba contundente ella.

—Hablo de mí.

Amparado en la familiar oscuridad del trastero, Efe intentaba descifrar el mensaje del universo condensado en los claroscuros de los cristales.

“Me habla en el lenguaje de las evocaciones.”

Lina era puntillosa.

—No me ocultes nada. No me apartes. No me ignores.

—No prescindo de ti.

—No me niegues —exigía temerosa del efecto nocivo de la desidia.

Uve cambiaba suavemente las marchas, aceleraba con moderación y frenaba sin brusquedad.

“Con método quirúrgico.”

La madrugada era fría.

—¿Pongo la calefacción?

Dan vigilaba los pormenores como un copiloto graduado con matrícula de honor.

—No hace falta.

Con tres respiraciones bastaba y sobraba para caldear el habitáculo.

“En qué piensas.”

Efe pensaba en la invariable trayectoria de la flecha del tiempo.

“Pienso en un reloj.”

El volante era la esfera horaria y los brazos de la conductora las manecillas enfilando los tramos de la carretera.

“Voy a creerme lo que pase a continuación.”

Uve circulaba en el límite que aconseja la prudencia, silenciosa como la noche que filtra el ronroneo lubricado de los motores, acunada por el reconfortante mutismo de cuando no hay nada que decir.

Dan no lo entendía así.

—He pisado algo —dijo turbando el placentero sopor de la madrugada en ruta.

Intentaba recuperar un episodio anterior que había pasado desapercibido. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez en público y a diario en privado?

Lina odiada pasar desapercibida en los sentimientos de las personas elegidas para convivir.

—¿Sólido, líquido, en descomposición? —preguntó Efe.

—Creo que sólido, tirando a quebradizo.

—¿Antes de meterte en el coche, camino del aparcamiento, a la salida de *El tranvía*?

Efe dominaba los interrogatorios, pero su destreza le propinaba reproches y antipatías más que alabanzas.

—Creo que cerca del coche. Es lo lógico si me refiero al suceso en presente: he pisado algo.

“Lógico, Dan. Eres un tipo congruente.”

—¿Asfalto, acera, escalera, pasadizo, materia gris deteriorada o sustancia compacta?

Uve intervino en el duelo de pesquisas para conocer el diagnóstico de la parte afectada.

—¿Huele, mancha? —preguntó aguzando el olfato y la vista periférica.

—No huelo... Tampoco distingo el contorno de una mancha vieja ni el poso ni las entrañas que me permitan adivinarlo —informó el solvente Dan.

Uve sugirió un cambio de tema.

“Es una noche fantásica.”

Apostado en su rincón, pero con mucho espacio de irrealidad disponible, Efe perseguía el guiño de una estrella fugaz.

Dan dio una palmada al capturar el recuerdo de lo que había pisado.

—Una llave.

El eco repitió su hallazgo en la cabeza de Efe.

—¿Dónde?

La pregunta sonó como un disparo.

—Cerca del coche.

Ella le miró de reojo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Y pagado de sí mismo por su perspicacia.

“Tenemos una referencia en la noche.”

—Era una llave vieja —prosiguió.

Uve hurgó con los dedos en el bolsillo de la puerta hasta tocar la llave de la casa, el lugar donde la había dejado al emprender el viaje.

—Servirá —dijo.

Efe quería tocar la llave.

—¿Para qué nos servirá?

Ella sonrió indulgente.

—Las llaves abren puertas.

—No necesitamos llave para abrir una puerta abierta —
dijo Efe.

A Dan le asombró esa afirmación.

—La puerta está cerrada. Para abrirla necesitas la llave
—dijo absolutamente convencido.

—Cuál.

Dan acusaba el desconcierto.

—Sólo hay una llave que abra la puerta...

—Una llave para cada puerta —canturreó ella.

Pero Efe no estaba dispuesto a liberar su presa.

—¿Cuál es la llave que abre la puerta?

—Sólo hay una llave. Déjalo ya —le amonestó Uve.

—No. —se dirigió a ella—. Tengo que saberlo. —
Apuntó a Dan y le preguntó de nuevo—: ¿Para qué nos
servirá?

—¡Para lo que sirve una llave. Exactamente para eso!
—se escabulló Dan.

Uve salió al quite de las embestidas.

—Estás siendo agresivo —dijo molesta, pero sin levantar la voz.

Efe cambió de táctica y suavizó el tono del interrogatorio.

—Disculpa. Soy vehemente cuando me interesa aclarar un asunto.

Dan asintió contemporizador.

—No te preocupes, lo entiendo.

Dan era un alma transigente.

—Compadécete de un ser atosigado por sus pasiones.

Uve frunció las cejas y los labios, dio con su dedo índice dos golpecitos de incredulidad en el volante.

—Ni por asomo te queman las pasiones.

Lina era pasional, un ascua.

—Soy de los que arden por dentro. ¿Nunca te he enseñado las cicatrices de fuego interno que emergen a la piel en estados de máxima tensión?

—No.

—¿Es eso posible? —preguntó la versión escéptica de Dan.

—Sí. Y como son quemaduras de muy grave significado duelen al escribir su historia.

—¿Por dónde afloran en la piel?

Uve buscaba en su memoria una imagen de Efe con erosiones por quemadura en partes habitualmente tapadas de su anatomía.

Dan escuchaba con la cabeza ladeada hacia la ventanilla.

—Cerca del ombligo.

Los aledaños del ombligo son un expositor de pliegues itinerante.

—Dramatizas.

Pese a evitarlos en el ámbito racional de su vida, Efe se desenvolvía bien con la interpretación de los textos románticos.

Y Dan, como demostró inmediatamente, no le iba a la zaga. Como quien actúa ciego, sordo y mudo en el apogeo del drama por designio de los hados, el mimo bajó la ventanilla y tiró la llave.

Cae el telón, pero en el público no hay una decisión unánime para aplaudir el desenlace, muy efectista, o esperar que termine el arabesco de la llave huida de su cautiverio

desprendiendo fucilazos que orientan su viaje de mano a mano.

Efe contuvo la respiración.

“Esa es la llave que abre la puerta.”

—Parece una estrella fugaz —dijo Uve—. ¿Crees que lo es? En una noche oscura es fácil identificar a las estrellas fugaces. Voy a pedir un deseo.

La otra llave era un fiasco; una simple llave para abrir una puerta vulgar, de las que tanto abundan en el mundo de la arquitectura ordinaria.

Al perder de vista la llave Efe pidió un deseo.

8

Dan subió la ventanilla y se agazapó en el silencio y la oscuridad inseguro de haber obrado correctamente. Con la respiración contenida esperaba escuchar una frase de aprobación, quizá un breve comentario laudatorio al respecto de su determinación por ahuyentar a los fantasmas intemporales.

“Fantasmas.”

—Bien hecho, Dan. Tienes agallas.

El callado y oscurecido Dan recibía una mención honorífica a título póstumo.

—Te has ganado volver a tu mundo.

Uve bajó el volumen de la radio para no aislarse en demasía de los sonidos contiguos; hacía un rato que había sintonizado una emisora de información y noticias las veinticuatro horas. Cuando viajaba en coche le gustaba rodearse de voces.

Efe le pidió que subiera el volumen.

—Me interesa lo que cuentan.

Mintió. Ahora que las había descubierto le interesaba apropiarse de las siluetas fantasmales que desvelaban los faros del vehículo alumbrando la carretera. Sin agolparse ni dirigirse palabras o señas marchaban en sentido contrario a paso lento, uniforme, repartidas por los arcones de tierra y matorral; y a medida que el barrido de luz las identificaba cobraban realismo, se tornaron inconfundibles.

“¿Por qué son inconfundibles?”

Uve subió el volumen de la radio.

—¿Así está bien? —Ella no había reparado en el contenido del programa, pues con la cabeza en la carretera sólo se dejaba acompañar por unos desconocidos que intercambiaban voces en la madrugada—. ¿De qué hablan?

—De la fisonomía.

—¿De los vivos o de los muertos?

Efe tenía que pensarlo antes de responder.

Dan le cuchicheó una pregunta:

“¿Por qué son inconfundibles?”

Inconfundibles son sus ojos, inconfundibles son sus facciones.

—¡Hablan de los muertos! —exclamó Uve. Y subió un poco más el volumen de la radio.

Todo el que se ha cruzado con alguno de ellos sabe que su inexpressión los distingue y que esa igualdad inanimada los sitúa en un plano de percepción extrasensorial.

—¿Puedes afirmar rotundamente que hablan de los muertos?

Girado hacia la ventanilla por la que había arrojado la llave Dan secreteaba:

“¿Qué los hace inconfundibles?”

—¿Puedes afirmar que son distintos a nosotros?

Son calcos de un retrato sin firma de artista. Son elementos pendientes de clasificación en la tabla periódica de la materia desechable. Son un producto alucinado que se aferra con garfios y ventosas a su creador y a las mentes que les otorgan las constantes vitales de una identidad humana.

“Afirmo que son distintos a ti y a mí.”

En el programa de radio hablaban dos voces, alternando el papel solista del guion entre el que presentaba y preguntaba y quien exponía su conocimiento sobre el tema elegi-

do en una madrugada injerida de fiesta; y una tercera voz, hueca como la de Dan en el tránsito nocturno, intervenía a socapa.

—Déjame escuchar.

Ellos miran si ver, la suya es una mirada fija de brillo estático. Ellos no emiten sonidos, ya sean guturales o articulados. Lo que ellos reúnen con su presencia son las cualidades y los defectos atribuidos por la causa que los ha provocado. Son cuerpos emancipados de su naturaleza que leen para su autor el análisis y el diagnóstico de una vida trastocada en los momentos de auge del conflicto.

—Una vida echada a perder —recriminó Uve.

“Una vida expresada por conceptos absolutos y por definiciones concretas.”

Dan se aclaró la voz.

—¿Vamos bien?

—Vamos bien —respondió Uve, convencida, responsable.

Con disimulo Efe buscaba una señal del paradero de la llave más allá de los cristales, y con cada giro de cabeza cruzaba la mirada de Dan donde leía: “¿No te das por vencido?”

—Aún no...

—Dime. —Uve aminoró el sonido de la música que amenizaba las pausas del debate.

—No he dicho nada.

—¿Se te hace pesado? Duerme, si quieres. El paisaje es tan monótono en la oscuridad.

“El mundo es de los despiertos.”

Estuvo a punto de asir el brazo de Uve para que detuviera el coche con la urgencia de quien ha reconocido a un semejante entre los aparecidos.

“La vida soñada es emocionante.”

Dan se mostraba taciturno.

—¿Quién tiene la llave?

En el programa de radio la voz conductora preguntaba al invitado si era cierto que la realidad supera a la ficción.

—¿Tú qué crees?

Efe hubiera querido preguntar a las figuras errantes si por ese camino a la inversa remontaban el curso de su historia.

—Yo creo que no se debe distorsionar la realidad —dijo Uve.

—¿Ni con vivificadores matices de fantasía?

—Fantasear un poco, consciente de lo que se hace, es como elegir un vestido acorde para una fiesta en la que prima la caracterización por el disfraz.

Dan se disolvía en la atmósfera de los espectros.

—¿Van disfrazados?

—¿Se han disfrazado todos de máscara?

Uve le pidió que hablara más alto.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

No decían nada en su viaje de retorno, ni por sí mismo cada uno nada explicaba al espectador de lo que había descubierto en alguno de los trayectos. Efe les hubiera querido preguntar si venían del lugar adonde iban ellos con los faros del coche horadando capa tras capa de oscuridad hasta que el amanecer corriera los visillos de las lunas.

—¿Qué?

—Que el cristal está frío. Tócalo.

Uve posó la yema de los dedos en la ventanilla.

—Está frío.

Dan estaba frío como el cristal, “como un muerto”, pensó Efe. Vencida su resistencia, dormitaba acurrucado contra la puerta y sostenido por el cinturón de seguridad para no cabecear sobre la conductora.

“Buen chico, Dan. Te mereces un premio.”

Le tentaba presionarle con un ligero tamborilear de sus dedos en el hombro y luego, seducida la parte menos expuesta al peligro, reclamarle que compartiera la lectura visual de un guionista inspirado por sucesivas revelaciones.

—Dime...

—Es un camino largo —dijo Efe.

—Es el camino. Un camino sin atajos —anunció Uve—. Un camino que acaba donde uno espera, aunque es fácil perderse. En caso de pérdida caerá sobre nosotros un aluvión de inconvenientes.

—Me gustan los caminos largos. Me gustan las historias que no comienzan de una manera convencional y me gusta transitar los finales que rehúyen el punto final.

Uve comprobó posibles movimientos y puntos luminosos en los tres espejos retrovisores.

—¿Tienes sueño?

—No. ¿Tú estás cansada?

—No.

—Podíamos estirar las piernas —propuso Efe.

—¿Quieres que pare?

Efe quería cambiar el asiento con Dan y por un momento acercarse con los sentidos ávidos de certeza a la inexpresividad de los errantes.

—Para —pidió.

Uve redujo la velocidad, apagó la radio y empezó a buscar un páramo donde estacionar el coche con las luces de emergencia activadas.

—Hay unos cuantos por todas partes —murmuró Efe.

De noche es más fácil equivocarse al elegir.

—Ten paciencia.

Dan se sobrecogió.

—Despierta.

Uve ya enfilaba el desvío.

—No duermo —protestó Dan. Pero su voz le delataba.

—Creía...

—Te equivocas. —En la oscuridad es fácil equivocarse—. No me he dormido.

Efe le rozó el brazo.

—Qué...

Extendió el dedo señalador en la dirección de la peculiar concurrencia que en sus ojos desprendía haces de luz mortecina, similar a la de los estertores del crepúsculo.

—¿Ves lo mismo que yo?

—No veo nada —dijo Uve. Dio un respingó y salió del coche a estirar las piernas.

Efe salió del coche y se llenó de presagios con el sibilante aire nocturno. “Son voces.” Dan, un tanto torpe, le imitó.

Lo que manaba de las oquedades excavadas artificialmente en la parcela de suelo blando y crujidor era una mezcla de sonidos asimilable a la producida por una confusión de voces y pisadas, amplificada por un aire indolente.

“Cámbiame el sitio.”

Dan le cedía el asiento y la fatigosa responsabilidad del copiloto. Pero antes de volver al coche desvanecido por el sueño, a cada instante del viaje más parecido a un espectro de rígida atadura en el semblante, avanzó por la tierra de nadie incorporado a la comitiva de presencias fantasmales

arrostrando él también una carga sobre la memoria. Caminó entre ellos unos metros hasta que de súbito, aunque sin precipitación, se agachó a recoger algo del suelo y lo metió en uno de sus bolsillos.

—Eres un tipo generoso y discreto.

—Gracias...

Uve activaba su cuerpo con una improvisada tabla de flexiones.

—De nada. A mí también me ha ido bien descansar. Con la tensión del viaje y las ganas de llegar cuanto antes no reparas en lo forzado de la postura y en lo dolorido que te queda el cuerpo.

Efe intentaba descubrir qué había cogido Dan del suelo.
“Algo caído.”

—Es como si al cuerpo, y en concreto a la cara por ser la parte más visible, le desaparecieran con los kilómetros todas las expresiones menos una.

“Un objeto tirado por alguien.”

Uve lo admitió con una sonrisa. Con el ejercicio y una serie de lentas y profundas inspiraciones y espiraciones sentía recuperar el tono muscular y el espíritu gozoso de la aventura.

—Es verdad. Al cabo de las horas parecemos autómatas del Museo Casa Lis, con el movimiento corporal programado y el dibujo de la cara invariable. Vivos pero muertos —añadió divertida.

“Una cosa perdida y casualmente recuperada.”

Efe flexionó los brazos y las piernas dirigiendo muecas grotescas a la opacidad nocturna.

—Puede que sea al revés: muertos pero vivos. Especímenes del Museo Mütter.

—¡Oh, vamos! —protestó ella con un enfado que rasgaba la oscuridad—. Si no es una broma voy a pensar que tienes la mente enferma.

En una ocasión que Uve jamás olvidará por el asco y la impresión emocional que le produjo —aunque no sació enseguida ni con disgusto los ojos de las monstruosidades patológicas y anatómico forenses y las prácticas rituales funerarias—, ella y Efe navegaron las páginas en Internet del Musée Dupuytren de París, del Mütter Museum de Philadelphia y del Museo de las momias de Guanajuato, además de una surtida colección de fotografías post mortem la mayoría tomadas en la época victoriana.

“¿Casualmente, Dan?”

Tras el intensivo visionado, Uve sintió arcadas y remordimientos, y durante unas cuantas noches pesadillas —imaginándose transportada a uno de aquellos santuarios de las anomalías— que más que asaltarle alevosas al quedar dormida, eran inducidas por el vívido recuerdo del viaje truculento y macabro que persistía en su memoria. Efe le dijo que no debía culparse por descorrer los cortinajes de la curiosidad.

—La investigación es la actividad humana más hermosa y gratificante.

—A la ciencia lo que es de la ciencia —replicó Uve—. Hay cosas demasiado extrañas y perturbadoras para mi sensibilidad; paso de entrar en terrenos escabrosos. Con una vez basta y me sobra.

Efe le pidió que apagara las luces de emergencia.

—Quiero ver lo que nos depara la noche.

Uve accedió.

—No creo que nadie vaya a chocar con nosotros a estas horas y en esta carretera comarcal.

—Al contrario. Con las luces apagadas no atraeremos a nadie —dijo Efe.

Liberado de la competencia luminosa intermitente retornaba a los ojos de Efe el desfile de las criaturas amorfas.

—Es una noche oscura —dijo Uve. Bebió agua de la botella que le entregó Efe. Encargado del suministro, era la segunda botella que abría; el agua estaba fresca y sabía muy bien. También abrió un paquete individual de galletas integrales que igualmente le ofreció y ambos ingirieron a pequeños mordiscos.

Soplaba un aire desmayado que contribuía a diluir en el manto de sombra las trémulas presencias de los errantes.

—¿Ves algo?

Uve se movía con cautela alrededor del coche a una distancia inferior a diez metros.

—¿Por dónde?

Efe señaló al azar con los brazos.

—Aquí, allá...

Ella no veía nada distinto a la estampa de la penumbra.

—¿Y tú? ¿En qué te has fijado?

“Las caras sin facciones.”

Ciega para esa visión, Uve no podía fijarse en el cortejo de personajes indefinidos tan parecidos entre sí con la falta de luz y la nula exposición a su reconocimiento que le hubiera sido imposible clasificarlos por la edad, el sexo o la altura.

—En nada.

Era inútil pedirle que se fijara en las caras.

—Estamos solos, menos mal; menudo susto me llevaría ahora si no —dijo Uve escuchando el manso ruido de sus pasos en círculo—. La verdad es que es agradable sentirse

relajado. Y lo mejor es que no tengo ni pizca de fatiga.
¿Tienes sueño?

Efe se acercó a mirar el asiento posterior del coche.

Dan se había desfigurado en la oscuridad, de él no partía un reflejo ni una vibración.

“¿Eres uno de ellos?”

—No.

El cortejo de personajes indefinidos en flujo parsimonioso, que Uve no veía, marchaba en silencio por una penumbra tremolante que en los desiertos y con intensa radiación lumínica pinta espejismos.

Uve ganaba confianza. Cauta al pisar aquel suelo de fisuras pero decidida a imprimirle su huella, enfiló el límite boscoso a un centenar de metros y se abrazó al árbol extremo...

“Dame tu energía.”

—Recibo la energía de la naturaleza.

..., un roble veterano y robusto de tronco leñoso...

“Te hago entrega de mi don.”

—Me invade el mágico poder de la naturaleza.

..., con las ramas flexibles y nudosas...

“Tú me haces entrega de lo que ambicionas.”

Efe rodeó el abrazo y se colocó detrás de ella.

—¿Por qué has elegido esta ruta?

..., plantado sobre un peñasco en la marca fronteriza.

Uve había cerrado los ojos y apoyaba la mejilla en la áspera corteza.

—Escoge un árbol de este penacho. Acércale el oído y escucha si pronuncia tu nombre.

—¿Ha sido idea tuya?

Uve besó el tronco.

—Me lo sugirió Dan.

“Te he puesto en el camino.”

Los espejismos son un reclamo engañoso.

Efe se acercó poco menos que arrastrando los pies hasta el borde fragoso del peñasco, donde las intrincadas raíces de los árboles en la frontera de la tierra y el aire se combatían en los huidizos centímetros de su tramo exterior.

—Ten cuidado —le advirtió Uve, lejos por detrás.

Encaramado al epítome de su obsesión, disuelto en el paisaje de sombras, Efe remontaba un curso turbulento de coincidencias en el que flotaba una llave, el plano avejentado y rugoso de una vivienda significada al misterio, y las caras y los cuerpos de los seres que en su potestad crean los sueños.

9

“La vida es...”

Un vehículo de transporte perfecto manejado por un conductor inexperto.

La vida, en interpretación del individuo Efe —también para el minoritario sector crítico de los humanos pensantes que ha descifrado el concepto—, es un mecanismo de precisión configurado para soportar durante un tiempo indefinido, pero abocado a un final por cese de actividad en las funciones originales, la incredulidad probatoria de su agraciado destinatario.

“... un placer y un pesar, una constante innovación...”

Hacía frío en la recóndita aula donde se celebraba el examen selectivo de la cordura —si apruebas te quedas, si suspendes pasas.

“... y una repetición cíclica.”

Efe, que era el examinado, sentía clavada en la carne y en los huesos de su desvariada humanidad la admonición de la consciencia, implacable en su cometido, que deja aterridas a las criaturas virginales y empapadas de sudor gélido y ansiedad a las maleadas y a las excedidas en su albedrío.

Reinaba un silencio estatuario.

Por debajo del otero —el sitial del examinador— titilaban las estatuas errantes perfilando un lecho intransitado. Era como la luz desvaída que emiten los ojos abiertos de un muerto.

Efe entornó los ojos, temía las consecuencias de su más arriesgada incursión.

“La posibilidad...”

La posibilidad distanciada de la voluntad progenitora, huida, deslucía mortecina, empañada de mate, a intermitencias de abecedario morse —S.O.S.— en su vieja guardia de intentos caóticos; transmigraba por inercia en el adarve del polvo estelar de la legislatura al vagabundeo mendicante y a la peregrinación de asilo. Sonaba perdida, audible su desconsuelo por una ristra de ecos a modo de balizas de ondas, en lastimosa demanda de ayuda, indicando a los vigías del mundo real su posición en las coordenadas del mundo posible. Podían transcurrir semanas y meses —o un ciclo vital completo— inmersa en la desamparada búsqueda de un aposento quirúrgico donde alumbrar el producto de la imaginación. La soledad del furtivo, el desapego, la inconsistencia, todo ello conjugado en ese periodo temporal, infundía a la posibilidad un salvajismo errático, todavía no desasido de la prudencia, que la desplazaba del muro de ronda a la angostura socavada de las veredas y a las estriadas plataformas de los desfiladeros. En lo alto del andamio tundía el grito de la decepción: ¿por qué?, la voz que antes de ser oída quiere escucharse en el abismo de la antinomia veteado de contrastes e injerencias de miedos y rabias. La invocación a la asistencia era la llamada del espíritu que desfallece al borde del vacío; era la provocación desnuda de aditamentos, pura, genuina, que habita a duras penas en los eriales.

Por debajo de la eminencia pétreo aparecían y desaparecían inciertas figuras que si algún color les correspondía era el de la sombra, condenadas por la perspectiva a una revisión bidimensional. Ninguna de ellas, podía afirmarse, se había excedido al actuar, ni había traicionado o pervertido el itinerario ni el desarrollo del juego dentro y fuera

del tablero concebido por el creador. En realidad —el sustantivo percute y rebota en la garganta—, la realidad es que la imaginación del creador se personó en la causa en un momento de vacilación e interpuso una demanda de racionalidad que afecta en particular a un tercero, considerado en la elección de los actores paradigma de realismo, y esto ha ocasionado un desgraciado incidente en el curso de la trama calificado por la autoridad perentoria como una acción irreparable que conlleva la inmediata suspensión de la obra.

Efe parpadeaba al ritmo de paso de las figuras vestidas de sombra.

“Yo, tú, él, yo, tú, ella...”

Desde su atalaya de mundo a oscuras, manteniendo un precario equilibrio entre lo posible y lo real, eran indistinguibles para Efe el perfil y la singularidad de cada una de las figuras que igual quietas que en movimiento erosionaban el cuadro de imágenes fortuitas. Lo que equivalía a pensar que no había diferencia entre las figuras sino que todas eran sólo una; la proyección dispersa en abanico por un prisma de luz de la única, el reflejo ilusorio del personaje central acosado por el remordimiento y herido por su carácter fantasioso y su alimentada personalidad maníática.

Casi perdido el equilibrio.

La trepidación que llegaba a los exhaustos sentidos de Efe ascendía del suelo hollado por las figuras posesas, inculadas de fiebre por la mordedura de un delirio.

De una oscilación vertiginosa.

Síntoma y remedio de la necesidad duplicada en los mundos antagónicos, un día complementarios por su concomitancia.

En los que incidió la luz oblicua nacida de un meteoro para proyectar instrumentos de sombra, portadores amorfos de los deseos transmutados en voluntad.

Una voluntad enajenada al deseo.

Una paradoja.

La faceta rebelde de un escéptico transeúnte por los cuatro sabores de la ironía.

El más estrafalario semblante de la provisionalidad.

Reproducido a escala del estremecido observador.

Con el alarido de la tierra bajo los pies, adelante del inminente seísmo que desmoronará el escenario y engullirá a los actores.

Un segundo, quizá fueron dos o tres los segundos que bastaron a Efe, el director de operaciones convicto y confeso atrapado en las fauces de la roca justiciera, para con la mirada extraviada en la frontera de los mundos absorber el papel de los figurantes.

Una representación fascinante de cuya vigencia habla el título de existencia concedido a las versiones de la única proyección.

La instancia suprema de la vida.

“La vida es...”

Posibilidad, elección; en el nivel positivo.

Recaída, en el nivel negativo.

En eso pensaba Efe al desandar la última etapa de su viaje íntimo.

10

Era una afortunada coincidencia el que ambos vivieran en la misma ciudad. Cuando lo supo, en el preludio de la despedida frente a la casa oculta, Efe vio el cielo abierto. La proximidad de los domicilios habituales le facilitaba la relación con Lina, porque se sabe a las claras que una relación a distancia puede ser demasiado perfecta o demasiado imperfecta. La buena noticia le permitía explorar un nuevo mundo que le ilusionaba.

“Depende de mí.”

Era una decisión importante, un auténtico compromiso de los que calan hondo y dejan secuelas, que debía tomar de acuerdo con ella. Y aunque en su fuero interno ya había apostado el resto por la feliz iniciativa, guardaba una carta tapada para descubrir en el tapete su juego ganador.

“He de volver.”

Cuanto antes. El tiempo pasa rápido y es inmisericorde con los pasajeros que han llegado tarde a la estación. Un retraso injustificado, una dilación cobarde, daría al traste con sus fundadas expectativas. Le apremiaba acabar con el turno de los descartes y reforzar su apuesta.

Efe regresó solo y en una fecha laborable al lugar de los hechos; se las había arreglado en su trabajo para disponer de unos días con cargo a las vacaciones.

El viaje en coche siguió la misma ruta y cumplió idéntico horario y paradas que el anterior. Quiso que en el presente de segunda ocasión provocada todo fuera una repetición exacta de la primera vez, pero en el último momento

creyó oportuno cambiar de alojamiento y de horario de visita a la casa; eran a su juicio los dos condicionantes que podían impedir la objetividad que entonces se exigía para confirmar definitivamente su atracción.

“Iré después de cenar.”

Ni un alma en las calles ni estrellas en un cielo apelmazado. Pocos ruidos que traía una brisa no obstante encrespada. Muchas sombras, de variada índole, arracimadas en las salpicaduras de luz, proyectaban sucesiones de fotogramas en el interior del haz luminoso, cabriolando de foco a foco por tierra y aire cual insectos de raro orden, hasta resolverse en vapores justo en el linde del muro de la casa oculta; el final del mundo conocido.

“Quiero conocerte.”

—Si pudiera te la regalaría —le dijo Uve.

Efe contemplaba extasiado un edificio de dos plantas y buhardilla, quizá con sótano y bodega y un pabellón anejo a la estructura principal y un templete, imposible de apreciar, salvo una porción entreverada de ramaje y claroscuros de la obra cimera, desde el lado callejero del muro.

“He venido a presentarme.”

Ella le preguntó qué tenía de especial esa casa sobre la que sólo cabía especular.

—Una casa encerrada tras un estorbo visual de gran magnitud. ¿No te desinfla el interés? ¿No te abate el ánimo? —Efe negaba con leve cadencia de cabeza y labios—. ¿Qué te dice?

—Sé que habla, pero no a quién se dirige —respondió en un tono ambiguo que admitía interpretaciones contrapuestas.

—No sabes si es una ruina o un complejo de ocio con el derecho de admisión reservado —bromeó ella.

Efe negaba con liviana expresión corporal.

“He acudido a la llamada.”

—Es un hogar...

Impactada por la emotividad de la frase, Uve cejó en su tentativa de rescatarlo del ensimismamiento con pullas irónicas.

—Puede que sea el hogar de un misántropo a quien molestan los curiosos. Si tanto te interesa, ¿por qué no preguntas por la historia de la casa y sus propietarios? Preguntando se averigua la verdad; yo te ayudo. Plantéatelo racionalmente y no le compliques más la existencia a tus neuronas.

Imaginar la casa vertida en la irrealidad, con un cálculo de sus posibilidades en la vertiente irreal de la vida.

—La racionalidad por bandera.

—Sí.

—¿No te aburre? —Antes de que Uve proclamara su alegato en pro de la racionalidad, Efe le preguntó si ella se avendría a vivir en esa casa—. A tu edad y en un lugar como este, con sus ventajas y sus inconvenientes, consumiendo aquí los días del futuro.

Era una pregunta decisiva para Efe.

Frente a la casa oculta, de noche y de día, a intervalos de tiempo aleatorios, Efe había inventado en veinticuatro horas una posibilidad para él y otra para Uve; dos posibilidades intrínsecamente enlazadas pero independientes, autónomas de su creador y de los usuarios.

Al siguiente amanecer condujo su coche en dirección a la ciudad con el dilema resuelto.

Una afortunada coincidencia, se repetía camino del encuentro.

Efe había esperado una semana para telefonar a Lina, el margen de tiempo que no pecaba ni por exceso ni por defecto. Ella aceptó la invitación a un paseo y conversación fluida que derivó en cena y la promesa espontánea de continuidad.

Sin ninguna presión, Lina fue refiriendo con cada cita de la fase preliminar los aspectos de su vida que Efe deseaba conocer, y que incidían en el genuino nexo de su relación: la casa de los antepasados tapiada por un insulso muro aislante.

—¿Cuál es su sentido?

—Protegermos de la decadencia —confesó llanamente Lina.

—¿Solamente?

—Bueno..., y asegurarnos una estancia íntima.

El abolengo de su familia hundía profundamente sus raíces en el territorio. Su escudo de armas, con la representación del emblema del antiguo linaje, fue el pionero en blasonar la fachada de una vivienda de la comarca, otorgándole la calidad de residencia señera de personalidades esclarecidas, administradores de Gracia y Justicia por encomienda de la autoridad regia.

En su etapa álgida, la de mayor lustre público, la casa dividía sus funciones en hogar y palacio de audiencias para dirimir litigios y aplicar requerimientos y sentencias. Luego, cesada la función jurisdiccional, mantuvo la casa el legado de prestigio y con ella los moradores que la heredaron.

Tardó en disolver el inefable discurrir del tiempo aquella reputación que aleccionaba de padres a hijos la infancia

y juventud de los portadores de los apellidos. En ese periodo de niñez y adolescencia, que Lina enmarcaba en el salón de la memoria, es donde ponía el acento a su aprendizaje.

—Conservo el recuerdo de la plenitud —enfaticó. Una plenitud de sensaciones, con juegos al aire libre y descubrimientos por doquier, parcialmente adquirida en las celebraciones familiares habidas en la casa y los tres periodos de vacaciones escolares. La naturaleza feraz ejercía su magisterio en los sentidos, impregnando de bellos olores, colores, sonidos, tactos y sabores a los alumnos aventajados, anhelantes por instruirse con la pureza del aire y los paisajes—. Hasta que las decisiones al respecto de mi vida, y la de mi hermano, cambiaron de titularidad.

Efe asentía con gesto comedido e introducía frases cortas mientras escuchaba la historia de Lina.

—¿Crees que eras feliz?

—Sí. Y desgraciada. —Cuando ya podía comparar lugares y momentos, un par de días antes de la expulsión del universo maravilloso al acabar las vacaciones Lina sentía acometidas de malestar y desasosiego que evidenciaba—. No quería irme. —De ella tiraban con rabia y dolor de sangre usurpada las fibras sentimentales al percutir en su cabeza la cantilena de que era una obligación el prepararse para una vida nueva y distinta—. Me rondaba un pesar aplastante. —Se envolvía de silencio y melancolía, que imitaba fielmente su hermano, y en ese trance de hirientes y costosos preparativos para el adiós episódico deambulaba por las salas, recovecos de escalera y despensa y las habitaciones vacías de la casa, y por el recinto exterior ajardinado derramando lágrimas y prodigando en el ambiente su desconsuelo por la extracción. Cariacontecida,

errabunda por las sendas del mundo querido, llevaba a rastro la pena íntima en acto repetitivo para depositarla en el cuadro de agua del estanque situado en un confín recoleto del edén apto para adultos, cercado de barda, con el único acceso viable para los profanos del funambulismo por la artística pasarela de metal labrado cerrada a cal y canto en la boca de recepción.

Su hermano sufría menos con el final de la aventura ociosa, habiendo asimilado correctamente el imperativo de las circunstancias. Él debía obedecer, igual que ella, pero Lina se resistía a aceptar los traslados sin escenificar su notorio desacuerdo.

La vida de Lina experimentaba los efectos de un cambio radical al salir de su mundo.

Y el cambio radical fue paulatinamente apoderándose de ella y ensanchando la brecha en la dirección opuesta a la de la nostalgia. ¿Qué había sucedido para levantar una barrera divisoria entre su presente y su pasado?

¿Era el desvincularse su meditada reacción ante lo inevitable?

La actitud de quien ha desistido de plantar batalla.

Inesperadamente para los cronistas de su historia, venía en ella el signo de la mutación; de pronto le costaba cumplir el precepto de la vuelta al lugar amado. Aun así regresaba al lugar que había amado con intensidad y pasión, pero desgajada de la estirpe y excluida de cuanto acaecía a cubierto de techo y ramas en las vacaciones. El viejo mundo constataba su transformación a la par que ella, inmiscuida en el seno de las aspiraciones, se cercioraba del deterioro de las hermosas estructuras con alma propia.

El viento que soplabá de poniente removía las páginas de las historias individuales y las hojas de los árboles y arbustos, un viento de mudanza; un viento que al descubrirla postrada en su conversión le extirpaba con fin terapéutico los sueños de antaño.

Con la irrefrenable locomoción del viento, Lina adopta lo efímero como norma y concepto de vida: no perpetuarse en geografía alguna, no pertenecer en exclusiva a ninguna sociedad y mantener para sí el mundo perfecto que fue un día; y sólo volver a ese lugar idílico cuando nadie lo atestigüe y dejarse ver, unos instantes, si la causa lo merece. La utilidad del extenso muro, aquel obstáculo físico, acústico y visual desposeído de evocación poética, era precisamente la de ocultar las presencias estables y las apariciones esporádicas.

—¿Fue un acto de rebeldía?

—Uno de tantos —confirmó Lina.

Efe esperó el momento oportuno, dictado por una apreciación subjetiva, para preguntarle por aquella primera vez, desencadenante de su futura relación, a la puerta de la casa de los antepasados.

—Uno de los importantes.

—Sí, porque se acercaba la decisión final. Pensaba seriamente en despedirme para siempre de mi pasado.

Quería desasirse de un pasado al que no pertenecía por voluntad ni con el que ya se identificaba. En Lina habían sucumbido a la presión del cambio el arraigo y el apego.

—¿Es posible una vida sin arraigo ni apego?

—Es posible —asumió Lina—. Pero la respuesta a esta pregunta está en ti. Yo creo que te has hecho una pregunta y únicamente tú debe responderla.

La afortunada coincidencia de vivir ambos en la misma ciudad, suponía que Efe trasladaba su ambición a un terreno favorable para él y no a la inversa, cosa que pudo haber ocurrido en otra circunstancia que la de una Lina desprendida de su historia.

¿Cuál hubiera sido la decisión de Efe en el supuesto contrario, que era, al parecer, el más lógico? ¿Optaría por echarse en brazos de la nueva vida? ¿Se protegería las espaldas con un camino personal, oculto, de vuelta?

Efe puso en cuarentena el desarraigo de Lina. Aunque la ocultara —como se oculta una casa detrás de un muro o un camino de vuelta tras enramadas y parapetos semánticos—, su historia se registraba íntegra en la memoria de la casa y sus habitantes.

“Los muertos y los vivos.”

Pero la ruptura de Lina con el viejo mundo era un hecho incuestionable del que ella fue haciendo gala; un fenómeno, a juicio de Efe, a diario acrecentado con una aspe-
reza patológica, tendente a la negación de cualquier existencia vinculada con la casa, que derrumbó los cimientos de la relación convirtiéndola en añicos.

“Dispersados por el viento enterrador.”

Efe no llegó a comprender la inquina de Lina por lo que a él tanto atraía. Ninguna de sus preguntas al borde de la desesperación pudo rasgar el pesado cortinaje de los labios sellados.

“Todo está dicho.”

11

Lina supo de la existencia de Uve, una amiga especial con gran desenvoltura en el trato privado y persona de absoluta confianza, después que Efe conociera la de Dan, el hermano y personaje adjunto de la actriz principal en el reparto de su obra.

Los cuatro formaron un equipo bien avenido al poco de tender puentes los artífices de la presentación. Lina aportaba como iniciativa de expansión a Dan y Efe condensaba su prerrogativa social en Uve; un trámite de doble pareja sobre cuya responsabilidad, si la hubo individualizada, no figuraba ningún documento acreditativo al que se pudiera recurrir en un litigio de paternidad.

Efe achacaba los esfuerzos integradores a Lina; y ella aducía que ese era el comportamiento natural en los seres cívicos.

La posterior relación de Uve y Dan fue un asunto exclusivo de ellos dos. Al respecto, Lina estaba contenta mientras que Efe se mostraba dubitativo, tirando a la reticencia; aunque por un tiempo prudencial, según su cálculo, se guardó de poner mala cara al intercambio de afectos.

No iba a funcionar, se decía; eran incompatibles.

Pero la predicción negativa de Efe cayó en saco roto porque la evidencia es que Dan y Uve congeniaban, se compenetraron enseguida. Y navegando a velas desplegadas por un mar en calma hacia un horizonte limpio de tormentas lo normal era lo que sucedió; el anuncio de compromiso estaba cantado, y el de boda repicaba con sonos de felicidad duradera.

En la cruz de la moneda, la nave de Lisa y Efe, que con anterioridad había zarpado de puerto, surcaba al paio mares procelosos, avivada la inclemencia con la transmisión muda de reproches —en los que nunca destiló el odio, justo es decirlo— hasta que embarrancó, guiada al cementerio de roca pelada, y hecha trizas la quilla e inundado el casco por las múltiples vías de agua, la tripulación la entregó al desguace en una sencilla ceremonia funeral.

Lacónico y solemne, Efe se lo comunicó a Uve.

—Se acabó.

—No me extraña —le reprendió ella.

A diferencia de otras situaciones por ambos evocadas en el repaso periódico de equivocaciones, el abatimiento de Efe era manifiesto esta vez.

Ya se lo había dicho y no quería hablar más del asunto; las espinas largas se clavan hondo, duelen al entrar y salir y cuestan de sanar.

—La poesía no es un bálsamo para ti. Has vuelto a correr demasiado, como un loco. Lo tuyo es tropezar siempre con la misma piedra.

—Con la única piedra —aceptó Efe.

Uve le acusaba de agotar rápido el manantial de la pareja —y el de cualquier relación con los semejantes, enfatizó, pese a creer que no existían semejanzas de calado entre Efe y los de en teoría su especie— que había convertido en torrente desde el escarceo inicial.

—Muy tuyo lo de pisar a fondo el acelerador de las acciones para luego frenar de golpe quemando los neumáticos. Arrancadas de caballo y paradas de burro es tu especialidad.

Uve estaba molesta pero no sorprendida.

La mutabilidad que en una imitación de examen forense diagnosticaba Efe a sus pacientes la traducía ipso facto como inconsistencia, y coloquialmente al reportar sus averiguaciones a Uve, de actitud superficial.

—Rascas y...

—¡Tú hurgas, querido!

Y él, buscando el cielo con su mirada, zanjaba el episodio con una anotación lapidaria y de nuevo acudía al reclamo de las posibilidades.

La posibilidad es una modalidad fundamental del ser.

¿Eso qué significa?

La posibilidad suele conjugarse con la necesidad.

¿Un maridaje de alimentos sólidos y líquidos?

Aquello que no es necesariamente falso cabe que sea posible.

¿En todos los mundos?

En al menos uno de los mundos posibles con relación a un mundo dado.

¿Cuántos mundos posibles hay?

Tantos como situaciones describibles por enunciados sin contradicción haya.

¿La posibilidad es refractaria a la coherencia lógica?

Alistada en el dominio de los métodos practicables, una noción cercana a la posibilidad es la pertinente en los mundos físicamente posibles donde valen las leyes de la naturaleza conocida.

¿Parámetros de realismo para una concepción ilusoria?

La realidad, todo lo que es real, se halla dentro del ámbito de la posibilidad, todo aquello que es posible. Algo es real sólo si es posible.

¿Y viceversa?

La realidad es una especificación de la posibilidad.

¡Convénceme!

Siéntelo.

¡Insisto! Es mi privilegio como fiscalizador de conductas.

La existencia de la entidad posible difiere de la cosa física.

¡Insuficiente!

La entidad posible es; su ser consiste en residir en una percepción que las alberga hasta la disposición para el uso.

¿Un uso previamente actualizado, como al adquirir en el mercado de la oferta y la demanda una tecnología de última generación?

Nada es como fue.

¿Pero alguna vez lo fue?

La posibilidad implica la separación entre el pensamiento y la existencia. El pensamiento y la existencia son dependientes de su misma esencia, las dos son piezas de un único mecanismo repartido en el que no cabe la escisión de los extremos; pero de producirse, el defecto de funcionamiento está servido.

¿Alguna vez se ha completado la posibilidad?

Idealmente lo posible puede ser completado. Pero el acceso de la posibilidad al plano de lo real se cobra un peaje de exclusión que suprime al pensamiento y a la posibilidad. El temido momento de la conversión.

¡La eclosión de la consciencia!

Una imposición que somete y castiga.

¿De cabeza a la reinscripción?

Darse de bruces con todos los obstáculos materiales e intelectuales que la benevolencia de la posibilidad omitía.

¡El baño de realismo!

Rota, quemada y esparcida la ceniza de la más extraordinaria y cautivadora historia concebida por la imaginación.

Moraleja...

Lectura de la apostilla de los mundos posibles.

Efe

—Es mi regalo.

Efe le dio en mano una carta.

Uve rasgó el sobre por una arista lateral, extrajo el papel que contenía y leyó la letra autógrafa.

—¿Qué me regalas?

—Una posibilidad.

También para ella había una posibilidad en aquella historia personalizada de cuyo inicio fue testigo.

“Otra posibilidad”, quiso decirle al recibir la noticia del enlace.

Con la gráfica de su relación con Dan al alza —las líneas en color verde y las flechas apuntadas arriba— era imposible que con los pronunciamientos a favor anulara la boda. Su boda. Un deseo atávico a punto de cumplirse.

El atavismo de Efe, de lo más ambicioso —un hieros gamos sui géneris—, se desmoronaba con la oleada circense de pulgares hacia abajo. Su posibilidad había fracasado y era impensable que resurgiera de las cenizas. El tribunal había dictado sentencia firme y aventaba el residuo al sumidero.

—¿Te convence?

Efe se refería a Dan, la posibilidad.

—Me convence.

El alegato final.

“No me falles”, iba a decirle Uve, exigiendo su presencia activa y cordial en los fastos.

Efe no quería ir, pero el deber moral lo tenía acorralado contra las cuerdas.

12

Jirones de claridad nebulosa se infiltraban tortuosos en la negrura del cielo.

—Sigamos.

Efe aún no quería subir al coche, la simbiosis con la oscuridad le ayudaba a controlar el vértigo.

—Espera...

—No. —A Uve le había sentado bien la parada. Con el placer del abrazo en la piel, las articulaciones restablecidas de la obligada postura sedente y la vista y los pulmones oreados estaba en condiciones de afrontar al volante un nuevo tramo de viaje—. Vamos, el tiempo pasa.

Efe se asomó desde fuera al interior del coche.

“El tiempo ha pasado.”

Dan reposaba tumbado en el asiento trasero, pero de tan encogido el cuerpo apenas ocupaba la mitad. El pasajero consorte remedaba un bulto, meramente un fardo, era como un equipaje comprimido con lo básico echado a la carrera. Parecía una sombra.

—¿Te convence?

—Me convence.

Uve lo afirmaba sin resquicio a la vacilación. Hasta se mostraba más divertida que molesta con la extrañeza de Efe, evidenciada en su voz porque la penumbra era un antifaz para su cara.

“Esto tiene que acabar.”

Efe subió al coche pensando en cómo detener la partida antes del amanecer y salir ambos del juego por la trampilla de los magos.

Las ruedas siseaban al abandonar la pista terrosa, y suavemente incorporadas al asfalto de diversos grises tardaron en escupir los guijarros que pretendían viajar de balde los kilómetros que resistiera su adherencia.

Uve encendió la radio. Efe bajó dos dedos su ventanilla para escuchar las voces entrecortadas del nocturno.

“Viento, percusión, cuerda.”

Y para mirar a las hileras de errantes ordenados y discretos, que recorrían un camino a la inversa —un viaje de vuelta—, marcado por la candente desafección; yertos los cuerpos filamentosos, mórbidamente tersos sus rostros para que sean inaccesibles a los profetas inspirados por la metoposcopia.

“Los estertores de la imaginación.”

—Tengo que decirte... —empezó Efe.

De entre las figuras en movimiento sobresalía una estática, preponderante desde su capciosa inmovilidad, adueñada del panorama que en la agonía de la madrugada revelaban los faros del coche.

—Dime —invitó Uve apagando la radio.

Efe dirigió su mirada escrutadora al aparecido estacionado en el palmo de arcén terroso de la carretera, que llenaba de escalofrío la parte derecha del parabrisas delantero. El haz de luz de los faros apenas iluminaba una fisonomía que atribuyó masculina. Al coincidir con sus ojos, abiertos e inmóviles —como los de un muerto que posa para su retrato póstumo—, tuvo la sensación de que le enviaba un mensaje personal y cifrado.

—Ves...

El hombre adulto e indemne —los muertos que posan para su retrato póstumo se clasifican por el sexo, la edad y el deterioro físico sufrido—, enfocaba su cuerpo inanima-

do hacia el vehículo que avanzaba por la carretera secundaria a la espera de que el volantazo de la conductora lo sorteara o, por un descuido achacable a la sorpresa, al deficiente estado de la calzada y a la temeridad, lo embistiera arrojándolo de su paradero con golpe sordo fuera del ángulo visual de los impresionados ocupantes.

—¿Qué?

Como Efe no respondía, Uve se giró un instante para ver qué miraban sus ojos. Con el gesto la dirección del coche enfiló al hombre quieto en el arcén y que durante una fracción de segundo centró la amplitud panorámica de la luna.

—¡Cuidado!

—¿Qué? —Instintivamente Uve dio un volantazo hacia la izquierda y otro corrector a la derecha situando el vehículo en el centro de la calzada. Le latía el corazón con la advertencia de un peligro para ella invisible—. ¡Qué!

A medida que el coche avanzaba, el hombre de ojos abiertos como los de un muerto y clavados en los suyos como los de un vivo, se iba desplazando hacia la ventanilla del acompañante.

—No has visto...

El hombre inanimado —la humanización de un poste señalizador de avisos— transmitía un mensaje en imagen a su destinatario exclusivo.

—¡No he visto nada! —protestó ella—. Me has asustado.

Efe se preguntaba por el tiempo que había esperado ese indicador con forma humana para informar a su destinatario.

—He creído ver...

“Soy el destinatario.”

—¿Qué?

—Sombras —murmuró Efe.

“¿Somos los destinatarios?”

—¿Sombras? Tus sombras casi nos cuestan un accidente. Échate un sueño y procura no enredarte en pesadillas.

“Como Dan.”

Uve buscó en los espejos retrovisores atisbos de seres vivos por detrás del coche, y al no descubrir indicio alguno de movimientos encendió la radio.

Rescatar la atención de Uve puesta en la conducción del vehículo por la virada carretera secundaria y en las melodiosas voces de la radio para que admitiese lo que ninguno de sus sentidos captaba era una tarea estéril. Ella podía decirle que de noche todos los gatos son pardos y que el juego de sombras provocado por las luces tropicadas de los faros especulaba con el dibujo fantástico de un sosias.

Se preguntaba Efe si era la suya, y no sólo un calco de semejanza con él, la figura humana que veía.

La ropa que usaba el hombre en el arcén de la carretera parecía a esas horas de apreciación confusa una copia de la que llevaba puesta Dan.

“Puede decirse lo mismo de mi ropa.”

La opinión de Uve influía en la elección del vestuario para el fondo de armario masculino, un asunto al que ella daba gran relieve; y a la recíproca, cuando la solicitaba de su acompañante en el ínterin de las compras.

Porque la prenda distintiva del hombre inanimado coincidía con el tipo de chaqueta impermeable forrada que abrigaba a Dan y con la del mismo color, diseño y hechura que Efe había colocado doblada en el asiento trasero.

—El sueño ha encontrado a la realidad —murmuró Efe.

—¿Qué?

—Pienso en voz alta.

—No oigo tus pensamientos —rio Uve.

“Nos hemos encontrado al final del camino.”

—Despertarán con el amanecer.

—¡Ah! Pues ya falta poco. Mira como clarea el horizonte —señaló Uve trazando una línea con el dedo índice.

“La luz del nuevo día despedirá la aventura.”

—Aún domina la oscuridad.

—Para mí, que soy la conductora, la oscuridad ha quedado atrás.

Se preguntó Efe si sería correcta la intuición de Uve, porque a él le quedaba una conjetura aleteando como ala de cuervo.

“¿Habrá finalizado todo al llegar?”

Permanecía muy pegada a su nuca —como si un ectoplasma en miniatura se hubiera materializado para dirigir las escenas de mayor suspense de la película con un guion desconocido para los confiados actores —la sospecha de recaer al cabo del siguiente cruce en la trampa del espejismo.

—Cuidado...

—¿Qué?

Uve desconectó la radio.

—¿Dónde estamos?

La carretera trazaba una curva larga y pronunciada que desembocaba en una travesía.

“Es una encrucijada: a un lado la cordura y al otro el delirio.”

—Voy a desviarme —anunció Uve—. A diez kilómetros hay un área de servicio abierta, y a mí me apetece desayunar y asearme antes de llegar.

—Vale.

La opinión de Dan era irrelevante.

13

La intuición tiene similitudes con el muestreo aleatorio de probabilidades, lo cual no significa que carezca de fiabilidad; depende de quién la protagonice.

—Has estudiado la ruta —comentó Efe en son de elogio a la sensatez de Uve.

—De principio a fin. No me gusta ir a ciegas.

La intuición, pensaba Efe distraída su mirada en el transcurso rutinario de la noche al día dentro de un vehículo en marcha que no conduce, es síntoma de curiosidad vital, también de interés por la investigación y consecuencia de un proceso cognitivo que persigue conclusiones fehacientes.

Aquella figura de aspecto corriente —salvo por la fijeza exangüe de sus ojos— aparecida en la carretera, esperando lo que iba a encontrar, había finalizado su búsqueda. Respondiera al encargo de alguien con poder para mandar o a una decisión personal, el hombre situado en el arcén de la carretera había acertado con su objetivo.

En eso pensaba Efe a partir de una sencilla deducción que no ponía ni quitaba elementos de racionalidad al inmediato pasado en una carretera solitaria y a oscuras con sorpresas espectrales intencionadas; y abordaba el inmediato futuro de diez kilómetros hasta el área de servicio con un vago aroma a recuerdos y causas orilladas.

Uve dirigió el coche al aparcamiento.

—Hemos regresado a la civilización —dijo Efe.

—Y tú a la réplica escéptica de las acciones lógicas.

“No lo creas.”

Se desperzaba la mañana con vahos.

—Un fresquito curativo —rio Uve.

—Voy a ponerme la chaqueta.

Dan dormía en el asiento trasero ajeno al mundo rescatado de la penumbra.

—¿Estás destemplado?

—No estoy lo que se dice fino.

Uve se aseguró de haber cerrado las puertas del coche.

—¿Te encuentras mal?

En el estómago de Efe revoloteaban mariposas.

—Mejoraré en cuanto desayune.

Uve puso los brazos en cruz, elevó el mentón y con un guiño risueño hacia los dadores de bienestar respiró hondo varias veces.

—Disfrutemos de este momento.

Efe quería sentir los goces terrenales, o al menos permitirles una maniobra de seducción, pero la vista despejada por la luz del día de una parcela materializada en área de servicio para el público en general y el tacto en el suelo que pisaba los regueros y los desechos que por su reincidencia ninguna limpieza elimina definitivamente, descomponía la sanadora imagen del mosaico de naturaleza que en la madrugada viajera le intentaba redimir de su delirio.

En esta controversia se debatía cuando percibió su presencia.

“Es él.”

Frente al espejo incluso un humano fantasioso reconoce que es la propia esa imagen mimética, redundante, modelada a semejanza perfecta del original. La coincidencia es absoluta, en absoluto azarosa, no hay casualidad que valga en el aserto.

Lo que trasluce del imposible encuentro fortuito es la obstinación del ansia, laboriosa artífice de la coincidencia.

“Es el mismo individuo.”

En cualquiera de los muchos paisajes del mundo siempre hay un motivo para enfocar la mirada hacia un punto repentinamente concreto y sugerente. Y puede que orbitando en la dirección que apunta el foco haya un semejante con un número de características oscilando entre la atracción y la repulsión.

Uve llegó primero a la puerta de entrada.

—¿Qué vas a tomar?

—No sé...

—¿Qué te apetece? ¿Qué te pide el cuerpo?

“Una respuesta.”

Uve se encaminó a los aseos.

—No pidas por mí; quiero mirar lo que hay —dijo—. Y no tenemos prisa —le recordó.

Efe se quedó solo en la reducida inmensidad de la sala con tres clientes en su pausa de trayecto. Detrás de la barra el camarero disponía las tazas y los platos para los transeúntes matutinos de la jornada festiva.

Uve se tomó su tiempo.

“No tengas prisa.”

Efe saludó al camarero intercambiando las frases de rigor en la situación precedente, además de una pregunta que no obtuvo la respuesta deseada: el camarero no conocía al hombre sigiloso y taciturno que acababa de entrar. Curiosamente la pregunta no le provocó recelo ni incomodidad.

En los lugares de paso menudean los individuos raros de aspecto y gesto que hacen preguntas nerviosas.

Uve salió del aseo con la piel refrescada. Se acercó al punto de la barra donde Efe curioseaba la oferta gastronómica y emparejó su mirada.

—¿Ya has elegido?

—Te esperaba.

—Tengo hambre —dijo ella—. Tomaré un desayuno clásico que me sostenga hasta la hora de la comida. —Indicó al camarero lo que le apetecía. Efe hizo lo propio—. Sé donde comeremos.

—Lo tienes todo organizado.

—Todo, he desistido de la improvisación. Voy a sentarme.

Uve señaló con el dedo a Efe una mesa cerca de la puerta y escogió la silla que le daba la espalda y para su bolso el respaldo de la contigua, que acercó aún más a su protección. Convertida en señuelo de escaparate.

En los cristales que daban cara a los ojos curiosos ondulaba la crisálida del amanecer, un vaporoso tejido hilado con pedrería blanquiazul, una abstracta reverberación de presagio interferida su lectura por un grupo considerable de clientes recién bajados del autocar, que en avalancha de turistas apurados por desahogar los apremios inherentes a la ruta, fue ocupando los aseos, la barra y las mesas disponibles e inflamando de voces y ruidos el ambiente de la cafetería.

“Es él.”

Con la maraña humana se coló el individuo que Efe identificaba con el insólito personaje de la carretera. A cuatro o cinco metros de su perplejidad dominada, una distancia efímera en la inmensidad del universo, aquel hombre que había recorrido los caminos de ida y vuelta a la velocidad del pensamiento aguardaba una invitación para

cruzar la frontera. Presintió Efe que con un gesto bastaría, con una insinuación de corte temerario sería suficiente para dilucidar entre la realidad de la ficción.

“Me desafía.”

A una cita anónima.

Efe destinó la visión de sus ojos a la altura de la equivalencia en aquel hombre de renovado dinamismo, en su centro de poder. De igual a igual, como en una negociación al mejor de los dos únicos postores capaces de llevarla hasta sus últimas consecuencias.

14

Justo antes de que el alba rompa la noche las sensaciones se acumulan en una persona fatigada. El sueño es, quizá, la principal, seguida muy de cerca por la confusión: ¡No puede ser verdad! Lo es; y, además, sólo un avance del relato.

Todo es susceptible de empeorar cuando al decidir se impone el miedo.

Efe reaccionó al acoso como lo haría un valeroso disidente contra la opresión. Pero manteniendo las formas en público.

“Acepto lo que me propongas. Soy el más fuerte.”

Como un liberador de conciencias y actitudes que asume por aclamación el mando de la rebelión cívica de una sociedad en contra del miedo y sus sicarios la ignorancia y la envidia, hijas del mismo padre, viejas como la humanidad cobarde, nunca sabias pese a sus muchas correrías, siempre infames y malsanas la envidia y la ignorancia lugartenientes del miedo.

Así de heroico se expresaba el ego de Efe.

La voz le recordaba a gritos por la línea de órdenes que el miedo no olvida ni perdona. También le recordaba que debía incluir a la nómina de víctimas de la tiranía en el programa de resarcimiento. El flujo emancipador comenzaba por la admisión de su responsabilidad —entonando el mea culpa— y seguía hacia los afectados, vivos o muertos, reales o imaginarios, a los que competía lo dicho y lo hecho.

“No pienso huir.”

Un tanto aturcido a esa hora temprana de sueños cruzados, con las mariposas eclosionadas al despuntar la mañana aleando en el estómago, pensaba Efe que las víctimas han de disponer de un turno de réplica y una defensa letrada que obligue, en parte o la totalidad cuando pudiera ser, a la restitución efectiva del daño causado, más una retractación directa y pronta, más las correspondientes penas legal y moral que tiendan con esa ganancia a equilibrar la pérdida. Aunque nunca la compensación repara el mal que la envidia, la ignorancia o la maldad —sinonimias de la perversión— ha producido en los ánimos libres de envidia, a salvo de ignorancia y exentos de maldad; pensaba Efe en su flamante altruismo como liberador de conciencias y actitudes.

No obstante, el espíritu de la luz no iluminaba a plena satisfacción la cara sin facciones del hombre anónimo. Y el estómago, en nombre de la subsistencia y una provisión de energía para la aventura, demandaba la ingesta apropiada de calorías.

El apetito era un buen indicio de la salud de Efe en aquella disyuntiva.

—¿Ya te has decidido?

Uve le palmeó el omóplato.

—Qué...

—Despierta, la marabunta te dejará en ayunas.

Efe lanzó un suspiro; había logrado aislarse de la animación festiva del gentío.

—Oye..., pide por mí. Yo voy al lavabo.

El desayuno de Uve les guardaba la mesa.

—Vale. Pero no te pierdas en las nubes.

La grácil emanación de Uve se infiltró por un hueco de la muralla humana en paralelo a la barra y en perpendicular

al camarero que la había atendido. Efe esperó a que hubiera pedido su desayuno y regresado a la mesa para adentrarse en el pasillo de los aseos.

Entonces desaparecieron los sonidos y varió la iluminación de la escena en una actuación conjunta de efectos audiovisuales. Por detrás quedaba un paisaje con los personajes del teatro habitual, mientras que en las bambalinas la figura ofuscada de un intérprete solista —en la que lo único ciertamente distinguible eran unos ojos de expresión insondable— aguardaba el encuentro clandestino con el actor invitado para reemprender el camino que penetra un paisaje de contornos difusos y ausencia de espectadores.

“¿Quién eres?”

Tu guía.

“¿Dónde me llevas?”

A tu deseo.

Efe vaciló. En él remanecía un deseo que minutos antes dio por amortizado, pero con denuedo también esgrimía su protesta la atracción del polo opuesto.

El guía rebosaba paciencia; no se había movido físicamente un milímetro para influir en la decisión de Efe por alguno de los dos deseos contendientes. Ni tampoco pestañeó cuando a sus ojos abiertos y fijos de acristalado mate se enfrentó una andanada inquisitiva, ni desplazó un solo músculo de la posición reposada con que soportaba la que para él no era una espera tensa.

Efe accedió al fin, vencida su reticencia; un deseo se había impuesto al otro en un marco de connivencia tácita y el arbitraje de la condición temporal.

Nadie le echará de menos con el margen del aseo en su descargo.

El guía recibió la confianza en sus ojos permanentemente abiertos y fijos. Efe clavó alternativamente su mirada en cada una de aquellas pupilas arrebatadas por el estupor.

“Increíble.”

El parpadeo caracteriza a los seres vivos, es un acto reflejo. Cualquiera de los elementos de la naturaleza, un gesto raudo de cerca, un deslumbramiento, hasta un susto o el asalto de una premonición, provoca una defensa instintiva que baja los párpados. Una frecuencia de parpadeo cada dos o tres segundos, incluso cada cuatro o cinco segundos, dependiendo del grado de concentración que domine al observado, recibe la consideración de normal.

El parpadeo es un signo fiable.

“Vamos.”

El hombre que no parpadeaba al mirar lo único verdaderamente definido en él se puso en marcha.

15

Hace años, y por pura curiosidad al caerle en las manos, Efe leyó una tesis doctoral sobre el movimiento voluntario e involuntario de los párpados. La circunstancia presente de inapreciable movimiento en los párpados del ser bípedo atirantado, que como si flotara en el aire —porque no dejaba huella de su paso— de una mañana distinta a la que presidía el área de servicio le guiaba campo a traviesa, le devolvió la memoria de aquel estudio científico firmado por un neuropsiquiatra.

Aquella tesis, como poco interesante, demandaba de lector y estudioso una reflexión ajena a prejuicios, al margen de ideas preconcebidas y de la estricta aplicación intelectiva de una lógica elemental. Esta de ahora exigía de Efe una justicia análoga.

Pero la comparación que urde un rehén es engañosa, es fraudulenta, supone una usurpación de personalidad. Un rehén de fantasía gasta el tiempo que le adjudica en pensar posibilidades que le confieran realismo y una justificación en las deducciones brotadas de la trama.

“Detente.”

Además de recuperar los hechos dirimientes como argumento creíble para exponer el desarrollo de la historia.

—¿Quién tiene la llave?

—La tengo yo.

Efe recordaba el destello filiforme de la estrella fugaz en la oscuridad de la noche por la carretera secundaria invadida de figuraciones extravagantes.

Sin duda, infirió Efe, ese individuo ubicuo de aspecto inédito quería enseñarle algo significativo y sólo a él, con un propósito que era confidencial. Pero aceptar seguir el juego sin una previa garantía, sin una condición de seguridad ante lo que pudiera avecinarse, a un hombre que no parpadea o que sincroniza a la perfección su parpadeo con quien le mira propiciaba una situación de grave riesgo.

Para decantarse por acceder a su guía, Efe tuvo que admitir que ese individuo estoico aparentaba ser tan humano como él.

16

—¿En qué piensas?

Uve sostuvo una larga mirada en el apetito con que Dan engullía su desayuno.

—Come despacio, no tenemos prisa.

Ella cortaba los alimentos en porciones de fácil ingestión.

—Dime en qué estás pensando —insistió Dan.

Uve masticaba morosamente cada bocado.

—Un estómago calmado omite el pronóstico de la adversidad para creer en las posibilidades de lo que va a ofrecerse.

—¿Y la desconfianza?

—Eso corre de tu cuenta.

Dan lo corroboró.

—Me manejo bien con los escrúpulos —dijo.

Uve no quería dejar cabos sueltos; el menosprecio y la arrogancia son abono para los errores.

—Ten cuidado. No digas nada que nos delate.

—Soy un muerto. Ni una palabra saldrá de mí.

Era por una buena causa, sostenía Uve; y Dan, el hombre jovial y solícito, estaba de acuerdo con el proyecto de vida que Uve había interiorizado tiempo atrás e imbuido de consistencia racional.

Uve le volvió a preguntar por Lina.

—Somos cuatro, ella está con nosotros sin ningún tipo de reservas y en el lugar donde gira el mundo.

En la casa, circunspecta, esperando la llegada de los tres.

—¿Lo has comprobado? —inquirió Uve.

Dan le devolvió la pregunta.

—Vengo de allí, ¿lo has olvidado?

—No. Ni que tienes que volver ahora mismo.

—Con la llave.

Uve buscó en su bolso.

—¿La tienes tú? ¿No me la has devuelto?

—La tengo yo. Está en mi poder. Yo tengo la llave de la felicidad porque ese es tu deseo.

El que les unía a la misma causa.

Uve le mandó un beso.

El hombre de los párpados inmóviles sale de un mundo para entrar en otro. En este otro mundo aún no ha amanecido, pero tampoco lo cubre la noche cerrada; la indefinición preside la entrada en este mundo.

Efe sigue al guía, pero una parte de él se rezaga y permanece en una especie de limbo hablando con una mujer de voz tierna que puede ser Uve.

—¿Dónde vas?

—Guárdame el secreto —pide Efe.

—Te guardo la esperanza —dice Uve.

Piensa Efe que la esperanza es una muda de ropa, una ráfaga de viento fresco en un medio sofocante; es pasajera aunque persistente si no se vislumbra otra alternativa; es un clavo ardiendo, una tabla escurridiza y volátil instalada sobre un despeñadero. El que la esperanza sea lo último que se pierde reafirma su condición desesperada.

El hombre que parpadea al unísono de quien observa la fijeza espantosa de sus ojos avanza con la seguridad de un guía avezado. Una vez que ha expuesto su anverso, el reverso de la figura de trazo humano se recorta en el hori-

zonte difuminado, parpadeo; transcurre un segundo y muta, parpadeo; dos segundos y se fragmenta, parpadeo; tres segundos y se volatiliza, parpadeo, parpadeo, parpadeo.

Efe ha perdido el paso del hombre por hablar con Uve.

—Hay cosas que no cambian nunca —lamenta Efe.

—¿Tienes la llave? —le pregunta ella.

—No.

—¿Ya es de día?

—Le cuesta amanecer.

—No te preocupes —le tranquiliza ella.

Efe no sabe dónde está, aunque recuerda de donde viene.

—¿De qué no me preocupo?

La respuesta de Uve es un susurro.

—No te preocupes por la llave.

El brillo fugaz de la llave ilumina la figura de la que surge.

Y Efe retoma la dirección de las partículas ígneas que desprende el guía a medida que se aleja del mundo con la hora avanzada.

—Demuéstrame que nos quieres y nunca más te evadas —se despide Uve.

Por la puerta abierta del mundo con el tiempo rescindido, que insinúa una dimensión escondida, camino de alguna parte inexplorada de su inconsciente, Efe sigue a la curiosidad sin párpados, esa que a los vivos condena a enloquecer y a los muertos a ser indistintamente objeto de estudio, fuente de piedad y motivo de repulsa.

El problema más acuciante para Efe, con los dos pies ya en el lado posible de la frontera, es atinar con una explicación válida, simple de plantear, incluso osada y pasmosa al oído, que le permita la bilocación de estar compartiendo desayuno y trayecto hasta la casa y seguir al ser extraordinario en su guía por un paisaje accidentado.

De igual modo que para no perderse en el cuadro tenebrista la única explicación es la de pisar el estrecho rastro de luz vibrante que le marcaba la ruta.

Otro paso diferente al surco excavado en aquella tierra blandeada por el guía resulta impracticable.

De soslayo, como la luz que trazan los aerolitos, le viene a la cabeza que el camino que anda por detrás del hombre con los párpados retraídos no tiene salida; como el recuerdo de algo que ha pasado desapercibido pero que, a pesar de la ignorancia, late con su anuncio: *Sin salida*. Visible en un letrero rústico hincado en el abrojal, de madera grabada por un rayo que con estrépito de trueno cayó en la Tierra una noche prorrogada durante la etapa de formación.

El guía hace caso omiso de la advertencia porque, buen conocedor del terreno, sabe que el intelecto responsable de ponerla, en una fecha hartó pretérita, y mantenerla, ceñida por una envoltura anodina, es un adicto a las paradojas. Con el personaje que abre camino no rezan los anuncios ni los obstáculos; él tan solo cumple con su deber sin cuestionar la orden y no cesa de diseminar el rastro fosforescente que delimita la ruta, como parte de su trabajo.

Efe se prenda de la aureola de combustión que emana de aquel hombre y lo rodea, que es un espectáculo con tintes fantasmagóricos; y absorto por la contemplación del fenómeno tropieza y a punto está de rodar por la estrecha

franja de suelo hábil; de tal suerte que crece enseguida su desventaja respecto al guía —cuyo paso es seguro y constante— y aumenta la diferencia entre la decisión anterior, el impulso que le ha traído, y la presente vacilación, que es un mal acomodo.

Un freno, eso es.

Una parada de tanteo, pero a ciegas.

La enésima ocasión para empeñarse en apagar la llama echándole un aliento incendiario.

Por delante de la mirada de Efe cimbreaba la figura encendida como pauta de trayectoria, la silueta en movimiento encajada en la dimensión del camino al que la luminiscencia rescata de una empecinada oscuridad y la visita inoportuna de los obstáculos. Siempre por delante de la mirada el guía y Efe un tiempo, un espacio, unas deducciones retrasado.

Se pregunta qué sentido tiene seguir caminando hacia la nada.

Piensa que alguien como él, que es una persona homologable, puede cometer la imprudencia de andar un camino que remolinea en espiral, para conseguir al cabo de los giros únicamente agrandar su confusión; pero alguien desligado de los condicionantes que atañen a la totalidad de los seres vivos racionales no comete un error ni una imprudencia ya que puede abarcar los extremos de la espiral infinita con sólo recibir la petición de quien necesita realizarse allende los límites.

Basta conocer al medio para alcanzar el fin.

Mira en derredor. Efe busca en los espejos que devuelven miradas —te veo, me ves— el reflejo de las imágenes que explican el momento que transita.

Un embrollo.

Un caos laberíntico.

Se pregunta si ha hecho bien dando pábulo a la ficción cuando ya se había despedido de ella.

Pero la verdad es que aún no se había decidido a salir de la espiral, la prueba es que acabó cediendo a la tentación de seguir al hombre de los párpados demorados en su viaje prometeico de materialización del deseo, y ahora no aceptaba resignarse a perder la codiciada guía por un raptó de sensatez.

Deja la rémora juiciosa en la orilla del camino, deficientemente soterrada a poca profundidad, y alargando la zancada se apresura a tomar contacto con el caminante impasible guiado por el resplandor fantasmal.

Tiene que aproximarse a distancia de impacto, deprisa, y luego, caminar juntos, figura con sombra, hasta llegar a destino.

Lo intenta.

Todo en Efe es intención, una que tira, aleja, y otra que empuja, acerca; duplicidad enfrentada en un silencio de palabras atenazadas.

Efe distribuye el influjo de las sacudidas sin perder de vista la radiación. Y es durante esta pausa cuando nota en el aire efluvios de memoria y nostalgia, y al instante el murmullo de un episodio fantástico que, como el pez fuera del agua, colea al borde del fenecimiento en demanda de una prórroga que suspenda la extinción del deseo.

Imposible, quiere decir. La decisión está tomada, quiere decir.

Pero Efe calla y otorga.

Entonces el murmullo, que es una combinación de sonidos, se torna música. Las notas que en melodía surgen

del instrumento de cuerda percuten graves entre los requisitos solemnes del silencio. En el mundo difuso de la posibilidad suenan las ululantes notas del instrumento de viento, danzan frenéticas y sensuales las hojas de las partituras escindidas de la obra maestra y tañen las campanas con el metal patinado.

Entonces el murmullo, que trae ecos de los días y las noches pasados, es tornavoz.

Sigue, dice.

Efe cree reconocer la llamada que en la oscuridad suena desde direcciones opuestas.

Ven, dice.

El tornavoz no apunta rectificaciones.

A gusto metido en su cama y libre de compromisos, cree Efe que se ha dormido y que está soñando.

Un sueño intercalado de secuencias de corta duración intensamente vividas. Hasta que un entrometimiento, cuya causa será pronto conocida, enfrenta a la realidad con la ficción, adversarios irreconciliables en el único mundo; un enconado cara a cara del intruso con el mago.

Al despertar, Efe piensa que lo ha soñado.

El regreso del sueño es tranquilo y Efe siente que le domina la seguridad y la certidumbre, le complace el abrazo de la calma.

Del sueño —en su creencia de que lo es— a Efe le resta la vaguedad de unas imágenes que a base de propósito componen una secuela de la película original, que infiere a consecuencia de un sueño. Otro sueño de los que, como la matriz, cuesta atrapar en la sala de interrogatorios y cuya voz injerida de sonidos conexos serpentea del enunciado

verdadero al enunciado falso con argumentos correlativos a la oscilación.

También es consecuencia de un deseo, de un ansia, que en Efe son fuerzas muy activas; antes de que fuera un sueño, y de que el sueño pariera sueños, él estaba despierto y receptivo frente a la casa.

Sumido en esta dualidad de poderes intenta establecer con criterio el límite de la posibilidad; pero como en él no hay constancia de una enmienda completa a la historia pasada, a la que parecía denostar, de nuevo ha traspasado la frontera hospitalaria de la racionalidad y sobran las disquisiciones entre el ego y su álter.

Ahora fiado a un lazarillo.

Fin de la pausa, Efe reanuda el camino con la vista puesta en el horizonte.

En un abrir y cerrar de ojos —lo que se dice un parpadeo— pasa de arriba abajo, de la luz tenue y sugestiva que irradia el guía a un precipicio opaco y voraz.

Un susto tremendo.

Una contrariedad.

Efe cifra su esperanza en que la añagaza que lo succiona se trate de la burlona deriva de un sueño.

Es una trampa y he caído como un estúpido, piensa Efe molesto consigo mismo.

Si es un sueño, ¿para qué inquietarse con lo que vaya a pasar unos segundos después?, se pregunta. Si es un sueño acabará despertando y entonces buscará su interpretación. Pero si sólo vive un sueño, ¿por qué siente la ficción con la intensidad de un suceso real?

Efe resopla enfadado por haber perdido la referencia del guía.

¿Y ahora qué puede hacer?

Piensa mientras cae en la imposibilidad de cubrir una distancia precedente si la movilidad del objetivo es superior a cero y la suya desciende a nada, a una persecución en vano tan anterior y disuelta como el sumidero que lo absorbe, tendida a propósito para cazar desvaríos.

Efe sigue su largo descenso de marioneta.

Recuerda que el suelo se hundió bajo él cuando dejó de mirarlo. Y cuando lo mira ve su caída hacia un tablero escaqueado; y cuando escucha oye la música que presiona las teclas en blanco y negro: sí, no, sí, no. Su caída es giróvaga, mareante, a velocidad de rendición de cuentas, ve-teada de suspense novelesco, de secuencia epistolar adaptada a la gran pantalla, a la pequeña pantalla, al monitor insertado en su alteridad.

Nada externo opone resistencia a su caída. No le sorprende, pero se exige un protagonismo mayor que el de una marioneta echada al olvido. Es la exigencia del cegado por la oscuridad cuando, de repente, aprecia una luz y hacia ella quiere dirigirse.

La clave es el movimiento, piensa Efe; y así se lo indica a su desdoblamiento. La clave es la reconstrucción de las etapas del trayecto, piensa Efe; y se obliga a leer en su memoria lo más inmediato, las etapas del trayecto de ida: la primera, en la sala de conciertos; la segunda, carretera adelante; la tercera, un alto en el viaje para separar los dos mundos en conflicto. La configuración del trayecto de ida es clara y conciso su resumen; aunque también intrigante, puesto que en la ruta dispuesta por Uve no había previsión de opciones, mudas de emergencia ni retorno. Era un viaje de dirección única.

Un viaje de proyección sideral, con cúmulos estelares, galaxias multiformes y agujeros negros, fantasea Efe apenas preocupado ya por una caída amortiguada por el lema siente y discierne.

Un descenso por el canal de entrada, piensa Efe.

Había salido y ahora entraba; pero también al revés, cosa de la que se acuerda y sobre la que no va a engañarse: había entrado y ahora salía. Está seguro de que sale de la manga succionadora porque nota como la caída remite y muda en suave deslizamiento hasta el fondo escaqueado.

Efe se pregunta dónde ha llegado.

Como no ve letreros ni puertas que salten a la vista ignora si es huésped en un lugar presidido por la vida, un florido renacimiento, o dedicado a la muerte, un mustio sepelio.

Al hilo de la sutileza y expuesto a la vanidad del que ha superado una prueba máxima, Efe cree que su viaje a través de la sima de la transición le afirma en un pedestal escarpado por encima de la yerma vastedad pastosa y encenagada que pueblan los seres volubles reducidos al acogimiento oneroso de sus necesidades primarias.

No siente envidia de los hedonistas por asimilación y discierne que tiene la fortuna de ejercer una actividad exclusiva y por ende gratificante.

Repuesto de la sorpresa inicial, al tocar fondo se confiesa satisfecho de haber vencido a la peripecia.

Lo siguiente que se propone Efe es averiguar el paradero del guía, ya que no observa huella alguna de su presencia inmediata. Pero en su defecto, puede que como una

bienaventuranza concedida al esforzado viajero, súbitamente aparece por el horizonte una cenefa de bruma animada que va destapando a parpadeos la imagen de su prioridad.

Excitado, fija en la casa su atención.

Las antiguas necesidades atemperan sus demandas, y hasta expiran víctimas de la consunción, a las puertas de una muy anhelada conquista.

A partir de aquí todo lo que vaya a suceder a continuación depende de Efe. Y aunque esta historia no es nueva para él, intuye que las circunstancias la hacen absolutamente diferente y que el resultado de sus actos será definitivo.

Respira hondo.

Se pregunta, se responde, se identifica.

Parte de la premisa de que es humano, y como tal su vida discurre inestable, transeúnte, estacionaria; sujeta a necesidades físicas, espirituales, intelectuales. Necesidades, en suma, ligadas a la supervivencia y el bienestar que inciden en las elecciones con independencia de su lastre racional o irracional.

Y la elección prioritaria de Efe es la de seguir viaje hacia la casa por un relato inverosímil.

Por un pasadizo rocoso bajo tierra en el que gorgotea y se filtra el agua de un estanque construido en la superficie ajardinada de una finca señorial.

El pasadizo —una galería porosa y sibilante en funciones de entrada y salida—, alumbrado por la mirada de quien lo recorre —poblado por criaturas de tacto sensible que se comunican secreteando en un idioma gutural—,

conduce de la repisa a un portón, a modo de barrera, incrustada en un muro.

De instinto a instinto.

Efe tiene que deshojar pétalo a pétalo la ambigua flor del sí o vuelvo, del paso o paso, del sí o del no. Con los dedos del instinto, con la música de las entrañas, con los delicados instrumentos cuyo temple y nervio guían como el antecesor erecto de semblante y párpados inmutables.

El último pétalo oracular arrancado dice que siga, que pase; el voto del pétalo que resuelve la elección es afirmativo.

El invitado empuja el portón y la barrera le franquea el paso.

Efe entra en la casa por un apéndice del sótano.

Por detrás se han apagado los varios sonidos y la luminosidad pasajera. A pocos metros diáfanos ve una puerta de manija y goznes engrasados, y después una escalera con los peldaños de ladrillo, madera y cerámica, que es la salida del sótano y una vía de acceso hasta otra puerta cerrada en la planta superior, por cuyo resquicio se filtra un halo de luz doméstica.

Imagina que tras la puerta la luz natural penetra las ventanas cortinadas, brilla la luz irisada de arañas ornamentales, parpadea la luz trémula y minorada de velas lagrimosas.

La imaginación juega el papel de árbitro en la configuración del misterio cuando ningún ser humano, guía o anfitrión, aparece para informar. Nadie suministra a Efe un conocimiento básico sobre el futuro: ve por aquí, dirígete hacia allá, ten cuidado con el suelo, con las paredes, con los

peldaños; frío, templado, caliente; esta es la entrada, esta es la salida; esto es lo que buscabas, esto es lo que tanto querías.

Tiene que ingeniárselas con razonamientos de inducción y deducción que le lleven de lo particular a lo general y, con lo obtenido, a la inversa hasta volver al punto de partida.

Tiene que valerse de la percepción.

El silencio se impone, detrás de la puerta aminora la afluencia de sonidos, y el halo de luz originado al otro lado de la puerta remite, extinguiéndose como un rescoldo de hoguera.

De repente nota una sensación inminente de peligro, el escozor de una alerta, que se expande de la nuca a los hombros, que oprime, y al pecho, que prensa, y a los brazos y las piernas, que traba.

Es un acertijo con prosopopeya narrativa.

En silencio y delante de la puerta a oscuras, discurre Efe la solución para desentrañarlo —como en su momento ideó una posibilidad que encajara de manera realista en lo que era una ficción traspasada al deseo de su autor— y liberarse de la atadura emocional que le liga a esa historia.

Y zafarse de la impresión que le provoca el personaje que sostiene su mirada con los ojos tenebrosamente abiertos y fijos.

Y sustraerse a la fascinación que ejerce en él aquella casa que todavía imagina surcada por corredores y pasadizos; surtida de salas y habitaciones, objetos y conversación; distribuida en pisos, con sótano y cripta, en alas revestidas de follaje, con buhardillas, desván y linternas de

foco intermitente con una privilegiada panorámica del cielo.

Sin pestañear pese a los deslumbramientos busca Efe la solución al acertijo; el último arcano de su propia historia.

17

Efe respiró aliviado.

De la cara y las manos le goteaba cadenciosa el agua fría del lavabo con la que se había desembarazado de su alucinación.

He vuelto, se dijo ante el espejo mural. Y comprobó que ni a los lados ni por detrás aparecía reflejada una figura de semejanza humana con el rictus de la muerte esculpido en la boca y en los ojos.

En el aseo del área de servicio, preparado para la avalancha matutina, la vida era un tránsito frenético de voces y sonidos en contraste con el viaje del que acababa de regresar.

Cogió unas toallas de papel —ya que estaban ocupados los secadores— y su pañuelo para enjugar el rastro líquido. Lanzó una última mirada al espejo para reconocerse y salió al pasillo esquivando a los que competían en tropel y sin dorsal por ganar posiciones o por no perderlas a su regreso.

Le embriagaba una sensación de bienestar como no recordaba desde hacía mucho tiempo.

De inusitado buen humor regresó Efe de su viaje, felicitándose por no haber traspasado la puerta.

Se dio cuenta de que había llegado a la frontera y que si la cruzaba quedaría encerrado para siempre en un mundo aparte habitado por tinieblas. Ese temor consciente por permanecer varado en la inexistencia, donde hasta la imaginación fenece, le evitó un peligro mayor que el de andar

momentáneamente perdido en un laberinto de especulaciones y deseos de muy difícil cumplimiento.

Feliz por su liberación, iba a celebrarla con apetito y en compañía.

Uve había terminado su desayuno y esperaba sentada a la mesa el regreso de Efe, con la mirada extraviada en las ventanas y el cuerpo relajado de quien ha soltado la tensión del viaje.

Sobre la mesa alternaban los platos vacíos y los llenos.

—¿Mi desayuno? —le preguntó Efe tomando asiento junto a ella.

Uve se volvió despacio. Su cara irradiaba un placer remoto.

—Tu desayuno —le sonrió.

Efe empezaba a degustar el primero de sus platos cuando se percató de que el número de desayunos no coincidía con el de comensales.

—¿Y estos platos y vasos? —señaló—. ¿Has repetido?

—No. Es el desayuno de Dan.

Efe sintió la feroz picadura de un insecto venenoso.

—Déjate de bromas.

—No bromeo. Dan se ha despertado y...

Una herida ardiente que le nublabla la visión.

—¡Basta! ¡Ya se ha acabado!

Uve mostraba un aspecto magnífico, pleno de armonía y condescendencia.

—Por favor, no grites que van a pensar que discutimos.

Y su voz sonaba angelical, deleitosa.

A Efe le apretaba la garganta un nudo espinoso. Ella no estaba fingiendo, nada en ella era una interpretación de las

que se cuelan como un aliciente más en las pausas de los viajes largos.

—No se discuten los delirios —dijo Efe con palabras mordisqueadas—. Dan no existe, nunca ha existido. Es un personaje inventado, igual que...

—Lina nos espera en la casa. —Uve le anunció que la mediación de Dan había logrado que Lina se aviniera a intentarlo de nuevo con él—. Y esta vez será distinto porque los cuatro viviremos en la casa. Ella nos ha dicho que quiere empezar una vida soñada contigo, conmigo y con Dan. Los cuatro juntos en la maravillosa casa de los ancestros. —El mundo giraba alrededor de Efe con movimiento centrífugo—. Tú me regalaste a Dan y yo te regalo la casa; me comprometí a ello, ¿recuerdas? Es una simbiosis perfecta. —Una aureola de luz vibrante modelaba a Uve, nunca como entonces habían sido tan hermosas sus facciones ni estuvo tan bien torneado su cuerpo—. Lina te reserva una sorpresa.

Un nimbo de acedia devastaba la imagen de Efe y desfallecía el tono de su voz.

—Dan es ficticio... Lina y sus regalos son ilusiones...

Uve posó la caricia de su mano sobre la nerviosa y crispada de Efe.

—Te doy la razón en lo de que la sorpresa de Lina es un regalo. El regalo perfecto para ti, la culminación de tu deseo. Lina espera donde tú la encuentres para recibirnos con la puerta abierta. Es un sueño que se ha hecho realidad, ¿no te conmueve? A mí me impresionan las pruebas de amor, y a Dan.

Nunca como entonces había sido Uve tan persuasiva, ni una de sus propuestas tan enrevesada.

—Dan no existe —dijo en voz muy baja un consumido Efe.

—Existe igual que existimos nosotros.

Cayó la noche en torno a Efe.

—Es irreal... —Como las figuras errantes en la madrugada—. Una invención...

Uve acarició la mejilla de Efe con cariño, iluminado su rostro por una dulce sonrisa, alegres sus ojos, y tiernamente le fue girando la cabeza hasta que abarcó la zona de la barra donde un hombre, visto a esa distancia de perfil, sacaba del bolsillo de su chaqueta una llave y la cartera.

—Dan es como nosotros —le recordó ella. Cegado por la devuelta oscuridad, Efe miraba atónito a ese hombre en el que aún no distinguía un parecido salvo en la ropa—. Generoso como nosotros. ¿Lo ves? Nos invita.

El hombre situado en la barra guardó la cartera en el bolsillo de su chaqueta, y volviendo el cuerpo hacia la mesa con los tres desayunos que había pagado, sostuvo en alto una llave clavados sus ojos abiertos y fijos de muerto en los aterrados e incrédulos de Efe.

El guía

(Relato)

Los instintos guían y explican la evidencia sin fábula.

Abstraídos de otros pensamientos, la idea se convirtió en
razón y en guía.

La atmósfera caliginosa presagiaba un cambio de tiempo. Pero no era más que la consabida advertencia de una variación frecuente en las estribaciones de la Sierra Lóbrega, donde la inestabilidad es patrón meteorológico, y en absoluto corríamos el riesgo inmediato de ser calados por el aguacero o arrastrados por la ventisca. El tono primaveral de la mañana nos animó a un placible vagabundeo por el curso naciente del río Albar y por la estrechura conocida con el nombre apenas pronunciado de Paso de los Lobos, con el extravagante Méister en funciones de guía cultivado.

El cielo, a mediodía, aún era imparcial, incluso invitador. El río de agua helada, torrencial y encajonado, avanzaba desplazando numerosos pasajeros sin raíz. La vegetación de ribera, lustrosa y vivaz, coloreaba nuestro peregrinaje entre formaciones calizas sobrevoladas por rapaces de magnífica envergadura, la afinada orquestación de los enhiestos chopos y la adusta centinela de pinos y sabinas en la menuda pradera y las empinadas faldas.

Méister quería llevarnos a la ermita fortificada de los monjes guerreros, erigida en el siglo XII en honor de san Bartolomé sobre una pequeña eminencia dominando un trecho del río y una franja de cielo admonitorio. De los cimientos del edificio manaban corrientes asilvestradas, frías y bullidoras que en vistoso contraste tributan en un remanso a poca distancia de la sobria arquitectura, nos anticipó Méister adentrándonos en el desfiladero pero desviando la vía rodada por un sendero lateral y en declive.

Antes de ascender el boscaje anunció, muy seguro del resultado, que iba a excitar nuestra curiosidad.

El propósito de Méister, la sorpresa que nos reservaba, era llegar a la ermita por un corredor subterráneo que partía de una cueva sita en la escarpadura. Dos o tres veces al año, en fechas ahormadas al simbolismo, en una localización central de la caverna y desde hendiduras en el techo abovedado, haces de luz natural iluminan el acceso subterráneo, alumbran una salida septentrional del cañón, la salida del cénit; y el restante fajo de rayos, a modo de guardián del secreto, desorienta al intruso en un dédalo de pasillos truncados y susurrantes hasta conducirlo a las fauces de una laguna oscura o hasta vomitarlo por la salida del orto cercenado por una gigantesca espada de doble filo.

Méister sostenía que la luz era solar y no producto de fosforescencias de la piedra o relato de visiones alucinadas. También, según la explicación de Méister condensada de múltiples cauces, aquellos haces de luz proyectados en la roca reproducían los frescos de las naves y el ábside del templo que, amén alegorías, procuran información al iniciado a la vez que delatan un hecho significativo que afecta al visitante ocasional; una información confidencial de misticismo a la recíproca entre gruta y ermita.

Yo escuchaba y miraba el cielo que iba perdiendo a ojos vistas su ecuanimidad anterior. Se gestaba una amenaza en torno a nuestra audacia, pero lejos de hacernos desistir, recobrado el espíritu aventurero y la ruta convencional, nos imprimió presteza para trepar la desigual ladera.

A intervalos en el resbaloso ascenso, me pareció —considerando los elementos de juicio a mi alcance— que Méister titubeaba demasiado al elegir el giro, el tronco o la roca que sirvieran de pauta a medida que espesaba el

bosque y quebraba el suelo. Rita y Julia Potos, con la ayuda de las ramas bajas y los altos tallos, pisaban la huella precedente con encomiable minuciosidad; y yo, en un alarde conservador, arqueaba la trayectoria para mantener las referencias del origen. Quizá por efecto de la persecución a que nos sometía la tormenta —como si alejándonos del llano cuesta arriba le pusiéramos remedio—, con carraspeos y bufidos de costado, advertencias todavía, o debido a las vacilaciones de un guía escindido apareciendo y desapareciendo entre la fosca verde —hasta cuatro identidades corroboró mi alterada percepción en un ángulo de ciento veinte grados—, como fuere, el Méister genuino o su cumplida réplica encontró el hueco por donde colarse hacia las entrañas de la montaña. Muy a punto, pues comenzaba la descarga de una lluvia rabiosa. Yo, que fui el último en ser ingerido por la boca rugosa y que continuaba recontando las identidades de Méister, reparé como éstas emitían señales contradictorias antes de ceder en su cometido avisador estrujadas por un poderoso abrazo de agua y viento.

Ignorantes los tres, Rita, Julia y yo, de si aquella era la famosa cueva, obedeciendo la voz sinusoidal del guía y sujetos a la inercia de los desorientados, por culpa de un tropiezo compartido rodamos un tramo de cantizal y unos metros de bacheada cuesta abajo. Méister, omnipresente, nos esperaba en el extremo del tobogán con su premiosa retahíla, todo él libre de contusiones y remordimientos, empujándonos a seguirle con gesto histérico y voz reverberada. Julia tras él, Rita por delante de mí, y estremeciéndome la nuca fantasmas y desconcierto.

Tras de nuestro raudo guía y por un canal angosto pasamos a otra caverna, grande en comparación con la altura

humana, débilmente iluminada, un óvalo tosco con eco y aire enrarecido. Separados de la pared y raspando el suelo, con Méister desbocado y vocinglero sin que sus palabras me fueran comprensibles, tironeaba de nosotros tres hacia el interior de la montaña una fuerza húmeda y fría. Un goteo de agua contra piedra, de agua sobre agua, marcaba el paso de nuestra cuerda de apocados. Por delante nos aguardaba una columna de piedra sin remate, que me recordaba a los rollos de justicia; al fondo, una laguna. A los lados, en una y otra pared, nos observaban las galerías excavadas en tiempo pretérito.

El desgajado Méister entraba y salía dubitativo de esos ramales, como si tampoco entonces, ya inmersos en el laberinto, le satisficiera ninguna elección; pero insistía, ajeno al desaliento, poseído de un ansia ardiente. En la orilla de la laguna había una pequeña plataforma con asientos rústicos, ásperos al tacto y enmohecidos. El incesante goteo de la techumbre y las paredes no perturbaba la superficie líquida ni el contorno terroso, sonaba alrededor pero carecía de dimensiones con las que atraparle en imagen.

Un susurro de Julia fue intensificado y repetido por el eco hasta hacerlo estallar como un disparo; un suspiro de Rita retrocedió escarnecido a lo largo del umbroso corredor hasta difuminarse en un gemido lastimero. Ambas, después de tales manifestaciones, permanecieron quietas y sensorialmente inactivas.

De repente nos sobrevino otro episodio. Méister, infatigable en su deambular por pasadizos cegados, que eran trampas al acecho, percutía un deformado tambor de madera oscurecida por el humo sacrificial y el parche de membrana nervuda con dos palillos de hueso que había encontrado en los trasiegos. Pensé que entre el esfuerzo

mecánico y el protocolo sonoro acabaría perturbado, si no delirante, y ya sin guía no tendríamos manera de escapar. Que esa era mi prioridad, mía y sólo mía conforme se desarrollaban los acontecimientos.

Rita y Julia Potos, a las que miraba de soslayo con un temor creciente, se mantenían en un estatismo inducido.

Méister modificó su itinerario para dar vueltas al rollo con algún sentido ritual, la cabeza gacha, la figura penitente; movía los labios en un balbuceo mudo, repetitivo, puede que leyendo un texto impreso en el cilindro pétreo: el dictado de una sentencia. Al cabo, concluida la liturgia, rodeó a Julia sin cesar la percusión. La circundada se tambaleó ligeramente. La misma dramatización con Rita, el mismo resultado.

Terció un redoble que sonó estridente en la gruta. Julia, vencida la suspensión, se encaminó hacia el rollo. El aire se llenó de purga. Mis oídos, sordos a otras voces identificadas con la mía, procesaban rumores de inventiva. Y mis ojos, a todo eso, registraban incrédulos el pasaje de la conversión. Méister pautando con acorde macabro; Julia en medio, el centro de los extremos antagónicos; Rita, la afable, la incondicional Rita a quien más echaba de menos en su alienación, con el paso corto del cautivo y la mirada ausente, cerraba la comitiva. Quise llamarla, quise desviarla de su inercia. Rita, la bienmandada, portando con el mismo sentido ritual la centelleante hoja del veredicto.

Méister declaraba su versión ante el tribunal pétreo. A medida que aquellas palabras desconocidas para mí salían de su boca, aprendidas de memoria, recitadas a modo de una salmodia, haces luminosos provenientes de una fuente oculta acudieron a encender los hachones diseminados por la sala capitular.

La del guía era la única voz representativa y mi papel compareciente en la perturbada escenificación el de testigo inhábil, despreciado; ellos tres dejaban constancia de su acerado hermanamiento y mi tétrica soledad.

Méister emitió hasta la última palabra de la fórmula apostrofada sin alterar su expresión. Transcurridos unos segundos en que escuchaba mi respiración y los latidos de un corazón inquieto, unas levantiscas ráfagas de aire principiaron el baile desde los tortuosos corredores, más allá del agua primordial, deslizando velozmente un profundo lamento. El vapor que a su contacto brotaba de la roca se condensó en la picota destellando un aura plateada y translúcida, cegadora. Una opresiva nube escarlata ciñó al trío imantado. Aproximándose más a la plataforma y, en consecuencia, apartándose de mí parálisis, Méister dio un fuerte redoble con sus palillos de hueso en el tensado parche de su instrumento de percusión, recogido por el impulso frenético del aire con un efecto terrorífico. Retumbaba la caverna con el estruendo incesante; un clamor más y más ruidoso sucedía a otro hasta anular cualquier otro sonido dentro y fuera de mi cabeza.

Las ondas sonoras barrieron aquel mundo extraordinario impactando contra todas las superficies, erosionándolas, vaciándolas de relieve y agitándolas. Las aguas de la laguna olearon con las ráfagas y los fucilazos certeros. Nuevas estrofas de un canto hermético, reiterados compases de la marcha solemne, provocaron sacudidas y desgarrros en las entrañas de la tierra.

Y yo, mientras, acuciado por sibilinos temores, permanecía inánime frente a la picota, atascado, mirando sin ver y, por si no fuera suficiente el aturdimiento, me sentía víctima de una fabulación. Me recorría los dedos de las manos

una picazón abrasiva y la boca y la garganta reseca demandaban unos tragos de líquido vivificador. Escuchaba el goteo del agua escurrida, y hacia la altura del cilindro pétreo enfoqué mi resto de percepción descubriendo, para renovar mi sorpresa, un tocado en forma de cabeza; exactamente de cabeza humana.

Instintivamente rechacé la apreciación visual. Alucinaciones, me dije. Pero como no pude evitar la tentación de volver a mirar inicié el proceso de los descartes: era un bulto ceniciento, una pelota manchada, un fardo de arpillera, una generosa ración de cecina, un... ¡Basta! A qué negarlo: era una cabeza humana impecablemente seccionada por un tajo preciso y, probablemente, indoloro.

Un trabajo profesional, esmerado.

En lo alto del rollo destacaba una cabeza altiva, de acendrada dignidad; una testa regia... No... Era una cabeza plebeya, del vulgo. Tenía el cabello trenzado y la tez bronceada, lampiña... No... Era una cabeza rotunda y barbada..., afeitada... Hablante..., enmudecida... Pálida... Enjuta... Calva... Maquillada... Greñuda... De mandíbula prominente... Con el mentón prognato, acusador, incisivo... Mofletuda..., orejona..., tundida. Era una cabeza de reflejos claros..., oscuros..., de nariz chata..., picuda..., aquilina..., de facciones adustas..., severas..., cobardes... Una cabeza burlada..., convicta..., ingenua... Parda..., cetrina..., arrobada..., obtusa..., venerable... Me pareció una cabeza extirpada de un recortable para adultos..., dolicocefala..., braquicefala... Una cabeza noble..., ordinaria..., amorosa..., gentil..., tirana..., odiada... Una cabeza momificada.

Podía ser una máscara de la traición, de la soberbia, de la estulticia. Y podía ser la representación patética de un faro de terrible luminosidad.

Quería explicarme el fenómeno de la cabeza pródiga en morfologías, porque al intentarlo menguaba el miedo y, por el contrario, crecía la distancia entre las realidades en conflicto.

Un faro, me dije, que es sinónimo de guía e indicación de aviso.

Repetía el estribillo cuando una fuerza acompañada de estampido arrancó la postrema cabeza del rollo.

Vaya un destino sátrapa y reincidente, pensé sin saber qué pensar.

De bote a rebote, hueca como un balón, la cabeza saltó al agua y se alejó flotando, lenta y vencida, hacia otro amaradero.

Dubitativo, iba a retroceder hasta pisar la base de la columna justiciera por si remanecían las apariciones que podía identificar. Y, de hecho, gracias a un disciplinante de luz que acudió en mi ayuda con un destello metálico a fundir las tinieblas, localicé al guía Méister, a Rita y a Julia Potos izados en una plataforma con alero protector, los tres con la cabeza bien fija sobre los hombros, manteniendo la unidad corporal, que chapoteaba en la grumosa laguna, rumbo a lo desconocido para mí.

Ninguno de los tres desvió hacia mí su mirada inexpressiva. Eso me pareció, pues el interior de la cueva estaba muy oscuro y era fácil abocarse al relato de la imaginación.

No quedaba otra que esperar.

Llovía con ganas y pronto el agua empapó un suelo acostumbrado a recibirla y esparcirla.

La plataforma tallada en la vertiente donde raleaba el bosque guarecía de la lluvia; vista de lejos seguro que mostraba por encima el dibujo de una boca feroz aunque desdentada. Contemplada desde una altura panorámica, la arboleda a nuestros pies reproducía un campo de tiro para los lanzamientos de rayos.

Había que entretener la espera y eso hice.

Caía trepidante un telón de agua fresca y limpia como el serpenteado río en el que libres de testigos beben los lobos y todos los animales de la creación. Llovía con ímpetu de anegar a los extraños y furtivos.

Se desmoronaba la proyectada por nuestro guía excursión al centro de la Tierra. Méister suponía que escamparía en breve y podríamos continuar ascendiendo la ladera y penetrando la montaña. Yo no; quizá deseaba que no cesara de llover al recordar el episodio del que nadie decía una palabra. Tronaba y relampagueaba sobre nuestras cabezas, percutiendo la muestra de autoridad en nuestros sentidos.

Sólo restaba esperar el cese de la oportuna violencia.

Entretanto y ante la conformada postura de Rita, luciendo en la muñeca una gruesa pulsera de metal bruñido, y Julia Potos, sentada con el cuerpo abrazado y como en trance, Méister exploraba la primera sombra de la cueva, impaciente y curioso. Con una rama gruesa y desnuda, que le servía de bastón, golpeaba en la roca extrayendo una cadencia seductora, similar a la del agua y la del viento.

La batida

(Relato)

Cerca del alto horizonte, sin extremar la medición, centellea con los colores de la llama el ojo vigilante.

Una muerte honrada es mejor que una vida vergonzosa.

TÁCITO

Continuaba la tempestad esgrimiendo su fuerza contra la debilitada estructura del puesto avanzado, amenazando la conjunción de nieve y viento con arrasar lo que modestamente levantado se oponía a su fiero barrido.

Dentro del puesto avanzado los cuatro batidores aguardaban que remitiera el fenómeno atmosférico para sosegar el espíritu, cada uno observando de soslayo, como para no preocupar ni ser descubierto en su temor, la reacción de los otros, y la vuelta del jefe de la escuadra.

El batidor Llera, ascendido al mando en ausencia del jefe, intentaba acordarse de cuándo había empezado el mal tiempo del que periódicamente informaban los partes transmitidos por la voz responsable de comunicados del Estado Mayor del Cuartel General. La batidora García perseguía el recuerdo de una virulencia parecida a la de aquel prolongado rigor meteorológico. El batidor Cano, el benjamín de la escuadra, revisaba con adquirida competencia en asuntos burocráticos un expediente antiguo, enigmático, provocador. El batidor Morán, en apariencia el más enfermo de la escuadra, concentraba su mirada en el impreciso juego de sombras y luces que provocaba el movimiento de los seres animados.

Imperaba la noche en el paisaje oscuro.

El batidor Dávila, jefe de la escuadra, regresaba a la protección del puesto avanzado al concluir sin novedad un servicio rutinario.

“Otro día pasado, otro servicio cumplido”, se dijo.

Lo que deseaba era sentarse, respirar sin tanto agobio y tomar algo caliente que aplacara el malestar y la desazón

incrementados por la vesania de los elementos. Le dolía la cabeza, le pesaba el cuerpo; tampoco los síntomas eran novedosos. Cerró la puerta, asegurándola, y exhaló y expulsó ruidosamente una bocanada de aire para hacerse notar; algo innecesario pero que formaba parte del ritual de llegada.

—Será una mala noche ahí fuera —anunció. En su voz sonaba un timbre hogareño, tranquilizador, de padre de familia consciente de su importancia.

—Todas las noches son malas —replicó el batidor Llera mordiendo la frase y caminando en círculos el escenario de la sala de guardia—. Todas las noches son iguales.

El batidor jefe asintió, condescendiente con la velada protesta.

La batidora García le ayudó a sacudir del capote las adherencias de hielo y vegetal, agujas quebradizas de vida breve, que diseminadas por el suelo crujidor reiteraban el lamento con las rugosas pisadas de las botas.

—¿Nada? —preguntó ella, comedida.

El batidor jefe negó con la cabeza. Sus ojos, enrojecidos por la falta de un verdadero descanso, demandaban el consuelo del alimento. El batidor Cano dejó el expediente sobre su mesa y fue a por un tazón que llenó con una papilla caliente.

—Tome y cuéntenos, si quiere.

El batidor jefe le interrogó con la mirada respecto al batidor Morán. Ningún cambio.

Se dirigió a su espacio de la mesa con el humeante cuenco entre las manos. “Todos los días son iguales; todos los días son malos”, se dijo.

—¿Nada? —quiso confirmar la batidora García elevando públicamente la voz. La conversación era un bien muy preciado.

—Nada —murmuró el batidor Morán, ensimismado con el tenue baile de los gestos comedidos—. Nada...

Como cada final de jornada desde hacía ¿semanas?, ¿meses?, ¿años?, uno a uno, sin turno de palabra jerarquizado, contaban sus impresiones personales de la misión en el puesto avanzado.

Todos escuchaban cómplices y atentos lo que tuviera que referir la opinión ajena, tan inmediata y siempre comedida, desechando entablar polémicas que fisuraran la convivencia.

El batidor jefe era el último componente de la escuadra en ingerir la cena. Veterano y condecorado, asumió la salida nocturna cuando el voluntarioso batidor Morán, a quien le fue encomendada en el inicial reparto de tareas, presentó síntomas que aconsejaban un cambio de obligaciones: con cada servicio fuera de la protección se iba deteriorando su salud mental, y él era consciente de su declive. Dávila no quiso correr un riesgo semejante con tan menguada tropa. Sólo su carácter podría resistir hasta...

¿Había un límite?

Le gustaba la soledad y el manto opaco de la noche que circundaban el puesto avanzado, podían atraer peligros pero le liberaban unos momentos de la presión del mando. Aunque la incesante tempestad, las turbulencias de agua y de nieve, las crueles ventiscas y el aliento del hielo, dificultaban a extremo las labores de vigilancia y descubierta.

“Y en la cabeza un perturbador malestar agudo.”

El batidor Llera seguía trazando círculos con la cadencia de paso justa, sin colisionar con el mobiliario, sin inter-

ferir en los pensamientos ni en la recoleta conversación. El batidor Morán, sumido en la corrosiva niebla de su patología, escudriñaba los ángulos de las paredes.

El batidor Llera salía el primero del puesto avanzado por la mañana, poco después del difuso amanecer. Le gustaba andar por cualquier terreno, constaba como mérito en su hoja de servicios; era el que más distancia recorría dentro y fuera, el que se aventuraba más allá y el que aún creía en la posibilidad de averiguar la verdad.

“Es posible, es posible”.

Lo que en la reunión que cerraba la jornada fuera a contar el batidor jefe Dávila, probablemente, ya lo conocían; no obstante, el protagonismo de aquella voz autorizada era deseable. La furia desatada al otro lado de la debilitada frontera aislante penetraba los sentidos y las emociones alterándolos, inoculando dosis de renovada confusión.

“Maldito dolor”, se quejaba Dávila tras su casi inmutable máscara.

La batidora García inició la conversación ofreciendo la bebida cordial. Cinco vasos colmados de elixir de la supervivencia, una aproximación tolerada al consuelo teniendo la noche por delante.

—No creo que sea una fantasía — dijo, cuidando de no enfatizar sus palabras, con el vaso de metal rozándole el labio inferior—. Hay indicios, también hay antecedentes y todos nosotros lo hemos visto.

La primera andanada a la leve afirmación correspondía al batidor Cano, aparentemente el más escéptico de la escuadra; quizá el único escéptico porque antaño fue una persona crédula.

—Crees haber visto algo que te encaja con la idea de la misión en este confín. Tú quieres convencerte de que has

visto algo que nos sirve, algo que justifica las penalidades de nuestra larga estancia. Simplemente lo crees.

La batidora García no replicó a lo esperado; formaba parte del protocolo que les permitía soportar las dudas, las interpelaciones, que mantenían un tono comedido, los recelos, que no postergaban una venganza ¿contra quién?, y la infructuosa batida por turnos.

Hablaban alejados del enfrentamiento, se necesitaban y dependían del imprescindible orden jerárquico. Pero un acusado nimbo de fatalidad entelaba el de por sí enrarecido ambiente del puesto avanzado. Únicamente el tono de voz, forzado a transigir con lo remoto, denotaba un viso de vida independiente, crítica, oficiosa, y una esperanza de luz al final del túnel.

El batidor Llera, en su movimiento perpetuo, se aferraba entonces a una credulidad de la que anteriormente nunca hizo gala, incluso desdeñaba las ensoñaciones y los propósitos de alumbrado; el deber no exigía imaginación sino disciplina y eficacia.

—Digo que es posible —volvía a la carga reduciendo la velocidad orbital—. Yo he sido el que mejor lo ha visto. Yo soy el observador que da fe. Y no sólo una, dos, hasta tres veces por lo menos. ¿Cuándo fue?... ¡Venga, ayúdame!... Tengo mucho en qué pensar... ¿Cuándo?, decídmelo... Lo tenemos documentado.

Nadie alzaba la voz, era innecesario para comunicarse.

—Cierto, lo dijo —ayudaba el batidor jefe Dávila.

—Estoy de acuerdo —completó la batidora García. Las estadísticas eran de su incumbencia.

El batidor Llera se golpeaba suavemente las sienes con los puños.

—Cinco... exactamente. Fui testigo de la aparición: quería disimular, pasar desapercibido, pretendía esquivarme. Pero yo lo había localizado y pude seguirle un rato.

—¿Adónde se dirigía? ¿Qué merodeaba? —preguntaron alternativamente el batidor Cano y la batidora García.

—Vigilaba —murmuró el batidor Morán—. Nos vigilan.

Las miradas lo eludieron, los oídos rechazaron su sibilina afirmación.

El batidor Llera sacudió la cabeza apesadumbrado.

—No lo sé... no lo sé. Me rodeaba un velo...

—Estamos envueltos en niebla. Todo es niebla a nuestro alrededor —intervino el batidor Cano acomodándose en su rígido asiento.

El batidor Llera solicitaba atención y paciencia con las manos.

—Me refiero a otra clase de niebla.

—¿Qué otra clase de niebla? —preguntó el batidor Cano.

—La niebla de un mundo imaginario.

El batidor Cano no se dejaba impresionar fácilmente.

—La niebla de un mundo imaginario es asimismo producto de la imaginación —dijo.

El batidor Morán chascó la lengua.

—Hemos perdido la imaginación allá afuera y aquí dentro.

El batidor jefe Dávila asintió sin mostrar su gesto.

“La apreciación tiene sentido.”

Pero como no estaban destinados en el puesto avanzado para especular sobre la misión era inútil, y perjudicial, cuestionarse si actuaban en un escenario ficticio o real.

—Sincerémonos —pidió el batidor Cano—: no somos completamente dueños de nuestra situación.

La batidora García lo secundó añadiendo un matiz.

—¿Y quién lo es?

El batidor Llera retomó su discurso.

—Cuando salimos no vemos lo que existe cuando estamos aquí dentro —señaló.

—¿Cuál es el mundo imaginario?

Responder al batidor jefe suponía cumplir una orden.

El batidor Llera cuidó sus palabras.

—Puede que sólo haya un mundo... —anunció dejando en el aire el final de su frase.

—Es una posibilidad —terció el batidor Morán inspeccionando el techo.

El batidor jefe Dávila sabía que especialmente por las noches aumentaba la sensación de vacío y miedo a la soledad. Había llegado su momento, el que le implicaba como jefe en el bienestar anímico de su escuadra. Carraspeó para que le enfocaran los cuatro pares de ojos. Iba a ofrecerles una versión que apaciguara el desconcierto y la inquietud que costaba embridar con el gravoso paso del tiempo. Concitado el interés, sorbió un trago corto del elixir de la supervivencia y con una somera indicación al batidor Cano le propuso que rellenara los vasos de sus compañeros.

—Creo que es posible... —empezó.

El destino común del que participaban era por encima de cualquier otra vicisitud el nexo que los mantenía unidos y disciplinados. En ellos ya cundía irremediable el fatalismo del soldado que surge ante la inminencia de un acontecimiento desbordante, el fatalismo inherente a la resignación por la suerte que se va a correr; pero también era el

síntoma de la reacción para encarar lo que viniera con templanza, serenidad y el objetivo de seguir con vida. Debían obediencia a las órdenes; era su principal obligación y no había nada que objetar. Cuando correspondiera les llegaría el relevo y aquella temporada de servicio pasaría a la historia.

—Creo que es posible... —repitió. La tempestad arreciaba; era su alarido, aunque mitigado por la estructura habitable, la única oposición a la del batidor Dávila—. Creo que esta noche lo he visto.

Los mundos imaginarios fluctúan discretamente entre los mundos posibles hasta cobrar un inusitado protagonismo. El engaño habita entre la posibilidad y la suposición. La necesidad cubre con un manto sedativo todos los aspectos ideados a consecuencia del miedo.

—¿Lo ha visto? —saltó de su asiento el batidor Llera.

—¿Quiere decir...? —irguió la espalda el batidor Cano.

—Cuéntenos —apremió la batidora García llevándose las manos jaspeadas de color venoso a la cara.

Iba a revelarles su experiencia.

—Me propuse avanzar en línea recta al menos una hora por la ruta que parte del viejo depósito. Pero un viento racheado que surgió de repente, amenazador, me obstaculizaba la marcha.

Siguió adelante despejando con la pala de zapador un trayecto que dura lo que se tarda en girar la cabeza, y mientras paleaba y abría camino, con un vago pesar, se preguntaba por el dibujo del paisaje en la época anterior. Supuso que no diferiría de lo que claramente pudiera comparar su memoria, y se esforzó en vivirlo.

Y en contarlo.

—Por lo inesperado, fue una sorpresa el hallarme a la vista de una pequeña ciudad, con un pulcro urbanismo, habitada por una gente respetuosa con los forasteros. Me di cuenta de que aquel sería un buen lugar para echar raíces. Pero en seguida pensé que la imaginación estaba jugando con mis ilusiones al ofrecerme un espejismo. Además, la luz era natural, de día nacido, y yo había salido de batida nocturna con la oscuridad temprana.

”Como si fuera cierto, ante mí se materializaba un mundo de vida conocida, identificable. Aquello podía ser un delirio; sin embargo, enfrente, a los lados, mirara hacia donde mirara con mis ojos perplejos, el núcleo urbano se extendía sacudiéndose su letargo. El peligro cesaba. La tempestad retrocedía hasta la periferia del prodigio. Pude, yo también, liberarme de la presión, echar atrás la capucha y despojarme de las protecciones. Incluso llegaba el aire a los pulmones sin rasgarlos. No daba crédito a mis ojos, pero a la vez nada nunca me pareció tan real. Y yo lo había creado.

”Faltaba algo, lo confieso. La creación no era perfecta. Me decidí a recorrer las calles empezando por la que me dejaba entrar. Iba pensando que allí mismo hubiera edificado mi casa, sin esperar a descubrir nuevas posibilidades. Es el ansia, me dije. Por supuesto era el ansia. Reinaba una calma absoluta; ni una hoja en su rama, ni una brizna de alta hierba oscilaba al capricho del viento. Nada. Silencio. Quietud. Las casas asomaban a la calle, una calle bien trazada, cómoda de transitar; pero de las casas no asomaba nadie, no se filtraba un ruido. Por la calle no aparecía un alma aunque estaba seguro de que no contemplaba un cuadro sino que había llegado a un mundo completo que no temía las visitas de extraños.

”Tenía que ganarme la confianza de la gente. En cuanto una autoridad me hubiera dispensado la atención que requería mi presencia y comprendiera, sino lo había deducido, que yo no era el enemigo que aniquila ni un emisario de calamidades, les hablaría de nuestra misión en el puesto avanzado y de la vida que preservamos en la frontera que ha establecido la pertinaz inclemencia. Al aceptarme la autoridad, os aceptaban. Juntos, con nuestras credenciales, nos ganaríamos su confianza y contribuiríamos a garantizar la seguridad. Toda sociedad requiere de protección; ninguna organización humana es tan perfecta como para ignorar los riesgos que entraña la convivencia y las ambiciones. Yo no concibo una civilización exenta de conflictos, infractores y violencias, ni una civilización carente de leyes que han de cumplirse y hacerse cumplir.

”Con entusiasmo a duras penas reprimido, estaba organizando la bienvenida y la viabilidad del encaje ávido de comunicarme con un mecanismo de precisión sin exclusiones, coordinado y con el respaldo del poder y la aprobación de los vecinos. Mi convencimiento era tal que ya me atrevía a proponer medidas de vigilancia y aviso ante las amenazas. Prioritariamente me dispuse a encontrar una autoridad a la que informar del proyecto. Con voz audible hilaba el discurso que me abriría la puerta de ese mundo inexplorado en el que penetraba sin disimulo un ser desconocido, armado y precavido.

”Yo era un extraño. Una distorsión, en definitiva. Mi presencia súbita y mi aspecto guerrero describían en aquella ausencia de vida racional una situación por resolver. Caminaba pisando el centro de las calles que se abrían despejadas y silenciosas, aguzados los sentidos y aún con el temor de abocarme a una ficción que desvanecería las

propuestas que iba formulando a nadie para el futuro. El extraño no era yo sino la imagen que de mí mismo proyectaba a una invisible humanidad; un ser desconocido, sin antecedentes, deambulando por las calles de una pequeña ciudad aparecida como un espejismo al sediento y perdido. Me detuve enfrentado a un dilema.

”En un instante todo podía cambiar. Un simple parpadeo provocaría la vuelta al opresivo fragor de la tempestad y al asedio de la locura. Por eso me mantuve apegado al dolor resistiendo el miedo y la conmoción por el desconcierto.

”La esperanza y la belleza se diluían en el dibujo inmóvil de una naturaleza muerta. Un mundo sin movimiento es la muerte. Sospechaba mi propia muerte, y yo no quería convertirme en un cadáver pronto a la descomposición y al olvido, con vosotros aguardando mi regreso.

”Tenía que reaccionar. Empecé a frotarme los ojos y las manos, a palparme el cuerpo, a patear el suelo y a respirar con la boca abierta, muy abierta, llenándome los pulmones hasta saciarlos de aire; y a elevar la voz que me hablaba al oído y a gritar para ser descubierto. Pedía respuesta: una voz, un sonido animal, un golpe, una detonación. Sentía el aguijón del miedo que trae la incertidumbre punteándome el estómago, y me puse a correr hacia las puertas y las ventanas y los cruces de las calles desiertas.

”Entonces, atento a cualquier insinuación de vida, creí ver a alguien apostado tras una ventana, y a la vez notaba una mirada posada en mi espalda. Giré rápido para no dar tiempo a que se escondiera el cuerpo portador de los ojos. Pero la única forma humana que distinguí me miraba desde otra ventana. Me acerqué despacio, controlando a distancia los movimientos de aquella segunda aparición.”

El batidor jefe Dávila ofrecía una recreación de sí mismo en aquel trance revelador. Uno a uno les dirigió su mirada permitiendo el interrogatorio.

—¿Quién era? —apremió el batidor Llera—. ¿Cuántos eran?

—Salió a recibirle... —anticipó la batidora García.

—Le estaban vigilando. Observaban sus movimientos y sus reacciones —terció el batidor Cano.

El batidor jefe Dávila hubiera querido decirles que los habitantes de la pequeña ciudad le recibieron amistosamente y de ellos pudo informarse como es debido.

—Me pareció ver una silueta recortada en la ventana al dirigirme a otra casa, y luego en la casa contigua y en la siguiente y más allá en la calle. Hacia donde mirara asomaban figuras humanas, pero todas inertes. Hasta que de repente me encontré rodeado de figuras humanas sin que ninguna se acercara lo suficiente a mí para tocarla. Desde las ventanas, desde las puertas que lentamente se abrían, desde unos metros prudentes en la calle, yo era el centro de la inmutable curiosidad de aquella gente.

”Pronuncié unas palabras con la voz suave a modo de saludo. Y obtuve la callada unánime por respuesta. Continuaban el silencio y la inmovilidad estática apuntando al intruso.

”Quise convencerme de que, en efecto, me dominaba el desvarío provocado por mi imaginación y la fatiga. Por eso me fui acercando con los brazos casi en alto a la más próxima de aquellas figuras silentes e inanimadas. Me acercaba con el pulso nervioso, con miedo en el presentimiento. Y turbado al verme. Ante mí estaba yo. A mi lado estaba yo. Delante y detrás estaba yo. Esa figura era la de alguien idéntico a mí, pero mudo y quieto. Dije algo, entre-

cortada la frase, pregunté algo. Hablé y sólo escuché mi voz.

El batidor Morán se revolvió en su asiento.

—La radio habla pero no escucha.

Dávila eludía conectar la radio para emitir o recibir.

—Hace mucho que los mensajes son extractos en diferido de una patraña que ha absorbido la vida de todas las criaturas experimentales —sentenció el batidor Morán.

Dávila prescindía de los comunicados que el batidor Cano registraba a diario en impreso oficial al accionar la radio.

Prosiguió su narración de los hechos.

—Los miraba y me miraban. Les dirigía la palabra, pero ellos a mí no me hablaban. Me aproximaba y me distanciaba cuidando de no tropezarlos, pero al moverme ellos ni se acercaban ni se alejaban de mí.

”Estaban pero no eran. En otra circunstancia los hubiera considerado un producto de la acuciante necesidad por encontrar semejantes acogedores.

”¿Me engañaba la imaginación? ¿Era yo su creador?

”Me dolía la cabeza, me pesaban los párpados y me temblaba el cuerpo. No estaba en condiciones de enfrentarme a ese misterio.

”Ni a la ficción cuyo argumento no tenía más páginas que interpretar.

”Aquel mundo era un decorado.

”Aturdido y temeroso di media vuelta para regresar cuanto antes aquí. Tenía que contaros esta aventura. Me puse a correr, pero no corría; igual que en los sueños que nos condenan a ser alcanzados por un peligro inminente. Me puse a correr sin correr hacia el final de la calle. Me

obligué a salir de aquel escenario futuro o pasado circundado por la tempestad.

”Pensé angustiado que no lo conseguiría, que me quedaría febrilmente atrapado en aquella nada amorfa dejándoo pendientes de mi regreso. Acosado por el miedo y la urgencia de alcanzar la divisoria me lancé hacia la tempestad y caí tropicado, y golpeé contra el suelo helado y cortante al cabo de la calle.

”Apenas unos rasguños para el gran alivio de haber atravesado la frontera y poder volver al puesto avanzado.

”A tientas me encasqueté la capucha y abroché el capote; me estremecía de frío y me laceraba un agudo dolor en la cabeza y en las extremidades. Me impuse no desfallecer y alejarme de la tentación. ¿Qué dejaba realmente atrás o delante? Porque, lo confieso, me tentaba volver al comprobar que de mí dependía la entrada y la salida. Conmocionado, dolorido, a medias incorporado, una poderosa llamada me incitaba a recorrer nuevamente aquel mundo supuesto, preservado de la inclemencia aunque carente de identidad propia, falso desde su aparente aislamiento. Me tentaba volver porque aún no daba crédito a lo que había visto y sentido. Era imposible que existiera un lugar como en el que estuve. Imposible. Nadie crearía un mundo sin vida, mero reflejo de su creador, al servicio de una de construcción idealizada distribuida en piezas que deben su encaje a una voluntad tirana. Me preguntaba mientras encontraba el camino de vuelta: ¿Nadie? ¿Ningún sátrapa, déspota, totalitario?

”La tentación es un arma tremendamente eficaz. A punto estuve de encarar la frontera, pero una fuerza de arrastre me impidió reincidir en el error.

—Errar es humano —dijo el batidor Morán a las marcadas líneas de sus manos—. Acertar es humano.

El batidor jefe Dávila se llevó las manos a la dolorida cabeza, como si del gesto surtiera una acción balsámica. Ya lo había contado todo a su escuadra, por fin. El batidor Llera, la batidora García, el batidor Cano y el batidor Morán estaban pero no eran; en ese momento de expectación y quebradiza esperanza ellos cuatro, a sus ojos, resultaban lo más parecido a un producto de la imaginación.

—Son fantasmas —dijo el batidor Morán incorporándose.

Dávila lo entendió perfectamente.

—El espacio mengua y las posibilidades se van reduciendo —advirtió el batidor Morán trazando círculos concéntricos de progresiva menor amplitud con el dedo índice—. ¿Cuánto queda para borrar la memoria?

El batidor jefe Dávila revistó a su escuadra. La voz del batidor Morán, desde su renacida presencia, expandía una poderosa llamada a la conciencia. ¿Qué podían perder? Interrogándolos uno a uno con la mirada, la última y más profunda, exigente y convencida la de Morán, anunció que al amanecer saldrían todos de batida con el equipo al completo y una provisión de alimentos y municiones para varias jornadas.

—Hay que asegurarse.

En el caótico exterior trepidaban los elementos.

Los seres complementarios

(Cuento)

Hacen falta dos opuestos y complementarios para escribir
la historia desde el origen.

Los seres vivos que caminan erectos y racionalizan cada
cierto tiempo sienten envidia de lo que ocurre donde no
alcanzan a ver, tocar u oír.

Seductora y enigmática, la primera noche de su primera visita a Daren y su primera estancia en *La Hospedería del manantial*, mostró a Carolina con viveza realista la imagen de un ser fabuloso por lo inverosímil, puede que un ave de imponente envergadura y plumas flamígeras, grabada a modo de efigie en un halo ígneo. Los candentes destellos del majestuoso movimiento de la cabeza y las alas del extraño ser iluminaron la oscuridad de esa primera noche de habitación estelar en el valle hasta convertirla en lustroso amanecer de vivos azules y dorados.

Momento en el que una voz susurrada al oído, plena de significados inaugurales, le descubrió la claridad a través de los visillos a medias corridos.

Carolina parpadeó a la mañana, de una belleza insinuada de cerca, con el cuerpo recogido bajo las sábanas y la boca entreabierto de quien insegura de las presencias en torno acaba de formular una pregunta a nadie. Víctor dormía en la cama contigua de cara al balcón, aparentemente ajeno a la incursión de los sueños; se lo había advertido: en Daren suceden cosas asombrosas, fantásticas y terribles, es la característica esencial de este recóndito paraje; aunque ella, sin intención de ceder espacio a las emociones prestadas, había rebajado sus expectativas de sorpresa al nivel de afectuosa complicidad.

Sin postigos ni persianas, como le gustaba dormir a Víctor —salvo que la amenaza de un fenómeno atmosférico pusiera en riesgo su persona—, en la habitación entraba la luz y la oscuridad en alternancia horaria, y algo más de noche que durante el día se infiltraba un juego fantasmal

de imágenes que la permisividad de ciertos humanos en el acceso a la intimidad daba carta de naturaleza.

Mientras desayunaban escuchando la canción acuosa del manantial, Carolina le contó lo que recordaba del suceso nocturno.

—Es una fantasía —dijo Víctor.

—¿Qué es para ti una fantasía?

—En Daren una fantasía es algo fantástico.

Por iniciativa de Víctor también le contó a Raimundo Siles, el artista de Daren, la memoria conservada del suceso nocturno.

—Es una aparición —le dijo.

El dictamen de Raimundo Siles al respecto de la imagen era igual de etéreo que el de su viejo amigo Víctor.

—Es mujer —les dijo Carolina.

Ni hembra ni fémina: es mujer, repitió; y ellos dieron por buena su apreciación sin querer averiguar los detalles definitorios de su carácter sexual.

En el valle la luz del día se despide a velocidad de fuga. Desde el atardecer, sobre todo si el cielo adopta una tonalidad carmesí intensa y las nubes trazan senderos entre las crestas, al observador se le premia con un espectáculo de instantáneas atractivas y sonidos impactantes cuya procedencia es indescifrable; ambas manifestaciones son una muestra de la esencia original de Daren.

Carolina agudizó el oído y la vista a la captura de voces e imágenes en su estreno como espectadora, acompañada y en solitario, pero sucumbió en el tránsito por el puente de la medianoche inducida por un placentero sopor.

Previo la alborada de cristal frío, de gorgoteo de fuente esculpida en la gruta, la aparición remolonea para fomen-

tar la esperanza del cazador novato. “Sabré quién eres, descubriré tu secreto”. Ingrata visión, criatura burlona.

En Daren la luz de la mañana llega al paso, serena. A diferencia de lo que fue su despertar, confuso aunque no agitado, Carolina distinguía la entidad corpórea de Víctor alumbrada por la luz diurna; ninguna otra. Intrigada no sólo por el impulso de la curiosidad, se asomó con el cuerpo al exterior y se recreó con el encantador panorama de ese mundo idealizado que componía imágenes y sonidos mientras en ella palpitaba el deseo de recuperar las horas anteriores hasta volver al teatro de las melodías vespertinas.

“¿Qué me quieres decir?”

Las apariciones fortuitas, de rasgos velados y con la expresión de su mensaje distorsionada, no tienen porque traer intenciones aviesas o un afán vengativo de los que llevan cociendo una eternidad, ni ser aves de mal agüero o portadoras de malas noticias. Ni abordar los sueños de vigilia como meras aves de paso que han elegido un paraje acogedor para reponerse de la fatiga, las emociones y las adversidades de los vuelos largos.

“Es muy hermoso... y misterioso.”

En el valle de Daren conviven decenas de grutas y un número parejo de cursos de agua y lagos agrupados, bosques, sembradíos y pastos, un centenar de hogares parcialmente diseminados (el de Raimundo Siles lo está, la hospedería también y el que quiere comprar Víctor pero no acaba de decidirse), voces, coros y singulares armonías. La casa de Raimundo Siles, el artista de Daren, es un magnífico observatorio de sonidos y luminarias. Fueron los dos a contarle la entrecortada aventura de las noches, y a examinar sus cuadros y bocetos.

La escéptica Carolina había confesado al abstraído Víctor que la visión la tenía extrañamente perturbada. Él preguntó si aquella visión estaba acompañada de sonido.

—¿Un sonido concreto?

—Un sonido peculiar, una clave.

—¿Una clave?

—Para la interpretación.

Carolina sacudió la cabeza con evidente desconcierto.

—Dime, sin evasivas, ¿dónde estoy metida?

—Nadie debería contar el significado de lo que ignora —respondió Víctor.

Ella insistió.

—¿Es una voz, son varias, muchas? ¿Qué es más importante: la voz o la imagen? Algo me aclararás, lo sé.

—Lo más importante es tu percepción, me parece.

—Creo que vienes aquí por las percepciones, pero aún no has dado con la clave de la interpretación. Te hurga la necesidad de averiguar, o quizá un poder mayor, pero estás sumido en una niebla que es protectora y disuasoria. Y me has traído para que te ayude a penetrar en un mundo secreto sin puntos cardinales, sin coordenadas. Eso creo.

Víctor señaló con su mano la vivienda del artista. La chimenea humeaba con cadencia de otoño. Raimundo Siles los recibió con vino de su bodega y agua del primer manantial.

A Carolina le sorprendió que Víctor proclamara con naturalidad su desvelo en la madrugada recién presentados, antes de meterse en el estudio del amigo artista. Raimundo Siles cabeceó con estudiada parsimonia —sí, el gesto había sido practicado delante de los lienzos, estaba segura, identificaba al vuelo tales acciones; ella era rápida en las apreciaciones y austera en los procedimientos.

—Quizá fue un sueño, un sueño, un sueño.

—Quizá sea un indicio —deslizó Víctor.

—O una estampa navideña.

Ricardo Siles los condujo ante un óleo de vivos colores mantenido en el caballete y al descubierto. Parecía terminado y sin embargo carecía de sustancia, era una obra inacabada. Ella se dio cuenta enseguida. Lo analizó meticulosamente, como una experta; bebía el vino de autor a la par que captaba el elenco figurativo. Dedujo que el cuadro era parte de la ambientación, llevaba tiempo pintado y detenido en el proceso de configuración definitiva; cada trazo, cada matiz significaba algo sentido, probablemente idealizado; cada línea, en su aventurada opinión de dileitante, representaba una trayectoria pormenorizada al destino encubierto por los estratos de la composición, aunque todas convergieran atrapadas en un mítico centro desplazado a propósito de la intersección visual.

—No es lo que parece —dictaminó cruzando un dedo en los labios—. Es... un acertijo.

—Estoy de acuerdo.

—Veo..., escucho..., pero falta algo.

“Me falta la clave.”

Raimundo Siles pidió a Carolina que diera unos pasos atrás, luego que cambiara de ángulo, que leyera en los reflejos y se pronunciara sobre ese algo trascendente que faltaba. Ella siguió las instrucciones, y al cabo le replicó que la forma era errónea.

—No es cuestión del emplazamiento de la atalaya —sentenció incrustando las manos en los bolsillos del pantalón, una de sus poses favoritas—. Se trata de la interpretación — afirmó completamente segura y con un reojo de

complicidad hacia Víctor—. Es una mujer. Tú no has pintado una mujer, yo he visto a una mujer.

—Es el mismo argumento que sostiene Adriana.

Adriana era el complemento femenino del artista.

—¿Qué te dice ella? —preguntó Víctor conociendo la respuesta.

—Que la leyenda adolece de vaguedad y por lo tanto es una historia abierta a la intromisión personal.

Carolina frunció el ceño.

—¿Intromisión? No entiendo...

El artista los invitó al abigarrado salón donde crepitaba la chimenea.

Raimundo Siles atizó con la badila los leños lengüeteados por un fuego retozón, desapareció un minuto tragado por la escalera y de vuelta de su expedición subterránea descorchó otra variedad tinta de excelente añada.

Víctor paseaba distraídamente su mirada por el expositor de cerámicas y con su copa en la mano, degustando los matices del vino, atenta a la combustión, Carolina le incitó a rellenar con definiciones el capítulo de Adriana.

—La musa secundaria —terció Víctor—. La magia de Daren es la principal cosecha de inspiración.

El artista asintió.

—Adriana es una guía de revelaciones mágicas en ausencia —dijo.

Adriana visitaba espaciosamente Daren y entonces, adoptando otra dimensión de la ausencia, pasaba tiempo en la zona palustre porque quería encontrar la morada de los Seres Complementarios, los seres de aire, que ella situaba por encima de los pequeños remansos de agua, y cuyos nombres, de sonoridad adecuada, enfatizaban su leyenda al amor de la lumbre.

—Los fabulosos protagonistas —siguió Raimundo Siles—; puede que haya más, pero según ella de rango inferior. —Adriana pretendía desbaratar la leyenda quemándola en una pira de racionalismo; aspiraba a demoler el credo tradicional y luego a silenciar las voces de los Seres Complementarios, los seres de viento—. Daren es una tierra poblada de vidas coincidentes y un sinfín de sonidos elementales, le costará superar el intento.

—Adriana se ha empeñado en dar voz a la quimera —confirmó Víctor para alivio de Carolina.

Ella les encareció a que se lo contaran todo, en ese momento, antes de que ardiera su paciencia y con sus pavesas sopladas el óleo turbador.

No había gran cosa que añadir, pues las leyendas de muy honda raigambre incumben únicamente a los sentimientos y ellos, por razones obvias, se explican mal hoy con palabras de ayer.

No obstante, y para ofrecerle una satisfacción, el artista, a cargo de la narración, dispuso un retablo oral en el que los Seres Complementarios, los seres memorables e itinerantes del intrincado valle, contribuían eficazmente con su sola mención a magnificar los auspiciados enigmas. El viajero, el trotamundos, las aves de paso, los pájaros navegantes (astrónomos, exploradores, a los que tan aficionado en su contemplación y recuerdo era Víctor, y en lo que reparó definitivamente Carolina para no olvidar jamás la tríada de uves: viento, vuelo, voz), los seres diurnos y nocturnos que dibujan estelas que algunos persiguen; ansia del contacto de estas fantásticas criaturas que devoran al adorador. Los seres elementales seducen a los intrépidos que persuaden hacia el valor de su incógnita, urden ilusiones que confunden, sustraen la memoria asociativa y dis-

torsionan la capacidad de los sentidos con interferencias acordes. Transcurridos unos días de obsesiva indagación nadie recuerda cómo empezó aquello, nadie asegura que haya visto lo que creía ni que sienta más miedo o fatiga que curiosidad o fastidio. Pero se mantienen los sonidos y las visiones. Así empieza y así acaba la leyenda.

Llovió con moderada intensidad al caer la tarde.

—Patrañas, cuentos de chimenea, pesó Carolina, denunciaba Adriana.

Carolina negaba suavemente con su cabeza al emprender el regreso a la hospedería ladera abajo, con Víctor a lo suyo, mordisqueando un tallo verduco y la atención dirigida a los pies. Estaba contrariada (insegura con su versión de los hechos) y presa de una excitación nada coherente, consecuencia de pasar las vacaciones en un medio lesivo para una urbanita declarada; esto (se refería a Daren, a la *Hospedería del manantial*, al juego de las leyendas, a las apuestas gastronómicas del orondo Bartolomé el hospedero) estaba bien para Víctor y los epigramas de su amigo Raimundo Siles en su inconsciente romántico. Pero ella estaba consagrada a una realidad superior:

—Me oyes, Víctor; quiero saber más, estoy en ascuas y eso me pone muy nerviosa. Me convierto desde ahora en una insufrible compañía monomaniaca.

Lo admitiera o no, también para ella era un juego, con el nombre que quisiera darle. Se obligó a recomponer su imagen y a escarbar en el piso falso. Tropezó al cruzar un puente de madera, tropezaron ambos en el frágil equilibrio de los maderos atravesados, resbaló al tomar el camino que conduce a la parte posterior de la hospedería, resbalaron ambos por la vía vegetal que aísla las dependencias

privadas de la hospedería. Mohína, le iba dando vueltas de noria al enigma (ahora ya lo era con todos los pronunciamientos), retiñía en las sienes un sonido agudo, sibilino; un sonido, pero ninguna imagen, nada demostrable.

Víctor a ratos le cogía del brazo.

—No hay prisa —dijo. Era un largo camino casi a tientas—. Hará frío esta noche. Abrígate —le recomendó.

Carolina salió a la madrugada convencida de que debía cumplir la tarea extraordinaria de suscitar el encuentro con lo que uno es fuera de la apariencia. La sensación exterior era fría pero no hostil.

Víctor le había recordado al concluir la cena que se protegiera al traspasar la puerta de la hospedería; ella había orientado la conversación hacia el origen de su vínculo con Daren, con el artista y con la leyenda (tres aspectos de una realidad única y de una misma ficción, respecto a los que ya tenía noticia más o menos amplia por esporádicos interrogatorios precedentes) a la que era empujada por esa veleidosa intromisión personal.

Bartolomé el orondo disfrutaba sirviendo su gracia culinaria en vajilla de barro decorada a mano, y demandando plato a plato sentencia sobre su tarea restauradora con idéntica insistencia a la de Carolina esa noche con la actividad de los seres elementales. Pero lo que de nuevo y de viejo le refería Víctor con deliberada pausa era insuficiente y ceñido a la moraleja de que no hay aventura sin riesgo, no hay magia sin truco ni arcano sin contrapartida. Y paciencia, y constancia.

Llovió la siguiente madrugada.

Llovizó agua nieve la que vino después.

Cada noche la voz que escuchaba Carolina sonaba discreta, como dirigida sólo a ella, y acuosa, como emergida de una humedad primigenia; la imagen que veía estaba difuminada y era ambivalente. Nada que aportara la deseada respuesta.

Al amanecer seguía rastreando entre los colores del cielo y de la tierra a los pájaros navegantes y a las aves de fuego. Le cosquilleaba el oído el ulular del solista y el chisporroteo apacible de la leña seca en el hogar, las medias vueltas de Víctor en la cama, los murmullos enajenados a la intemperie. Precipitada volvía al cuadro incompleto del artista para comprobar que seguía allí, que el sonido era viento y el ave era fuego, todo grabado en un espejismo habitado por seres de leyenda.

Le ardía la cara, como si la suya fuera la parte expuesta del fantasma, le asfixiaba la bruma en la que se movían ambos y le presionaba el ridículo a intervalos de sañudo enfrentamiento con el racionalismo ilustrado: “tú eres, tú has dejado de ser”. En el cuadro de Raimundo Siles, el paisaje incompleto de una leyenda deformada (concibió esa idea forzando la memoria crítica), la voz era viento, viento cambiante, viento rebelde y travieso. Carolina se llenaba de viento a la deriva y recorría cuantas distancias, a cualquier hora, marcaba su atolondrada brújula. El cuadro de agua, la pincelada de viento, el ave de fuego, Daren y la complementación telúrica.

Cayó rendida al clarear de una mañana, la ropa delatada por las cazcarrias de las pertinaces incursiones. En la habitación Víctor dormido, en la hospedería la leña agónica. ¡Qué agradable calor! Qué nuevo fracaso. Severa reprobación la del tribunal en el espejo.

Víctor daba vueltas arrastrando consigo la ropa de la cama, el embozo alto, la manta baja. Silencio. Víctor continuaba en su mundo como la nota al margen que se lee tarde. A ella le reclamaba el sueño, y sucumbió a ese placer mundano; durmió las horas que quiso el sueño.

No se daba por vencida. De madrugada volvió al bosque dispuesta a recobrar lo que era y no había dejado de ser; fue una noche con muchas sensaciones.

Dormía profundamente al mediodía, continuaba dormida al languidecer la tarde; y por el impulso de la voz que no cesaba, Carolina se adentraba en la noche por un mundo nuevo de puro antiguo, y se veía a sí misma escoltando a los Seres Complementarios de la leyenda. Era ella detrás de los seres fugaces, símbolos y alegorías que al perseguir para intentar atraparlos con espíritu científico desaparecían como si jamás hubieran existido en otro lugar que la imaginación.

Era errónea su manera de conducirse ante ellos; así de incrédula e inquisidora, por veces que se empeñara, nunca lograría descifrar el enigma de los Seres Complementarios. Ni su obsesiva interpretación del cuadro de Raimundo Siles.

Aun con los pensamientos embarullados, e ignorante de su mecánico proceder, seguía el rastro aéreo y acuático de los seres ígneos camino del bosque remoto en una noche de cielo despejado. Una milicia de cariátides, sosteniendo la bóveda universal, jalonaba el paso terreno de los proclamados Señores del Mundo, y Carolina, cual único séquito admitido con la identidad invitada de menor rango, espejada por una orla de láminas cristalinas en lo profundo del arcano vegetal, escuchó el recitativo que a ella apuntaba,

sonido en coro de voces blancas pronunciando su nombre del que no podía sustraerse. El atractivo cántico la guiaba entre las figuras albas reluctantes, emanaciones de la Piedra de la Luna, acusadoras de la intromisión, por una elipse de panoramas adyacentes; en uno de los cuales olfateaba con instintiva pericia el perro de la hospedería.

Absorta en la escenificación y en decidir si las cariátides tendían a vestales o a ménades, Carolina había descuidado el protocolo de su iniciación y aún más, contemplaba con rigor también ella de sabueso el enfurtido pelaje del pecho y el cuello de la mascota hospedera —bañada de lluvia importada de su reflejo divagar nocturno en ocasiones precedentes— lustroso de luna antigua. Debía enmendar su descuido y devolver la atención al acto cuando el prodigioso coro de voces blancas elevó sus notas a la frontera de las percepciones, momento en que el perro, con paso que seguro pisa, enfiló hacia el hospitalario aposento con la rutina cumplida y el fragor del coro en el paraje incierto que aprieta tan fuerte que asfixia en su apogeo.

Los Señores del Mundo, los Seres Complementarios presidiendo el concierto para Luna solista y voz unificada del bosque; con ella en el palco de invitados, en ese fingido claro cercado de bosque del que parte una vereda, una sola vereda para entrar y salir a tientas de la representación.

¿Cómo has llegado?

Carolina pasó de la noche al trasluz, del sonido armónico al silencio zumbador en el límite del abismo, otra vez perdida en el deseo que persiste, en un sueño de puertas y pasillos, de elipses excéntricas al poderoso aleteo del Ave de fuego antes de posar su dignidad en el remate del Árbol de las Hadas, tejido con hilos enredadores de manufactura feérica.

¿Quién te ha traído?

La inmensidad del vacío separador a continuación del brusco final de la pendiente, en el inicio de lo que nunca acaba, a la que arrastra un viento furibundo, cribador, y que evita la majestad fúlgida en la última capa de la tierra impenetrable.

¿Qué te ha traído aquí?

A la tercera pregunta, Carolina supo que le correspondía el papel de dama del abismo, con probable repercusión sacrificial, al descubrirse en el impertinente ojo rotatorio del pomposo bitango, ahijado del Ave de fuego, y su edecán en el menester del interrogatorio.

¿Te has extraviado?

La dama vestida de blanco luna, atraída por el abismo, miró directamente al cuadro con mueca de disgusto: era ella a un paso del precipicio, casi suspendida en el aire, acosada por vetustas raíces y ramas caídas, aún indecisa en su definición. Pero era ella, no le cupo duda, como se recordaba cuando se dejó conducir al paraje incierto; cuando el perro de la hospedería la saludó con un suspiro amistoso mientras ella ladeaba la cabeza para acogerse al incógnito; o antes incluso, con la ropa manchada, las uñas sucias, el caminar desmañado. Carolina amagó una protesta, sólo eso, y su homónima ante el precipicio lanzó un suspiro al aire húmedo, sólo eso. El pájaro bitango descolgó las alas para impresionar a la intrusa e imprimir celeridad a su acción, porque nadie espera eternamente aunque su vida acompañe al tiempo en su inabarcable recorrido:

¿Eres la intrusa?

Brillaban ojos en las sombras, se estremecían las entreveradas ramas de los árboles, murmuraba la voz regente

del ave de fuego, sonaban pasos huecos en el camino que acaba donde empieza.

Continuaba recluida en un delirio cósmico que le lanzaba venablos interrogadores con diestra puntería.

¿Es este tu lugar?

Ella se preguntaba de dónde provenía aquella voz omnímoda, sin inflexiones ni acento, tan perfecta en la dicción como en el significado.

Del bosque lindante con la *Hospedería del manantial* llegaban los sonidos habituales que saludaban al nuevo día rociado con la luz del Sol.

Víctor paseaba el camino que trazaba el perro de la hospedería, cada cual entretenido a su modo; ambos habían pasado una buena noche y, como a diario, reanudaban la sana costumbre de la descubierta por la gratificante y refrescada extensión de Daren, deteniéndose a ratos por cualquier motivo, atentos en todo momento a las advertencias del instinto, el propio y el ajeno, voluntariamente implicados en la mutua protección.

Carolina dormía en su cama de la habitación, sola, inquieta, con la respiración pesada, sombreada en el sueño por árboles relictos y profundas lagunas de superficie agitada debido a la autoridad de un viento ubicuo, el que clava al acosado en el recelo y le ahonda la sospecha.

Despertó Carolina de lo que parecía un largo y agitado sueño pasadas unas cuantas horas, tras la sacudida que anuncia el final del viaje. Pero antes de abrir los ojos al mundo inmediato, de tomar conciencia de un día —por lo menos un día— vivido en un lugar extraño —de sobrecolector atractivo— y de enfrentarse al análisis de lo sucedi-

do —en la realidad o en la ficción—, aún transitó por un paisaje festoneado de blanco níveo hasta donde podía extender la mirada, que era el límite de los brazos extendidos: unos brazos de enorme envergadura (como alas de ave imperial), con las manos picudas y arqueadas (semejantes a garras de coloso). El resto del cuerpo también en blanco, pintado de blanco, sin facciones reconocibles, sin la voluntad de diferenciarse del paisaje.

Carolina yacía, apagados los rescoldos de calor en la chimenea, sobre un cuerpo de lienzo blanco, exhausta de viaje, aturdida por los contrastes de luz y sombra. Desencogió las piernas lentamente, fue acercándose a la conciencia despacio, con tiento de animal neonato. El mundo presente fue componiendo su imagen habitual, sus sonidos y colores, los recuerdos de la gama de pasados. ¿Dónde estaba Víctor? La siguiente pregunta inquiría por su aventura nocturna —por sus varias aventuras nocturnas, que en cierto modo la convertían en una persona desconsiderada con Víctor, al que abandonaba en alas de la obsesión para dar sentido a la búsqueda de una quimera; y a los otros personajes de Daren que le mostraban un aspecto humano.

Hizo un breve repaso de los nombres y las actividades, incluyendo al perro de la hospedería.

Ya estaba despierta, ya era plenamente consciente de su integridad al tacto. Lo comprobó mientras intentaba racionalizar el episodio en el círculo mágico con los seres complementarios y su corte de voces blancas. Los sueños prolongados, obsesivos, insolubles con el agua de la ducha, dejan un poso que invita a meditar sobre la probabilidad de lo acaecido; y le dejaron una demanda que le debilitaba su espíritu emprendedor: necesitaba escuchar la voz de Víctor con sus historias; echaba de menos el abundante

anecdótico de Víctor, su ocurrente recurso al estadillo, por no adivinaba qué extraño razonamiento de orfandad.

Sintió la punzada del hambre, casi tan aguda y molesta como el estridente silbido de un tren despejando la vía de obstáculos mudables; un hambre atrasada que exigía prioridad en la agenda de ese día interferido por hojas en blanco. Antes de salir de la habitación observó el mundo de agua y aire de Daren a través de los cristales. En Daren el silencio es la voz del aire y el agua. En Daren nadie está solo si sabe escuchar.

“Una nunca puede estar segura de lo que siente cuando se pone a prueba”, convino Carolina echando a andar por donde trajinaba con destreza Bartolomé, atento y servicial cual la actitud que corresponde a un amigo; depositados en la mesa unos platos para saciar el apetito a deshora, el hospedero le indicó dónde encontraría a Víctor.

Con ganas de moverse, repuesta de la fatiga trashumante, pero sólo a medias zafada del manto de la vergüenza por sus desapariciones obsesivas, se concentró en habilitar los músculos faciales en forma de sonrisa creíble. Ensayó el saludo: “He vuelto. No sé si ha pasado gran cosa”. Le pediría que sin hacerse de rogar asumiera la teoría de la culpa repartida. Y con una mueca de contrariedad pintada al carboncillo le trasladaría el resumen de su desconcerto: “Daren está lleno de fantasmas”. La puesta en escena venía anticipada por el sombrero apuntado, regalo de Víctor. Él usaba en los paseos, a veces, un sombrero de ala grande recogida por un lado, de color verdoso con cintillo amarronado. A ella le gustaba el sombrero de estilo militar y aseguraba que les quedaba bien a los dos, y quizá por eso él le compró uno parecido, aunque ella hubiera preferido el de Víctor porque en ese sombrero advertía el

carismático distintivo de lo propio. Pero Carolina venció el impulso de pedirle que los intercambiaran (él podría donarle el segundo de sus bienes a cambio de nada, a cambio de hacerla feliz con su altruismo) en virtud de lo que compartían, por lo que agradeció el obsequio relegándolo a la maleta. Final de la primera parte. El sombrero apuntado fue tema de conversación esporádico durante unas semanas porque Víctor, en su papel, pretendía averiguar en línea recta el deseo de Carolina; y no debido a que pensara en lo caprichoso de la petición y en lo forzado de concedérsela. Qué va. Ella también lucía la cadencia de oro que fue de Víctor hasta una ventosa tarde de playa en el ocaso estival.

Víctor desvió su mirada hacia el sombrero y afirmó suavemente con signo mímico, al final del viaje.

—¿Me lo vas a decir?

Susurraba Carolina. Presidía el ambiente un secreteo de aire y agua que acotaba instintivamente el timbre de voz, silenciando el resto de manifestaciones auditivas, las genéricas y las específicas.

—Tienes que decírmelo.

Se propuso llegar a un pacto con Víctor: “Te cuento lo que he visto y tú me explicas lo que sabes. Te cuento con quien me he encontrado si tú me dices a quién buscas”, un contrato mutuamente productivo.

—Dime si ando a ciegas o voy atinando con el misterio. Carolina empezaba a creer seriamente que su presencia en el paraje incierto no respondía a una asociación de imágenes inducidas por la sugestión, ni un mero episodio onírico con figuras de alabastro distribuidas en anaqueles para gozosa contemplación de los coleccionistas de rarezas; aun-

que todavía distaba de considerarla como la apostilla de un *opus nigrum* tramada por un visionario contagioso.

La verdad es que estaba hecha un lío. Insistía para sus adentros que nada era real salvo el marco, presto a cautivar y a confundir al impróvido.

—Me he perdido.

Víctor le invitó a seguir la dirección que el perro, cuya edad no le mermaba carácter, abría olfateando todas las esencias.

Carolina detestaba refugiarse en pretextos para abordar un tema concreto y de fácil exposición.

—¿No hay otro camino, ni otro guía, ni más indicaciones?

El silencio expectante reproducía a elevado volumen el ruido ajeteo interior. Qué fastidio.

—¿Entiendes lo que me pasa?

Nevaba, llovía, viento racheado; una acuarela de inclemencias al gusto del emisor. El soniquete incesante de su voz inquisidora amplificaba la confusión de ideas y conceptos; y temía que de madrugada las rutilantes alas del ave de fuego sembraran un nuevo desafío a su insomne curiosidad.

Se quejaba del silencio: “Demasiado, de día, por la noche; me cuesta descansar con tanto sosiego”; de los sobresaltos que le provocaba el silencio.

—¿Crees que podré dormir en Daren?

—¿Quieres dormir? —le preguntó Víctor.

—No.

—Cuéntame.

Desvelada por una irresistible tentación sensorial, se había asomado a la coincidencia de personalidades apostadas en el claroscuro a escasos metros de la hospedería. Distin-

guió a un ser femenino, estaba segura de que era una mujer, y a un ser masculino, convencida de que era un hombre, y a un ave que destellaba como las lenguas de fuego solar, y al coro de voz lunar en su prístina envoltura de caríatide.

Atraída por la imagen y el sonido, Carolina subió a las alas en viaje por vados y pendientes hacia el último territorio del valle. Luego, surgido de una imaginación prodigiosa, la tierra extinguió su forma conocida, y también las sensaciones cambiaron y la identidad se diluyó en un bosque inabarcable con el atrio en el lugar geográfico donde convergían los míticos caminos que conformaban el sueño.

—He salido en busca de algo, tengo esa impresión, podría afirmarlo aunque mi declaración no fuera jurada por falta de un registro de hechos —dijo Carolina—. Como tengo la certeza de que tú también has salido en busca de lo mismo, sigiloso, cauto, a la manera de quien lleva tiempo implicado en el secreto. Pero tus salidas son anteriores a las mías. Estas noches pasadas, cuando los rescoldos en la chimenea del salón apenas calentaban y la luz que irradiaban mínima, te has quedado en la habitación pendiente de la intensidad de mis acciones. Los dos nos hemos espiado con gesto indisimulado, y los dos hemos pretendido una coartada que incrementa la intriga de la leyenda. Sí, te confieso que estoy intrigada y sé que no voy a poder olvidar ni las imágenes ni los sonidos; probablemente ese es el fundamento de la leyenda.

Víctor le había ganado la partida.

Acarició al perro y regresaron a la hospedería por distinta ruta. Un rato de plácida comunión silenciosa con el magnífico entorno y de súbito Carolina le interrogó, con el

tono vehemente de un fiscal en posesión de la mejor arma litigante, acerca del punto de encuentro de los seres complementarios con los atraídos a su esfera de magia; y cómo había descubierto aquel paisaje invisible a los ojos egoístas, ¿cuántas piezas componen el mosaico de Daren?, ¿quién dirige el coro? ¿qué papel representa cada cual en la leyenda? y dónde se vela la seducción de los protagonistas, el exuberante encanto de la fantasía, la enigmática música de los instrumentos elementales.

Carolina mimaba al perro durante la entretenida vuelta a la hospedería.

—¿Me vas a decir en qué ilusión me he metido?

Las aves de alas ígneas vuelan como las llamas de un fuego avivado, y flotan en las corrientes de aire y se posan en la frondosidad de los árboles añosos que revisten una orografía de leyenda. Ascenden en vertical, como las llamas del fuego espabilado. Las que gustan de volar alto, muy alto, más alto, contienen en su ser aire fogoso.

Carolina quiso creer que nadie en Daren la engañaba con un relato críptico, para consumo de turistas impresionables, amparado en una leyenda insólita.

Víctor le dijo que en Daren el viento habla con voz circundante y que la voz del agua embelesa.

El viento y el agua no habían sido creados, tampoco el fuego ni el paraje ignoto, y en consecuencia vivían eternamente en su leyenda, precisó Víctor.

Lo que venía a significar que ninguna desiderata puesta a circular en los aires del crepúsculo alteraría las enraizadas creencias de los naturales del valle, ni la aceptada versión autóctona de los fenómenos en aquellos otros como

Víctor, como el artista Raimundo Siles, hijos adoptivos de Daren.

Nada a lo escuetamente dicho añadiría Víctor en el omnipresente silencio sonoro que apenas rasgaba el lejano traqueteo del tren que partió a su hora de la estación con todos los pasajeros sentados en sus correspondientes asientos.

No sería descartable que alguien interpretando el simbolismo pensara que Víctor y Carolina murieron al amanecer en la habitación compartida, de una manera elegida, y que resucitaron a la llamada de la cena en el comedor de la *Hospedería del manantial*. Y aquí no ha pasado nada; y la leyenda continúa ofreciendo al público absorto cuadros de seres de agua y viento elaborados con seres de tierra y fuego; y sonidos melódicos que ascienden en vuelo desde bellas estampas sin mácula a un firmamento de luminarias extintas en su remoto origen, que aún titilan sensuales para su destino en el efímero presente.

La exposición es permanente y el precio a convenir, dijo el artista protegiendo su obra de la perversa insania y la necesidad.

—Me voy mañana —anunció Carolina durante el último paseo del día.

—Yo también me iré mañana —secundó Víctor mientras acopiaba para soportar una ausencia indeterminada la imagen de la leña ardiendo en el hogar.

Admisión temporal

(Novela)

Cada uno es artífice de su ventura.

CERVANTES

La confianza hace creer que cualquiera nos esperará, paciente o entretenido, el tiempo que haga falta.

Empezaremos por destacar la disposición al enjuiciamiento del Heredero, aceptando la sentencia del tribunal incluso antes de constituirse legalmente. Otra cosa es que pensara someterse sin más al veredicto de los afectados, unidos por el sentimiento de agravio y distantes de la imparcialidad, pues tal acatamiento supondría reconocer una intención por él alojada en las prendas de su equipaje — que enseres al Predio urbano no desplazaba— y una obligación contraída por legado sin propósito de enmienda. Nada de eso. *Ver antes de actuar* era la sólida base de su conducta. Lo que sabía de cuanto le esperaba era preferible para él comprobarlo, estudiarlo y decidir como sujeto implicado.

El Heredero no daba nada por supuesto ni prefería adivinar, en un juego azaroso de elucubraciones, a preguntar a los capacitados para la respuesta satisfactoria. En el Heredero la razón dimanaba de los principios con los que había forjado su persona —una construcción inadecuada, a fuer de sinceridad—, un extremo que podía dificultar el acuerdo con los vecinos del Distrito pero que en su ucronía le era irrenunciable.

Hecha la pertinente salvedad, vayamos a la sucinta crónica de lo acaecido en el tiempo que duró la estancia del Heredero en su Predio: de la llegada a la hora del crepúsculo de dos viajeros, con un despliegue de tonalidades cautivadoras en los paisajes, a la salida de amanecer impreciso de los mismos dos viajeros, en fechas relativamente próximas; comedidos en ambas situaciones. No hay anticipo al lector en el enunciado que desvirtúe o, en la

peor de las interpretaciones, anule su curiosidad por conocer los episodios de la crónica y lo que de sentimental llevan aparejado.

—¡Bienvenido! —saludó el Alcalde a la figura señera, el Heredero, recién arribada a su jurisdicción administrativa—. Hace mucho que aguardábamos su presencia, señor Heredero. ¿Cuántos años han pasado? ¡Una barbaridad! ¿No es cierto?

Las efusiones y las licencias correspondían a ese mundo postergado en la memoria.

—Bienhallados —contestó el Heredero en nombre de los dos viajeros—. Gracias por la gentileza.

El Alcalde mostraba su ambivalencia en voz alta.

—¡Un montón de años que no se le veía por aquí! —A modo de reproche—. ¿Algún impedimento lo ha retenido fuera de nuestra cordial acogida, quizá? —A modo de paternalista deducción—. No imagino... —A modo de extrañeza que quiere y no puede sentar una afirmación que va a traer consecuencias.

—No imagine, Alcalde. Aún somos los mismos usted y yo. Y él —indicó a su Asistente, callado y a un metro de cometido de la sombra del Heredero—. Los mismos que antaño.

Un niño observador e introvertido que se había transformado en un adulto, al parecer, reservado, de poco énfasis. Al contrario que el Alcalde, idéntico, al parecer, con su faceta precedente, fácilmente evocada al contacto.

—Yo metido en el declive de la edad; no así, afortunadamente usted.

Sus ojos de autoridad experta lo veían en sazón. Estaba seguro de que ella, la Sucesora, coincidiría en la opinión. Al ufano Alcalde que medicaba con refranes la porfía

machacona de la incertidumbre —la esperanza es lo último que se pierde, más vale tarde que nunca, la paciencia tiene su recompensa—, no le cabía duda de que la Sucedora, puesto a prueba su aguante, soportado en comandita, aprobaría el aspecto del tardío Heredero.

—La edad nos influye a todos.

—Pero no a todos merma hasta el punto de la invalidez —replicó el oferente de trato distinguido.

—Cierto, Alcalde. Se conserva usted adecuado.

—Cumplido por cumplido, se lo agradezco y reitero nuestra bienvenida a este mundo que es su casa.

—Gracias.

La improvisada audiencia tuvo lugar en la linde de la Villa donde si bifurca el camino del Predio, avisada la Corporación, reunida en pleno esa jornada lectiva, por el receptor del mensaje, su presidente, una semana antes de la llegada del ilustre añorado, que dio en informar de la fecha por el cauce que trazan las notificaciones de interés general. Acusado recibo del inminente viaje a la raigambre del Heredero —el décimo de la saga—, los excelentísimos Alcalde y ediles de la Corporación se aprestaron a disponer el escenario como merecía un acontecimiento que reemplazaba la inquietud de los optimistas y el desespero de los pesimistas por suspiros de alivio exhalados a coro.

Celebraron adelantadamente que tornaba la normalidad a su Distrito, que por fin aparecería sano y dispuesto el Heredero arrumbando al olvido las tensiones, las orientaciones del Asesor, contratado a efectos de atinar en las decisiones de enjundia, y las consultas privadas al veleidoso oráculo de los sueños.

—La historia continúa —profetizó el Alcalde, notorio su contento en su manera de expresarse y moverse.

Tenía motivos el Alcalde, y nadie de su entorno advirtió presagio nefasto en el viaje demorado ni la presencia del Heredero confirmaba el temor a una declaración luctuosa que trastocara el desarrollo del antiguo plan.

—Un quebradero menos —terció el Secretario de la Corporación y del Patronato del Vínculo.

—Iba siendo hora —añadió el Comisionado para la Vigilancia y la Seguridad.

El Alcalde acalló el refunfuño de su mano derecha ejecutiva. El horizonte lucía espléndido.

—Hay que mirar adelante. ¿Todo está preparado?

—Estamos en ello.

El Alcalde y el Comisionado se referían al Conservador.

—Ahora no perdamos instante —animó el Alcalde volviendo afanosamente la cabeza y el cuerpo a la incoada tarea principal.

El Heredero viajaba en andas y en volandas de su nube. Junto a él, discreto y atento, prudente y avezado, a la misma velocidad pero con otros recuerdos y menos distraído, iba su Asistente. Tampoco a él lo empujaba la prisa en la demarcación final del trayecto.

—Este aire...

Respiraba el Heredero.

El Asistente miraba al cielo y al suelo.

—Estos parajes...

Contemplaba el Heredero.

El Asistente absorbía la brisa del mar soplada desde su despejado confín y el aliento silvestre de la prolífica vegetación tierra adentro.

—Los contrastes...

Eran característicos de aquella circunscripción fronteriza que ni tiempo ni historia lograban modificar tanto como para desvirtuar su dibujo original.

—Generación tras generación...

Cavilaban el Heredero y su Asistente.

A impulsos, breves y emocionales, ambos vieron emerger la familiar arquitectura de la vivienda en el Predio que ya hollaban. Allí, en el núcleo del dominio ancestral, y por los lejanos alrededores que no se agotaban ofreciendo asombrosas peculiaridades, la criatura de la estirpe que había de proseguir el trámite heredero, creció física y espiritualmente mientras envejecían naturalmente los demás

Levy de vida lo llamamos.

El Heredero pasó en el Predio y en el Distrito una infancia feliz, como la de cualquier niño que goza de lo indispensable a su condición, e instructiva, por afición y mandato, trasuntada de la biografía de sus progenitores y lueugos antepasados. Luego marchó a su debido requerimiento, prolongando su retorno al límite del incumplimiento.

—Henos en casa —susurró el Heredero.

Costumbre lo llamamos.

El Heredero, que enarbolaba el número cardinal X —la letra representativa de la incógnita—, o el número ordinal décimo, siempre estuvo cautivado por el Predio y el Distrito, alternadas aunque recíprocas las influencias. Desde que tuvo uso de razón y ejercitaba esta capacidad para evaluar estados y cuestiones —en el espectro que va de lo simple a lo complejo— y con los datos obtenidos por los métodos al alcance de su investigación extraer conclusiones, quiso perpetuar su estancia en el Distrito seguro de acertar

si quedaba errante por su belleza indómita, por su feraz naturaleza, por sus intrincadas vías, por su recóndita transigencia con la devoción inmaculada.

Grande era su admiración hacia todo lo que le rodeaba en aquel lugar magnífico al que nada, creía firmemente, le faltaba.

Nos ha sido imposible inferir del fondo documental de la saga, ni de la transmisión oral que lo complementa o sustituye, semejanza en los antecesores con el sentir del Heredero X, probablemente el más incógnito también en esto.

El Asistente, persona de confianza y proximidad, abundantemente experimentado en el recorrido transversal de su asistido —más sabe el cuidador por viejo y perspicaz que por diablo—, tampoco sirve en ciencia estricta para atestiguar al respecto allende el número IX, el padre del actual hacendado, y estirando la generosidad hasta la senectud del número VIII, el abuelo. No obstante, el Asistente era fedatario con su trabajo de lo mucho que cauti- vaba el Predio y el Distrito a su asistido en el pasado de infancia y brote de adolescencia, y en el presente que los adentraba en el hospitalario territorio.

—Hemos cambiado —susurró el Heredero.

Formaba ante la puerta de la casa un exiguo comité de recepción: el matrimonio de los Guardeses y el Conservador y esposa, la Cocinera, a media luz y a media penumbra los entrantes y los posados en el acto solemne de la novedad, despedido el Sol pero todavía con débil brillo los faroles.

El heredero estrechó las manos tendidas, sonrió las sonrisas y conferenció lo imprescindible en la apertura del protocolo.

El Conservador —a quien nómina aparte se debía la intachable custodia de los bienes raíces—, se brindó a conducirlos por las dependencias techadas del Predio, pues aventurarse en la oscuridad por los jardines no figuraba en el programa de la vuelta al hogar; era la suya una obligación que adoraba y traslucía a cada paso, con cada palabra.

La deferencia —y el placer del reencuentro— exigía del Heredero servirse de las indicaciones del Conservador, aun cuando ya le apetecía bajar el telón para deambular a solas por la casa descubriendo en un silencio colmado de pausas el tacto y el olor de la querida y aplazada propiedad.

Ubicado el equipaje en los aposentos respectivos y parcialmente deshecho, el Conservador y la Cocinera anunciaron la cena —que era compartida el día de llegada según marcaba la tradición— y fueron a situarse en su tramo de mesa frente a los Guardeses, junto al Asistente, cuando bajara con el Heredero. Éste presidía de cara a la otra presidencia, vacante por el momento, asignada a la Sucesora, futura señora del Predio y dadora de progenie en garantía de continuidad del Patronato del Vínculo y la beneficiosa relación entre los mundos allí congregados por épocas.

El Heredero, no tan fatigado como pensativo, hubiera declinado la cena —que era indeclinable y apetitosa— para iniciarse en el emotivo albedrío que regía su voluntad.

—Reunidos tras una dilatada ausencia...

Oró el discurso de la primera cena que otros antepasados declamaban a sus espectadores, a veces en número superior por circunstancias, casualidades o coincidencias admitidas de buen grado, profundizando una voz de por sí grave, sincera y por su destilación cálida, pero austera como el gesto; una voz, diríamos, militar, de campo de batalla, y no una voz diplomática, de teatro de operaciones;

una voz penetrante, embelesadora por lo íntima, surgida del adentro que tenía cautivado al Heredero con el encanto de lo indescifrable —personas, lugares, objetos, naturalezas.

—Felicitó vuestra diligencia.

Había sucumbido al encanto de la curiosidad, la pura y llana curiosidad, que le reclamaba indagar el paradero de su deseo en el variado paisaje del Distrito. Pero ese misterio proseguía un curso anónimo y autónomo al proceder de las relaciones institucionales en las dos esferas: el universo de la hacienda y el universo de la jurisdicción social.

—Me complace el resultado de vuestras dedicaciones a las que voy a responder con la dignidad y el complemento que merecen.

Una gastronomía deliciosa a base de productos autóctonos, los requeridos por la saga predial, como en los tiempos de felicidad ingenua y vivaracha.

—Comamos y bebamos en armonía y con salud.

Y orlados por un silencio de salsa espesa emanado de aquella personalidad retraída en sus atávicas funciones.

Reconfortaba tenerlo con ellos por el significado único del viaje; una significación clarificadora; el maridaje de la raíz con el aire. Nunca es tarde si la dicha es buena, voló la consigna.

El personal de servicio en el Predio sopesaba en la intimidad de luces tenues y puertas cerradas la vuelta del Heredero. Todo él, en cuanto lo vieron de cara, de espalda, sentado y de perfil, les dio que pensar. Evidentemente había regresado y en aparente buen estado, con lo que se zanjaron algunas polémicas que amenazaban agriar la convivencia; con ellos lo tenían en carne mortal, pero más tarde

de lo previsto; se comportaba como sus antecesores, aunque con la fruición disimulada; y era cautela lo que propagaba en mayor medida. La simiente para que en la madrugada insomne aflorara el recelo.

Exceso de emociones valorativas en una jornada por lo demás incompleta que transitaba lenta hacia el alba.

En el dormitorio de los Guardeses se velaba la impaciencia:

—Hay que esperar.

—Habrà que confiar.

En la vivienda del Conservador y la Cocinera:

—Es diferente...

—Es una incògnita...

En el devaneo conjunto del Alcalde, el Secretario y el Asesor germinaba, reptando desde un poso descuidado, el indistinto vicio y virtud de la suspicacia que nadie había convocado en tiempo y forma al gabinete de crisis. Precedentes en el desaliento no constaban en los anales, ni siquiera un bandazo, lo que aquietaba el presagio negativo y tendía a ceder en favor de una perspectiva halagüena.

—Concluya esta sesión urgente.

El convenio del gabinete de crisis fue el de enmendar el retraso en el calendario acelerando las fases del ceremonial.

—El procedimiento está en marcha y no cabe sospechar su detención.

Se dijeron todos que de noche conviene dormir.

—Mañana será otro día.

Unánimes, y espantando los temores vertidos por las apariencias, a menudo engañosas, se inclinaron por apostar en el factor positivo de la vuelta cíclica del Heredero.

La pretensión del Heredero, el X de la estirpe que restauraba la sangre indómita del pionero —que llamaban Dun—, divergía del pacto tradicional que había establecido los fuertes y longevos vínculos entre el Distrito y el Predio. Lo que pretendía el Heredero, de saberse a su llegada, en nada hubiera complacido a los expectantes.

Después de una noche confortable en su alcoba, el Heredero emprendió las horas diurnas con las ideas tan claras como el cielo asomado a sus ojos. Pasaría en sus dominios los dos siguientes días, descartándose motu proprio de asistir en su ínclita calidad a la preceptiva reunión del Patronato, un formulismo cortés, pero asimismo una exposición distendida y congratulada del futuro inmediato. Para representarlo, dotado con poderes absolutos en la materia concerniente, acudiría su Asistente, quien de todos modos, habiéndolo estipulado la costumbre, debía participar en la reunión en igualdad de condiciones jurídicas que el Secretario de la Corporación. Las deliberaciones del Patronato eran colegiadas y secretas, y solamente se difundían con la máxima repercusión los acuerdos unánimes.

El Heredero despidió al Asistente a la puerta del jardín, manteniéndose inmóvil y circunspecto como una estatua de prócer homenajead por suscripción popular y pensiles de plantas con flores el rato que tardó en perderlo de vista.

La mañana de atractivo original invitaba a peregrinar los alrededores. Pero su idea era otra para ocupar ese día, sin desprestigiar el aliciente al que pensaba ceder al siguiente, rogándolo de semejante generosidad meteorológica. La intención indelegable que le movía entonces era la de involucrarse en la dimensión propia memorada por la casa, el Predio interior, averiguando su existencia con

los sentidos al desnudo, limpios de contaminaciones pre-
téritas y despojados de sociabilidades adheridas.

El Heredero acudía a la cita con su historia para revivir las sensaciones del pasado carente de prejuicios y con independencia reluctante de lo que el destino de sangre le tuviera encomendado.

Se adjudicó dos días, cuarenta y ocho horas de patrimonialidad exclusiva, para desmentir o confirmar las trazas del porvenir. El primero, acabado de empezar, despachadas las obligaciones en la cartera del Asistente, hollaba el Predio exterior en sus parcelas de jardín y huerto por los senderos que no estropean las artesanías vegetales; las estatuas pétreas de simbolismo telúrico, celeste y marinero; las fuentes de pozo y los encharcados para el disfrute animal; los corrales habitados por especies comestibles y munificentes y las cuadras vacías de animales de monta —hubo caballos, mulos y asnos, y a su disposición la yegua *Remy* que trotaba con delicadeza aristócrata y la burrita *Doma* que aseguraba el paso y la carga en las pendientes—; y la cochera para los vehículos de rueda y de tracción mecánica. Los Guardeses seleccionaban el personal de labor adicional y auxiliar, a exigencia de la temporada, cuidando del orden y concierto en las instalaciones.

—En perfecto pase de revista —alabó el Heredero.

Los Guardeses respetaban la privacidad en el tránsito del curioso enamorado sin obviar, en la línea de la discreción, el análisis de la conducta del número X que podían cotejar con la del número IX y de oídas fiables con la de los números VIII y VII.

—Adecuado a cada momento.

La frase justa, los surcos rectos, el agua sonora, las robustas mascotas al acecho de peligros e impertinencias, los

animales domésticos produciendo, creciendo y engordando, los medios de transporte y las guarniciones lustrados, con los edificios aptos para su función.

—Este es un momento importante para nosotros.

Lo había dicho el Heredero y eso bastaba para sacudirse la aprensión de ver partir al delegado portando la responsabilidad que competía por el sacrosanto derecho consuetudinario al mandante.

—Será su forma de hacer —cuchicheó el Guardés a su esposa al encaminarse el Heredero a la casa.

La Guardesa, parca en voces y prolija en gestos, frunció la nariz amoscada.

—Le tira el Predio y el Distrito, en esto no ha cambiado, pero lo que le anida en el caletre presiento que dista leguas de los asuntos anteriores.

Se equiparaban las edades de los Guardeses y el Asistente.

—Desconfiada naciste y morirás desconfiando.

La Guardesa miró a su marido con veterana agudeza.

—Lo que venga, a mí no me pillaré de nuevas. Enseñada lo sabremos y a ver cuál de los dos se disculpa por pecar de ingenuo o por maliciarse un altercado.

—Se verá, a qué dudarlo.

Anduvo despacio el trecho hasta la casa enmarcado por los rumores a su espalda y lado y por la sombra meneguante, imponente. El heredero, como quien oye llover, escuchaba apenas esas otras voces que provenían de fuera. Lo sustancioso se debatiría de puertas adentro y a salvo de interferencias con el Conservador y la Cocinera en misiones alejadas y los Guardeses a lo suyo en tareas al aire libre.

Nos permitimos reseñar la vivienda, de arquitectura apaisada y edificada en una llanada de meseta de poca elevación y declive cómodo, con la simpleza de un esbozo: dos plantas de vida cotidiana, un promontorio-cofa de nave en el dique seco para divisar aún mejor cielo, mar y tierra, y un sótano de superficie idéntica a la de cada uno de los pisos útil para diversas habitaciones que en algunos periodos lució extravagancias.

El Heredero entró en la casa y corrió los gruesos pestillos de la puerta al cerrarla acompañada. Ya podía dar rienda suelta a su pasión indagadora de pieza en pieza, avanzando y retrocediendo por las habitaciones, el salón, los saloncitos y estudios; los comedores, principal, menor —para dos, recoleto y embriagado por las esencias disponibles en el laboratorio de las alquimias—, y de servicio en la cocina; las alcobas, los cuartos de higiene corporal, los desahogos de balcón, el otero en un tabuco símil de un desván remedo de una buhardilla —un observatorio privilegiado para la lectura nocturna de los cuerpos y las almas cósmicas, un aposento favorito para el ansia pasajera de integrarse en el movimiento continuo del universo—; subiendo y bajando la escalinata palaciega —un alarde artístico desacompañado con los estilos decorativos de muebles, utensilios, adornos y cerámicas—, las escaleras de acceso a la torre vigía —la torre de marfil— y al húmedo subterráneo y los escalones separando ambientes de bodega y trastero. Ya podía deleitarse estimando la temática de los cuadros, todos ellos de firma autóctona y apego a los parajes expuestos del Distrito, pinturas de corte naturalista y romántico, como la música preferida por el admirador de esos reflejos puros en los que es fácil reconocerse inmerso en las aventuras montaraces y bravías y en las so-

segadas faenas de los labrantíos; ninguno de los lienzos estaba ajado ni contenía figuras racionales e irracionales ni estampas de urbe, a diferencia de las porcelanas, los metales y las maderas que esculpían motivos humanos y animales, aperos, locomociones y acarreos, en una colección llamativa de catálogo escueto. En consonancia. Era consonante la selectiva elección de los libros en las dos bibliotecas, la de abajo y la de arriba, citadas en orden al número de volúmenes depositados en los estantes, escasamente sometidos a examen en grado parejo a los instrumentos diseminados por la casa quizá en aras de una estética preconcebida que al Heredero ni a sus padres incumbía. En la niñez fecunda de afición reveladora hacia los enigmas cotidianos, los tangibles, el roce de los dedos con las cuerdas de aquellas estructuras singulares y pulimentadas, apreciadas sorprendentes y majestuosas provocaba en el Heredero una corriente incitadora: “cógeme, pesquísame, tócame, compárteme”, dicho melodiosamente, vibrando la conexión entre el sujeto y el objeto; pero no se atrevía a poseer el hechizo de las notas ni solicitaba de la autoridad pertinente el permiso, la audacia en la caricia y la percusión, para aplicarse en la técnica de la belleza musical.

Fueron extraordinarios los conciertos solistas que regalaron esos instrumentos al afortunado público distribuido en el salón aquellas conmemoraciones, los aniversarios y otras fechas señaladas por quienes las marcaban.

¿Se animaría finalmente a iniciarse en el solfeo y las partituras? ¿Lograría prendarse de la música extraída por su cuenta con un maestro que le enseñara los rudimentos, uno paciente y osado que le indujera a perder el ridículo de tocar por instinto? ¿Encontraría un enseñante que comprendiera en su alumno con los dedos remisos el desafío

de la ilusión? Porque al Heredero le ensoñaba ser un hombre del Renacimiento, así denominados por sus múltiples capacidades, ninguna menor ni mal ejecutada, modelo de perseverancia, competente, dechado de inteligencia práctica. ¿Podría el artista cederle un hálito de esperanza en la progresión de sus aptitudes? ¿Podría redimirlo de su negativa subjetividad? Los dos metidos en un resguardo insonorizado del sótano, exentos de los imperativos de agenda y calendario, hasta desasirse del miedo al error.

Descendió al sótano tanteando el suelo y las paredes de piedra, como si anduviera a ciegas por un dédalo de corredores húmedos y resbaladizos en los que silbaba el viento a ráfagas y asustaba, en la vacilante exploración, el cruce con aparecidos de procedencias discordes arrojando mitos y leyendas de cariz truculento en versiones apócrifas.

Ascendió del sótano recopilando en la memoria, por entretenimiento, las voces de los infatuados espectros del remozado subterráneo, víctimas de un ocio perpetuo en el nivel excluido. El esplendor de sus atribuciones remotas se había ido apagando con el correr de las etapas. Murmuró el Heredero su lástima por la obra estéril, pero como era ley de vida nada había que objetar. Además, se dijo, el censo de habitantes de la casa y dependencias anejas no registraba una nómina de fantasmas ni de atormentados espíritus incorpóreos.

Los apuros y desconciertos se ocupaban preferentemente del Heredero X una vez concluido el repaso de los espacios por encima y por debajo de la tierra firme, despistado del tránsito solar alumbrando el mundo del que a paso calmo venía el Asistente con su atado de papeles y noticias en la raya del ocaso, con el estómago quejoso por la inanición. La Cocinera había previsto la mesa a su hora,

pero el Heredero la dispensó por emisario —un joven ayudante de los Guardeses— de servir la comida, sabiéndose solo e implicado en sus rememoración, citando para la cena a los mismos comensales que la víspera; algo inusual pero en nada reprochable.

—Es un hombre extraño —dijo la Cocinera a su marido sin evidenciar una desmedida preocupación.

—Hay rarezas peores.

Que la de sentarse con las entidades corpóreas de la casa para mantener un diálogo de mutuo aprendizaje. El Conservador era un hombre de trayectoria ponderada, reacio por criterio a suministrar latencia al fuego de la manifestación.

—Habla tanto como escucha, y no me parece que finja su interés.

—Y busca respuestas sinceras a las preguntas, te lo digo yo.

En una reciprocidad de discernimiento estupefaciente para unos servidores que, en puridad, tenían como dueños y señores usufructuarios la plena disposición del Predio durante largos periodos en cada una de las existencias de los Herederos.

En uno de los estudios del piso superior el Asistente informó detalladamente sobre los preparativos de la concertación, que en resumidas cuentas aceleraban los prolegómenos, por no forzar una supresión incívica, para acortar el plazo de ejecución del negocio.

—Sea, pues —convino el Heredero.

El pláctet resonó mágicamente en todos los oídos.

El heredero deseaba avenirse pronto con el pilar variable de su fortuna, aureolado de referencias inmejorables, respecto del que no temía sufrir una decepción. Con el a-

probado a la gestión, el Asistente retomaría los pormenores en el cónclave de la jornada venidera.

La cena transcurrió amena, promovido el diálogo sin enredo desde la tribuna, y a flujo de confesiones el debate, guiado por la moderación el expresarse, innecesarias las declamatorias y las inoportunas que los comensales cuidaron de retener en sus jaulas. Aquella cena de tertulia ase-quible a todos los públicos propició una cercanía inesperada con la incógnita figura del número X.

Quien menos habló fue el Asistente, la persona de conocimiento intrínseco de las realidades en liza. A nadie pasó inadvertido su estar ayuno de ser, ni se le dio importancia porque los papeles estaban bien repartidos y la bauta la manejaba la presidencia.

Finalizado el acto de concordia en el Predio y acordada la tarea del Asistente el día de mañana, el Heredero se envolvió en mística hogareña; le quedaba la última posta en el recorrido, la situada en la cumbre, la linterna de la ruta infinita balizada por las estrellas y las mareas. Ascendió los peldaños hacia el santuario de las veneraciones aspirando la sutil combinación de aire rancio, de cámara sellada, y fresco, de ventanas abiertas. La atalaya de los mil sueños —denominación poética de un enardecido vate ocasional— lo acogió con el cariño del ayo, un ángel custodio inmarcesible a cuya presteza en el consejo —el que se pide con la voz trémula, pero no asustada, el que se invoca eximido de palabras— se rinde pleitesía. Felizmente encajado en el pináculo, se aprestó a navegar y volar los derroteros que salieran a su encuentro en la visita prometeda; también para atender las voces con recomendación de futuro, que aun pudiendo sonar fantasmales en la eminencia, aunque no de ultratumba, pronunciaban los mensajes

con impecable dicción y conocimiento de causa. Los fantasmas agremiados en un retablo de amable prevención, sentaban cátedra acerca de la puesta en antecedentes al Heredero-discípulo en aquella benefactora opacidad que era castillo y morada, rodeados de atmósfera protectora desde la que impartir la doctrina del ciclo vital: llegada y salida en tres épocas diferenciadas en su protagonismo.

—“El púber abandona con sus padres el Predio y el Distrito para después de otro aprendizaje regresar en solitario de sus obligaciones transformado en joven adulto que a la sazón ha de cumplir aquende.”

—“Satisfecha la obligación, parte de nuevo pero acompañado por su pareja a ese mundo duplicado allende que le concierne y concernirá a ambos desde entonces, obligado a mostrarlo y compartirlo.”

—“Hasta la gozosa experiencia del retorno con el primogénito y la demás progenie de haberla.”

—“El Heredero XI, que ordenadamente en su día conocerá a la Sucesora XI.”

—“Sin cesar de girar la rueda, que es ley, costumbre y principio general.”

—“Como mandan la tradición y la obligación.”

Los fantasmas instructores depusieron gravemente su magisterio en el imperio nocturno, acorde la ontología del colegio de educadores con la ética del aleccionamiento en la moral del educando; resaltado el concepto de obligación en cada parrafada como un imperativo de ontología, ética y moral, como una variante ineludible e incuestionable de la esencia y la trascendencia, como el designio por antonomasia de la racionalidad.

Una gracia, en resumen.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó a los empadronados donde menos estorba la huella del hombre.

La urdimbre fantasmal verificaba la idoneidad del graduando en un examen decisivo.

—¿Ingresaré en vuestra hermandad por derecho?

Que él supiera, ninguno de sus ascendientes reposaba los huesos o las cenizas en los cementerios del Distrito ni en una necrópolis arcaica ni bajo un túmulo ni sepultura en roca en aquellos lares, ni en la inexistente cripta del Predio. Hasta donde sabía, sus ancestros fallecían en algún lugar duro o blando del mundo y allí permanecían inhumados por los siglos de los siglos.

Supuso que tras el periplo vital, los miembros de la estirpe cobraban textura de espectro o ectoplasma en la imaginación, pues, la verdad sea dicha, la corporeidad de las voces en sondeo era invisible.

—¿Cuándo seré admitido?

Obviamente, el ingreso en la fraternidad sibilina requería del obligatorio —e indelegable— cumplimiento del deber y de la condición *sine qua non* de la muerte. Si rompía con la historia, en correspondencia la historia lo defenestraría.

—¿Vagaré eternamente por el Predio y por las fronteras naturales del Distrito si incumplo el débito con el legado de mis antepasados?

Los fantasmas callaron su respuesta, probablemente molestos con las objeciones apuntadas. El cielo, el mar y la tierra divisados en la madrugada por ojos ávidos de maravillas eludieron contestar a tamaña pregunta. Con ella se acostó el Heredero y mecido por el silencio de vivos y muertos durmió redondo, infantil.

Temprano por la mañana, le despertaron los sonidos animados del Predio. Con un humor oscilante, a causa de su obligación matutina, el Heredero viajó al corazón burocrático de la Villa acompañado por el Asistente. Les esperaban en el Patronato del Vínculo para ultimar lo procedente sin más dilaciones.

—Hay prisa, compréndalo. El retraso...

El Alcalde tenía razón, iban con un retraso de años.

—Por mí adelante.

La planificación estaba casi culminada.

—Hemos pensado en el próximo sábado para el acto de inaugural —dijo el Alcalde escrutando la reacción gestual de quien aún no se fiaba.

El introvertido Heredero leyó minuciosamente el redactado final del documento y accedió.

—Con gusto estará todo a punto según lo estipulado.

El inmutable Asistente guardó en su cartera la copia del programa.

Para la cita con el inminente capítulo de su historia faltaban tres días, lo que le otorgaba ese par de jornadas de asueto que en cálculo somero precisaba su deseo para convalidarse en un hecho.

—Nos conforta su determinación.

El acuerdo de programa rubricado se celebró con un almuerzo de trabajo en el que los encargados de las particularidades alisaron los flecos y limaron las aristas de la cronología de las actividades, mientras el Heredero y el Alcalde departían reflexivamente de temas comunes a los hombres mundanos, una conversación agradable, volátil, efímera como el recuento de las posesiones acumuladas durante los fragmentos de vida novedosa y contenidas sin apretura en una caja de madera con la tapa pintada a mano.

—En sí misma es una alhaja.

Con el fárrago de los trámites resuelto, el Heredero pasó la tarde en el Predio interior, con un inciso moroso de jardín, corral y labrantío al regreso de la Villa, acopiando mapas y cartografías del Distrito, desperdigados en la biblioteca grande, que llevó a la pequeña en el piso alto —ciertamente una sala de lectura— y luego al otero, por aquello de avistar los matices de color y los relieves en los compases finales del alumbrado solar.

Plácidamente contempló un hermoso atardecer de acuarela. Y el advenimiento de una Luna tímida con la fisonomía del creciente.

Caída la noche ante sus ojos, se impuso la lisura en todos los paisajes de la rosa de los vientos y en el cielo de mar y de tierra los brillos que la Luna consentía.

Amores sintió el Heredero en la cúspide arquitectónica, y un amago de escalofrío al interrogarse por la suerte de compatibilidad que le depararía la tradición. Estaba solo en el trance de adivinar, y confuso, porque los fantasmas enmudecidos cursaban rumores ininteligibles en vez de palabras a los oídos o signos —de poca o mucha cábala— a la intuición. Los fantasmas habían renunciado a su locuacidad jeroglífica para demostrar la intensidad de su ofensa.

Cuando descendió meditabundo de la altura, la mesa estaba servida y los comensales enterados del programa. El Asistente los había puesto al corriente, y más contentos que pesarosos cada cual se organizaba para garantizar el éxito. A todos en la cena, sin distingos de categoría, comunicó el Heredero su plan campestre y marítimo para las dos siguientes jornadas.

—Mañana visitaré el bosque y pasado el litoral.

—¿Solo?

Tanto como lo estuvo un rato antes en el otero.

—Sí. —Pidió a la Cocinera alimento de viaje y su vi-tualla, al Guardés un cayado ligero pero duro y un cuchillo de monte de los que se atan al cinto, al Conservador suge-rencia sobre la veracidad del mapa que consultar andando y al Asistente disculpas por dejarlo responsable de los pre-parativos.

Desechó el petate, que debía llevar en bandolera, optando por una mochila de correas gruesas, excesiva para su carga pero de fácil porte y brazos. Lo despidieron los Guardeses en la divisoria de terrenos por detrás de la casa.

El Heredero era una alegoría del batir de alas.

—Hasta la noche.

—Buen paseo.

—Seguro que lo tendré.

Apartada momentáneamente la preocupación, viéndolo marchar hacia el bosque por la trocha, la Guardesa mascu-lló:

—Va muy suelto.

El Guardés asintió.

—Muy desasido.

Fue encantador el paseo silvestre para el Heredero, nin-gún riesgo ni acechanza amenazaron las muchas horas que duró su batida por la espesura hasta la falda de los colosa-les montes fronterizos, y vuelta con intrusión en un ba-rranco, asequibles sus cortaduras a un niño espabilado, y parada y fonda en el arrullo del manantial.

Aún no había oscurecido como para suscitarse alarmas cuando apareció indemne y con el rostro jovial.

Durmió de un tirón abrazado a la colecta de sensaciones de aquella dadivosa jornada.

Repuesto de la caminata, desaparecido cualquier síntoma de agotamiento en el cuerpo, poco después del amanecer ya tenía el Heredero los pies y las ganas en la siguiente excursión valle a través, hollando las veredas en paralelo a las franjas de cultivo y las arboledas frutales. Llaneando hasta el puerto y la playa, distraídos los sentidos con lo que a ellos acudía del entorno cambiante —fincas de viñedos, cítricos y rosáceos, labrantíos de cereal y hortaliza, hectáreas de olivos añejos— en dirección al mar. Estas voces de la naturaleza ondulada y agrícola diferían de aquellas silvanas de la víspera; eran el de ayer y el de hoy dos sonidos fraternalmente dispares, por sí mismos completos y doctos en sus respectivas disciplinas.

La inmensidad del mar siseaba al fundirse con la arena en la orilla y en la frontera de dorados y salobres se detuvo a escuchar lo que quisiera contar al pasajero de las velas henchidas.

Una barca de capturas —de la que se quedó inmediatamente prendido en su navegar costero— surcaba mansa y ágil las aguas de hondura rocosa. A bordo, en perfecto equilibrio, un marino curtido, faenando en cubierta, le devolvió el inerte saludo. La barca se llamaba *Marinera* y en ella, con el Marino pilotando, el Heredero había zarpado del puerto a la bocana, del puerto a la playa, del puerto a los caprichosos farallones de Levante, del puerto a la mole de los acantilados en Poniente. Entonces el Marino frisaba la cincuentena y su barca un rosario de lustros; ahora la fascinación recogida por los ojos se mantenía en auge, y de no haber sido porque el canal entre la orilla y el cabotaje

superaba la imaginación, lo hubiera cubierto a nado e incorporado al glorioso desfile de la patrona.

El Marino alzó el brazo y lo agitó en señal de reconocimiento. El heredero hizo lo propio, aunque su mímica —consciente o inconscientemente— denotaba una petición que no pasó desapercibida al lobo de mar.

Se encontraron en el puerto y bebieron en la playa. El Marino le preguntó si pensaba quedarse lo justo o más; el Heredero le aseguró que su idea era quedarse por tiempo indefinido. El Marino no delató asombro alguno en su tez ni en su voz ronca. El Heredero repartió sus viandas y habló del pasado. El Marino le habló del presente. El Heredero supo que le acuciaba la obligación. El Marino supo que en el Heredero mandaba una obligación de enjundia.

Convinieron navegar otro día.

Lo explicó el Heredero durante la cena con un entusiasmo que ya quisiera para sí la celebración del sábado. Los reunidos a la mesa, ya habituados al antojo del enigmático número X, mostraron un dibujo indesciftable para el profano —mejor decir para el abstraído—, confiando que la fiebre ilusoria le disminuyera con las horas de sueño y un baño caliente; decorosos e incrédulos de lo que vivían, se abstuvieron de espetarle —nadie se atrevería a tanto en esa fase procesal— lo incomprensible de su proceder, lo perjudicial de su actitud inconstante —según el baremo de impresiones por el que se regían— dado lo mucho que se jugaban en el envite de la jornada sabatina, para la que estaban preparados como lo estaba, y sobradamente, el índice y el elenco de invitados.

Amaneció despejado de nubes, lucido el panorama, agradable la atmósfera.

—Todo dispuesto —anunció el Asistente con tiempo para supervisar los aciertos y los fallos, con margen para afirmar las exactitudes y corregir los equívocos.

El Heredero le había dado carta blanca para actuar en su nombre por el bien del acontecimiento.

La fiesta de presentación, cual era su incumbencia, obtuvo la calificación de excelente.

Nunca es tarde si la dicha es buena, debieron pensar los organizadores, los protagonistas y los asistentes, todos incumbidos en la unánime felicitación. La rueda de la vida giraba con brío engrasado, con ímpetu de epifanía; repicaba la enhorabuena en el condensado universo del Distrito, de la frontera terrestre a la marítima, de ahí que nadie, industrial u holgado, quedara exento del alborozo.

Corrió la alegría a raudales, voló la noticia del enlace. El atípico Heredero X y la paciente Sucesora X congeniaron a la primera en vista pública, y como la primera impresión es la que cuenta el tribunal leyó el veredicto de amor y próspera continuidad.

Nosotros corroboramos las impresiones y los veredictos, pero sostenemos enarbolado el enigma de las X al lector, pues de una incógnita se llegó a dos en la ecuación planteada en lo sucesivo. Con este anuncio no desvelamos el quid del argumento en la narración, únicamente advertimos del efecto engañoso que supone dejarse contagiar por la algazara, que es casi inevitable en las endogamias, y que suele aderezar con estrépitos la ausencia de molla.

Sin embargo, verdad es que la apariencia trazaba una flecha en la diana.

La Sucesora, auténtica estrella de la fiesta, entró en el Predio como quien regresa a su casa después de un viaje

de larga duración, ama indiscutida, y aclamada, del cotarro; digna y sofisticada de insinuación, bella y escultural, interesada e interesante, diestra y galana. Exacta a sus predecesoras.

Las equis complementarias fueron exhibidas dentro de un círculo de prerrogativa y sortilegio; ningún otro protocolo terció entre ambos, ni falta que les hizo para acoplarse. Cruzaron bonitas palabras y sonrisas, y con la suerte echada el respetable guardó un instante de nervioso silencio con el pulso en suspenso. Pero con los factores en pro de la corriente, al cabo de un segundo se disiparon las dudas que ritualmente se asocian a los momentos cruciales de la vida. Los optimistas recalcitrantes proclamaron que la unión ya estaba consumada y los nubarrones dispersos.

No se hicieron de rogar el Heredero y la Sucesora al prodigarse simpatías de amplia y pronta difusión en el buen tono de la fiesta.

—Esto va bien —dijo el Alcalde al Conservador, al Secretario de la Corporación y del Patronato del Vínculo y al Asesor

Había acuerdo en la cara y los gestos.

La Guardesa susurró al Guardés, aunque no hiciera falta modular la voz al límite del vecino, que el Heredero parecía repentinamente cambiado.

—¿Lo has notado?

—No.

La sinceridad del Guardés venía a cuento de su pobre apreciación de las sutilezas. Lo que él percibía era la inalterable gravedad en el proceder del Asistente, pero sin llegar a leer en sus ojos el escolio del episodio lúdico.

Muy prometedor entonces para las figuras señeras, en danza su pronóstico.

La fiesta se alargó hasta que en el cielo se esfumaron las estrellas y en la tierra los cuerpos rutilantes.

El Heredero durmió mucho y bien. Saciado el sueño más allá del cénit y abiertos de par en par los ventanales de su alcoba, permaneció en la cama respirando las fragancias del Predio y el Distrito, ilusionado con el devenir.

También pensaba en ella y en lo que ella pudiera pensar de él. Y empezó a imaginarla —podemos decir sin temor a exagerar que en su relato prospectivo la veía en su forma real, capaz de atraerla y tocarla— en una ronda ociosa por la casa, los solares cultivados, las parcelas ornamentales, las dependencias habitadas y las desiertas, refugio de espíritus y fantasmas, conversando jerárquicamente con el personal a su servicio, muy puesta en situación y pendiente de todo para que nada escapara a su influjo; ni siquiera el anfitrión, que en ella había delegado tácitamente sus deberes y por ende resignado el mando en una ceremonia íntima con cláusula de preferencia. Siguió imaginándola —con una nitidez pasmosa en aquellas horas luminosas del día—, centrado en su quehacer doméstico, familiar y regenerador, procreativo y sedimentario, mientras ella se hacía patente como un imperativo y agrandaba su autoridad con demostraciones de poder que a los mandados resultaban innatas.

Por cuanto había descubierto gratamente en el transcurso de la fiesta de presentación, la Sucesora X había nacido para encarnar el papel histórico que los documentos registraban, plenamente dominadora de la puesta en escena que los terceros obraron para su fulgor, y realizaba con preciosismo el ensueño terrenal de la genética varonil, refrendada a latidos.

Evocarla en el marco de su apogeo sumió al jubiloso Heredero en un delirante placer y, con las barreras de control levantadas, en un sueño capcioso del que manaban a espuestas de su cabeza y ánimo cosas extrañas que al despertar bruscamente por un impacto violento en su seno, recordándolas desvaídas, no supo definir. Poca importancia concedió a esas cosas inconcretas de competencia para la sabiduría fantasmal, apropiadas a su vez para tratarlas con rigor curioso y debatiente en una velada con fogueados ponentes de las rarezas, con versados a prueba en la exégesis de las ocurrencias y con intrigantes de recreo duchos en el arte de transmutar la anécdota en delicia de paladeo esporádico. Lo esperado en un ambiente propicio como el del otero que decidió visitar después de la sobremesa nocturna.

Comió frugalmente, desligado del apetito en solitario. Luego del refrigerio y un trivial intercambio de pareceres con el Asistente, franco de tarea, la Cocinera y el Conservador, paseó el mosaico vegetal del Predio en simbiosis adaptativa, tranquilo, concentrado en la proliferación de vida en un espacio mimado por sus cuidadores a los que recientemente se había sumado para quedarse el ojo del amo.

Fue idearlo, viéndose felizmente plantado en aquella tierra bendecida por la prosperidad, y sentir el retumbo de una queja formalizada con una instancia en camino. Pero aún tardaría en llegar a sus oídos la reclamación por el inexcusable agravio. Ese día después del gran acto tuvo su apostilla locuaz —el Heredero abordó el inusitado tema de los cultivos desplegando ardorosamente teorías de cosecha propia relativas a los menesteres prediales, nada descaminadas— y divertida —riendo sin malicia los comensales

las iniciativas de futuro agrícola de quien a no tardar iba a despedirse— en la cena y un colofón silencioso —por la incomparecencia de la curia fantasmagórica— y contemplativo en el otero. La noche le aportaba leña a la hoguera de su entrañable ficción, y aquel rincón elevado el sosiego del bienestar.

Durmió profundamente las horas nocturnas desvinculado del tiempo y sin rastro de advertencias.

Amaneció sereno y laborioso el día en el que las noticias del epílogo a la buena nueva debían ser protagonistas.

En el Distrito cundía un sentimiento favorable hacia el acatamiento de la tradición, que añadía periódicamente una quinta estación a las cuatro habituales del año. Lo divulgaban en corrillo los numerarios del Consistorio y el Patronato, y prendida la mecha chisporroteaba por doquier llevando la confirmación de un deseo.

—¿Ya?

—Eso parece.

Dándolo por hecho.

—Eso dicen.

—¿Alguien lo ha visto?

Siendo impensable un revés en la historia.

—Se huele.

Los indicios eran favorables, pero lo cierto es que nadie vio en todo el día al Heredero.

—¿Tampoco a su representante? —preguntó extrañado el Alcalde al Secretario y al Asesor.

—No.

Nadie había visto al Heredero ni a su representante en los aledaños del domicilio de la Sucesora o atravesando el zaguán del Patronato del Vínculo.

—Es raro...

Que era raro el comportamiento del Heredero lo certificaban los habitantes y asiduos del Predio. Ante sus miradas atónitas, pero ahormadas al disimulo, había decidido ese lunes de otros quehaceres lógicos retomar la senda de las exploraciones, que era al entender de ellos la de la desidia hacia la obligación. La única mirada ajena al desconcierto era la del Asistente, y el único actor en el Predio que no abrió la boca para decir lo que pensaba fue el Asistente, prudentemente retirado de la línea interrogadora y a la espera.

El Alcalde suspiró presintiendo la mosca en la oreja.

—Esperaremos.

El mismo consejo que habían improvisado el Asesor y el Secretario.

La misma postura paciente, rayana en lo comprensivo, adoptada por la Sucesora y parentela. Había que reposar de las emociones y ganar tiempo disponiendo el equipaje para el adiós cantado. ¡Qué era un día más o menos ante el cómputo de una vida!, se convencieron de la futilidad del retraso; y la historia daría la razón a quienes cabalmente apaciguaban las inquietudes.

—Mañana será —alguien vaticinó en la residencia de la Sucesora.

—Mañana será otro día —despidieron el presente en los hogares y en las calles del Distrito.

—Veremos mañana —espetó la Guardesa a las sombras en la casa, suspicaz ella, más propensa que su marido a barruntar la deficiencia.

La Cocinera se ratificó en que el Heredero X era un tipo insólito, al contrario que su marido quien ya no opinaba que había rarezas peores.

—A ver con qué nos sale.

Ni atisbo de sospecha en la Sucesora al acostarse ni al levantarse. Las conjeturas le resbalaban; ella deducía con elementos de juicio que el Heredero le iba a proporcionar el paso a otros mundos augurado por la usanza y anhelado por su seductora estirpe. Había que confiar en sus dotes y disculpar la impericia del abismado, rasgo sobresaliente en su carácter. Se mostró categórica frente a las especulaciones de los suyos: “Mi destino está escrito en el libro de la tradición”. El Heredero acudiría al llamado de la historia luciendo el vigor amoroso de una joven promesa: “Yo soy su fabulosa obsesión”.

No obstante la voz de mando, la incertidumbre supuraba por la herida. Y es que cuando el miedo cala es harto difícil desprenderse de sus garfios, ventosas y succiones.

La Sucesora, metida en la harina de la mudanza —¡bien hecho!— leía golosamente el párrafo del libro de la tradición que hablaba del traslado de domicilio: previa la partida de la pareja al nuevo mundo, la Sucesora debía residir en el Predio un tiempo arbitrado por la voluntad de los contrayentes. Solía oscilar de unos días, los indispensables, a unas semanas, las suficientes. Cumplida la prescripción se despedían del Predio y el Distrito hasta el regreso con el siguiente Heredero y un cúmulo de experiencias dignas de referir a los familiares y allegados.

Lentamente, arrastrando rumores y aflorando conjeturas en la Villa, discurrió el día, huérfano de noticias del Predio.

Algún estremecimiento vespertino sufrió la delicada obsesión, pero con un férreo control de las emociones mantuvo impertérrito el semblante y acotadas las inquisiciones directas.

El Alcalde recibió la consigna del Asesor y la hizo pública:

—Seguro que hay una explicación.

—Una explicación simple y clarificadora —corroboró el Secretario.

El Alcalde temía acabar siendo el blanco del malestar generalizado.

—Una explicación que si no llega iremos a buscar —dijo a sus leales colaboradores en las postrimerías de la jornada.

A todo eso, el objeto deseado regresaba al Predio de un paseo náutico en la barca del Marino. El Heredero había disfrutado como un niño —recuperado anacrónicamente— costeando unas millas litorales del Distrito en franca charla con el adusto lobo de mar que con él se suavizaba y al que agradecía —en un agradecimiento mutuo— la honra de soltar amarras para faenar el intelecto a cabeceos de ola y bandeos de marea.

—Una pesca de altura la nuestra —medio bromeó el Marino.

—Sin cotización en la lonja.

—Hoy hemos comido.

—Ojalá pudiera alimentarme a diario del aire —soñó el Heredero.

Y vivir en las nubes, casi dijo el obnubilado. Una metáfora que le casaba como anillo al dedo, pensó el capitán del barco aproando el puerto.

Descendido del cielo y del mar calmos a la tierra convulsa, el Heredero —sombra eres y en sombra te convertirás— puso rumbo al Predio de anohecida con su lío de ilusión a cuestras por una pasarela intransitada colgante sobre arenas movedizas. El Marino lo vio marchar flotando

dentro de su nimbo como un niño recompensado por sus buenas acciones.

El Alcalde disolvió el gabinete de crisis a la hora de la cena.

—Tendrá justificación lo que hace.

—Y lo que no hace.

El Asesor y el Secretario ideaban por separado alternativas al talante resignado para exponerlas en la sesión de mañana.

—Un día más y un día menos —sonó una voz anciana en la residencia de la Sucesora.

—Día pasado, día encontrado —redundó otra voz anciana en el silente cobijo.

La Sucesora conferenció con su amiga dilecta —una prima con la que desde niñas se llevaba muy bien y habían jurado no separarse jamás— y por consenso en línea vertical de Sucesora a Prima trazaron una estrategia irrevocable a plazo fijo.

Contó su aventura marítima durante la cena a sus perplejos compañeros de mesa un hombre pletórico, rejuvenecido aun siendo joven, surgido de la crisálida del Herebero.

—Embarcamos...

No omitió una cabrilla de las que empezaron a formarse en la agitación submarina, ni una estela cavada por la popa, ni un role de viento, ni un golpe de timón —que manejó un rato apretándola con sus novatas manos—, ni una abocanada de brisa.

—Vimos todos los horizontes...

Una serenata de contrastes magistralmente orquestada.

—Hablamos...

De lo que acostumbran los viejos amigos al coincidir pausadamente. Tal y como, entonces, a los flancos de una mesa reducida en manjares y ornatos, se dirigía a ellos, los escépticos de la vigente cordura en el orador. Les declaró lo que era obvio: aspiraba a cultivar las huertas, a engordar los animales de cría, a frotar el lomo y el hocico y cepillar a los de paseo y tiro que adquiriría para ocupar los establos, a desbrozar las rutas otrora frecuentes, a navegar, a vivir de un modo casero con los presentes y la mujer que la tradición le había asignado; siempre que ella estuviera de acuerdo, matizó respetuoso.

Al unísono callado pensaban los destinatarios de la locución que el acuerdo había sido ultrajado.

—Me siento feliz aquí. Este es mi mundo —proclamó.

La pirotecnia atronaba en las cabezas con nulo aparato exterior, donde reinaba un silencio de camposanto, una paz ficticia, moribunda. Una fiesta nonata cuajada de pesimismo y rudeza de puertas adentro.

El Asistente, los Guardeses, el Conservador y la Cocinera abandonaron decaídos el comedor, y los apenados fantasmas volaron a su morada. Aquello era una tragedia.

El Heredero les deseó buenas noches con sus modales sin tacha y en último lugar, como incumbe al anfitrión, se mimetizó con su muy querida vivienda, igual que se mimetizaba con sus muy queridos paisajes, para instalarse en el otero hasta que le forzara el sueño el cambio de habitación.

—Una catástrofe —masculló la Guardesa.

—Tienes algo de bruja —refunfuñó su marido.

—Lo que tengo son los sentidos alerta.

La conversación privada entre el Conservador y la Cocinera se significaba en los parámetros de la legitimidad.

—Es una situación excepcional —denunció la Cocinera—. ¿Quién va a ponerle remedio? Digo yo que algún día tendrá que ser el primero o el último. No vamos a estar indefinidamente al albur de lo que se le ocurra al hombre raro.

Su protesta era moderada, distante de la ojeriza.

—Por anómalo que nos parezca, el Heredero lo único que desbarata hasta ahora son los plazos.

El juicioso Conservador no sentía animadversión por el personaje que caminaba rezagado y nadaba contracorriente.

—Esta situación excepcional —repitió la Cocinera en una reconvención atenuada— no debe enquistarse.

Recordó que la pasividad fecundaba males mayores.

Su marido rechazó la idea de que el Heredero actuara de esa manera inusual y opuesta a lo que de él se esperaba como legatario según un criterio preconcebido.

—Acepto que haya en él un componente pueril, al menos para nosotros, sin entrar en disquisiciones de anomalía, pero no capto ninguna intención ex profeso tendenciosa contra la costumbre transmutada en ley.

El Conservador tenía fama de persona bondadosa en el Distrito, sin que ello equivaliera a ser un tonto cuando en realidad se le consideraba cauto y oportuno.

—¿Tú crees que va a rectificar?

En el fondo la interrogación estaba formulada como una súplica.

—Algo ha de pasar.

—Que pase ya y sabremos a qué atenernos.

El Conservador se preguntaba íntimamente por la ubicación del error: si en él, solo en ese mundo, o en ellos, encerrados en su mundo. Falto de sueño y excedido por la

tribulación, le habló a su mujer de las cláusulas ausentes en el contrato de vinculación.

—No especifica fechas ni plazos para su ejecución.

Nunca se hizo necesario un acuerdo de puntualidad, descontado el primer episodio que por innovador creaba las normas; los siguientes se limitaron a repetir un procedimiento que daba buenos resultados a las partes implicadas y por eso rápidamente asentado y protegido. Pero con el retraso de años que arrastraba el Heredero X era imprescindible no solo acelerar las fases sino también establecer para ellas una concreción rígida e insobornable. Él y ella superaban con creces la edad habitual del compromiso y la consumación fértil, por culpa únicamente achacable al Heredero; esa culpa foránea a la que lógicamente se atribuía la índole acerba, orgullosa y desafecta de la Sucesora X para con sus vecinos y parientes —con la mencionada excepción de la Prima—, y la jaez susceptible e inflamada contra el oprobio irradiando de sus poros.

—La pobre...

Murmuraciones y rogativas para el desagravio jalaban la desviada historia popular de la Sucesora X.

—Qué cruz...

Lamentos solidarios y presagios encarados a la desgracia.

—Mira que si por fas o por nefas se queda en nada.

Malo era soportar la espera impaciente, peor aún el ridículo de la conmiseración pregonada por las esquinas.

La Sucesora, que no tenía un pelo de ingenua y ambicionaba el desquite, iba a jugarse el resto a una carta. Ya había conseguido que en la fiesta de presentación, organizada en su honor, la suya fuera la efigie monumental, la ilustración adorable, el centro de las miradas y los comen-

tarios admirativos; había dominado las reglas del ceremonial con un protagonismo de silueta regente y subordinado al Heredero e impuesto la letra del libro y la música de la partitura que gobernaba el pacto de sangre y suelo. Todos los allí presentes, la flor y nata social del Distrito, fueron testigos de la hazaña que había concitado una ovación elegante y de bienaventuranza.

Sabía la Sucesora que su reputada influencia decantaría a su favor el fiel de la indecisa balanza.

—Prepárate —ordenó a su Prima dama acompañante—. Ha empezado la cuenta atrás.

Urdido el plan de contingencia, la Sucesora vivió a la expectativa las tediosas horas del miércoles.

Con un golpe de batuta en la mesa de juntas —el mazo percutor era patrimonio del juez—, el Alcalde encauzó el clamor disconforme del Patronato, con la asistencia demandadora del representante de la agraviada, la X hija predilecta del Distrito.

—Hay que actuar.

Dicho y hecho. En comisión de trabajo, debidamente autorizado, el Secretario del Patronato del Vínculo se personó en el Predio a mediodía asegurado por dos agentes ejecutivos.

—No está aquí.

Atendió la visita con mandamiento el Asistente, impávido y eficiente cual portero del palacio divinal. Pero bajo su máscara pétreo el Asistente apoyaba la iniciativa del Patronato y denostaba la del volátil Heredero. Ni que decir que los habitantes y cuidadores del Predio se adscribieron con ímpetu de adhesión a la protesta formal.

—Urge su presencia —requirió el Secretario portavoz.

—Está en otros asuntos —disculpó el Asistente con la boca pequeña y profesional.

Sonsacó lo que pudo la comisión, más bien nada que conjugara el solipsismo del pretendido, y no por renuencia del interrogado.

—Haga por entrarlo en razón.

—Trasladaré el aviso en su integridad literal.

El Asistente había validado la evidencia y comprometido a mediar entre buscadores y buscado sin desdoro al servicio leal.

—Cuanto antes —apremió el embajador.

De noche, una vez regresado de la excursión espiritual o científica que refería a los ahítos comensales en sus aspectos destacados, y en una sobremesa privada.

Enterado de la conminación diplomática, a la que no opuso reparo, el Heredero se encerró en la eminencia a parlamentar con los fantasmas.

—Os necesito —susurró.

Pero no hubo portavoz o comisionado ultraterreno que aceptara debatir sobre el futuro personal en aquel lugar por él adorado, ni de su fusión armónica con la estimulante Sucesora, ni de la descendencia que prosiguiera la saga mezcla de Predio y Distrito. Un desabrido silencio, gélido al sentirlo, manifestaba el desdén de la fantasmagoría.

Aislado y en un cerco, el arrobado Heredero se abstraía de la mundanidad contemplando la libérrima esfera celeste.

Mirando el mapa sideral se hallaron de madrugada el Heredero y la Sucesora. En la cara de la Luna, que asomaba en el cielo rotunda, se posaron aquellas dos ansias contrapuestas. De reflejo a reflejo, difuminados los cuerpos en el

espejismo, la voz de las generaciones rodeando la disputa, dictó que ella impusiera la ley, de grado o por fuerza, y él sucumbiera al destino sin detrimento de la convivencia ni nostalgia de una vida diferente que no podía ofertarse como alternativa.

La asamblea de los fantasmas aplaudió el exhorto.

—Vámonos.

La Sucesora y su Dama acompañante emprendieron coherentes y resueltas el corto viaje al Predio escoltadas por una guardia oficial que capitaneaba el alguacil.

—Nos vamos —anunciaron un minuto después los padres de la Sucesora, que se dirigieron al Patronato del Vínculo a firmar el documento de traspaso como mandaban los cánones de legitimidad.

El sello, percutido con impacto de liturgia, la fecha, en letras de molde, y al archivo histórico territorial, custodiado por llaves y candados. Asunto zanjado.

Familiarizada con las leyendas de fantasmas solícitos y discretos, la Sucesora iba a encontrarse con ellos y con la servidumbre humana en el Predio, segura del recibimiento favorable a su iniciativa. Primorosamente cincelada llegó a sus nuevos dominios en son triunfal.

—Bienvenida, Señora.

—Nos alegra tenerla con nosotros.

—La estábamos esperando desde hace mucho.

La Sucesora agradeció con ademanes ensayados la recepción y, digna y garbosa en convincente proporción, siguió al Conservador que la guiaba directamente a sus aposentos.

No titubeó un ápice en su paseo de conquista la ya Señora del Predio.

—Quiero verlo todo.

Todo lo vio y lo que no lo pospuso a merced de la explicación del ausente, el Señor del Predio vagando el mundo de horizontes concisos, y en su defecto a la argucia del espionaje, por guardar las apariencias en ese día inaugural.

—Bien está por ahora.

Dispuso lo esencial al servicio para que se notara el balance de poderes y se retiró a inspeccionar el acomodo de su abultado equipaje y la funcionalidad de cuanto en el edificio se atesoraba.

En cuanto a los tesoros inmateriales, poco había averiguado del sentir y el pensar del Heredero en la primera tanda de contactos. Nadie iba a responder verazmente sobre lo que ignoraba, ni nadie en su sano juicio arriesgaría un comentario —por muy sustentado que estuviera, y no era el caso— del que fuera a depender la relación futura. La inteligencia de la Sucesora frenó el conato visceral de interrogatorio individualizado, en un cuarto de estar hermético, intuyendo la nula obtención de pruebas fehacientes.

El almuerzo lo degustaron a solas en el comedor grande la Señora y su Dama acompañante.

—Ven conmigo.

Pasearon entretenidas los cuadros de jardín y de labor que emitían aromas frescos y gorgoteos de riego con el calor diurno en remisión. Por la fachada de los corrales desfilaron ligeras y con mohín de nariz tapada, y ante las caballerizas despobladas el fruncimiento de la cara principal denotó inconformidad.

—Le pondré remedio —anunció la Sucesora. De inmediato se corrigió para evitar el malentendido—: A mi vuelta estará remediado.

Era improcedente abordar cuestiones superfluas en el breve tiempo del noviazgo. Había que preparar el viaje y no la permanencia, concretó a los despiertos oídos de su acompañante.

Tenían las dos una prisa embargada por el placer.

—Sigue tú, hurga por ahí —mandó a su Prima—. Yo voy a descubrir antes de irnos los secretos que encierra la casa.

El atardecer languidecía sensual visto en privado desde la atalaya, donde fue a sentirse dueña la Sucesora. Por alguna parte aún sin localizar con los ojos vagaba un hombre extraño —ni fanfarrón ni fullero— que se debía a su herencia. Se preguntó ella desde la altura dominante, sin demasiada curiosidad, por dónde aparecería ese hombre peculiar, inocente de su culpa, cuya extravagancia era imputable al despiste.

Cansado de su andanza fragosa por el bosque tupido y el venero, llegó el Heredero al Predio con tiempo para descansar y asearse. La cena era el momento familiar y no había excusa en su ánimo para desatender aquella obligación confortante.

La panoplia de colores ardía al recibirlo, porque en toda la jornada nadie salió a su encuentro. Admiró conmovido la ostentación del crepúsculo; le parecía el más bello e incitante de los vividos en el Distrito. Así de abducido entró en la casa iluminada tras otra luenga excursión.

El Asistente le prestó una ayuda innecesaria para subir al ala de su alcoba.

—Ha sido interesante —le dijo como resumen de su aventura cotidiana.

El Asistente le informó de la presencia doble con un resumen de equivalente parquedad.

—¡Qué sorpresa! Enseguida me compongo para ellas. —Quería causar una buena impresión—. ¿Están a gusto? ¿Tienen lo que necesitan? —El Asistente confirmó el estado correcto de las necesidades—. Perfecto.

El Heredero corrió a procurarse un acicalado que dignificará la llegada de la Sucesora.

Al fin las dos incógnitas se despejarían mutuamente, supusieron las expectativas de los habitantes del Predio y el Distrito.

La Sucesora, un enigma para el Heredero, se había manifestado esplendorosa en el feudo que el libro de la tradición le otorgaba por su condición. El Heredero, una incógnita para la Sucesora, fue a saludarla con la pompa del anfitrión pillado en una ausencia turística, y además de darle una sincera y cálida bienvenida —que ella agradeció modosa y coqueta— le deseó una feliz estancia que él —lo juró encantado con el sacrificio— procuraría lo fuera sin desmayo.

Se apresuró a dictar las órdenes —ya en curso— que validaran el juramento, cosa innecesaria pues el servicio estaba predispuesto a consumar el enlace al mismo tiempo y con la misma eficacia que ellos, a la recíproca, se procurarían felicidad y lo que lleva aparejado.

El clima dentro de la casa a la hora de la cena —de la que todos disfrutaron, quizá menos la Sucesora que había imaginado una velada íntima desde la tierna recepción—

y la sobremesa —únicamente para la pareja, cara a cara, voz a voz— era significativamente hogareño.

Los comentarios privados detrás de las paredes y las puertas cerradas aprobaban la reconducción de la historia.

En el dormitorio de los Guardeses:

—Menos mal.

—Ella ha dado el paso al frente.

En el dormitorio del Conservador y la Cocinera:

—Es una pareja extraña.

—En sí la historia es extraña.

La memoria personal no daba para comparaciones con los protagonistas de cada episodio entre el primero y el octavo. El recuerdo todavía nítido de la novena pareja hablaba de un proceso de manual.

En el Patronato del Vínculo, reunidos en sesión extraordinaria para evaluar la iniciativa de la Sucesora, respiraron aliviados al tener noticia de la bienvenida y el aposentamiento.

—Nuestra hija —adoptiva, predilecta y natural— ha derribado la barrera de indecisión, que presumíamos artificiosa. Ahora reina la normalidad tan deseada por todos. Las vacilaciones han finalizado con este deber cumplido —expresó el Alcalde en nombre de los presentes. Y felicitó efusivamente a la familia de la Sucesora, hija predilecta del Predio, invitada al acto de confirmación.

En la civilización del Distrito y el Predio estaban de enhorabuena.

—Una historia extraña —musitó el Conservador en su cama, abiertos los ojos a la leve oscuridad de la luz apagada. No tenía sueño ni le preocupaba el insomnio.

El sueño tampoco acosaba a la pareja en su reunión íntima. La Sucesora, recatada en la escucha y el brujuleo,

ocupaba un muelle sofá orejado, presidencial de las solapas a las imperceptibles patas de madera de cerezo, como el bargueño de aterciopelado verde y la mesa cajonera en el centro geográfico del salón —ella había preferido intimar en el salón y no en los saloncitos—, el Heredero balanceaba su mecedora, de un clasicismo austero en su diseño, sin forzar un agresivo vaivén; la Sucesora prestaba oído, con el sexto sentido en la tutela, a las peripecias de la excursión silvestre, tema seleccionado por el Heredero que vivía esa cita a domicilio con la franqueza de quien lleva años compartiendo pan y trato, y que tal vez por el hábito de la convivencia es incapaz de descifrar el mensaje que trasmite la persona a su lado, enfrente, detrás y encima.

A ratos giraba la cabeza el Heredero en dirección a la brisa filtrada en el salón, que no era fría ni caliente, y a la que bastaba una mínima atención entre frases descriptivas.

La minuciosa narración sonaba a la Sucesora a un cuento adulto en la voz de un niño desvariado. De excesivamente prolijo y disperso calificó ella al narrador y su relato. Ahíta de hogar y matrimonio en la supuesta etapa de noviazgo, si no felicísimo por lo mucho esperado al menos ilusionante, ella, educada en forma y fondo, saludó la cita inaugural con un adiós de fatiga comprensible. En la misma órbita de sencillez y familiaridad —la confianza se gana a pulso—, el Heredero correspondió de manera automática, tironeado por un despertar a remolque, y dueño recobrado de su potestad, cedió su brazo para acompañarla escalera arriba hasta situarla delante de la habitación, con el acceso pudorosamente cerrado, donde la Sucesora X pasaría su noche de estreno en el Predio.

Entonces fue el momento para emplazarse en una nueva y más avanzada toma de contacto a la mañana siguiente.

Responsabilizado con la tarea hospitalaria, que de repente incrementaba los deberes cotidianos, el Heredero advirtió al siempre despierto Asistente que la Sucesora obrara en la casa y alrededores según le pareciera, sin horarios ni obligación alguna de cuantas había que atender en un lugar divinizado por su excelsa presencia.

Lo que influye el amor, hubiera pensado cualquiera.

El Asistente, impasible y eficaz en el desempeño de los cometidos, garantizó un servicio esmerado.

La pasión, fruto jugoso del amor, es una fuerza irrepresible, hubiera pensado cualquiera.

El Heredero apostilló al imperturbable Asistente que ordenaría lo que ella le ordenara.

Bastando para satisfacer la demanda, el capricho, el requerimiento, una correcta interpretación de su deseo, hubiera pensado cualquiera.

Subió al observatorio a despedir una velada encantadora con el fantasma de guardia y los cuerpos celestes, de los que tanto disfrutaba y aprendía, en su perpetua vigilia sobre la humana volubilidad; que no es el peor de los defectos en la especie.

—Ha venido...

El fantasma de guardia bostezó, señal de aburrimiento con el discurso emotivo del Heredero sobre las circunstancias pasajeras. “Obras son amores y no buenas razones”, le hubiera espetado de no tener que mantener ante los examinadores del Congreso Fantasmal un silencio acusador; “el movimiento se demuestra andando”, le hubiese escrito en una nota pegada a la mochila, a ver si el mordaz garabateo movilizaba su apático sentido del cumplimiento.

—Está conmigo...

Unos garabatos de corazones y flechitas en la nota de Cupido. “¡Llévatela!”, con subrayado y cursiva de puño y letra, por aquello de enderezar el rumbo del torcido asestando un golpe certero en la fibra sensible.

Pero esa fibra tensa y frágil, ya entregada al servicio de la pareja, desligaba con su ciencia la obligación básica y leía la historia al revés e intercalada de añadidos que no figuraban ni en el índice ni en los capítulos.

—Me siento atraído —continuaba el Heredero su recitado de sentimientos—. Vamos a conocernos aquí, en nuestro mundo.

“Tedioso”, lamentaba el fantasma de guardia, “abúlico”.

La premisa fundamental estaba equivocada.

“Qué desastre”, el fantasma chascó la lengua —sonido contrariado sin ruido— y se llevó las manos vacías a la cara hueca.

El Heredero miraba seducido las luminarias titilantes.

—Se aprende para conocer y esta sabiduría valiosa se ha de aplicar para que tenga sentido.

Las clases prácticas habían comenzado la noche anterior, pero él las imaginaba al aire libre y llenas de contrastes verdes, turquesas y celestes, después del amanecer.

Madrugar era un hábito sano ampliamente difundido en el Distrito. Los moradores del Predio, todos menos el Heredero nacidos y criados en el Distrito, solían pisar el suelo con el primer rayo del Sol, incluso los días nublados, aun habiendo trasnochado o apenas dormido, y pocas veces la enfermedad con remedio los postraba en la cama o en un asiento más tiempo que el mínimo para tenerse en pie y

ejercitar su actividad. La pereza y la indolencia eran vicios desterrados de la faceta pública del Distrito.

El qué dirán se tenía absolutamente en cuenta en la sociedad circunvalada por una orografía salvaje. Afirmamos con pleno conocimiento de causa que la vergüenza era el primer mandamiento social y el segundo familiar, ocupada la jefatura en este ámbito por la honra.

Madrugaron el Heredero, que había dormido menos horas, y la Sucesora, que había pasado más horas metida en su alcoba pero no todas solitaria ni en silencio.

No es baladí señalar que el reloj del Heredero influía poco o nada en el decurso de sus acciones y omisiones; en cambio, los relojes de la Sucesora se desgañitaban advirtiéndole del *tempus fugit*, ese terrible galope desbocado y aniquilador que pone fin indiscriminadamente a lo hecho y a lo por hacer. Sobrecogedor panorama el de la muerte sin una vida que llevarse en las alforjas.

De humor variable recibió la Sucesora a su Prima, la doncella de los menesteres, en una mañana cristalina, tan nítida como el metal bruñido, pura transparencia, cromatismo inmaculado en los verdes, pardos y azules, hiriente irrupción de tonos y aires entreverados de tierra y mar. Ambas parpadearon molestas con la reluciente gama de colores.

Los colores y olores del paraíso, adorados por el Heredero que no se recataba en el elogio. Se creía un ser afortunado por deleitarse a diario con aquellos dones de la naturaleza.

—La hermosura violenta de las fronteras —le describió al Asistente a la vuelta de una excursión con rivalidad en los paisajes.

Al regreso de otra jornada montaraz le había confesado:

—Siento que este es mi lugar.

Y poco después, como se le habla al amigo que guarda los secretos:

—Sé que he encontrado mi sitio en el mundo.

El Asistente nada dijo en ese momento que ayudara a echar raíces. Se limitó a comprobar el temido desajuste entre la realidad fáctica y los sentimientos del Heredero, alojados fuera del tiempo histórico y del espacio verosímil.

Al amigo que calla la incongruencia le dijo:

—Ella es el complemento a mi felicidad.

La única ventaja de aquel embrollo, pensaba el Asistente, era la de saber a qué atenerse con él y perfectamente con ella.

La Dama acompañante comunicó al Asistente el deseo de la Sucesora.

—Hay que preparar rápido la fiesta de despedida.

El apremio de la Sucesora ponía en un brete al Heredero sin mediar palabra en el ocioso caminar a dúo por los jardines.

—Acerquémonos al bosque —propuso él.

Alcanzaron el lindero de la fronda.

—¿Dónde vas a llevarme? —preguntó ella queriendo averiguar el regalo que le ocultaba.

La imaginación echó el vuelo sobre los árboles y el recorte serrano en el confín de la tierra.

—Te voy a descubrir mi mundo.

Sonaba excitante.

—¿El que será mi mundo?

—El que es tu mundo.

Desconcertante afirmación la del Heredero.

—¿Mi mundo?

Le cogió de la mano y la introdujo unos metros en la umbría que aminoraba el poder calórico del Sol.

—Tu maravilloso mundo.

Que para el Heredero ofrecía todos los paisajes apetecidos por el más exigente de los viajeros.

La Sucesora clavó instintivamente los pies al terreno desnivelado; cómicamente su brazo estirado por la mano apresada fue alzándose hasta formar un ángulo recto con el cuerpo quieto. No daría más pasos en la sombra hasta que atrapara la verdad o la mentira en el punto de ser concebida por su autor.

El Heredero se detuvo al notar aquella resistencia terca.

—Vamos.

Irse quería ella. Insistió él con dulzura y ganas de atraerla. Ella pensaba en sacar a colación la fiesta de la despedida sin tropiezos que la ridiculizaran, pero en un ambiente desfavorable él se anticipaba a las preguntas impidiendo su generación espontánea. Él instaba a que siguieran bosque adentro hasta el cantarín paraje del manantial —un trecho largo y escarpado— o hasta el calvero de roca acanalada y maderas yacentes tal cual perecieron —hacia Occidente y lejos— o hasta la zona de los troncos múltiples, raíces contorsionadas y ramas sagitales en alegoría horaria —un espectáculo de tallas arbóreas lejos hacia Oriente— o hasta que bautizaran un hallazgo que convalidarían en lugar común para ellos, intrépidos pioneros de las rutas salvajes, y sus descendientes.

—No voy.

La única dirección viable para la Sucesora era el retorno a la casilla que traspasaba la frontera.

Le preguntó el motivo de su repudio a compartir la descubierta, no teniendo que averiguarlo en su voz por evi-

dente. Contestó ella, teniendo que arrojar luz sobre algo palmario, que los del Distrito eran caminos trillados y permanentes.

—En otra ocasión los andaré, puede —dijo con afabilidad melosa.

—¿Quieres dejarlo para otro día?

Quería dejar sin más la cháchara y el intramuros.

—Hablemos en casa —propuso al fervoroso andariego.

Elegiría la persuasión para someter al descarriado; esa arma que convierte a su poseedor en un ser imbatible con capacidad de embargo. Mediante la persuasión, bien conducida, le disuadiría de los alicientes nativos. Con el lógico provecho del experimento persuasivo, honesta y elegantemente ejercido, el trámite en el Predio acabaría a lo sumo en dos puestas de sol.

Paseos y conversaciones apasionaban al Heredero.

—Hablemos también camino de casa.

Extendió su poder inmenso la Sucesora a instancia altruista del Heredero —seducir y persuadir alternativamente—, con tiento de diligencia durante las probaturas en movimiento sincronizado por terreno irregular y sorpresivo. Los ojos en el suelo, para mantener el equilibrio, la voz en su modulación vibrante, para dirimir entre las emociones, y el tacto en la piel, para suavemente articular un lenguaje común en el espacio pretendidamente único.

Los dos a solas en la cena.

A solas en la noche cálida los prometidos, sonaba un diálogo fluido de entregas. Ya seducido —la Sucesora podía aflojar la presión por ese lado, aunque no descuidarla con negligente engreimiento—, la persuasión reptaba y envolvía despacio, atrevida, la rigidez inmadura del Heredero. Los sabores y los olores ansiados por el deseo —el

deseo instintivo y el deseo racional— remontaban el curso de la historia —de vuelta al principio, al origen, a la causa— y cubrían livianos y adherentes los sentidos agasajados.

Constante, sostenida, la persuasión fue encaramándose al estrado y promoviendo su alegato para elevar a definitivas sus peticiones.

La decisión en litigio dentro de la pareja oscilaba del *vámonos* de la Sucesora al *quedémonos* del Heredero. El antagonismo resultaba desconcertante en ambos, pero de puertas afuera la razón se decantaba del lado de la Sucesora: debían irse, en opinión de vivos, residentes en el Distrito y fantasmas.

Conversaciones persuasivas aparte, la Sucesora fue a entrevistarse con el Asistente del Heredero aprovechando uno de sus desplazamientos errantes.

—Ha ido al mar —informó el Asistente.

—Lo sé. Me ha pedido que le acompañe.

La Sucesora se había encomendado personalmente la indagación del paradero mental inalterable del Heredero, con un método expeditivo para sonsacar si era preciso; lo que carecía de objeto pues el interrogado sabía tanto como intuía ella y de la misma fuente.

—Los días pasan... —se lamentó ella.

—El tiempo no se detiene —ratificó filosóficamente él.

Era inútil hurgar en el tanteo: la Sucesora y el Asistente dieron por finalizada la partida en tablas. Refugiarse en una súbita iluminación que modificara la parsimoniosa actitud del Heredero ante las hojas del calendario vital tampoco consolaba a la impaciente.

—Avisa al Patronato —ordenó a su Prima.

—¿Y qué digo?

—Da cuenta de la demora. Tienen que ayudarme con la reacción.

Un estado de ánimo reactivo serviría como medicamento, pensó la Sucesora.

Entablado un parlamento discursivo en su hábitat espectral, los fantasmas secundaron la iniciativa terapéutica.

—“El estado de ánimo es el paradigma de la seña identificativa.”

—“Concentra sus reflejos en el signo.”

—“Índice de semiología.”

—“La sonrisa boba; el carraspeo y la frase tropicada.”

—“La mirada enfática, el comentario ampuloso dejado ir como el bufido de aire que huye de los pulmones en la postergación de la apatía.”

—“Emanaciones.”

—“Nuestra esencia.”

—Esos reflejos emanados del origen persiguen desorientar a quien dirige la acción contra la zona más vulnerable y más expuesta a la vista del cuerpo.”

—“Léase manos, léase rostro.”

La académica disertación quedó apagada al cerrar la puerta del santuario fantasmal la Sucesora, harta de observar un paisaje aborrecido por las extravagantes circunstancias.

El plazo de las dos puestas de sol tocaba a su fin y no se apreciaban cambios en el paisaje interior, con riesgo más que probable de obtener la calificación de abominable en la evaluación de la Sucesora.

Huelga decir que todo, aparentemente, seguía igual que a su llegada —la acción que debía variar la dinámica de

apalancamiento nociva para la continuidad del pacto tradicional—, y ponemos el acento en la apariencia porque la interpretación individual de los actores agudizaba las diferencias entre los protagonistas y, por añadidura, resaltaba los todavía incipientes enconos.

Con el Heredero en ruta a campo traviesa y la Sucesora en jaque por los pisos de la casa, el Conservador y el Asistente, citados por la necesidad recíproca de saber a qué atenerse, afrontaron una plática que a la postre les sirvió para dilucidar la posición de cada uno en el juego de la verdad. El Asistente confesó, con licencia para ello, que el Heredero le había liberado motu proprio de la obligación de guarda y custodia personal facilitándole la vuelta al otro hogar y a esa otra vida donde la comunicación fluía menos íntima y alambicada, con una carta de aprobación y sus bendiciones.

—Anoche se explayó en su deseo por residir aquí sin fecha de salida y esta mañana me lo ha repetido en una sinopsis.

—¿Feliz cual lo vemos y percibimos?

—Contento de hallarse en su lugar —atestiguó el Asistente—. Dice que este es su lugar.

Suspiró el meditativo Conservador.

—Es un hombre de buenos sentimientos —dijo con voz paternal, comprensivo, refiriéndose a una valoración independiente del examen.

—Y de conciencia.

—Una conciencia inconsciente —destacó el Conservador—. Es un hombre llevado por el aire.

Que traía en permuta aromas de tierra y mar, de madera, agua y piedra, de cultivos y de cimarrones; que laboraba la tierra con surcos de siembra y de apertura de caminos.

—Es un hombre abocado a una búsqueda infructuosa —
sentenció lacónico el Asistente.

La de una razón de ser que exasperaba a la Sucesora.

La excusa de organizar la fiesta de despedida, por otra parte innecesaria, acercó al Predio esa tarde luminosa y fragante la comisión rogatoria del Patronato del Vínculo, solicitada por la emisaria de la Sucesora por aquello de avivar los espíritus migratorios.

El Secretario de la Corporación y del Patronato, asistido por su cortejo de guardia en fila de a dos, se entrevistó con la demandante y señora de la casa por adjudicación en la sala de audiencias, veinte minutos, y con el Conservador y el Asistente en el templete modernista sito en la desembocadura de la avenida jardinera, tres cuartos de hora de parlamento etéreo, pródigo en asombros y vacío de concertación.

Viendo desaparecer colina abajo la comisión rogatoria del Patronato del Vínculo, con su Secretario atosigado por lo que dejaba atrás y lo que se le venía encima al trasladar el resultado de las reuniones —sin haber podido hablar con el Heredero, de espeleología en una anfractuosidad esa jornada de tiempo bonancible— y su impresión neblinosa a la autoridad social y a la familia, cuyo gran predicamento en el Distrito forzaría a una intervención que pusiese coto a la deriva del tipo antojadizo que le había tocado en suerte a la carne de su sangre. En efecto, los asamblearios impacientes culparon al mensajero, porque tenían que recaer el fastidio en alguien presente que había pulsado por mandato expreso el estado de la cuestión.

—¿Eso es todo? —lamentó el Alcalde.

—¡Es nada! —protestó malhumorado el representante y portavoz de la familia.

—¡Algo tendremos que hacer! —espetó el Alcalde a los congregados, dirigida su mirada más implorante que incendiaria al techo.

—Lo hará ella.

Hubo un silencio inmediato y unánime ante esta revelación consanguínea. El representante y portavoz de la familia hastiada —pasen las bromas, deténganse las burlas—, que llevaba presta y mordiente la idea de abolir los protocolos confiriendo la potestad de actuación a la Sucesora, anunció que a la mañana siguiente, contra viento y marea, insuflaría en ella la confianza suficiente para que arrasara con los obstáculos que se interponían en su camino a la historia.

Y al tesoro de los mundos por descubrir, añadió la Prima, dama acompañante por designación de la Sucesora, que a la espera de noticias, indicaciones y órdenes, aguardaba el nuevo día para su regreso al Predio.

El Alcalde consultó con el Secretario y el Asesor en una dependencia contigua a la del plenario, escabullidos de incógnito.

—¡Hay que poner remedio a este desmán!

—¡Hay que ser drásticos!

La agitación de los asamblearios se perfilaba en dientes de sierra al otro lado de la puerta.

—¡Hay que exigir el cumplimiento del pacto y dejarnos de monsergas! —resolvió la familia.

Juntos y soliviantados abandonaron el Patronato con la excepción de su representante y portavoz, invitado en su calidad y por sus maneras dialogantes a participar del conciliábulo.

—Es nuestro deber cívico y moral el restituir a la historia del Distrito su capítulo número X —manifestó sudoroso, visiblemente preocupado.

—La situación es alarmante —convino el Secretario.

—¡Desquiciante!

Al hilo del tajante y descriptivo comentario del primer edil de la Corporación, el Asesor terció por una alternativa de consenso con impronta de casta.

—Propongo que organicemos la fiesta de despedida con los fastos de antaño, dando por hecho que dos amaneceres después la pareja emprenderá viaje a su destino.

El Alcalde y el representante y portavoz de la familia cruzaron miradas de asentimiento.

—Dando por hecho que las invitaciones ya han sido cursadas.

—Nos presentamos, les deseamos parabienes en su vida conyugal y los despedimos en olor de multitud y propósito de continuidad en los capítulos del libro de la tradición al transcurrir de los plazos.

Hubo quorum para votar afirmativamente el plan.

El Conservador pidió al Asistente que desoyera la atenta iniciativa que le proponía el Heredero y permaneciera allí con la misma leal actitud, evitándole más tropiezos.

—Está desamparado sin su discreta presencia.

Una presencia de contención.

—No percibe la realidad. Vive una fantasía.

El Asistente también dijo al Conservador que no había pensado irse dejándolo a merced de su ilusoria percepción y un cúmulo de sentimientos adversos, pero, argumentó, carecía de sentido quedarse de aquella manera que todos

menos el Heredero entendían provisoria y, por empecinamiento, abono de una hostilidad larvada.

—Creciente.

Una tensión en alza que desquiciaría por contagio hasta los espíritus con mayor temple.

—Aquí sigo.

—Esto no va a durar mucho —dedujo el Conservador.

Los invitados a la fiesta de despedida acudieron en tropel, a una todos desde el punto de partida en la villa, serpenteando con algarazara la eminencia que coronaba el Predio.

—Vienen de corrido —señaló la Prima.

La Sucesora se asomó a su balconada.

—¿Dónde anda?

El Heredero dedicaba la jornada a labores agrícolas y ganaderas con disgusto nada disimulado en ella.

—De labrado a establo con aperos, banastas y canastillos.

Se lo había informado a la desdeñosa, como si de un aliciente para ambos se tratara, y ella recriminado como una afrenta en el día festivo que se preparaba.

—¿Tendremos una fiesta? —preguntó él sin fingir su inocencia.

—La gran fiesta que nos merecemos.

Ignorante del acto programado pero aceptándolo a ciegas preguntó:

—¿Qué celebramos?

—La despedida.

Corrió a terminar sus faenas que por nada hubiera dejado a medio hacer.

El dilema entre el *vámonos* y el *quedémonos* iba a sustanciarse en público. El presentimiento de la Sucesora era

que los invitados ayudarían a la rectificación con la política de convalidar la teoría en práctica. Todos a una, en un ambiente propicio a la ruptura de la dependencia, pensaba la Sucesora que sacarían al preso de su cárcel.

Los peregrinos en bloque arribaron dicharacheros al santuario donde residía en tránsito su diosa mortal. El Heredero los vio afluir al Predio envueltos en nubes de verbena mientras con prisa —considerándose anfitrión de los deseos de su mujer— se atildaba desprendiendo las briznas, las pajas y los granos de su traje rústico, un vestido apto para el aprendiz de labranzas, conducciones, forrajés y artesanías.

Aún con dudas, preguntó al Asistente si había olvidado por tener la cabeza en otro sitio la fecha de una fiesta que no recordaba, ni entendía su sentido si éste era el de la despedida. A quién se despedía en su casa, quiso saber en su calidad asumida de anfitrión.

El Asistente le suministraba el atavío cuidando al detalle la grandeza, pero las respuestas que dio fueron gallardas y no concretas, a juicio acelerado del interrogador, quizá porque también desconocía los arraigos de aquellas gentes con la naturaleza exacerbada, propensos a manifestarse cordiales o reivindicativos según les acariciase o aguijoneara la actitud del foráneo.

—Nadie falta hoy tampoco —dijo vuelto hacia los cristales.

—Creerán su deber estar con quien los ha invitado.

—Un deber ético y moral. Igual que el mío recibiendo-los.

Distinguió al Alcalde con su comitiva de munícipes, a los familiares de la Sucesora, a los miembros que conocía del Patronato del Vínculo, a los prohombres de la indus-

tria, las finanzas y el comercio, a los agentes ejecutivos, a los magistrados y fiscales, a la banda de música, a los curiales de los ilustres colegios telúricos y espirituales, a los actores de la escuela teatral, a la intelectualidad docente y a los ateneístas.

—Entre ellos seguro vendrán los miembros del Patronato que desconozco —dijo suponiendo tales presencias traspassando a sonos festivos el portalón metálico del cercado de bardas artísticamente podadas—. Helos aquí. Complimentémoslos como merecen y quiere la señora del Predio.

La afluencia copó el aforo. A ojo de buen cubero, el Heredero calculó en mayor número los asistentes a la fiesta de despedida —le sonaba irreal llamarla de ese modo, y seguía buscando la explicación que no tenía almacenada su mente absorta— que a la de presentación, siendo entonces muchos y por el estilo en cuanto a bien avenidos.

En el interior de la casa y a pulmón libre, la estridencia de la dama de los menesteres pregonaba que había prisa.

—¡Es tarde! ¡Es tarde!

Molestos por la andana de coacciones dentro y fuera, el Conservador y el Asistente reprendieron a la Prima vocinglera.

—Con una vez basta para entenderlo.

—Con mantener los ojos abiertos sobran los anuncios.

La Prima cerró la boca y volvió grupas escalera abajo, desmañada su figura entre los peldaños que no miraba, y no dominaba, y el abrasivo rubor de las mejillas, que le vencía el porte de fiesta.

A oídos del Heredero llegó la gritada denuncia de tardanza y aunque empeñado en contribuir al esclarecimien-

to, como si el acertijo le incluyera, no atinaba a casar el santo con el ruego.

—Una chiquillada —le dijo el Asistente que regresaba para acompañarlo como una sombra protectora durante las vicisitudes de la fiesta. Había asumido que el Heredero era tan arbitrario como la naturaleza, pero más inocuo y menos dadivoso.

—¿Dónde está ella? —El Heredero preguntaba retocando su atuendo—. ¿Ha bajado? ¿Ha salido? ¿Los ha recibido en el jardín?

—Está con los suyos, rodeada por los suyos.

El Heredero asintió conforme, tranquilizado y orgulloso de que ella obrara sin reparos como la señora del Predio. Al fin y al cabo era el hogar de ambos y lo sería de sus hijos.

—Vamos allá. No debo hacer esperar a nuestros invitados.

A través del lenguaje del cuerpo que observaba ladeado a dos metros, el Asistente percibió una excitación temblorosa motivada —puestos a deducir— por una ignorancia culpable. El Heredero iba resignado, y desconocedor, a pagar el óbolo multa por su desapego que mandara el grimorio, acuciado por las palmadas, los vítores y los beneplácitos, los rugidos entusiastas de la claqué, introducido mágicamente en un círculo flamígero donde quedó solo y expuesto, con el Asistente impedido de sus funciones en el perímetro orgiástico. Temió éste, atado por la fuerza del número y el plan, que la alucinación colectiva devorara a la víctima propiciatoria de la encerrona. Asustado, incrédulo, sacudido por el frenesí de la despedida, el Heredero buscaba el reposo de un asidero tangible y estable; de repente y tundidora se le había echado una premiosa oscu-

ridad encima. Y lo encontró —tal creía— en la Sucesora, que ahora dentro del círculo primitivo danzaba con leves espasmos de felicidad, hermosa como el día más bello, provocativa en su afán por adjudicarse la fecha del adiós al pequeño mundo gastado. Abrazada al Heredero en el baile de los enamorados, le susurró al oído, con caricia labial incluida, que dieran a dúo curso a la salida.

—Al segundo amanecer —pidió, concediendo veinticuatro horas después de que rayara el alba de ese día para el inicio del viaje soñado—. ¿De acuerdo?

Su descifrada sonrisa cautivó a la partidaria concurrente apretando el anillo.

—¿Quieres irte? —murmuró el Heredero, hablado bajo para deslizar su voz por algún resquicio del jolgorio— ¿No quieres quedarte?

Ella quería irse y no quería quedarse; ella quería obrar y vivir como sus antecesoras en la genealogía del Predio y del Distrito desde aquella lejana y vigente primera vez que auspició el mito; ella estaba deseando rebasar la frontera y desasirse del ansia en derredor.

El imperativo *vámonos* había derrotado al endeble *quedémonos* en la noche de las pasiones desatadas.

—Cuando finalicen la música y los cantos me retiraré para descansar de estas emociones. Atiende a nuestros invitados sin mí, disfruta de la fiesta con ellos, escucha lo que tengan que decirte, haz los honores de la despedida como el anfitrión que eres y luego duerme hasta el siguiente amanecer, momento en el que tu equipaje estará colocado junto al mío en su transporte.

Dicho lo cual, y entre saludos camaradas a los alegres invitados, abandonó el escenario configurado a la medida

sin volver el cuerpo, grácil su paso y su gesto hacia la intimidad hogareña.

El Asistente entornó los párpados antes de cruzar ojos y semblante con el Conservador y fijarse en el personaje aislado dentro de la multitud, ridículo como un bruto desnudo vilipendiado por su estulticia y abrumado por las incisivas felicitaciones de su nueva vida fuera del Distrito. El Heredero estaba y no estaba en la vorágine: sólo estaba físicamente; y al ser traído y llevado en el chispeante jardín por la grotesca manada, su corporeidad se fragmentaba en reproducciones a escala para jugarlo, a guisa de muñeco, en las casillas de un tablero gigantesco sobre la mesa de la discordia.

Acabado el suplicio de las congratulaciones, la alborada despidió la fiesta en honor de la pareja afortunada y los celebrantes se disolvieron en la luz pálida y el tímido calor del día balbuciente.

En el Predio comenzó a reinar la paz del sueño: dormía la Heredera y su dama acompañante, dormían los Guardeses, dormía la Cocinera; vigilaba el Asistente, reflexionaba el Conservador; los fantasmas bojaban su éter con cierta expectativa por la decantación de la balanza llegado que había la fecha.

El aturdido Heredero parpadeó a esa luz diurna que podía apreciar en su ascenso sin obstáculos semovientes. El rastro de fatiga de una noche en vela, movida y ruidosa, iba disminuyendo en él a medida que achicaba el desbordamiento —creía haber vivido un sueño ahora que se confiaba a una soledad apacible—, y los síntomas de agobio y pesadez remitían con el impulso de los colores despertados y las fragancias madrugadoras. Pensó que lo peor había

pasado y que por delante quedaba otro hermoso día con las posibilidades intactas. Era cuestión de mojarse la piel y ponerse en marcha.

Flaca memoria la del Heredero.

El Asistente lo vio enfilarse la ruta del agua sacudiéndose las rémoras. El Conservador se le acercó marcado con las profundas arrugas que en la persona responsable surca la emergencia.

—El camino está cerrado —dijo.

El Asistente fue testigo a escasa distancia —un centenar de metros— del alto que dio una escuadrilla del amanecer al iluso ambulante: una maniobra rápida y disuasoria en el recodo de camino bloqueado. La acción tuvo su réplica exacta en la ruta del bosque cuando acto seguido esa fue la alternativa elegida por el Heredero para escapar del cerco.

—Han cerrado los caminos —dijo el Conservador.

El remiso trashumante se sintió preso, pero ni castigado por la desconfianza generada en el Distrito con ese proceder suyo comprendía la magnitud del error.

—La fiesta continúa —dijo el Asistente.

—Era previsible.

—Voy por él.

—Que descanse. Ha empezado la cuenta atrás —anunció gravemente el Conservador, acentuadas las arrugas—. Yo me encargo de la partida.

En la placidez hogareña dormía la Sucesora un sueño de triunfo.

Listo y sigiloso como un zorro, el Heredero sorteó las barreras fanáticas en torno al Predio y el celo velador del Asistente. A espaldas de todos ellos se dirigió a la Villa

para en un arrebato de confesión exponer a las autoridades su deseo de residir permanentemente en los bellos parajes del Distrito, con la cautivadora Sucesora a su lado, aportando cuanto en ellos hubiera de positivo al acervo de la tierra de adopción. Pero la acerba respuesta que recibió ante los centros de poder —que le cerraron el paso— fue el desplante de los mandatarios, una espera gélida e infructífera y la acrimonia de los bedeles azuzando su marcha, por lo que a nadie con carácter principal pudo decir que no le afectaban las obsesiones sino que en él radicaba una elección.

Caso omiso a su ruego.

Abatido, con el Sol luciendo alto, desanduvo el ardiente camino del réprobo.

En su cama grande y sedosa, la Sucesora gozaba del viaje soñado por los mundos transfronterizos. Estirada o acurrucada, cómoda y palpitante, dormía su placer de futuro.

Había pedido a su doncella que no la despertara y que se minimizaran los ruidos: lo importante, como el equipaje, ya estaba hecho, y lo accesorio, como reparar en los aspectos cotidianos del prójimo, era irrelevante en la última jornada completa en el Predio.

Se levantó con el Sol en el cenit, desentumecida y vivaz. A sus oídos la tranquilidad reinaba dentro y fuera de la casa, lo que consideró un buen presagio.

Por poco no atravesó su contento con el cariacontecido del Heredero que fue a refugiarse en el otero —la desapercibida mansión de los fantasmas— después de su penosa andanza matinal por las instituciones de la Villa para él vetadas. De incógnito regresó al Predio, igual que había escapado de la coacción tribal, accediendo al interior de la

casa por la puerta que el Asistente y el Conservador, en connivencia humanitaria —quizá previéndolo—, dejaron entreabierta, con la discreción del gato doméstico, almohadillados los pies, la figura escurridiza que teme los ruidos y las sombras.

No obstante la prudencia de quien se siente acorralado, el Asistente lo vio subiendo la escaleras y enseguida, sin hacerse notar, informó al Conservador que impartía órdenes a los Guardeses.

—Está arriba, en la atalaya. Trae mal aspecto.

—Allí permanecerá un buen rato, puede que el resto del día. Dejémoslo estar.

—Procuraré que no sea alterado, nada de él se necesita hoy. Todo está dispuesto para la partida.

—Al amanecer —aseveró el Conservador—. Yo ahora me voy a la Villa para evitar más interferencias y nuevos daños. —Las banderías eran una perturbación inédita en el Distrito—. Esta historia habrán de resolverla ellos dos fuera de aquí.

El Asistente fue a vigilar los movimientos de la desavenida pareja y a entorpecer las intromisiones de la obediente Prima.

Los fantasmas confirmaban la despedida en la melancólica estampa del Heredero. Observaron su nostalgia y se compadecían, desde su inasible dimensión inmaterial, del infeliz añorante del mundo imposible y de la infeliz soñadora con paraísos exuberantes.

—“Es un extraño.”

—“Y ella, desprovista del vínculo, es una extraña.”

Los extraños no tenían cabida en el Distrito, ni los elegidos por la genealogía que hundían raíces en vez de izar

ramas. Había que seguir el orden de idas y venidas establecido, en eso estaban corpóreos e incorpóreos de acuerdo: en el Distrito no querían muertes sino renuevos de vida.

—“No descartemos una solución de compromiso que haga de la necesidad virtud.”

—“Un quid pro quo, componenda a la que tan aficionados son los mortales.”

Los fantasmas se desvanecieron de cualquier imaginación cercana y con ellos los paisajes de cielo, tierra y mar, bloqueados los caminos humanos a esos pagos de libertad.

De cara a las hermosas pinturas se condolía el Heredero de la malévola incompreensión.

Temprano hasta para el gallo y envueltos en silencio denso abandonaron el Predio un rendido Heredero y un responsable Asistente, despedidos en el camino ya despejado de obstáculos y amenazas por el Conservador y la Cocinera que había preparado apetitosas vituallas para el viaje.

—Es un hombre extraño —repitió con cierta dulzura la Cocinera.

—Hay rarezas peores —reiteró el Conservador con un atisbo de pena—. Voy por ella.

La Sucesora abrió los ojos a su gran aventura, pero quien llamó a la puerta por detrás de su Prima fue un intempestivo anunciador de la salida.

—¿Dónde está él? —preguntó al personaje en tinieblas.

—En ruta.

—¿Sin mí?

Expuso sucintamente el Conservador que lo encontraría después de adentrarse por el mismo camino que él llevaba. Ella vaciló en su reprensión, pues aun considerándose la dueña del Predio, los ojos fríos clavados en la demanda de

salida inmediata le hicieron pensar que era mejor no oponerse a ese albedrío disciplinario. Así que no hizo falta que el Conservador, máxima autoridad del Predio en ausencia de sus titulares, le informara de las condiciones de residencia en la casa y dominios.

La Cocinera preparó un nutritiva y generosa ración de víveres para la Sucesora y su acompañante.

—Espero que recupere la ilusión —dijo viéndolas marchar por la misma senda y con los mismos testigos que minutos antes recorría el Heredero.

—Estoy seguro.

—Hacen una buena pareja —concluyó la Cocinera—. Es cuestión de acomodarse mutuamente.

El Conservador asintió fija su mirada en el porvenir.

—Probablemente se entiendan camino de alguna parte.

Y si no surtía efecto el remedio, siempre quedaba la esperanza de una versión actualizada a la número XI del Heredero y de la Sucesora.

Percances e insignificancias no han logrado detener el mundo.

Los preparativos del viaje

(Relato)

Un viaje sin escalas ni equipaje y exento de reparos.

Representaba una oportunidad para la transformación.

Te lo cuento tal y como sucedió.

Asomaba tímido el sol entre nubes cárdenas a mi llegada al condado de Hogam. Lo que había visto durante el lento trayecto, un paisaje de lomas, pastos y arroyos, merecía mi aprobado por su seductora desolación. Insertados en aquella magnífica acuarela incontaminada, reacia a las estridencias del ajeteo, armonizaban solitarios rebaños, solitarias alquerías, solitarios caminantes, solitarias arboledas. Puntual, a las dos de la tarde un taxi me condujo al castillo palacete de Mimberg, situado a las afueras de la villa de Ploca —apenas tres kilómetros de vía privada que mantiene el trazado original con un pavimento azacaneado por los elementos— edificio de antiguo lustre remozado para uso hotelero.

Me agradó la estampa cuando de la profundidad de la historia y de la consabida revuelta salió a mi encuentro.

Loreley Duncan, la directora del establecimiento, en seguida me previno de los sonidos y ruidos sin concretar ni su intensidad ni duración ni horario y aún menos la procedencia; suponiendo que mi sueño fuera asustadizo, apostilló dándome a entender que hablaba en serio (en el condado de Hogam nadie bromea abiertamente) aunque no quería alarmarme. Lo expuso sin ambages, como si fuera la cosa más natural del mundo integrada dentro de su obligación anfitriona, y así lo tomé yo.

Forma parte de la tradición autóctona —dijo, y me dispuse a intuir una leve benevolencia con los extraños que pagan para disfrutar de una estancia cómoda y emocionante—, y de su atractivo para los espíritus indómitos.

Tengo la percepción sensible y no suelo relajarme con facilidad, me enfrento a ello en las habitaciones desconocidas donde mis peripecias me alojan. Esto me lo callé para no orientar la conversación hacia las especulaciones. Tampoco le confesé mi recelo a las perchas colgadas en los armarios que oscilan sin peso añadido impulsadas por una ilusión óptica y el aliento de la imaginación, ni mi cautela con los cajones de las mesas y aparadores que inopinadamente recorren el secreto que encierran, las mamparas de la ducha de visibilidad difusa, los pasillos con escalones, recodos y columnas, los suelos crujidores y las corrientes de aire que al contacto con la piel estremecen y en el oído depositan siseos. Qué sé yo. Hay cosas a las que no me acostumbraré jamás, suponiendo que debiera hacerlo.

Estaba amablemente advertida por persona autorizada, muy puesta en el cargo, de los acontecimientos mayores y menores que iba a depararme la estancia. Pero la competente Loreley Duncan omitió el asunto de las intempestivas reuniones fuera de agenda, preámbulo de cualquier ambientación acústica, en torno a los recios postigos de madera y en los salones abovedados que sirven de morada a inmanencias locuaces filtradas a través de portalones y muros; mientras la furia del viento galopa siniestra el páramo.

El castillo conservaba sus almenas y unos cuantos tesoros de señera estirpe distribuidos en retratos de aristocracia, diversidad museística de armas de caballeros en las panoplias y del señoril vestuario en expositores acristalados. Un castillo de ventanales góticos en las fachadas anterior y posterior, la oriental y la occidental, de sótanos mohosos y pasadizos enlazados con cuevas y escapes subterráneos donde, y aquí entra la leyenda, la fantasía y el re-

clamo turístico, algún que otro reo distinguido habría soportado las torturas de la honrosa venganza, para retornar transformado en espectro a exigir justicia contra los vivos en general. Un escenario adecuado para la recreación de horrores románticos. Apetecía quedarse.

Ana Lund me había alertado ante las sombras escurridizas y las apariciones de madrugada, científica y racionalmente improbables. Claro que fue ella quien desde Váel, acabadas de conocer y ya íntimas como quien dice e inmersas en la quimérica investigación del Avefuego y de los fabulosos seres de viento Obo y Limli, me empujó a experimentar en el arco exterior de la Región Hiperbórea. Me dejé convencer subyugada con este misterio adicional —¿daría yo con el eslabón perdido que intuía nuestra amiga?— y la excitante contemplación de una aurora polar. En Váel planeamos hacer el viaje juntas, pero no pudo ser y yo seguí adelante. Ya me conoces.

La noche de mi llegada cené en el acondicionado pabellón de caza con Loreley Duncan, Teodoro Elbruk, Hansi Ilo y Oliverio Travis, residentes temporales como yo, que me habían sido presentados antes de sentarnos a la mesa. Era el punto de partida, seríamos compañeros de excursión al día siguiente en un itinerario guiado por la villa de Plocsa y el contorno marítimo de Hogam. Lucía espléndido el comedor y majestuosa la chimenea con su pirámide de troncos.

Loreley Duncan me dijo que Ana Lund le había pedido se esmerara conmigo, a lo mejor quiso decir que le encarreció me protegiera de los imprevistos, y, por supuesto, no iba a defraudarla. Pensé que Ana me tenía reservada una sorpresa.

Teodoro Elbruk llevaba la voz cantante en la mesa. Su

disertación sobre la neurosis del insomne casaba bien con el ambiente extramuros de adensada bruma y la danza de cintas del fuego. Platicaba como si nos estuviera aleccionando para soportar con entereza y juicio crítico una jornada en los arrabales de la demencia. Insomnio versus concentración. Superstición versus empirismo. Credulidad versus averiguación. El abandonarse un largo rato al padecimiento del insomnio —¿es tal castigo?, me pregunté yo— conduce a la fatiga nerviosa patológica y a sentimientos estragadores como la reprobación contradictoria, la aversión sistemática o la rabia momentánea hacia uno mismo y la efervescencia vital alrededor posicionada en la habitación contigua, la calle animada por el festejo, un grupo de chistosos cantautores trasnochando. El insomne, tanto como el insatisfecho y, pongamos por caso, el celoso o el obcecado en un conflicto novelesco, no disipan esos sentimientos encontrados y furiosos durante el día, pues la tensión y las perturbaciones continúan sin restricción horaria. La persona insomne sin vocación definida o un estricto control de la mecánica del sueño lo pasa mal, va acelerada bandeando por una carretera sinuosa, arrasa la contención mural al borde del cortado y odia su merma como a la sociedad de los durmientes. El insomnio justifica la mesticia, el consiguiente fracaso social y la inmediata reacción airada, maniática, rencorosa; provoca una aversión hacia los patrones de conducta habituales, impersonal pero desmesurada. El odio, deduje, de un preso encadenado a la roca de una húmeda y pestilente mazmorra. Odio, dije. Asintió. El odio exige una diana a la que apuntar y en la que percutir para tornarlo balsámico, depurador de responsabilidades penalizadas en un tribunal. Con reservas, puntualizó. Odio en su expresión ingenua, insensata. Sólo

alguien familiarizado con el insomnio lo utiliza en su provecho y lo desgaja del estólido y envidioso sufrimiento que tanto se deplora en los demás.

Jeremías Duncan, marido y socio de Loreley en el negocio hostelero, incorporado a la cena de neófitos aventureros por aquellas latitudes en su último acto por culpa de la niebla, sugirió una copita de licor de Mimberg, elaborado a la vieja usanza con materias primas de la región, para abrazar el sueño como al amante idealizado; cuestión de fácil arraigo entre solteros y divorciados de vacaciones.

La vista desde la ventana de mi habitación era imposible, me asomé en vano a percibir la silueta de lo extraño y distante en un lugar que merece la atención de una persona inquisidora y desvelada. La temperatura había descendido varios grados, lo que me hizo desistir de dar un paseo nocturno. La cama era de estilo rústico cortesano, amplia, elevada, de colchón alto y duro, con cabezal grueso de taraceado simple y doble almohada mullida. Me tumbé vestida, estirada boca arriba, separadas en ángulo agudo ambas extremidades, con la mortecina luz de la lámpara de la mesilla estabilizando mi voracidad por la intriga. Era temprano para mi sueño y eso significaba desgaste mental y proyecciones difusas. Recuerdo que obstaculizaba la caída de los párpados, insistentes, pesados, para no quedarme dormida. Quería sentir. Quería participar conscientemente en una experiencia nueva. Notaba la energía del maridaje entre la tierra y el agua vibrando allende los muros, invitándome a escuchar todo lo que Ana Lund había registrado en su memoria para introducirlo en mi exaltada curiosidad. Ella me preguntó a los cinco minutos de conocernos si yo también era una mujer de pocos lastres. Enumeré sus advertencias para garantizarme la continuidad en la vigilia:

sombras escurridizas, apariciones de madrugada, destellos fugaces, reuniones intempestivas, etcétera. Tengo el instinto guardián y alado.

La vista desde la habitación era opaca, no habría podido divisar el rescoldo de una hoguera junto al cerco de piedra ni su reflejo en las aguas undantes del estanque estampadas de hojarasca y menudo ramaje ni las pavesas aventadas por la atracción centrífuga del horizonte. Pero sí podía escuchar el crepitar de ruidos confusos, próximos. Por el pasillo caminaban ligeros unos pies centinelas. Me acerqué a la puerta y arrimé la oreja en el momento justo que unos nudillos la golpearon. Vaya susto. Retrocedí asustada y en tensión hacia la cama para implicarme en el silencio del durmiente, me acaloré hasta las cejas, carraspeé contra la almohada y me ocupé de la llamada al cabo de unos segundos fingiendo despertar del sueño profundo.

Cómo pasa el tiempo cuando nos liberamos de su yugo. Jeremías Duncan me informó de una modificación en el programa de excursiones y de la inminente partida. Me precipité en el aseo y en la muda exploradora para dos jornadas vivaqueando. Desayunamos con notorias marcas de insomnio en la cara y en los gestos, de las que Teodoro Elbruk no fue excepción, y nos pusimos en marcha dirección a las Tierras Boreales; allá donde las cuatro divisas de la naturaleza componen el Sello Original.

Hansi Ilo se sentó a mi lado en el todoterreno. Resultó un acompañante activo, conocedor de eficientes alternativas al punzante traqueteo y la intimidatoria extensión del páramo. La luz solar faltó a la cita durante toda la mañana dedicada con pequeñas escalas a la aproximación al campo base, pero a mediodía, como sucediera la víspera, el Sol mostró el brillo de su faz al entrar en Nabaipurih, última

posta del condado de Hogam. El conjunto urbano es poco más que una aldea retirada de la civilización que conocemos y a la que uno echa en falta por temor a su pérdida. En Nabaipurih nos abastecimos y pertrechamos para la duración prevista, Jeremías Duncan negoció con el proveedor local mientras nosotros repasábamos una vetusta cartografía en la calle ancha, intransitada entonces por el esquivo vecindario, desentumeciendo los glúteos e iniciándonos en la tarea de descifrar el lenguaje de la naturaleza en la linde de la Región Hiperbórea. Al mirar hacia el punto cardinal Norte, derivando en su cuadrante, superada la última vivienda, el último y más desamparado árbol y el último aprisco, me escalofrió el temor a lo desconocido. Más que una sensación fue un sentimiento. Quizá por casualidad, las nubes comenzaron a adensarse en recorrido por el tramo final de la quebrada carretera.

Antes de alcanzar el refugio la noche se nos vino encima por culpa del opresivo vapor septentrional. Una adversidad grande. Jeremías Duncan parecía inseguro de la decisión a tomar dadas las circunstancias; a mí seguir por aquel camino espectral se me antojaba tan complicado como regresar, pero no abrí la boca. Teodoro Elbruk estaba manifiestamente inquieto, Hansi Ilo enfurruñado y alanceador, Oliverio Travis invariablemente hermético y yo, pese al disimulo, aturdida percibiendo maltratados indicadores de texto jeroglífico.

Nos cubría un nimbo proveniente del Mar Tenebroso.

Bajé un dedo la ventanilla para respirar el aroma de la Luna eclipsada. Notaba una presencia dominante, enmascarada; estaba en alguna parte, al acecho.

Abandonamos el vehículo todoterreno descuidando las precauciones básicas. Jeremías Duncan pidió que nos que-

dáramos allí, moderando la acometividad, hasta saber qué hacer. Hansi Ilo exigía penetrar en la extraordinaria belleza inexplorada fiados a los sentidos. Pero su argumento y su empuje chocaban con la espesura de la niebla que pesadamente invadía a seres, geografía, ánimo y enseres. Propuso, muy seguro de sus fuerzas o totalmente enajenado al delirio y a la conquista, seguir ascendiendo para emerger del cinturón de nubes. Oliverio Travis y yo, él protectoramente detrás de mis traspiés, nos lanzamos a por la gloria de los descubridores soportando la aceleración del guía improvisado y la ignota orografía.

Y lo conseguimos.

Sacamos la cabeza de la niebla con ímprobo esfuerzo, ardor corrosivo en el tórax y calambres en las extremidades. Habíamos atravesado la deprimente faja de bruma y ahora nos rodeaba un paisaje imponente en su magnífica soledad, un absoluto apartamiento de las referencias clásicas.

Un mundo recóndito y acústico de fragor.

Un mar omnímodo, tan sobrecogedor y dramático como el peñón al que embiste impetuoso y pertinaz, esperaba un suceso con inveterada paciencia.

El huracán nacido de la misma entraña salvaje arremetía contra los intrusos, muñecos de carne y hueso, deslucidos, inermes, escarnecidamente sacudidos, tan fascinados ante la obra natural como perdidos en su impotencia. Oliverio Travis me sujetaba por la cintura compitiendo en mi custodia con los inclementes zarpazos del viento y la encrespada faja de espuma rompiendo sañuda a distancia coactiva. Era un hombre delgado y aparentaba poco nervio; sin embargo, sus brazos cogían firmes y certeros, replicando al embate con voz tranquilizadora, confiada en la solución

lógica del problema: “Las fantasías si son vagas afligen”.

No paré a pensar en ello.

Hacia el Noroeste, me hizo notar, se perfilaba el islote Keejni.

“Allí nace el viento; allí comienza la Región Hiperbórea”.

Oliverio Travis sabía de lo que hablaba. Pero yo, en mi ignorancia, estaba pálida y muda, entregada al destino que me aguardara.

El alarido de Keejni pasó como una exhalación bariendo el yermo.

“Nadie se ha aventurado tanto”.

Hansi Ilo no era de la misma opinión; entre sombras y ráfagas descendía el acantilado pretendiendo atravesar el canal rugidor hasta el saliente rocoso con la pulsión de un entrenamiento en piscina.

“Ni podrá nunca alcanzar la otra orilla”.

No fue una mística predicción de chamán ártico. El cuerpo de Hansi Ilo, el insignificante pionero del Continente Indómito, quedó desmembrado por la violencia del torbellino y el afilado clamor de Keejni. Macabro fin de carrera para la psicosis.

Oliverio Travis me alentó a retroceder aprovechando la tregua de Keejni. Me atreví a girar la cabeza y contemplé el afable rostro de un Matusalén boreal. Él era el protector de la Región Inexplorada, una tierra y un mar a resguardo de los humanos y los cataclismos.

La inequívoca idiosincrasia del sueño, definiría mi estado Teodoro Elbruk.

No hubo manera de sacar la cabeza de la niebla durante todo el día. Una jornada perdida.

Hansi Ilo recurrió al pragmatismo, había que aprove-

char el tiempo, y nos propuso recorrer las zonas inhabitadas del castillo palacete de Mimborg como entretenimiento equivalente hasta que pudiéramos dirigirnos a la legendaria Región Hiperbórea. Los Duncan loaban las maravillosas noches de luna de noviembre en Plocsa. Oliverio Travis, con su hablar suave y sin acento, describía el sublime espectáculo de las auroras polares irradiando infinita variedad de luces de colores cambiantes.

Ana Lund no había aparecido todavía. Qué raro, pensé. ¿Le rondaría algún peligro, le avisaba alguna premonición? Pero antes de que otro desasosiego cundiera en mi atribulado raciocinio me envió un breve mensaje, traído al instante por el viento aquilón, para anunciar que llegaría al atardecer con el itinerario del viaje.

Saulenda

(Cuento)

La memoria disminuye si no se la ejercita.

CICERÓN

El encanto de la historia se debe a lo imposible de su
comprobación.

Las fronteras del señorío medieval de Saulenda permanecían siempre abiertas al paso y al comercio, de tal manera que entrar y salir del pequeño territorio, enclavado en una geografía acorde con la naturaleza silvestre, resultaba fácil y cómodo para cualquier intención precisa o imprecisa.

Recortaba el paisaje de Saulenda, visto a distancia de viaje, una villa y una aldea, complementarias en sus actividades, con viviendas de arquitectura autóctona, y el doble número de modestas casas de labor con huertos y apriscos en torno.

En una de las casas principales de la villa situada a poniente de Saulenda, edificada sobre un altozano y tupido su contorno por un bosque, habitaba el epílogo de una familia local de añeja estirpe menguada por el tiempo y la falta de renuevos, otrora bien avenida aunque la relación quedara circunscrita a los modos y las maneras de la cívica consanguinidad. Destacaba en la nómina familiar de esta época postrera una mujer de atractivo porte, solitaria y todavía inscrita en el cotizado registro de la juventud. Era a todas luces una dama de alcurnia, afecta al estilo discreto, con acotada a las ocasiones tendencia al ornato y al atavío de pose, llamada Carlota; la atractiva heredera, la sin aprieto cercada por rumores y dispares anhelos Carlota.

El tiempo, que no se detiene ni para preguntar, cura los males de la añoranza a unas horas y ahonda la sima del pesar por los malogros a otras. Y en los intermedios, que los hay a menudo, las novedades en el sentimiento de Carlota eran imperceptibles salvo para su protegida alteridad:

un muñeco de madera y tela confeccionado por un titiritero de fama; un muñeco suave al tacto, acostumbrado a la caricia, al acune y la conferencia privada. El muñeco de nombre susurrado ejercía de entrañable confesor, leal a extremo, incondicional compañero de lo que terciase disponer su dueña y señora. Vivían ambos, recogidos en aquella desdoblada intimidad que de analizarse con patrón científico o con la mira estrecha que ahorma todas las inercias, resolvería en contra de los acusados procediendo de inmediato a enmendar la anomalía.

Acusados por comportamiento anómalo. Pero el uso del plural es injusto y desquiciado: contra el muñeco no se incoaba trámite de extrañeza con cargo probatorio anejo; en contra de la dama Carlota, heredera de bienes y asuntos susceptibles de aventada opinión, sí aleteaba la sospecha, la habladoría y el interés creciente en la desvelada autoridad.

Es sabido que toda época cuenta con poderes que mandan, imponen y condicionan, pues por algo son poderes en ejercicio. El poder gobernante en Saulenda recelaba de la conducta insumisa de Carlota ante una pretensión de calado, tejida con hilatura de convenio, para cerrar un prolongado capítulo de desaires.

Carlota no estaba por la labor de humillar al solicitante aventurado que diera en creer probables donde ni siquiera avenían posibles conyugales. Carlota suspiraba por otras solicitudes que archivaba el muñeco con el máximo celo. Apoderada de su destino, paseaba su cara soledad por los terrenos propios mirando en derredor sin ver más allá que lo habitual, lo conocido; lo que la protegía. En efecto, el anillo arbolado de exultantes colores según la estación, de murmullos y cantos según los vientos, actuaba como el

guardián presto; lo imaginaba ella como el infranqueable bastión de su espacio vital. Lugar para el encuentro de lo íntimo con lo propio. Pero su imaginación marcaba un límite: el límite de la conciencia de ser un juego de paciencia y reflexión que en algún momento ofrecería una alternativa cierta, una alternativa impulsora, a la única jugadora. Una agradable sorpresa.

La fantasía al igual que el inflamado deseo en ascuas, los conocidos temores, el ansia por algo y la opresión de algo, conducen hacia rincones de disimulo y de aislamiento, hacia frondas refractarias a ciertos, remanecidos, influjos. En tales ocasiones, cierne a la víctima de la desazón por la visita influyente el augurio de lo intuido pernicioso, tal vez inevitable. Quizá ineludible, como cuando un aguacero descarga en medio de un inmenso calvero sin otro refugio sobre cabeza y cuerpo que la prisa acuciante por hallarlo en el lugar que se supone permanece a la espera de ofrecer amparo.

Cuando la inminencia del suceso lo anuncia, son muchos los sonidos dispersos que confunden, que desorientan, y alguno próximo que acrecienta la inquietud. Un ruido de caída, tropiezo o quiebra, un chasquido y el posterior suspiro entre alivio y regañina. No era nada, ningún peligro; o sí era, acechando ese intruso de época recordada. Como ella dibujaba una expresión pesarosa, al cruzar sus miradas, manteniendo él la súplica, convino Carlota en aceptar la visita un rato mínimo.

Él, que contaba pocos años más que Carlota, que no gustaba de ejercer ni soportar aquella afición misántropa, que recogía en sus facciones la huella entreverada de incertidumbres y obsesiones, actuaba como emisario de su propia

noticia: partía hacia un destino cantado. Aunque a Carlota pedía, rogaba un gesto de conciliación que lidiara con la suerte o, al menos, envolviera de hechizo benefactor la forzosa ausencia vislumbrando un retorno al postergado consentimiento.

A Carlota le parecía extraña la escena con ese intruso que entra y sale de un mundo abreviado porque conoce el paradero de la llave maestra que vence la resistencia de cualquier puerta, hasta la del enemigo, hasta la del amor. Un amor declarado en rebeldía.

Su voz tañía amarga, era una voz madurada por sombríos acontecimientos aunque todavía vibrando en la fibra sensible de la distraída audiencia.

Dijo: “He venido. Yo” —meditado lo que iba a confesar— “me despido de ti... y de mí. Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente. No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad.”

Nada más dijo.

Ella pronunció una despedida, y él hubiera querido escuchar cosa distinta a ese desplante.

Sospechando de la sombra que entra, sale y pasa, insistió en sus peticiones con mesurado desafío. Carlota, sin mostrarse por completo, le acusó de remover aguas cenagosas y materias en orgánica descomposición; su gesto, mitigado el énfasis, era de orden, señalamiento y condena.

Dijo: “No.”

Deseosa por huir de la mano con esa parte de ella que apretaba con la fuerza del recurso, a un paso ciego de la desesperanza y el abandono incondicional. ¡Qué trance horrible! Injustificable. Tan humano, tan mortal.

Tan pleno de recuerdos el pasado.

Fueron días felices aquellos de amor consentido, recitados por trovadores.

Fueron días tristes para Carlota desde la encubierta oposición al argumento que apenas aflora en territorio segregado es condenado a cercén. Días borrados, días siniestros con muertos, desazón de enamorados en contienda, el adiós obligado.

“Curbio...” —musitó su nombre—, “eres culpable...”

El honorable Curbio, reo de asesinato.

La muerte trata con crueldad la desdicha y con saña al adjudicado el delito. En vano los descargos, en vano las protestas de inocencia, en vano los intentos por detener el curso de la injusticia. Llanto, suspiros, daño y pesar.

Repetía el eco incesante: “A nadie mataría ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun pudiendo hacerlo con absoluta impunidad. Yo” —concluyó—, “no fui el autor.”

No fue, insistía.

Alrededor tronaba su proclama la guerra y el odio encornado.

“Aliados” —murmuró la afligida Carlota—. “Te aliaste con los asesinos.”

La sangre que derramó sangre corre alborotada por las venas del contrito. ¡Qué culpa es achacable al inocente de una culpa heredada! Perversa acusación, sentencia arbitraria. Los muertos se agitaban en su cárcel húmeda de estructura prensada. Muertos furiosos, vivos agobiados, el érebo incitando a una despedida infectada de olvido. La distancia es en sí misma un mundo que anula tantas oportunidades como posibilidades cierra.

Adiós, extraña alianza de seres desconocidos en un remanso que no es tregua, bordeados de excusa vegetal; un

manto de acogida con el tiempo ceñido a una voluntad irrevocable.

“Adiós.”

Ruega por los enemigos, mujer caritativa.

“Dame fuerza, Señor.”

Luego, ya a solas, recorrido con alas de premura el camino de vuelta a la intimidad de su alcoba, convocó al muñeco para narrarle lo sucedido, también lo previsible y recelado, y ese algo más que no es esto ni lo otro siendo un poco y un mucho de nada y de todo. Susurro tras susurro, lágrima importuna perfilando la mejilla, la comisura y la firme linde que distingue la cara del cuello.

Resistida la tentación. ¿Ese era su verdadero deseo?

Exposición sincera al confidente. Preguntas añadidas a dubitaciones entre pausas reflexivas, aspirando Carlota a recobrar sin merma su carácter, admitió que ella había abierto la puerta del cercado ignorante en conciencia de haberlo hecho queriendo o por simple inercia. A todos los efectos el honorable Curbio continuaba siendo el único pretendiente aceptado.

Carlota buscaba una salida al proceloso enredo, que ni por asomo recreaba el argumento de una opereta. La sangre derramada por los crímenes jamás sería lavada ni disculpada, era imposible restañar las heridas mortales infligidas. Debía prolongar una fuga que empezó como caricatura y acabaría con el exigible destierro de quien no hallará consuelo ni vida nueva en un ambiente dominado por la pugna de vivos contra muertos, de vivos contra vivos, de muertos contra los espectros de los unos y los otros.

La huida, decidió Carlota, podía ser el camino que patrocinaría el simbólico alivio a una condena perpetua. Esa

fue la resolución confesada con prioridad a su muñeco.

El consejero Trasgio, dignidad autóctona con gran predicamento en Saulenda, hacedor discrecional de obras de variada índole, fiscalizaba a lomos de cabalgadura y flanqueado por su escolta de administrativos y soldados la rentabilidad de las haciendas y los pagos bajo su control delegado, sabiendo que un minuto más o menos no alteraría ni noticias ni esperanzas concebidas por su eminente persona. La experiencia concede una ventaja decisiva a quien de ella se vale porque a ella se encomienda una vez cebada. Los paisajes que se ven y se presienten, recordaba con fruición el consejero Trasgio, merecen al igual que exigen una complicidad asimilable a la devoción, respirando de los aires que vaticinan la alternancia de vientos y calmas.

Pasó una noche en la aldea de Cerión, famosa por su artesanía, y la siguiente, tras una jornada de viaje apacible, en la posada de Vorin, lugar de paso de todos los caminos de Saulenda. Despuntaba la mañana algo más cerca que ayer, con ese frío redentor de la pereza justificando la excusa conciliar, cuando servilmente unos nudillos seguidos de voz acostumbrada a las maneras de la diplomacia le anunciaron que la visita se había presentado en el tiempo y la forma previstos.

Desayunaron juntos en el acicalado aposento de la autoridad, una temprana comida con relato y conclusión anticipada: Carlota no era un misterio para él, ni un reclamo, ni tan siquiera una atracción a la que acaba prestándosele atención porque así lo manda el protocolo de las alturas. En cambio, su patrimonio y el fluido tráfico de bienes requerían de una actuación personal en instancia laborable. Trasgio no reparaba en canciones de juventud ni en aven-

turas de amor soñado cuando se trataba de cumplir a ley positiva con las obligaciones de su cargo; unas obligaciones ramificadas y, no obstante, conexas.

El consejero Trasgio meditaba degustando las sabrosas viandas.

Curbio el obcecado, Carlota la obstinada, sopesaba el consejero Trasgio. Iba a ayudarlo en aquel exigente negocio. Cada cual ha de contar con sus medios esenciales, recomendaba la experiencia. Carlota se avendría si la circunstancia de mediación disipaba en burla o indiferencia lo que suponía un reto de mayor enjundia; era un hecho probado. Por lo que para liberar su alma del viscoso lastre de la sangre, nada mejor que la dirimente voz del poder en el tono que combina la amabilidad con la generosidad; tacto y tiento, determinación y preces. El envite era desde hacía tiempo a dos bandas.

Sumido en pesares y espoleado por anhelos, el honorable Curbio asintió reprimiendo aquellos comentarios que su elevado interlocutor hubiera despachado con gesto displicente, mueca en clave de sorna y una reconvención por la osadía. Ponderación, certeza, objetivo, constancia y estrategia: los cinco elementos fundamentales de la arcana fórmula del éxito; el sexto correspondía al rango, es decir, al consejero.

Intentaba Carlota sustraerse al realismo atroz de las contradicciones que por duplicado le atenazaban. La épica lucha entre cuerpo y alma, la dilatada contienda entre sentimiento y actitud. ¿Qué hacer?, pregunta retórica; ¿cómo podía escapar de una prisión adaptada a la prometida memoria? Susurraba al muñeco, lo mecía ejercitándose en la aliviadora dinámica que obliga a atender más allá de la ob-

sesión. Quería escapar de todas las opresiones encomendada a un destino tan nuevo como lejano, allende la frontera del mundo amortizado.

Dos veces habían sido, grabadas a fuego, similares en cuanto al escenario y el protagonismo macabro de la sangre. Con el sorprendente resultado en ambas ocasiones de cruzar el camino del implacable visitante.

Fue Carlota a por su nueva tentativa, portando al muñeco con ella. Era una partida improvisada a través de pasadizos excavados bajo la tierra húmeda y estremecida por secretos, que conducen trastabillando a cada paso hacia sendas escapadas de la vigilancia rutinaria.

Era la suya una huida torpe condenada al fracaso. Una voz distante, gutural, aunque precisa, le anunciaba el peligro y el presumible final. Aquella voz era un aditamento más del cuadro sombrío, y dio en creer, por pura necesidad, que siguiéndola hallaría la salida protectora; era una voz que su miedo pretendía reconocer afín y solícita en el poso del sonido. Pero el suelo desigual, removido por las percusiones, y viscoso que pisaba, aun disimulando el peso del cuerpo, con el cuidado de la ciega, y las filosas paredes tanteadas con la misma precaución con que acercaría los dedos a una garra, no auguraban felicidad a la temeraria sino lo contrario. En una bifurcación, elegida la ruta al azar, advirtió la amenaza dirigiéndose hacia ella con el propósito de concluir el juego en las galerías subterráneas.

Iba a por ella, pero únicamente para acosarla condicionando su huida y el desenlace del juego. Aquella figura magnífica, prendida de majestad hadada, se aproximaba a Carlota fuera donde ella procurara escondite; si miraba delante, por allí asomaba; si a los lados, por ellos acuciaba

teñida con la suma de tenebrosidad que el laberinto protegía; si por detrás, desde atrás imponía una marcha tétrica, admonitoria, en oposición a los tropiezos. Era una e imensa la figura. O eran varias presencias recíprocas.

Empujada por miedos y sospechas, la aterida Carlota distinguió una escalera de prometedor ascenso enfrente y todavía libre de la ubicua presencia; pensó que un benefactor le enviaba auxilio. Corrió al punto de la salvación, se deslizó sobre la irregular superficie en tenso equilibrio rasgando suelas, vestido y piel, hasta que resbaló golpeando rodillas y manos contra una sustancia compacta, endurecida por el insalubre aislamiento; pero, comprobó, no indeformable. Un grito de angustia emergió de su boca: por debajo de ella, y el apretado muñeco, evolucionada reptante una masa amorfa, mefítica, de cavernaria fosforescencia, despertada entonces por la asustada presencia, pendiente como estaba del reencuentro. Y con el renacer de las víctimas, porque eran varias las siluetas forjadoras de la masa, y la memoria patente de los sucesos, Carlota depositó su impulso de fuga, como una ofrenda ritual, a un atractivo sopor que la mecía en los dominios del limbo.

Una llamada, unánimemente interpretada de socorro, fue escuchada por los circunstantes.

Parecía que Carlota despertaba era devuelta al mundo de los vivos desde un lugar de leyenda.

Llegado que hubo a proceder con la visita, el consejero Trasgio aguardaba la recuperación de Carlota que permanecía aislada y al cuidado de su doncella murmurando palabras extraídas de la ficción que había vivido en los túneles; aferrado el muñeco en cuyas facciones talladas se delataba la mimesis de un riesgo inacabado.

El consejero Trasgio, que no solía conmoverse por los asuntos mundanos, gozaba de un buen caudal de recursos. No obstante, preguntó con elegancia de invitado ilustre e imperativo de autoridad al servicio de la dama por la causa de su repentina indisposición. Pero ninguna respuesta le fue de provecho, quizá por desconocimiento de los interrogados, quizá por celo y prudencia de la doncella en aquella situación de compromiso.

No hubo manera de doblegar a Delia, la doncella, empeñada en que el reposo de la enferma no sufriera estorbo. Accedió el consejero Trasgio, al no haber otra sin violencia, dando muestra de magnanimidad. Esperaría pues no pensaba irse, pero no más allá de un plazo razonable para los intereses de ambos.

A buen seguro, dedujo Trasgio, la porfía dilatoria de la doncella iba expresamente guiada Carlota. Saludó reverencial Delia y marchó a encerrarse con la desvalida. A su lado, mirándola devota, mordisqueándose los labios y repasando las oraciones sanadoras con las manos entrelazadas cuando no atendían los atisbos febriles de la enferma, confiaba en su despertar al siguiente capítulo que intuía.

Volvió en sí Carlota tras un paréntesis considerable, aunque algo torpe al incorporarse y un tanto desconcertada. Recuperaba la conciencia a sorbos, con una máscara de pasmo y otra de audacia trabadas en su rostro preocupado. Diligente, como una profesional curtida en la aplicación de los remedios de emergencia, la doncella le ayudó a serenar el momento y al cabo a exponerle la presencia del consejero Trasgio, cuya dispensa de paciencia se limitaba a la obtención del resultado apetecido.

Carlota se vio al borde de dos abismos profundos y enigmáticos. Con mirada aún turbada notó en la doncella su

complicidad, por lo que le mandó se aprestara a emprender la fuga con ella hacia el destino que debía liberarlas del cautiverio. Puede que no exista ni en esta vida de conflicto ni en este mundo de atosigadoras incógnitas un sentimiento más hurgador y pavoroso que el que invade la debilidad humana sacudida por impulsos ingobernables y en la linde de la consciencia.

Dispuesta la partida, a nadie más revelada, con el envoltorio de la noche. De acuerdo obraron ambas y el muñeco, desechado el equipaje, con la oscuridad enseñoreada del mundo de los vivos y la pertinaz vigilia de los inquietamente muertos, al acecho del traspié, la verosímil delación del paso proscrito y el sordo golpeteo del corazón abrumado por el designio; en una noche de tormenta desatada, que servía de máscara, al abandonar sigilosas la protección. Viento colérico sacudía la intemperie, los árboles aquí y allá braceaban desmayados.

Descendieron la colina por una senda suave y prolongada que sólo un hechizo transformaría en fauces de ali-maña. Pero lo que en verdad y sin magia trocaba era el ánimo de la doncella Delia, poco antes tan decidida y ahora temerosa y rezagada al caminar valiente de Carlota.

Al pie de la colina tomaron aliento; a partir de allí la senda avanzaba hacia una oscuridad mayor y rumorosa. A un centenar de metros se encontraba un tosco embarcadero con una barca añosa y corroída oscilante en su amarra; siguiendo a pie otros centenares de metros en la misma dirección podían alcanzar el puente que las dejaría a salvo en la otra orilla. Carlota se detuvo a pensar moderando los latidos de su corazón: debía decidir si llegar al puente y cruzarlo o bien arriesgarse a subir a esa frágil embarcación y remar hasta un fondeadero en la orilla opuesta.

Le rondaba un presagio, que se callaba, para no elegir el puente.

Cerca del embarcadero creyó ver una figura disimulada por el embozo de la noche; una figura erguida, apostada entre dos árboles y como esculpida en una roca turgente de arista cortante.

El presagio, activo en sus anuncios, le alumbró una celada de los espectros en mitad del puente.

Las opciones terciaban de lo malo a lo peor.

Hizo una seña presurosa a Delia para que no volviera a rezagarse camino del embarcadero. El viento, que soplaba encrespando el agua con grave riesgo de zozobra, impelía con su voz recia a continuar hacia el puente. Delia suspiraba quedo, temblorosa, arrepintiéndose de mil y un pecados más por cometer que cometidos, atenazada por el miedo era incapaz de modificar el sentido de los pasos. Pero Carlota no buscaba consejo sino aliento, y no pretendía que nadie humano, fantasma o muñeco, se responsabilizara de sus actos.

Alrededor nada ciertamente tangible le confirmó de alguien a la espera. Delia se había pegado a su espalda dispuesta a no perderse en aquel cuadro de tan lúgubre perspectiva.

Carlota tanteó por los remos, y con uno de ellos agarrado rebañó la borda desportillada. Tras esta comprobación tan somera como estéril, empujaron la barca al agua del remanso y subieron tomando un remo cada una.

Las aguas oscuras no invitaban a surcarlas en placentera travesía. Con tiento y poca destreza comenzaron a remar, Delia imitando el movimiento de paleo de Carlota y atisbando cuanto sus ojos pudieran penetrar. Y en esto descubrió horrorizada la aproximación de una barca, que pudie-

ra ser idéntica en su dibujo nocturno a la ocupada por ellas, con pasaje a bordo. Carlota sólo miraba al frente, escrutando el camino de agua como si fuera de tierra, con los mismos peligros y las mismas sorpresas acuciando. Delia la llamó velando una voz quebrada por la angustia; aquella barca de perseguidores les daba alcance. Insistió a Carlota hasta que reparó en su demanda y volvió la vista hacia el punto que temblorosamente le señalaba. También ella vio aproximarse esa amenaza que no podía identificar.

El remo suelto, también suelto el de Delia, las dos pendientes del misterio, mientras la corriente deslizaba su barca hacia la orilla obedeciendo al instinto de la persona avisada. Delia imploraba entre dientes evadirse por sus medios de la pesadilla y regresar a la seguridad de la casa donde al abrigo de las visiones sobrecogedoras podían concebir otros planes de libertad. Pero guardó silencio, boqueando y a la expectativa.

Carlota quería descubrir a los navegantes que la requerían, presintiendo que no eran unos extraños. La barca de los misteriosos pegaba su costado, arañando lamentos de la madera. Muda y sigilosa al ponerse en pie, Carlota apretó el remo con las dos manos y de súbito, felinamente, asestó un golpe disuasorio a quien osaba abordarla. Sintió en el acto la vibración del impacto en algo corpóreo y la pérdida del remo, que suelto de las manos trazó una pirueta en el aire y vino a caer con estrépito sobre las quejasas cuadernas. Sofocó un grito, pero Delia se desataba chillando como si ella fuese la herida, llevándose las manos a la cara como si la tiñera la sangre.

Carlota recuperó su arma, presta a blandirla contra otro intento de asalto. Pero no le hizo falta esgrimir su ardor guerrero puesto que la oscuridad se tragó a los inescruta-

bles, y ante ellas, guiadas por la barca, apareció la línea terrena de la orilla opuesta. Y una silueta que iluminó su memoria reciente.

Carlota evocó aquella figura mística en la cercanía del embarcadero; entonces rechazó su contacto y ahora, con los pies en firme, si pudiera le preguntaría...

Delia la devolvió a la realidad: la barca desaparecía en el río impulsada por una magia escondida.

Buscaron la protección de la floresta ribereña hasta sosegarse y recobrar la iniciativa. Tareas difíciles. Se preguntaba Delia qué habían conseguido al cruzar el río además de atravesar la frontera, y cerró los ojos. Carlota se preguntaba quién había sido la víctima de su miedo, quién era el vigía impertérrito, por qué se le nublaban los recuerdos. También cerró los ojos pero aquella ceguera no evitaba la descomposición de un mundo que había sido el suyo, por el que entre tinieblas y desde un silencio opresor, deambulaban muertos y vivos con intereses antagónicos.

Clareaba el cielo cuando una sacudida interior despertó a Carlota. Presa de tensión y entumecida indagó por sus medios la causa del sobresalto. En balde. Nadie se mostraba cerca de ellas. A la luz del alba observó manchas que parecían de sangre en la piel y en el vestido de su doncella, aún durmiente, y también las descubrió en su ropa y manos.

Apuró a Delia, que reaccionaba sin convicción, como afectada de un delirio, dejándose llevar entre súplicas ahogadas por la vuelta al lugar seguro.

Ascendieron el talud camufladas por la vegetación que para su fortuna no raleaba, y luego dieron la espalda al amanecer por un terreno hundible que confundía la ruta. Pasada una hora y mucha incertidumbre, llegaron a una

cabaña, que en alguna época sirvió de posta, donde moraba un matrimonio de ancianos que durante años habían sido empleados diligentes de la familia de Carlota. La atribulada doncella, a diferencia de Carlota, recelaba de lo que pudiera depararles el traspasar el cercado.

A recibir a las dos errabundas, advertidas de lejos, salieron los ancianos con la expresión pintada de asombro. Era una visita inesperada y por las trazas de mal augurio. Las introdujeron en la casa con premura, y mientras las atendía la mujer el hombre observó el camino traído por ellas desde el vano de la puerta, y, una vez comprobada la ausencia de representación humana, aseguró los cierres de postigos y ventanas, acopió una brazada de leña y dos cubos de agua del pozo y atrancó la puerta como si previera la llegada de un fenómeno arrasador. Quedó apostado en el marco de la ventana que enfilaba el camino.

Enseguida la mujer las desvistió y calentada el agua se propuso lavarlas, y una vez limpias de barro y rastros las frotó con sendos lienzos blancos fragantes de espliego. Finalizada la reavivación, la anciana dispuso la mesa con una sopa de legumbres, pan de tostada corteza y vino rosado de barrica, alimentos honrados por ambas sintiéndose hambrientas, porque no se aprovisionaron de comida al partir, y amparadas, con el cuidado del matrimonio.

Recobrado el color en las mejillas, hablaron las dos viajeras en un aparte de alcoba. Carlota agradecía a su doncella la fidelidad y el riesgo compartido, pero no iba a llevarla consigo en adelante. Delia protestó, no le apetecía esperar noticias de Carlota metida en la casa de aquella gente desconocida a pesar de su esmero, todo rodeado de un misterio equivalente al de los merodeadores nocturnos.

No hubo caso. Carlota se mostró inflexible. Llegaba un

momento de su sola competencia. Pero accedió a depositar en la custodia de la doncella su preciado muñeco. Convino entonces Delia, asegurada por la prenda de que no quedaría al albur de captores o anfitriones.

Solicitó Carlota del matrimonio un trato de familia para su doncella. Lo cual garantizado, pidió al anciano que la acompañara cuanto antes donde ya sabía. Estimó él que por seguridad convenía pasaran las horas de luz escondidos y salir caída la noche; y entretanto durmiera Carlota aligerando sus pesares y temores.

La sensatez de la propuesta desbarató en ella la prisa por afrontar lo que le era ineludible.

A oscuras emprendieron el camino el anciano y Carlota, cual dos sombras asimiladas a la próxima tormenta. A poco de llegar al punto donde habrían de separarse, el adusto gesto del hombre mostró la entrada en perturbador descenso a un pasaje estrecho y virado.

Tanteando la húmeda rugosidad de las paredes y el suelo, Carlota fue andando hasta que a sus ojos alcanzó un destello, y al poco avistó un brillo débil pero sostenido.

Apareció en una cueva abierta bajo tierra, que daba por olor y oído a una corriente de aguas subterráneas. La voz de aquellas aguas feroces, desde su lecho hundido, sonaba estridente, y pintaba ominoso un panorama diseñado por la muerte.

Aceptó el mandato, proveniente de algún hechizo, de ensimismarse con la rauda corriente y como una estatua permanecer al filo de abocar el cuerpo.

Por encima del techo rocoso y las toneladas de piedra, tierra y vegetación encubridora, restallaba la tormenta con rugido que también en las entrañas percutía conminativo.

Con los ojos cerrados y el músculo tenso, creyó que no podría soportar la prueba de su embate. Temió flaquear en el instante supremo, no teniendo un sostén confiable en el que apoyarse, y desasistida e inconsciente precipitarse hacia la sepultura del fracaso y la condenación por los siglos.

Atronaban insidiosos los elementos como pauta de orquesta.

Marionetas de un ritual truculento alentado por el odio y la venganza surgieron de la nada; se agitaban a compás los restos mortales en diverso estado de putrefacción, balance de la antigua contienda; de una apariencia muy real, convincentemente humana. Como lo era la del muñeco de Carlota. Fosforecían los huesos de ajada factura, crujían tendones, cartílagos y articulaciones, supuraban los órganos cenicientos, colgaban los pellejos y las extremidades seccionadas.

Los actores del trágico retablo, mascarados por la consunción de los tejidos, escenificaban la ultratumba de fragores a su espectadora. Pero Carlota no miraba porque había cerrado los ojos, y no los abrió hasta que sintió a su lado el desplome de un objeto grande y mojado, a ella dirigido, el remo de reciente memoria, con manchas oscurecidas en el canto y en la pala, goteando agua la pértiga, con adherencias terrosas y hebras de la ropa que viste a un muñeco el pomo. Asió fuertemente el regalo y observando el espectáculo terrorífico se encomendó a su suerte.

Vio descender por la corriente, pero a menor velocidad que las aguas, un bote fantasma que reproducía una navegación precedente igual de oscura, con sus ocupantes envueltos en misterio y sangre derramada.

Una mancha de sangre arrebolando la quilla anticipaba el lento navegar del bote hacia la estatua erigida en el acan-

tilado.

Al tiempo que la amenaza enfilaba a Carlota en el Hades, arriba, bramando la tormenta, se desarrollaba un episodio también a oscuras, en el que un hombre anciano, aún resuelto en sus cometidos, sobriamente avizor aguardaba con fe el final de una batalla donde se citaban el destino con la tentación. El anciano, que era un ducho ojeador, había divisado a un hombre, velado, presuroso, que buscaba acceder a las entrañas de la tierra por camino diferente; estaba seguro de conocer su identidad e intención: era el honorable Curbio, desfigurado por un percance, que iba a librar su batalla.

Iba a librarse una batalla en el paraje de los fantasmas.

Carlota blandía el remo con la vista fija en la barca de los misteriosos, los pies al borde del precipicio, el cuerpo más dominado y, por el contrario, el ansia avivada por un crepitante rescoldo. Se acercaba el bote que le pareció atestado de pasaje y por detrás se aproximaba otra sombra, alargada y difusa, excitando la tensión.

Brotaba sangre vieja y nueva de la pared de roca.

Un estremecimiento sacudió el desasosiego de la doncella Delia en el hogar de los ancianos; se llevó una mano a la boca para sofocar el grito que no debía oírse, con el muñeco desprendido de su custodia.

La anciana vigilaba el camino de ida y vuelta. Si un viajero cualquiera lo transitaba ignorante de cuanto pudiera acontecer fuera de la ruta es que atinaba en su camino. Pero nadie en años lo había transitado para el menester que es propio de una ruta entre lugares. Sin embargo, con pocas horas de diferencia, el camino era hollado por dos veces y en la misma dirección.

Delia pretendía ampliar la vigilancia desde otra rendija, pero bastó una señal de la anciana para que permaneciera quieta y en silencio.

Los labios de Carlota iniciaron un suave despegue. Se distendían sus facciones, respiraba mejor, le pesaba menos el cuerpo, y sus ojos, forzadamente abiertos, redimían el escozor aportando mayor agudeza.

El río gemía. El bote con los misteriosos surcaba unas aguas distintas, testigos de una vieja contienda indocumentada que aún estaba por resolver. El gutural y prolongado lamento del río evocaba a la espectadora un episodio macabro: su padre y hermanos víctimas de una celada, traicionados por quienes suscribían alianza de negocios y futuro parentesco; una deuda insatisfecha recogía un pago mortal.

“Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente.”

Una deuda de imposible satisfacción fue la causa.

“No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad.”

Por amor se mata, se miente, se olvida, se ignora, se traiciona y se muere.

“He venido.”

El amor es una tentación muy poderosa.

Emergió de las piedras y las aguas un retrato desvirtuado del honorable Curbio. Los labios de Carlota ofrecieron una insinuación afable a quien había sido su prometido en días felices, en momentos de dicha cantada por los trovadores. Fueron después esos días, al hilo de los rumores, desgraciados para Carlota; días urdidos de contienda, de-

sazón en los enamorados, la despedida..., esencia de muerte.

“Curbio.”

Musitó su nombre sin rencor.

“Eres culpable”, le dijo ya sin duda.

El culpable Curbio, reo de asesinato por complicidad, encubrimiento, engaño y traición.

El honorable Curbio, víctima a su vez de muchas circunstancias, suplicaba por su inocencia.

“Créeme..., tienes que creerme...”, farfulló antes de que un reguero de sangre le turbara los sentidos.

Por un instante se creyó redimido, y al siguiente la furibunda corriente del Hades engullía un cuerpo vencido, cuya alma, todavía prestando declaración de inocencia, yacía junto a un remo mellado por la violencia del golpe.

“No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad.”

Implorante, ceñido a la fría y húmeda mortaja, reclamaba piedad.

“Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente. No fue obra mía ni por mi causa. No tuve nada que ver.”

Saltó el remo al agua y detrás el espíritu yacido detrás cual arrastrado por un vindicativo lastre.

“Adiós.”

Carlota vio como la mancha de sangre quedaba diluida por la justicia al paso solemne del bote de los misteriosos. La perfilada tripulación formó ante ella brindándole lo que su conciencia tradujo como gratitud. Ya estaba hecho. Y ella correspondió, identificándolos, acompañando la travesía hasta que la roca y la corriente formaron un único

paisaje. Podían descansar en paz.

“Adiós.”

Jadeaba Carlota al retornar a la superficie, al aire intenso de la madrugada. La tormenta remitía y el cielo atenuaba su opacidad. Pero le costaba mantenerse erguida y despierta tal era la secuela de tanto tiempo oprimida por la ignorancia y los presentimientos hirientes. Estaba agotada, pronta a la extenuación; de no haber sido por el brazo del anciano, que al verla se apresuró en lo que pudo a tenderse, Carlota habría perdido el equilibrio, quizá resbalado y caído a una sima de cadáveres. Era ese terreno proclive al accidente; y es bien sabido que en noche oscura y en paraje escabroso es fácil sufrir un accidente sin que otra explicación diera cuenta de las circunstancias del suceso.

Cerca del rescate, también presa del hálito umbroso, un imponente corcel parejo al montado por el consejero Trasgo, diríase un calco de equino, con la rienda a una rama gruesa anudada, iba a servir de transporte a la reconciliada Carlota en su marcha al encuentro de la vida. A la grupa del portentoso alazán, de largas y elegantes crines, noble en su cometido, Carlota intentaba recordar cuáles eran sus débitos inmediatos; quería acordarse en sus exactas palabras de una petición de entrevista por parte del Consejero que le transmitió su doncella, y una petición de crédito y confianza a cargo del honorable Curbio, expuesta contrita y precipitadamente en el sitial del anillo arbolado.

Intentaba pensar cuál sería su respuesta cuando tuviera que darla.

Pensaba cómo premiar a Delia por su compañía y discreción y al anciano matrimonio por su fidelidad y arrojo.

Clareaba el cielo en un día de bonanza que iniciaba el

calendario.

Suavemente balanceada por el conducido animal, Carlota iba pensando que antes de tomar una decisión para el futuro lo mejor sería recibir en privado el consejo de su protegido confidente el muñeco.

La vigilancia

(Novela)

¿De quién hablas?

De nadie.

¿Han dicho algo?

Nadie ha dicho nada.

Era la forma de ser y la manera de hablar en público y en privado de mi enemigo, el más cobarde de mis enemigos. Aunque quizá confundo lo uno con lo otro porque mi experiencia no quiere distinguir lo que se supone público de lo que se supone privado. Quiero decir que su presencia no difería de su ausencia y que me sonaba idéntico su tono de voz cuando se dirigía a nosotros o cuando, sin preocuparse de lo que pudiera llegarnos, citaba a Heda a su lado. Bastaba un leve gesto, bastaba un arquear los labios, bastaba un carraspeo. Ella prestaba su oído de pie o en cuclillas o medio sentada sobre el brazo del sillón dominando nuestra curiosidad, disimulada curiosidad, o inclinado el torso lado de su cabeza velada por el cabello largo, suelto, adornado y lacio; y en escorzo sumiso, arrodillada con los párpados caídos y las facciones desdibujadas. Deduzco que Heda se confabulaba con su cabello para impedir que las miradas indiscretas y las miradas interrogadoras captaran todas y cada una de sus reacciones, imposibles de controlar en un espacio tan reducido y delator como el rostro humano. Heda obedecía y yo apretaba hasta dolerme los puños y las mandíbulas. En ese momento hubiera matado al causante de la humillación.

Para mí era una humillación.

Iba a matar al causante y él, sin querer morir, sin imaginar mi venganza, me ayudaría.

No tomo en consideración el sentimiento de Heda; yo creo que no podía pensar mientras él estuviera presidiendo la escena, mientras él la retenía y amordazaba con esa fuerza extraña e impúdica concedida por la pasividad que

destila el miedo, la sumisión a la jerarquía y el aleccionamiento. ¿O era aceptación? Una aceptación incondicional, alienante, aniquiladora. Sé que la estoy justificando, que le hago una defensa que ni a ella ni a mí nos deja bien parados. Veía a Heda suspirar quedo. No era una suposición, no la imaginaba sufriendo como una virgen derrotada por el designio superior. Presentía a Heda víctima de la misma angustiada zozobra que se apoderó de mí anteriormente, cuando obligado, en solitario y ajeno al mundo de la frontera debía informar de las consecuencias directas e indirectas del misterio; una angustia que ya era dueña con diferente plasmación en cada uno de ellos.

Heda es una mujer fiel. Esa estúpida, esa perversa fidelidad la estaba consumiendo y al resto nos arrojaba al infierno.

Quería liberarla al tiempo que yo me liberaba. Liberarnos los dos a la vez era mi deseo.

Pero él era aún poderoso, el gran escollo, tan fuerte como la inercia.

Me refiero a Dimo, de él estoy hablando en una voz que puedo oír como si fuera la mía. Probablemente es mi voz pero soy incapaz de certificarlo porque aquí donde estoy nada me lo confirma ni me acerco la mano al cuello para notar si la nuez sube y baja mientras hablo. Llevo el cuello protegido. También llevo protegidas las manos. He puesto una barrera a mi piel que se adapta aunque no perfectamente a mis movimientos. Es el capote que me entregó Minos y he conservado en honor a una amistad inconcebible. Hablo de Dimo.

La voz de Dimo podía expresar sus maquinaciones más recónditas con frases cortas, con inflexiones de voz a propósito de la intriga que gustaba esparcir alrededor. Era su

juego, eran sus bazas. La del juego es una de esas habilidades que o ha escapado de mí o que nunca la he tenido a mi disposición. Antes, claro.

Todo lo que cuento pertenece al pasado. Ese pasado que transcurre de hoy a un tiempo que no alcanzo a justificar en su estricto sentido. Todo lo que cuento es de mi incumbencia pese a las rémoras que se han ido formando en derredor y que amenazan con succionarme adonde me dirija.

Unas bocas tramposas circundan la casa sin asomarse a la vista. Para verlas hay que adentrarse en los dominios del agua oscura, de superficie agitada por el viento racheado y fondo insondable, de orillas cenagosas y de un atractivo enigmático, cruelmente tentador. Hay que estar loco para llegar aquí. Había que estar desesperado. Hay que estar convencido de seguir el único camino hacia la liberación. ¿Lo digo o lo escucho? Hay que estar loco y convencido para querer llegar hasta aquí. Respiro un aire sin aire, piso un suelo inconsistente. Estoy loco y convencido. Mi locura me ha convencido. ¿Cuánto hace? Se volvían irremisiblemente locos en su encierro.

Nadie me ha obligado. Nadie. Lo he hecho porque he querido. Porque he querido. Es mi voluntad. Mi voluntad. Pero esto es sólo el principio. El principio.

Entonces (no recuerdo bien cuándo empezó todo; no soy capaz de escribir la fecha en un papel; tampoco soy capaz de decirlo; me pregunto si tiene importancia) y ahora ha sido mi voluntad quien me ha dirigido hasta aquí.

Dimo volvió a decirlo agravando su ronquera:

—Hay etapas en las que se recorre enormes distancias sin que sean registradas por aparatos de medida.

Al cabo de pronunciarse de aquella manera tan suya, solemne y sombría, desplegaba sobre nosotros un silencio

meticuloso y desafiante del mismo estilo enigmático que la sentencia. Sin mirarnos. Sin apartar la mirada de lo que veía. En su tercer acto de potestad, caduca.

Como de costumbre si estaba presente, y allí su presencia era constante, Minos era el primero en reaccionar a través del gesto o de la palabra. Y casi como siempre desde que pienso intencionadamente en los episodios que protagonizamos en aquel mimético escenario vacío de casi todo, Heda atajaba el intento de exposición, puede que de controversia inmediata o de provocar en los demás opiniones que aventaran el condensado ambiente que nos dominaba. Minos se enfadaba con gesto informe y el nervio en ristre; comedida, disciplinadamente, aceptando la autoridad subsidiaria de Heda. Evitaba importunar a Dimo con peticiones inherentes a su condición de soldado. Yo también evitaba importunar a la autoridad delegada, desde mi estrategia. Todos evitábamos importunarlo con esas opiniones nuestras ceñidas a la circunstancia del momento.

La mente de Dimo frecuentaba otro nivel, por supuesto superior, accesible únicamente a la comprensión de Heda. A veces también a ella le costaba seguir el hilo de los pensamientos de Dimo. Pero Heda, imperturbable, concentrada al límite, al final daba con el sentido que Dimo quería transmitirnos. Heda era la pieza de engarce, una pieza fundamental y la máxima aspiración para mí.

Sigo creyendo que se habían apartado del mundo ignorantes de las verdaderas secuelas. Su realidad, que ya no era de mi incumbencia, provenía de una concienciación adquirida a fuerza de asentimiento. ¿Sumisión?, puede. No digo que estuvieran forzados a la obediencia ciega, ni mucho menos que fueran sirvientes de una ofuscación, quizá paranoide, compartiendo un trastorno obsesivo; aunque,

una vez encaminados a ese destino, con el frío, las sombras y el miedo acompañando, provocando, honestamente tampoco podría definirlos entonces dueños de sus actos. ¿Alienación?, puede. Es lo que pasa cuando una voluntad se impone y el resto de voluntades acata. Es lo que pasa a diario en cualquier parte.

Cuatro voluntades al unísono, una dirigiendo y la mía por libre. De las cinco voluntades, excluyo la de la autoridad, insertas en aquel refugio que nos deparaba la decisión de la autoridad, la voluntad de Heda destacaba en la atención a los deseos de Dimo. Llegaba a interpretar lo que él decía y lo que no decía con la garantía de quien lee un guion previamente acordado. El sincronismo era patente: primero él, a continuación ella, posteriormente él y de nuevo ella, y así sucesivamente hasta que ambos, creo que ambos, quedaban satisfechos de sus respectivos papeles. Es una suposición por mi parte lo de que Heda seguía un guion elaborado bien por Dimo, la autoridad por delegación, o bien de común acuerdo; no digo que ella actuara siguiendo el guion de una actriz con la iniciativa cerceñada. La verdad es que no sé qué decir o pensar de la invariabilidad de los roles. A mí Heda me tenía cautivado.

Me fascinaba. Me enamoré de Heda.

Estoy enamorado de Heda.

Quiero seguir enamorado de Heda.

Me convencí de hacerlo por ella, sin decirle nada. De repente, de un día para otro. Se daría cuenta después, o un poco antes de que todo acabara. Iba a demostrarle la verdad; luego que ella decidiera y sólo cabe una decisión en la disyuntiva entre la vida o la muerte. Mi esperanza era que Heda tomara partido por mí esta vez y para el futuro; un futuro reservado para los dos, porque mi egoísmo de-

satado no atendía a convencionalismos sociales ni prácticas de urbanidad. Sin cargo de conciencia. Dimo ha tenido su oportunidad. Roeg ha tenido su oportunidad. Lubo y Airanta tuvieron su oportunidad. Nuestra sociedad había tenido su oportunidad.

Pese a mi determinación flaqueé en un aparte provocado, cerca ya de dar el paso. Le pedí que me escuchara a solas, fuera del alcance curioso de los demás, también de Dimo o especialmente de Dimo. Ultimado el fingido acatamiento me había ganado el derecho a un aparte con ella. Debía hablarle con franqueza, sin esperar una ocasión mejor que no iba a llegar. Empezaría así, imaginaba: “Heda, estamos muriendo y yo quiero vivir. ¿Tú quieres vivir? ¿Verdad que quieres vivir? Dime, Heda, ¿a qué lo has pensado? ¿A qué lo sientes igual que yo? Aquí no está la vida por mucho que la esperes. Esto apesta a muerte.” Deseaba marcharme pero no sin convencerla de que me marchaba definitivamente en razón de mi dignidad; el plan que me traía entre manos quería alejarme de aquel escenario desvanecido con sus personajes mustios, ridículos, desvariados, introduciendo mucha distancia entre el pasado y el futuro, con ella a la expectativa. Ella fue el motivo de salir y buscar la primera vez, estoy seguro. Ella era el motivo para esta segunda vez encontrar el paso a la leyenda. Heda debía confiar en mí. Pero me faltaba el aire, me ahogaba y mi voz, tímida o cobarde, acomplejada o aturdida, se negaba a susurrarle, y aún menos gritarle, el propósito. ¿Era por el amor que sentía? El amor provoca asfixia, lo sé. No fui capaz de ordenar mínimamente las palabras salvo para justificar mi petición de intimidad con una excusa pueril de esas que eliminan el deseo de seguir escuchando a quien le llega. Peor hubiera sido soltar un: “¡Perdona!, no quería

decir eso.” Así que dejé la excusa interponiéndose en la extrañeza de Heda y mi absurda parodia. Para acabar musitando un: “Perdona.”

¿Quería o no quería atraerla a la posibilidad de sobrevivir, la última para cualquiera de nosotros?

Me cosquilleaba la garganta una pregunta que no me atrevía a formular: “Heda, dime, ¿estás enamorada de Dimo?”

Mejor empleando un tono de autoridad, de seguridad en mí mismo: “Heda, ¿te has enamorado de Dimo?”

Con un deje de sarcasmo.

Por qué precisamente de Dimo. La pregunta podía ser otra o formulada de manera que me concediera espacio y me ayudara a soportar la tensión. Podía preguntarle si estaba enamorada, simplemente si estaba enamorada. Esa era una pregunta fácil de responder y con distintas alternativas por las que adentrarse en un minuto. Con un minuto tendría suficiente para hacerme dueño de la situación.

Cuando tras darle mil vueltas a la configuración de la frase me decidía a preguntar, Heda se anticipaba retomando la iniciativa de la lasitud. De vuelta a la conformidad, a la resignación y a la maldita espera. Sé que sus ojos me hablaban, porque los ojos de Heda son de lo más expresivo, pero yo no lograba entender el significado. El amor ciego, he oído. De lo que no me cabe duda es que Heda entendía a Dimo y que Dimo cumplía estrictamente una obligación impuesta por él mismo. Heda y Dimo se complementaban. Supongo que me convertí en humo a los ojos de Heda. Herido y humillado por mis propias armas, rogándole que no volviera al lado de Dimo. Mi voz me jugó esa mala pasada: “Espera, quédate conmigo.” Destra-

bada de sopetón mi voz se complacía en dejarme en evidencia: “Quédate conmigo.”

La cara de Heda no era de burla. La cara de Heda reflejaba una profunda fatiga y algunas dudas irreprimibles. La cara de Heda me buscaba en la periferia de la insania. Impreso en los surcos de aquella imagen adorada existía un atisbo de intimidad, cierto, naciente, y en la laxitud de sus miembros hormigueaba el afán por comunicarse conmigo; era nítida la percepción para mí vehemente anhelo. Yo encarnaba una desvaída normalidad aún asible para ambos; puede que también para Jol, Naria y Minos, mi apreciado Minos; sobre Dimo ninguna hipótesis. Dimo no me interesaba, no me incumbía, estaba muerto; pero era mi enemigo, una amenaza continua y la barrera espinosa entre Heda y yo.

Empezábamos a contactar ella y yo, se acercaba a mí y yo a ella.

El rostro de Heda se turbaba; eran sus facciones las de la mujer amada profesando un amor vedado. Sé que me reconocía y su cuerpo se dejaba llevar al extremo opuesto de la habitación. “Ven, vamos”; no, no se lo dije, no se lo dije así, con estas mismas palabras, con ninguna palabra le dije que me siguiera. La imaginaba esforzándose por crearme. Podía escucharme deslizando su cabeza cerca de mi hombro. Sería mi voz quien le abriera los ojos que le cerraban la de Dimo. Había una silla; había varias sillas dispuestas junto a las tres paredes por detrás de Dimo y su sillón. Para cada uno una silla: Jol, Naria, Minos, Heda y yo en nuestras respectivas sillas gran parte del tiempo, esperando, quietos, sumisos, obedientes, apenas cruzando nuestras miradas influidos por el temor de una advertencia, de un imprevisto, aunque tan deseado, giro del destino; yo

disimulaba. Me hubiera dado un vuelco el corazón si giraba el destino. Imposible, yo lo sabía con toda certeza. Minos refunfuñaba por lo bajo, Jol susurraba a nadie y Nadia suspiraba invocando una transformación. Nadia solía hablar de transformaciones y mutaciones cuando creía era su turno de palabra, pendiente de la magnanimidad de Dimo con nuestro esparcimiento. Jol ofrecía un recital de viajes que acababa por confundirnos tanto como la prolongada inacción, no sabíamos si reír o compadecernos de él; y era contagioso. En cualquier momento los cuatro, Heda era inmune a los contagios, constituíamos material de laboratorio para el estudio de las reacciones en cadena motivadas por un emisor. El emisor Dimo, el emisor Jol. Éramos receptores de todas las disfunciones, de todas las anomalías y de todos los experimentos. Yo engañaba. Minos protestaba a su estilo hosco, bruto; era el más fuerte y el más bonachonamente estúpido, el único con redaños para enfrentarse a los espectros y a la fosforescencia de la podredumbre; yo era el único que podía situarme frente a Dimo a espetarle su pasividad, su repugnante paciencia, pero eso hubiera sido ayudarlo y no estaba en mi ánimo precisamente ayudar a Dimo, a Jol o a Naria. Minos, de asaltarle esa idea la cabeza, por sí o a instancia de persona calificada como yo, propinaría una paliza memorable a Dimo. Y yo aplaudiría el embate contra el fiasco, tomaría la mano de Heda y con ella me plantaría a centímetros de la masa informe que la furia de Minos habría desparado sobre la madera podrida y gritaría: “¡Esto queda del sucedáneo de héroe!”

Pero Minos no daría ese paso. Ni yo abrazaba la forma humana de Heda sentada en mis rodillas, los dos en aquella silla oculta y vacía que me tentaba. “No nos verá.” “Eres

un cobarde.” “Lo voy a hacer por ti.” “Eres un cobarde.” Heda no me dijo nada. Esperaba, ella también esperaba que me decidiera, alguien tenía que decidirse. “Eres un cobarde.” Heda turbada y sentada en mis rodillas, su cuerpo adherido al mío y su cabello, lacio y largo, encubriendo una declaración silenciada. “Eres un cobarde.”

Minos me señalaría con su dedo oscilante, acusador: “Eres un cobarde.”

Jol me compadecería.

Naria acogería mi fracaso como amparaba el de Dimo o como recibía sin ápice de reproche la obstinación de Heda. “Somos mujeres, nos comprendemos.”

“Somos hombres, nos entendemos.”

—Nos entendemos, ¿verdad, Dimo? —terciaba Minos soltando una risotada. El bestial Minos acudiendo eventualmente en auxilio del jefe de la manada.

Dimo nos podía ver, nos podía intuir, qué más da; nos controlaba. Si entonces Dimo hubiera dicho algo inconveniente o algo que a mí me sonara ofensivo me hubiese lanzado a su cuello, le hubiera reventado los ojos, le hubiera devorado las entrañas, le hubiese despellejado, le hubiera golpeado la cabeza y las manos y las piernas astillándole los huesos en fragmentos cortantes con los que habría completado su disección. Deseaba atacar visceralmente a Dimo pero no me dio el motivo final, y no quería ensuciarme con su miseria. La astucia hace prevenido al hombre y el desespero lo convierte en un pelele vencido antes de batallar. Necesitaba la excusa apropiada que se interpusiera en el presumible arrebató de Heda. Necesitaba tiempo y espacio para convencerla de que actuaba en legítima defensa; de que era nuestra salvación. También la de Dimo.

Asonaría a las mejillas de Heda el rubor del asentimiento. Entendería que todo aquel tiempo pendientes de una decisión cada vez menos probable, cada vez más cuestionada en las propias filas, cada vez más inserta en una ficción que acabaría destruyéndonos, era un tiempo malgastado y nocivo, sofocante y contrario a la ley natural. Enardecido por la turbación de Heda continuaría exponiéndole mi irrefutable argumento. Yo, el paradigma de la discreción, disertando sobre nosotros dos en mitad del yermo, en el centro del reducto astroso en el que nos hacíamos no tanto por las reducidas dimensiones sino para disponer de un espacio, mínimo, donde respirar, parpadear, boquear y estirar los brazos y las piernas sin temor a distraer la concentración de Dimo.

Con ella escuchando únicamente mi voz le dibujaría el siguiente panorama: “Nos convertirán en despojos de casquería a un precio ridículo, alimento para alimañas o trofeos de caza para los avezados cazadores que nos sujetan a un mundo desaparecido. ¿Los presientes? Esos golpes que parecen lejanos, esos crujidos que parecen provenir de otro piso o del putrefacto desván, esa lascivia que anticipa el placer de la fiera al tener acorralada a la presa, una presa desvalida y paralizada por el terror, son ellos y están alrededor. Han atravesado los canales turbios del Nogra y nos tienen a tiro de juego.” Otro paso equivocado, otra concesión a la paciencia y de nosotros se escribiría con nuestra sangre, con nuestras vísceras y con nuestras cenizas. “Hazme caso, Heda. Este no es lugar ni para ti ni para mí.”

Provocarí la vulnerabilidad de Heda. Sentada sobre mis rodillas, con la cabeza ladeada hacia la mía, con voz débil, asustada, ya ignorante del resto, empezando a desa-

sirse del influjo de Dimo, susurraría: “¿Cuál es nuestro lugar? ¿Cómo llegaremos a ese lugar?”

Debía preparar una respuesta concisa y por eso convincente. Una respuesta con alas.

No sé cuánto tiempo llevábamos esperando a que Dimo se decidiera por lo que fuera. Le costaba recuperarse una eternidad. El golpe había sido aniquilador; otro en su lugar no sé si estaría tan indeciso, aturdido o receloso como él. Con miedo, con mucho miedo. Como nadie allí le miraba de frente, apenas sí Heda al recibir alguna instrucción de boca a oído o al comentar algún suceso de la misma manera, guardando la distancia con los demás: uno, dos, tres o cuatro, la intensidad de su mirada así como el mensaje que transmitía eran un misterio; en cambio la dirección que invariablemente tomaban sus ojos no llevaba a engaño. Dimo vigilaba detenidamente la casa Tule. Así un minuto tras otro, una hora tras otra, un día tras otro. Cumplíamos encomendados al recuerdo, a la obsesión y a la mitificada espera de una señal o un acontecimiento. Yo fingía.

Dimo había sufrido una derrota humillante. En toda regla sin posibilidad a un apañó conciliador. Una derrota terrible. Su cuerpo y su espíritu revelaban la dureza de un castigo que había sobrepasado sus límites, los de un hombre cercano al riesgo, lo que era una enormidad para él, y esa experiencia brutal recibida directa e indirectamente alteraba hasta la deformación la imagen que cultivaba de sí mismo y hacia los que formábamos lo más intrínseco de su mundo. Él era nuestro jefe meramente por razón de la inercia; Dimo no era un líder admirado y propuesto unánimemente como lo fue su hermano mayor, su maestro, el espejo en el que se miraban pequeños y grandes con ese

respeto que ocupa plaza en el concepto de temor reverencial a quien es y se sabe por encima de la voluntad ajena. Dimo se imaginaba poderoso como Roeg, porque era de su estirpe, y capaz de las mismas proezas que él, aspirando a sucederle en el mito aunque contaba con un número de adeptos reducido, excesivamente enajenado a la simulación, venal y menguante. Pero Dimo distaba de ser como su hermano y la cruda realidad le vapuleaba los sentimientos y las intenciones. Parecía decirse: “Vamos, tú puedes”; y al cabo, a poca distancia, esa voz surgía escarneciendo su parálisis, su sobrevenida flojedad, su delatora quietud que nosotros no denunciábamos salvo en lo más recóndito del respectivo pensamiento. Por lo menos yo sí conservaba ese ápice de independencia y de dignidad. Quiero creer que también Heda.

La ficción de Dimo alcanzaba el intercambio de personalidad y un aire en la fisonomía; esto último relativamente asequible gracias al vestuario, al corte de cabello y al peinado. Tampoco tuvo suerte Dimo en el reparto de caracteres; los hermanos eran diferentes sin matiz intermedio que los destacara de su vinculación sanguínea por parte de padre, extremo que no suscitaba dudas o controversia en ningún ámbito. Cada uno era de una madre distinta, más joven pero menos atractiva la de Dimo, pero eso no significó al menos aparentemente un obstáculo en la relación entre ambos. Roeg dirigía porque era el mayor, el más listo, el más osado y el más fuerte; Dimo seguía sus pasos corriendo y tropezando porque era el segundo resignado a serlo mientras un golpe azaroso no modificara el estatus; pero era pícaro y taimado, con las ideas claras para su futuro. Con el supuesto intercambio de personalidades y roles debido a ese golpe del azar, Dimo comprendía hasta

qué punto el engaño le condicionaba en la toma de decisiones. No era como Roeg pero no podía confesarlo abiertamente entonces, inmerso en la venganza con su reducida hueste esperando orden tras orden que los motivara y los impulsara contra el enemigo. La raíz de la mentira envenenaba la sangre de Dimo a la par que contaminaba la relación que precariamente sostenía con los dependientes. Conocía su debilidad y sus miedos; era un ser absorto en un plan desestructurado que nació de una idea fugaz, posible sólo si era ciegamente creída, si la obediencia era igualmente ciega y si las circunstancias conducían a un desenlace previsto en la imaginación y exento de riesgos. Nada que ver con la actitud vital de Roeg.

Tal vez si en algún momento de la larga espera Dimo hubiera gritado puesto en pie que él sentía y obraba por sí mismo, sacudido de su indolencia cobarde, ignorando el apoyo implícito de Heda o esa envolvente quietud amorfa que evidenciaba la carencia de recursos de todo tipo y aún más iniciativas que aportar individual o agrupadamente por un brote de inspiración; si Dimo elevado a la altura de sus piernas y pateando el cuarteado suelo de vieja y maloliente madera, apartando fieramente de su camino hacia la puerta o la ventana lo que se interpusiera en su decisiva determinación; si de su voz saliera el estentóreo clamor de que él no iba a cometer la estupidez de Roeg, tal vez las cosas pintarían de un modo manifiestamente opuesto y con visos de liberación completa. Suposiciones, conjeturas que yo no deseaba.

Desde aquella noche que recuerdo como el inicio de las perturbaciones que le han acometido después, Dimo se debatía sin solución de continuidad ni un protector equilibrio entre las arenas movedizas y el miasma, y unos cuantos

mortales con él. Suposiciones y conjeturas. Los sinuosos brazos del Nogre reclamaban presas desprendiendo veneno; un veneno lábil que engaña al incauto y aun al temerario que persigue la gloria efímera y el honor de ser evocado en cantares de gesta por las voces difuntas de sus predecesores. Suposiciones, conjeturas, amenazas y desgarrros. Yo callaba.

Hasta entonces y protegido por la extensa sombra de su hermano, y la devoción que le dispensaba nuestra sociedad, que entonces congregaba a un número importante de miembros, por haberse atrevido a no sabíamos bien qué — yo continuaba sin saberlo cuando me vinieron a buscar y me vi abocado en un trance fantasioso, pendiente de las sombras, los accidentes y los ruidos que una vanidosa promesa carente de auspicio, huyendo del miedo, me imponía capturar como trofeo comunitario, o, si fracasaba, que acabarían por engullirme o triturarme o fulminarme diluyendo el sueño del regreso en olor de multitud, desmitificador—, Dimo se imaginaba capaz de cualquier cosa, prodigios incluidos, un dechado de audacia con público entregado y hueste adicta velando armas y profiriendo gritos guerreros que infunden ánimo a la desquiciada tropa y amedrentan a un enemigo agazapado. Suposiciones y presunciones múltiples, regueros de pólvora con la mecha calcinada. La leyenda proseguiría de su mérito y palabra, a fin de cuentas era el heredero, el vitoreado por los oportunistas corifeos que permanecen en sus puestos de revista y lucimiento, enfatizando un estribillo o a lo sumo dos estribillos, y nadie pida sacrificios estériles a los continuadores del proyecto si fracasaba en su magna empresa el sucesor del gran Roeg. Dimo el heredero y depositario de todas las virtudes y logros de su hermano. Un halo de resquemor cimbreante

adornaba el escenario el día de la proclamación de Roeg. Yo no fui testigo, yo no fui reclutado, no me ofrecí voluntaria y enardecidamente a ser uno de los héroes que acabarían con el maldito misterio del territorio Nogre; no fui otro de los corifeos loando las futuras proezas de nuestro conductor.

Yo no era nadie en la jerarquía. A mí no se me puede achacar culpabilidad o servidumbre. No soy culpable y servil como la compasiva Naria, culpable y servil como Jol el místico. El atolondrado Minos cumplía con su deber por lo que se le atenúa la culpabilidad y el servilismo.

Tampoco pronuncié mi nombre al viento mordiente de una madrugada desapacible; infausto presagio que pasó inadvertido. Negué mi consentimiento para consumir la venganza que resucitaría a Airanta, a Lubo y especialmente a Roeg. Era una pantomima. ¿Cómo iba a querer Dimo que le desposeyera de su título el que le antecedería en el escalafón?

Pero no me había dado cuenta porque yo vivía en otro nivel, con las responsabilidades de mi vocación. Me cuesta calcular las hojas desprendidas del calendario, pues el tiempo es un agente traidor que borra las pistas que lo delatan con tentáculos similares a los viscosos y succionadores del Nogre. No soy un retoño de la torpeza. No soy el vástago de una obsesión malsana. Mi diagnóstico fue tardío pero atinado. No es cierto que diera traspiés y me enfangara hasta el cuello, eso le puede pasar a cualquiera y probablemente ninguno hubiera regresado para contarlo. Yo sí.

“Heda, quiero hablarte; a solas tú y yo”

Tarde, a destiempo.

Heda aceptaba, por fin vendría a mi rincón a escucharme y hasta puede que a entregarse a mi abrazo para que la rescatara del infierno.

Demasiado tarde.

Lo vio Heda, lo vimos todos; por orden, quizá. Dimo rebullía en su sillón, perpetuamente sentado en su sillón de autoridad —que hizo traer en la misma mudanza que el rústico mobiliario para el séquito cuando intuía el exilio— frente a la ventana, a dos metros de la ventana que enmarca la casa Tule, la siniestra Tule, la Tule prohibida, el reclamo de los tentados. Una casa a dos distancias muy diferentes la una de la otra. El río Nogre y sus ocho brazos rodeando cual foso impenetrable el distrito homónimo. Uno de los oscuros tentáculos, el más sinuoso, el más abisal, es el linde entre el distrito Nogre y el lugar donde nuestra vigía se prolongaba indefinidamente sin atisbo de la menor realidad a la que asirse.

Dimo lo vio antes que nadie y fue cuando se le escapó un gemido. Un lamento mezcla de aullido y quejido, el chillido de un cachorro huérfano y el sarrillo de un macho viejo agonizante. Estaba asustado, quedó tan encogido que su sombra cubría la contorsión de su cuerpo proporcionándole un manto conmovedor. Naria la compasiva le hubiera brindado una fuerte dosis de consuelo de haberlo posibilitado el pasmo. Puede que el primario Minos saltara a interponerse entre el panorama y el horror como el benemérito guía que estando inmunizado a la sorpresa la mitiga personificado en antídoto; pero sus ojos no captaban más emoción que esas dos manos rasgando el alféizar de la ventana pugnando, con sangre y desespero, por agarrarse a una prominencia salvadora, a una grieta donde hender los dedos trémulos y descarnados. Son dos manos que bus-

can apoyo y señalan a los atónitos espectadores de este lado.

Situados detrás del sillón de Dimo asistimos a una escena repetida. ¿O la anterior fue el ensayo general?

“No puede ser...” —musitó el sucesor.

Las manos de Roeg procuraban inútilmente encontrar un asidero.

Hubo una primera vez. Esta segunda vez eran las mismas manos con los mismos cortes, la misma sangre adensada, la misma sangre en reguero purulento, la misma carne hedionda e idénticas mutilaciones en los dedos extremos que tiznaban el cristal de por sí opacado por la suciedad acumulada.

Eran las manos de Lubo rasgando un asidero desmantelado.

Desde el muro que rodea la casa Tule nos observaban y se complacían con nuestro terror. Era opinión unánime de los cinco entrevistados que un muro, además de los cursos de agua oscura, rodeaba la casa Tule. Los espectros apostados en su palco cerraban el círculo de la condena, también en opinión unánime de esos cinco encuestados.

Eran las manos de Airanta sañudamente aplastadas y seccionadas de un cuerpo desaparecido.

Nos observaban deleitándose con la provocación.

Las manos esforzadas asían el vacío y acabaron desplo-madas sin ruido, amortiguado el impacto por los muchos hoyos de variable profundidad que cercaban el asilo de los resistentes; y por nuestro sepulcral silencio que amplificaba los latidos del corazón y el flujo de sangre en los puntos sensitivos; y por un silencio peor que el transformado por la sordera, el de los objetos que han perdido la sonoridad. Sin embargo, aún no era tanto el miedo como el

asombro y el susto ante lo impredecible. ¿Quién acudiría en auxilio de los desahuciados?

Minos recibió el empujón del destino, abrió bruscamente la ventana y sacó la cabeza unos centímetros por la ventana mirando hacia abajo. Él relató la peripecia de aquellas manos amputadas de un cuerpo sin rastro. Tardaban en reaccionar, demasiadas emociones consecutivas impiden la necesaria concentración para captar sonidos y movimientos. Abajo yacían las manos de Roeg, de Lubo, de Airanta, las manos de Roeg era la conclusión generalizada. ¿Y arriba? ¿Qué era ese rodar desacompasado? ¿Y tras la puerta? ¿Y a los lados, tras las paredes? Impactos en serie, unos débiles alternados con otros violentos, de un cuerpo estupefacto. ¿Un cuerpo? Qué otra cosa si no. Por encima de nosotros rodaba una cabeza perpleja. Ese era mi diagnóstico: en el piso superior rodaba desmañada una cabeza con los ojos desmesuradamente abiertos. Ese era el diagnóstico de quien podía emitirlo con conocimiento de causa. Una mano, ya sólo una, con visos de la autoridad otorgada, un signo de fatuidad envilecido por el sarcasmo, perseguía un apoyo inestable a unos centímetros del suelo; la otra, inmóvil, mostraba la palma sin huellas ni líneas de interpretación quiromántica. Los ojos de Minos penetraban la oscuridad mientras su boca salivaba en un entreabrir alelado.

—¡Se la tragará la tierra! Se la traga...

El asombro de Minos era contagioso, porque la curiosidad vence muchas resistencias; pero ninguno de los presentes —los cinco dedos de una mano, me sumo para redondear la cifra, qué feliz coincidencia— se atrevió a imitarle pues el miedo era superior a la tentación. Aún menos se atrevieron a imitar su conducta cuando, presa de con-

vulsiones que denotaban una tensión superando con creces cualquier estado transitorio de nerviosismo, el de cada uno de nosotros por ejemplo, Minos empezó a perseguir, exactamente era una persecución, siguiendo el perímetro rectangular de la habitación, el registro sonoro de impactos, roces y siseos, atento a la cadencia que imaginaba yo interfería el bronco latido de su corazón. Ahora suena, me dije, les dije, tenía que decir algo, tenía que parecerme a ellos aún. Canturreaba: “suena, no suena; ahora suena, ahora no suena; fuera no suena, dentro suena; da miedo, da miedo”. Minos esquivaba con una habilidad impensable en un bruto enajenado a su deleite el exiguo mobiliario que salpicaba caóticamente, excepción hecha del sillón de Dimo, la habitación-refugio. Con la oreja rasgando la pared como si de esa manera, más gráfica que efectiva porque los golpes y los rasgueos eran perfectamente audibles desde todos los ángulos, pudiera localizar y hasta anticipar los espeluznantes movimientos. Se lastimaba el pabellón auditivo el cazador Minos.

—¡Aquí... aquí!

Iba señalando con sus manos-zarpas los puntos de resonancia y nosotros los confirmábamos miméticamente. Una paradoja. Éramos la cabeza y las manos de un cuerpo mutilado implorando su reconstrucción. Disculpa, Minos; mi calificación hacia ti no es peyorativa.

Minos trazaba signos en la pared cuando atinaba en su pesquisa.

—¡Aquí!

Maquinalmente estiraba el cuello en busca del techo y unos segundos después se tiraba al suelo para captar lo que circulaba por debajo; sin olvidar la sincronía en el segui-

miento a las manos, a una de las manos, nuevamente herida en su porfía escaladora.

Minos cazaba y Dimo huía. El maldito cobarde se replegaba a su miedo. Minos jadeando echaba el bofe.

—¡Voy a salir!

¿Se lo impedimos? Jol miraba a Naria provocando una respuesta. Naria pretendía encontrar a Heda pero me interpusé y mía fue la respuesta.

—¡Sal, Minos!

Minos brincaba por la excitación. Jol se apartaba de la caótica trayectoria desplazando su cuerpo vacilante hacia el centro y Naria se estrujaba las manos suplicando la intervención de Heda. Podía oírla: “No le dejes, no le dejes.”

—¡No son nada!

No eran nada, no eran nadie; ¿quién mejor que yo para diagnosticarlo?

Seguía animando a Minos para que arrancara la puerta o la derribara con su demente fortaleza.

—O ellos o nosotros, Minos.

Costaba mantenerse en pie. La habitación oscilaba sacudida desde los cuatro puntos cardinales. Costaba dirigir la atención hacia los sitiadores. ¿Dónde mirar? ¿Dónde esconderse? ¿Qué partido tomar?

Dimo boqueaba atacado por la zozobra, incrédulo otra vez; nunca en el pasado estuvo tan cerca de proclamarse héroe.

—Díselo... —farfullaba Naria. Jol había alcanzado el centro geográfico del mundo conocido y allí se detuvo con los brazos colgando, mirando alrededor entregado a una suerte caduca. Pobre Jol, el teórico Jol, la voz de la conciencia cuando se carece de ella. Pobre estúpido Jol, insen-

sato; iba a ser consumido sin comprender que la adversidad juega sus bazas en penumbra.

Minos acusaba la fatiga; parecía que su fuerza se debilitaba por momentos acercándose a la extenuación, o quizá le era sustraída a través de la puerta. Le faltaba aire, a todos nos faltaba aire o nos sobraba miasma. Frente a la puerta quedó disipado el coloso. Triste remedo de sí mismo. ¿A imagen y semejanza? ¿Por qué esperas la orden de la autoridad muda, cobarde, ensimismada en su miedo? Frente a la ventana temblaba Dimo, náufrago en un mar proceloso. Qué cuadro idílico. Los amantes aguardan la última palabra. ¿Quién la ha de pronunciar, serás tú, seré yo, será el canto del cisne o el crujido del desmoronamiento? En el rostro de Dimo se coagulaba la sangre que vierten los cobardes. Yo quería reír.

Entonces llegó nuevamente el silencio. ¿Coincidencia? Oía respirar a Heda, criatura atónita, aún a mi lado o casi. Me dije que no era tarde. Pero era tarde. Fue tarde desde el principio, cuando nos creíamos capaces de todo, capaces de vencer al mundo, a la luz y a las sombras; capaces de atravesar la maraña del Nogra, capaces de enfrentarnos a la seducción de Tule. Era demasiado tarde; habíamos nacido tarde. Nuestro destino se había consumado antes de permitirnos opinar al respecto. ¿Tienes algo que decir? Sí, tengo algo que decir, pero no lo dije entonces ni ahora puedo expresarlo con claridad para que Heda me haga caso.

Heda ocultaba lo que podía de sí.

Desde el muro unos ojos protegidos de la luz y de la sombra siguen la evolución de la descomposición. Creo ver, sin mirar, las manos y los dedos que señalan hacia este

lugar sobrecogido, aislado e infortunado. Desde el muro, creo ver, sonrían complacidos por la marcha de la guerra.

—Heda...

Aislados, Heda. Tú, yo, la primaria supervivencia de Mínos, la idealizada sumisión de Jol, la evanescente credulidad de Naria, el desconcierto pavoroso de Dimo; tú y yo, contagiados de esas patologías, evidenciamos los mismos síntomas pero nos queda un ápice de consciencia.

Yo disimulaba.

—Heda...

Estremece el silencio plagado de sonido. ¿Oyes? Son pasos, vienen, se acercan; han preparado el terreno. Desde el muro observaban a cada instante; no ha pasado un segundo, una vez iniciado el juego, sin estar sujetos a esa ulcerante observación.

Juegan con ventaja.

“¿Por qué no me asomo?”

—¿Por qué no te asomas?

¿Por qué nosotros, finalizada la ceremonia de proclamación, asumimos el silencio y nos fiamos a la contingencia? ¿Por qué decir sin más: “¡Lo conseguiremos!”, en vez de: ¡Fuego! o ¡Tempestad! o ¡Seísmo!? ¿Y por qué siendo tantos somos nada? Me pregunto ojeando en derredor qué pasos rebeldes me han guiado hasta aquí. ¿Qué hago yo otra vez aquí?

Lo sé perfectamente.

—Heda... Hemos de irnos.

¿Hemos? No podemos seguir así; nos han dejado sin tiempo. En breve, cuando les plazca, cuando les aburra jugar al cerco, nos dejarán sin espacio y acto seguido sin aire. Este será un lugar de sacrificio, explícitamente del último sacrificio; exactamente lo que ha sido, es y será

mientras haya algo que extinguir. Lubo, Airanta y Roeg son los antecedentes inmediatos; nosotros los consecuentes. No puedes hacerte a la idea de los antecedentes dispersados hacia allí; es un cálculo imposible. Estoy decidido. He tomado una decisión. Ya he conseguido lo que me proponía en primera instancia.

—Heda... en el muro se apoyan ellos, nos superan en astucia, en resolución y en poder. Míralos. ¿Puedes verlos? Acércate a la ventana y echa un vistazo al exterior.

Se me ocurrió mirar de través, sorteando las piezas pendientes de una voz de mando o del siguiente asalto de la furia, lo primero que se produjera. Si Heda se acogía al mimetismo el triunfo me lo anotaba. En el sillón se agitaba apenas perceptible el miedo agudo. Encogido, caricatura mordaz del antihéroe, Dimo aguardaba el desenlace, el movimiento final, absolutamente entregado. Criatura desvalida. Nulidad.

No sé si fue ese movimiento sentencioso del que pretendía jactarme el que hizo trepidar la puerta cortando con estridencia la penúltima esperanza. Minos se abalanzó a obstaculizar el asalto. El corpachón de Minos era un estorbo corredizo, el baluarte defensivo. ¿Durante cuánto tiempo podría detener el ímpetu de Voystrom? Déjalo pasar, démosle la bienvenida que merece un invitado de su categoría.

“¿Vas a abrir la maldita puerta, Minos?”

Minos apoyó su espalda contra la puerta. Eso fue suficiente para calmar las sacudidas y devolver un mínimo de serenidad a los acorralados.

“Buen trabajo, chico”.

Parecía que acababa de llegar. Para preguntarle en voz alta: ¿Qué tal por ahí fuera? ¿Hace calor, hace frío, llueve,

nieva, graniza? ¿Cuántos son, cuántos tenemos? ¿Qué nos queda, hombretón?

“¿De dónde vienes?”

Minos sudoroso y jadeante. ¡Menuda carrera te habrás pegado! Cuenta, cuenta.

Minos expelió su ronquera.

—¿Tú no eres como él, verdad Dimo?

Minos preguntaba y afirmaba mixturando los tonos.

Dimo no abre la boca ni habla por el estómago. Miraba a través de la ventana, hundido en su asiento, penetrando el arcano exterior.

Minos comparaba a Dimo con Lubo. No, Minos; Dimo no se parece a Lubo. La tozuda realidad certificaba la ausencia de parecido sin temor a equívocos.

Mi turno de pregunta.

“¿Verdad, Dimo, que vosotros no sois como ellos, a pesar de las apariencias?”

Minos pregunta:

—¿Somos como ellos?

¿Ellos? ¿Te refieres a Lubo, a Airanta y a Roeg? No somos como ellos, Minos; nosotros se supone que estamos vivos, ellos se supone que están muertos. No somos como ellos, sino unos cobardes, unos tramposos, el residuo tóxico de la gloriosa estirpe; fíjate bien en el matiz.

“¿Somos, Dimo?”

Para qué gastar en salvas de respuesta si imperaba en su conciencia la honra de la obediencia debida.

¡No!, podría haber dicho yo estentóreamente, imponiéndome como el paladín de la cordura; y así, bondadosamente, como obran los seres mitificados, aliviar la incertidumbre del probo lacayo. Me llevo bien con Minos. Escúchame, Dimo no es como él, como Roeg, ni vosotros como

ellos. Roeg tampoco era como Lubo, cosa que Airanta, si no lo sabía, descubrió de una manera inapelable. Ninguno somos lo que aparentamos. Ni siquiera tú, noble bruto, embrutecido por la costumbre y la necesidad de seres valientes, íntegros, disciplinados, como tú. Si quieres ser alguien tienes que individualizarte; ¿lo entiendes, Minos? Tienes que distinguir entre determinación e imposición. ¿Lo entiendes? Tienes que redundar en tu conciencia y desde ella, únicamente fiado a ella, dar con el paradero de tu espíritu; después con el de tu humanidad, recreándola en el turbulento paisaje, al modo vanidoso si es preciso, manteniéndote ajeno a las interferencias de parte. El mío no es un consejo desaprensivo. Podría haberle dicho que ha dejado de brillar el Sol hace tanto que no recuerdo la gama de colores que deja su tránsito de alba a ocaso, de cénit a orto. ¿La recuerda alguno de los presentes? ¿Se atreve alguno de los presentes a dibujarla en el suelo, en la pared, en el techo, en el esmeril utilizado como burda mesa, en la mesa utilizada para desgastar las yemas de los dedos? ¿A garabatear en las sillas recias, sillas gastadas, sillas incómodas, que sirven para tamborilear los dedos, golpetear los nudillos, palmear hasta la rojez el anverso de las manos? ¿A plasmar, cual aspirante en ciernes que un día será convocado a la audiencia del arte, el dédalo de sensaciones sin volverse loco de remate? Loco de atar. Dementes.

He conocido... ¿cuántos, cuántas?, una centena de simples, por lo menos, que asumieron ciegamente el destino trazado por la astrología judiciaria. Tú que sabes contar, consiliario Jol, sea o no verdad me doy el gustazo de conferirte ese título, tú que sueltamente te manejas con las cuatro reglas de la básica matemática, ¿cuántos somos?, ¿cuántos quedamos?, ¿cuántos sumamos o restamos? Res-

ponde al prohijado Minos en un tono de cercanía, no despiertes recelos en él; toda criatura viviente es susceptible. Somos criaturas vivas en un medio idóneo para la muerte de la materia, de la energía y del espíritu. Tú, Jol, dile a Minos que es igual a ti, a mí, a ellas y al orate Dimo. Dile que esta vivienda es un préstamo, y que sólo utilizamos una dependencia porque el resto lo habitan los legítimos propietarios. El inventario es tan simple como los fiados al destino del oráculo: cinco sillas, un sillón, una mesa, un esmeril, una ventana, una puerta, un toscó aseo, la cortinilla que resguarda la intimidad fisiológica, una ruina. Un, una. Explícale que en el capítulo anterior los moradores de este edificio de dos plantas, ático y sótano, respiraban vida, estaban vivos; nosotros respiramos muerte, vosotros estáis muertos. Esa es la diferencia, Minos. Por eso nosotros no somos como ellos.

Puedes liberarte de la condena, Minos.

Y tú, Heda; ¿quieres resucitar?

¿Quieres saber cómo eran ellos, Minos? ¿Quieres saberlo, Heda?

El panegírico de los muertos. Siempre se van los mejores; de nuestros muertos se habla bien porque ese es el trato que merecen. La muerte los dignifica, los eleva a la morada de los dioses para que residan en ella eternamente y nos guarden plaza cuando nos llegue el turno de seguir su ejemplo. Ellos eran los mejores porque así lo ha decidido la justicia implacable de la muerte.

Pero no es así, no es exactamente eso.

A lo largo de la ribera oriental del Nogra aparecen plantados en orden que no es casual unos árboles; eso me han contado y eso se divisa desde aquí. Llama la curiosidad la disposición y también la similitud del primero al último.

Los he repasado mentalmente infinidad de veces, creo que todos lo hemos hecho sin darle importancia, como si se tratara de un acto reflejo cuyo desencadenante es la mirada puesta en liza para atravesar el impedimento forestal; o, simplemente, por hacer caso de las voces que perpetúan la leyenda.

¿Qué ves? Tú, ¿qué ves? Vosotros, ¿qué veis?

La casa Tule.

Mentira. La casa Tule no existe, es un cuento de miedo.

La impasible casa Tule se recortaba sobre un fondo imaginado; nadie podía cerciorar los rumores fuera de ese ámbito misterico. Por delante de una contemplación obsesiva la hilera cuidadosamente preordenada de árboles gemelos, híbridos de madera y carne humana. Un subyugante panorama que incita a seguir mirando para descubrir, si ello es posible, las facciones de los recordados, desaparecidos de alguna trágica manera.

Yo creo que aquel árbol es...

Yo creo que aquel árbol no es...

Si alguien con autoridad, por ejemplo Lubo, decía que tal árbol se parecía a uno de los desaparecidos o afirmaba, desafiando la duda, que era uno de los desaparecidos, inmediatamente de conocerse la deducción la mayoría, sin cuestionar el método ni proponer una segunda, una tercera, una cuarta opinión, la aceptaba, la refrendaba si se le solicitaba y la diseminaba por la jurisdicción previamente fertilizada. Con salvedades de mucho fuste aunque menos acogidas al favor de los concurrentes, caso de Airanta, la hermana de Lubo. No alumbraba en ellos el amor fraternal pero tampoco el odio cainita que lleva a liquidar al elemento discordante. ¿Quién era más fuerte de los dos? Airanta era la hermana menor, dos años en el calendario, dis-

tancia predefinida como la sucesión de árboles plantados con desahogo para que en el futuro, cuando su desarrollo los muestre espléndidos y temibles, hoy es así, pueda distinguirse a través de los huecos la casa Tule.

Mentira. La casa Tule es una ficción.

Airanta, sin expresarlo abiertamente, dejaba caer el barrunto de la ficción. ¿Qué había de cierto en su reserva? La casa Tule señoreaba un terreno fronterizo; mirara por donde se mirara, la casa Tule era la frontera. Y los brazos, canales, tentáculos, del Nogue trazaban el hasta aquí de lo demás refrendando los límites.

Lubo insistía en haberlos visto. ¿A quién has visto?

¿Dinos a quiénes ves?

Señalaba Lubo la casa Tule, la fila de árboles ensombrecidos por su sospechosa quietud, la tierra de nadie, el primer canal oscuro y denso del Nogue, la fangosa tierra de nadie, el paisaje tenebroso que concebía la imaginación; los fenómenos destellantes de colores desvaídos, indefinidos, un atisbo de formas semejantes a las nuestras, la casa Tule.

Señalaba Lubo sin estirar completamente su brazo esa dirección inefable que une la frontera de aquí con la de allá. Todos acudíamos prestos a la indicación. Excepto Airanta, cuando se encontraba presente. Presente pero distante. Airanta quería a su hermano, lo he oído una y otra vez; Airanta utilizaba a su hermano, lo he oído un sinfín de veces; Airanta confiaba en su hermano y Lubo la protegía porque es la obligación del hermano mayor y porque la adoraba. Airanta negaba sin aspavientos, con delicadeza puede; pero negaba las visiones de su hermano que eran las visiones comunes.

Allí no hay nada, venía a decir. La casa Tule es una ruina deshabitada. Uno puede creer que los habitantes de una casa abandonada y ruinosa son espíritus afincados en su posesión; uno puede creer que las sombras cobran vida ajenas a los cuerpos que fueron su origen si una luz prodigiosa ilumina los lugares que ocupan desvelándolas de un sueño inducido; uno puede creer que los muchos y variados sonidos provenientes de la frontera, acuosos, sibilantes, guturales, fantasmagóricos, están provocados por los residentes de la casa Tule visibles si la luz vaporosa quiere enfocarlos a los pares de ojos que alternan la vigilancia con la predisposición a creer en lo inverosímil.

Airanta se mostraba arrogante en su negación. Afirmaba solemne que no hay nada de cierto en la leyenda. “Las leyendas son cuentos para niños y para viejos.” Pero ella tampoco extendía completamente su brazo al señalar en dirección a la casa Tule, presintiéndola.

Un día le vi asustarse, le vi sobrecogerse; fue el día que empezó la cuenta atrás. Ese día no figura en los anales como una fecha ni una hora ni un suceso ajeno al que gradualmente nos invadía, aunque no eran conscientes de tal dominación. Fue el día que un cualquiera avisado, receptivo a todo menos a la sugestión, ninguno entre ellos, hubiera comprendido como el inicio del final. Hasta aquí lo que se daba. El día del desenmascaramiento. Al polvo volvéis criaturas enajenadas. Ese día a partir del cual, si queda algo, nada es lo mismo ni reconocible ni imaginable.

A Airanta le estremeció un presentimiento. Regresaba de una aventura pasajera, ella con sus alicientes. La autoridad, los consejeros, la guardia, el séquito y un público agregado aguardaban el final de su viaje. En realidad, ¿qué

sabía nadie de Airanta o de sus devaneos? Aguardábamos su llegada en el límite de nuestra civilización.

Yo observaba.

Vino acompañada del sol de medianoche, de la luna de mediodía, de la luz zodiacal y de un enjambre de meteoros con la puntería aguzada. Se la distinguía amenazadoramente alada pero todavía impávida; el viento que barre la inconsistencia la acercaba casi en volandas. Airanta acosada por los elementos. ¿De dónde vienes? La pregunta era esta: ¿Quién te trae? Una pregunta sin formular tal vez porque entonces, pendientes del momento, no brotó de inteligencia alguna. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? La retahíla del miedo en toda la gama tonal anticipando el semicírculo de ateridos con la boca abierta, los ojos atentos, las mandíbulas crispadas, las manos trémulas y las piernas nerviosas; juntos, agujoneados por la morbosa curiosidad y recelosos del espectro cromático tras Airanta, sobre la demarcación del Nogre y la casa Tule.

Airanta no miraba lo que supuestamente veía. Había dejado de asimilar los conceptos primarios, es decir, a nosotros; puede que para su alterada percepción ya no fuéramos sino materia irremisiblemente descompuesta ayuna de armazón. Pero se detuvo a distancia de comunicado y parlamento, ostensiblemente fatigada, permitiendo desde una voluntad arrendataria de otro poder que la audiencia trazara el hemiciclo del riesgo calculado, someramente calculado, y que los avizores la estudiaran como al individuo de una especie presentada por los taumaturgos. Allí estaba Airanta, parcialmente rodeada de una expectación silente, escrutadora, con miedo a lo desconocido y a las apariciones producto de la fantasmagoría.

Yo engañaba.

Lo recuerdo perfectamente. Silencio. Nuestro silencio subordinado a un espantoso silencio. El sol no era el Sol, la luna no era la Luna, las luces del cielo no eran Luz y los destellos de enardecido tino pungían en la frontera magnificando la separación de los mundos, agitando las grutescas aguas de tránsito demorado que extraían del fondo masas terrenas a modo de islotes; fragmentos abatidos desplazados del núcleo, a la deriva aguas abajo, aguas arriba. El nivel del agua alcanzó la estable línea de los árboles oscureciendo más si cabe en la noche los recios y nudosos troncos.

Tétrica belleza de la desolación.

Un escenario de leyenda.

¿Quién la veía en el horizonte?

No hubo rapsoda que cantara aquella armonía de la debacle. La belleza del epílogo tomaba cuerpo en el paisaje y en la irrelevante fisonomía de Airanta; ella que fue mujer deseada, mujer adorada, mujer envidiada, el paradigma de nuestra feminidad; la mujer del hombre llamado Roeg, el hombre deseado, el hombre adorado, el hombre envidiado, uno de los dos paradigmas de nuestra masculinidad. Éramos proclives al modelo como los elementos furiosos a la devastación.

Nos preguntábamos en la más estricta intimidad, gravemente formales, acobardados: ¿Qué vendrá a continuación?

Imaginemos lo que ha de venir. Al contrario. Presumamos vertiendo optimismo en cuencos dorados que el meteoro se desintegrará al penetrar en la protectora atmósfera de la Tierra. La esperanza como reducto. El meteoro fenecerá a las puertas de nuestra casa. Así sea.

Airanta mostraba un semblante confundido, la boca entreabierta todavía sin babear; la mirada ida, perdida y retraída; el gesto difuso y parco. Sobre su apática humanidad caía el manto lumínico del estertor sidéreo; centrado en su diana. Por detrás del imposible interrogatorio —¿nos lo vas a decir?— la luminaria caída del cielo emborronado alumbraba las siluetas —¿eran siluetas semejantes a las nuestras?— impresas en las ventanas a la vista de la casa Tule.

Me puse a contar. Nos pusimos a contar. Letanía del conteo, la cuenta inacabable. ¿Cuántos... cuántos son? Un osado de voz atiplada pese a la circunstancia espetó: “¿Qué son?” Irreverente intromisión en la mística. Convenía ser amables, deferentes: “¿Quiénes son?”

Este teatro no tiene guionista; lo pienso y me muerdo la lengua.

Detrás de las ventanas cuyos cristales antiguos y sucios el viento no azotaba, estoy seguro de que el viento no azotaba los cristales de las ventanas mientras a nosotros nos costaba mantener la vertical, ofuscándonos la visión, uno junto al otro, quietos, abstraídos en la recíproca contemplación, a resguardo de la taumaturgia, observaban los retornados. ¿Desafiantes? ¿A quién habían elegido? Lo sabréis a su tiempo. El destinatario de la correspondencia en mano supo llegado su momento mal que le pesara; son los débitos del cargo, de la popularidad, de la elección decidida de antemano. Los retornados eran tantos como pares de ojos los confirmaban.

Embelesados mirábamos hacia lo alto, testigos del espectral descenso, y hacia el frente, testigos de la espectral observación. Percibiendo mi restringida capacidad más sombras que luces, dicho en sentido metafórico, pues la

desintegración del objeto celeste conducía diestramente a la ceguera.

“¿Quiénes son?”

Era imposible distinguir el parecido, las equivalencias. ¿Cómo imaginar que entre unos y los otros, a esa distancia sacralizada, las diferencias inexístían?

Era impensable acreditar los parecidos. ¿Por qué era imposible?

Inclinada la espalda para mejor ocultar la cara, ayudados por el viento despiadado que arremolinaba los atuendos ceremoniales de un sector de la concurrencia, los arúspices, y el deliberadamente provocativo de nuestra principal, la dama Airanta, aún más generoso en su oferta lasciva por la aventura precedente de cuya noticia nos tenía en ascuas, los consiliarios emisores Jol y Naria, en este orden habitual preguntaban lo mismo pero en tono bajo y continuos reojos a la aparecida muda.

“¿Quiénes son?”

Un reguero de incertidumbre.

Jol y Naria sucumbieron a la ignorancia; ninguna ciencia acudía presta o demorada a validarles el título en la adversidad. Huérfanos de padrinos los asesores; la demudada Airanta no colaboraba y la paciencia cedía enteros a la inquietud colectiva. “¿Quiénes son?” Rumores asolando la debacle. Lo peor son las especulaciones infundadas. No, lo peor es no saber a qué atenerse. Hay algo peor, mucho peor: el silencio. Un silencio corrosivo. Deducíamos que el viento rugía, que las aguas turbias y mefíticas del Nogra bramaban, que la cólera del viento y la ira de las diminutas luminarias provocaban alaridos en sus víctimas. Las ramas de los árboles bailoteaban desmañadas perdiendo la grácil compostura de la mimesis esculpida. Los cabellos largos

se arremolinaban en sus tiestos, la naturaleza sacudida profería su desesperación a gritos. Supuestamente. Deducíamos. Porque imperaba un silencio demoledor.

Un silencio absoluto embebiendo las entrañas.

Yo callaba.

Me fijé en Dimo dando por amortizado a Roeg el líder. Tal vez presentía, o era una información privilegiada suministrada por el viento, que el aspirante heredero heredaría en breve. La descripción que yo narraba para la crónica de la época siguiente no destacaba rasgo alguno de heroicidad; sus facciones eran vulgares, incluso toscas para un miembro de la casa regente con legítimas aspiraciones de mando. Dimo agachaba la cerviz un metro y medio por detrás de su hermano, retrocediendo según la delación de sus huellas. Incómodo así con las manos y los brazos su llamativo vestuario procurando no elevar los ojos a la altura del suceso; su discreción era fingida y el miedo patente. Le notaba el miedo. Adivinaba como tironeado por el miedo buscaba centímetro a centímetro la querencia del segundo plano y el abrigo de la confiable Heda.

¿Por qué, Heda? Era el instante para preguntárselo. Por qué sostienes a un ídolo quebrado. Por qué afianzas la usurpación. Por qué sigues este abyecto juego de intrigas políticas.

Los hados habían escrito el porvenir de Heda con letra indeleble; un destino aherrojado a la suerte del perdedor. Los hados hablaban por boca de sus intérpretes, exégetas de los arcanos universales.

Heda la impertérrita escrutaba la distancia más corta entre la línea de la interrogación y el interrogante. Hasta dar con la mirada errática de Airanta. Sé que Heda vio lo mismo que yo distinguía, un fenómeno atractivo. Entre

mujeres, de proponérselo con signos imperceptibles para los hombres, la comunicación es harto más fluida; se dicen lo que han hecho, lo que hacen y lo que harán, o bien, lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que sucederá, en una fracción de segundo; en el mismo tiempo que tarda una partícula incandescente en cruzar la retina de un ser humano. Los iris de Airanta adquirirían el color de las ventanas entonces iluminadas de la casa Tule mientras, desde un esfuerzo ímprobo que la desgarraba bajo la arrugada indumentaria con el sello del gobierno, su boca transmutada en espasmo suplicaba expulsar la información requerida por el improvisado tribunal.

Pero no podía.

Silencio sobre silencio.

Un brillo siniestro desprendían los iris de Airanta. Malévolo pero bello, cautivador, ¿o era la imagen invertida de la indefensión?; idéntico tono al visible en las ventanas de la casa Tule. La coincidencia no podía ser casual ni pasar desapercibida.

Las ventanas de la casa Tule parpadeaban con el resplando de un fuego antiguo. Los retornados contemplaban el reverso de la escena. Por un instante, ese en el que dejé de obsesionarme con la atávica devoción de Heda a su mandamiento, mi vista fue la de una rapaz y con la velocidad del predador en picado hacia la presa advertí entre las siluetas tras los cristales las de Lubo y Airanta y entre las caras sin rostro las de Lubo y Airanta. Caras sin rostro pero dotadas de facciones. Por un instante de prodigiosa lucidez fui testigo de la semejanza, más que asombrosa cierta. La casa Tule albergaba a los hermanos de padre y madre. Por un instante en el que los dardos rutilantes concedieron una tregua de implorada penumbra. Unos dardos rutilantes en

ascenso, disparados, vomitados por las bocas deformadas de los islotes hacia ese cielo oscurecido, amenazador, perturbado sobre nosotros. Los vi.

¿Los ves? ¿Ves lo mismo que yo?

Instintivamente dirigí la mirada a Heda. ¿Has visto lo que yo?, quise preguntarle. Qué buena ocasión, nuevamente desperdiciada, para entablar diálogo al margen del acontecimiento. Mira, mira, Heda; son ellos, los hermanos Lubo y Airanta. ¿Y él, dónde está él? Buena pregunta, Heda. ¿Por qué no lo preguntaste? Heda no preguntó por Dimo; tampoco depositó su esperanza en Roeg, lo sé.

Las ventanas de la casa Tule iluminadas para ofrecernos una visión fantástica. Y el relato de los hechos acto seguido.

Brusco, sorprendente.

Puede que fuera una coincidencia el que Roeg, nuestro jefe, el amador de Airanta, el amigo íntimo y compañero de andanzas de Lubo, dubitativo como el resto en hora tan peculiar decidiera aproximarse a la vesania de Airanta, cauto, armado, seguido por toda su guardia de leales, una guardia selecta, cauta y aparatosamente armada, mientras ella, ahora irremisiblemente, sucumbía a la ferocidad del viento que la empujaba arrodillándola contra la tierra. ¿Un gesto de acatamiento? ¿Una ofrenda de humildad? La presión era ejercida sobre su nuca por una mano descomunal que a ninguno se nos hizo visible, pero que al menos yo sentí cosquilleando en zona semejante. Dejé de capturar la imagen de Heda y la del pusilánime Dimo para enfocar la humillación de Airanta. Faltaban apenas cuatro dedos para que después de las rodillas, las manos y los antebrazos, su cara, aquella que fue en la memoria reciente motivo de envidia y admiración en cuerpo anhelado, se aplastara contra

el suelo roído, tres dedos, dos dedos, cuando un grito aterrador penetró el mundo con tal fuerza que todos los presentes al unísono condicionado abrimos las manos y la boca quedando inermes y renovadamente atónitos. No era un gesto de acatamiento ni una ofrenda de humildad al poder político. Con estrépito inusitado cayeron las armas al suelo, cobrando vida en la derrota, golpeándose unas a otras producto de una demencia a la sazón; tal vez el lamento por la pérdida del amo y el sentido de la vida. Una hacina de fulgor muerto.

Liberados al fin los sonidos del cautiverio amplificaban sus voces hasta herir.

Los ímpetus, si los había, desaparecieron. En su lugar se manifestó el pasmo generalizado. Y también, me atrevo a decirlo, un cuadro hermozeado por el sentimiento. La fealdad se funde con la hermosura según los ojos que la miren. Pensé que aquello que vivíamos era una cosa muy seria, la cosa más sería con la que me enfrentaba y nos enfrentábamos. Pensé a la vez que era cosa de locos, que no pasaba lo que estaba pasando y que tras un nuevo barrido del viento lo que era dejaría de ser y yo, y nosotros, retomaríamos las responsabilidades como si nada. Cada uno a lo suyo y el estricto control velando por la sumisión de las voluntades díscolas, de haberlas, y la suspensión de las intenciones, de presentirlas.

Era algo muy serio, era cosa de la locura y era desazonadoramente novedoso.

Yo fingía.

El grito resonaba en todos los oídos, interminable, insufriblemente lastimero. Sin embargo, cundía la reticencia en el socorro de la víctima. Era un grito sobrenatural. Era un grito huérfano de madre.

¿Oyes el llanto? El llanto de un cachorro. La regresión había comenzado. Las armas caídas en revuelo cobarde provocaban una desbandada hacia el útero. Roeg balbucía un ruego. El ruego de Roeg tenía que ver con la desintegración de la fidelidad: ni seres ni armas ni mujer ni amigo. Roeg a solas con el destino de los héroes. La sombra de Roeg oscilaba al capricho del viento como una humilde hacha que nada relevante alumbra.

Un reguero de llanto despedía a la asamblea. Pocos quedamos pendientes del azar, pendientes de una orden, pendientes de una decisión abortada en su primer estadio. Pendientes de la sometida Airanta, la doblegada Airanta cuyo despojo groseramente enfundado en jirones pugnaba por erguirse recobrando la dignidad desposeída.

¿Ves lo mismo que yo? Ha vuelto.

¿Ha vuelto? Ves lo mismo que yo.

Sus iris tintados de magma escrutaron la menguada recepción. Su boca ya no se entreabría sino que se entrecebraba exigiendo una atención individual. Esa era mi interpretación y esa fue la interpretación de Roeg. Creyó Roeg en la trasmutación de Airanta con la vuelta a un estado precedente que de manera tácita había sido asimilado por todos; él con Airanta y con Lubo gobernando la inercia incondicional del grupo, sin sobresaltos, sin observadores silueteados tras las ventanas de la casa Tule, sin fantasmagóricos resplandores de origen incierto ni aquel ofuscador silencio presagio de nada bueno. Ni aquel grito que sólo podía proferir un espíritu torturado. La historia reciente era una leyenda olvidada, perdida.

Roeg quería dar un paso adelante. Airanta dio media vuelta, lentamente. Yo seguía su giro, Heda siguió el giro, Dimo seguía el giro con la mirada periférica. Jol y Naria

siguieron el giro, Minos imitaba el giro en sentido opuesto, como buscando coincidir con el final del trayecto. ¿Era consciente el aguerrido Minos de la sutileza geométrica que brindaba? Con un ojo distinguía el cuerpo violentadamente macilento de Airanta y con otro la evolución del corpachón del tosco Minos. Una danza cómica.

Roeg quería avanzar hacia ella. Airanta le dio y nos dio la espalda.

Sabíamos que estaba vivo porque el día anterior lo estaba. Lubo había desaparecido sin que se supiera. A mí no me venía de nuevo. Por la expresión de Roeg que me llegó en una fracción de segundo, la única fracción de segundo que dejé libre de celada a la aparecida y su dramatización para vagar en torno, él tenía noticia cabal y suficiente del episodio. El resto de los mortales congregados ignoraban del primero al último que el día anterior Lubo había atravesado la frontera para dirigirse a la casa Tule vadeando el impedimento del Nogra.

“Son conjeturas” —concluía Roeg previo vaticinio de los áulicos reportado de boca a oído.

Las conjeturas llegaron a todos los rincones y a todos los oídos: la casa Tule volvía a habitarse.

“Son conjeturas”

Pero una opinión sugerida no tiene porque coincidir con la percepción o con el presentimiento; ni mucho menos con la aseveración de un personaje cualificado como Lubo. Él los había visto, se daba por hecho. Si Lubo decía que la casa Tule cobraba vida con sus moradores es que era cierto.

“¿Quiénes serán?”

Yo no he conocido habitada la casa Tule. Yo no había visto un alma a través de las ventanas opacadas de la casa

Tule ni una mísera figura despistada merodeando en las proximidades de la oscura barrera acuática. Yo no he sido testigo de ninguno de los portentos que acuña la leyenda. Ni siquiera he avistado el tejado de la casa Tule, las copas de los árboles, la cinta negreada del ramificado Nogra.

Todo eran chismes, rumores y palabrerío hasta que Airanta lo vio corriendo de vuelta. Ella esperaba a su hermano más intrigada que impaciente, a ratos increpada por su conciencia, sólo a ratos: esperaba al arrojado Lubo más curiosa que asustada, pendiente del regreso y atenta a las variaciones que el paisaje pudiera deparar mientras aguardaba tomadas las precauciones debidas para no ser descubierta por propios ni extraños. La aguda mirada de Airanta oteaba el horizonte cuando vio corretear en las sombras una con textura humana anunciando una urgencia acompañada de escalofrío. Supuso que era él, ¿quién si no en ese lugar fronterizo, tierra de nadie, paraje inhóspito? Imaginaba Airanta que entre las sombras surgía el arriscado Lubo.

De entre las sombras, Heda. ¿Qué clase de cuerpos u objetos proyectan esas sombras? Tendría que habérselo preguntado a Airanta; pero quién era yo para hacerme notar.

Airanta supuso que era él por esa vaguedad de la llamada de la sangre que a veces se alude como argumento. Una sangre inyectada en los ojos.

Fuera lo que fuera lo que Lubo podía decir a su hermana nunca llegó a contárselo de la forma comprensible que se acostumbra. Exhausto, desencajado, fuera de sí, irrumpió en la expectación de Airanta teñido de esas mismas sombras dominantes; un apéndice de la tiniebla portando la confirmación de una noticia cuestionada. Valiéndose del

código gestual la conminaba a seguirle. Los intentos de Airanta para, momentáneamente, serenar a Lubo y después extraerle la codiciada información de su visita transfronteriza resultaron infructuosos. La persuasión hasta entonces eficiente recurso de Airanta con Roeg o con su hermano para satisfacer sus deseos no hizo mella en la alterada conciencia de Lubo. Un viento racheado, acusadamente húmedo, originado en el cerco arbolado, emitía sonidos guturales muy parecidos a la voz humana doliente. Airanta creyó oír su nombre a modo de llamada. Airanta creyó ver los rasgos distintivos de su hermano en la figura antropomorfa de gesto conciso e imperativo.

Ella quiso convencerse de que el antropomorfo estaba vivo sin aparentar un rechazo que a duras penas lograba contener, y a ser posible, recurriendo a cualquier argucia que en su mano estuviera, convencerle a él de que estaba vivo, que era un ser humano y su hermano. Picaría sabía que Lubo estaba vivo hasta el momento de su partida, por extraño que hubiera sido su comportamiento al quererla convencer de una alucinación, un sueño fantástico que ha de eliminarse con agua fría. Pero sospechaba estremecida que en ese corto periodo desbordada la frontera ya nada podía darse por seguro. Porque Lubo había traspasado la frontera, tenía que ser cierto, ¿qué otra explicación cabía?

Créelo Airanta, sólo quedan fragmentos de vuestra historia, partituras fantasmales en la idealización de un concierto macabro; créelo Airanta. Cree en la respuesta más acorde a lo que registran tus cinco sentidos. Y tiembla cual una talla de papel pautado arrancada del atril. Nunca volverás a ser instrumento ni música exacerbada por la pasión.

Airanta no esperaba encontrarse con el reverso de una pesadilla.

Un nuevo intento por entenderse a la manera de los seres racionales culminó en fracaso. La mutación era absoluta. Los árboles entonaban un canto hipnótico de acogida y el cielo oscurecía las lóbregas aguas de los sarmentosos brazos del Nogra. Gestos de apremio en el antropomorfo. Otra frase inconclusa, absorbida por la precipitación; otra tentativa de racionalidad abortada. Airanta no divisaba la casa Tule pero intuía que esa era la dirección que expresaba el gesto. Una intuición fundada.

¿Eres tú? —preguntó a la mutación.

Creyó que la respuesta la daban los árboles, nombrándose uno a uno con voz desfallecida. Soy... Soy... Soy... Pero el destinatario de su incredulidad no profería otro sonido que unos chasquidos irritados desde su tribulación biliosa y la aviesa mirada que describe el odio. Airanta sintió miedo entonces, a solas con aquel fuera lo que fuese, desasistida del inefable amparo de su sangre.

Un miedo impensable que percutía en las sienas de los asustados. Advirtió Airanta tarde su parte de culpa en lo que se perfilaba. Era la correlación del miedo que nos infundía a nosotros, ¿queriéndolo?, y que, a pinceladas de viento y sombras, aferraba su cuerpo mientras sufría la humillación. La humillación de la que fuimos testigos forzosos. La anterior humillación no tuvo testigos, si negamos esa condición a la hilera de árboles atenazados por sus raíces y el destino que las hendía a muchos metros bajo tierra en paralelo al curso de las aguas oscuras, en versión de la leyenda.

Lubo acabó con su extraviada paciencia y los intentos dilatorios de Airanta abalanzándose sobre ella, que al con-

tacto perdió la verticalidad y el amago de corajuda resistencia que ideaba; la ciñó por la cintura, bamboleándola, y la cargó en su hombro derecho cual un fardo de carne y ropa. Las manos y los brazos de Lubo sobresalían en fuerza más de lo que Airanta recordaba. Tantas veces jugando habían practicado esa acrobacia y otras que sólo una musculatura bien ejercitada permitía.

“¿Te acuerdas, Lubo?” Qué poca voz le salía a Airanta. “Yo me tiraba al suelo o me abrazaba a un árbol o me aferraba a una columna estilizada de las que se dejan coger, y me pegaba como una lapa y tú tenías que arrancarme sin provocar un deterioro en el físico de tu hermana, subirme a tus hombros, que eran las nubes, y transportarme por encima del mundo a un lugar cómodo, bonito y fragante; que yo había organizado previamente. Jugábamos al rescate de la dama secuestrada por el terrible enemigo. Yo era la dama, siempre era la dama; tú eras el paladín hasta que tu amigo Roeg te sustituyó en la liberación y traslado. Pero el abrazo de Roeg no era como el tuyo; el abrazo de Roeg no era el de un hermano robusto. Tú eras el más vigoroso de los dos, el hércules entre todos, y le enseñaste a rescatarme del pactado cautiverio por si algún día nuestro teatro describía la realidad. Tú siempre has sido el más fuerte y el más audaz y quien mejor me ha protegido y con quien me he sentido más asistida.”

Recitaba Airanta su panegírico a una criatura desvariada sin tacto, oído ni sensibilidad para cosa distinta que su viaje de vuelta con pasaje.

“No quise provocarte, hermano mío.” Con poca voz pero empeñado intento Airanta apela al último asidero. “Te doy la razón si la tienes. ¿Los has visto? ¿Son como tú imaginabas? ¿Han vuelto?”

Lubo no le pidió que le acompañara, probablemente por el riesgo y no por la negativa a creer en la presunción; llevarla siquiera a las proximidades de la casa Tule representaba un riesgo excesivo que no iba a correr. Al protector Lubo no le pasaba por las mientes atraer un peligro, imaginado o real, hacia su hermana; lo que él hiciera con su vida era distinto. Airanta comedía no tanto sus dudas como los atropellados comentarios que le suscitaban las nerviosas afirmaciones, deslavazadas y también agoreras, provenientes de su útil hermano. Acudiendo al repertorio de disuasiones ella buscaba deliberadamente apartar a Lubo de aquella peligrosa atracción; una paradoja de intención reflejada en el cristal divisorio. Pero no hubo manera de cejarle el camino ni con luz destellante ni con predicción ominosa. Lubo, ya puesto en situación, no deseaba compartir oralmente la aventura con nadie.

Podría haber tentado a Roeg para formar equipo; Airanta podría haber tentado a Roeg. Airanta y Roeg podrían haber solicitado la participación de los augures, luego la aparente de la guardia, por último y a la desesperada la comandataria del grupo. Airanta lanzó esa posibilidad a Lubo cuando éste desaparecía hacia la casa Tule y su renovado misterio. Le llamó elevando la voz, le llamó con el tono de una hermana preocupada, le llamó amonestando la obstinación; le llamó por su nombre; le gritó el nombre y una orden sin efecto.

Podría habérselo dicho a Roeg al cabo de la terca partida y con él organizado nuevas y adecuadas tentativas de distracción, demora o impedimento: “Lubo va a la casa Tule.” O sin excusa de asidero posterior en Roeg o quien fuera podría haberle seguido a la carrera y subirse a su espalda para estorbar la marcha de un fugitivo de la cordura. ¡¿Es

que ya no estás de acuerdo con lo que decidimos?!, espérselo al oído abrazada a su cuello, apretando su cuello nervudo clavando las uñas hasta asfixiarlo. ¡Da media vuelta y olvídale o habla con Roeg! Por favor...

Habla con Roeg, el jefe, el amigo de la infancia, el responsable político de la política común, el suministrador de iniciativas.

La sensatez de Roeg no es que fuera proverbial pero se le concedía, como tantas veces se acepta que el valor o la inteligencia son inherentes a las personas ya constituidas socialmente o anden por libre de aquí para allá o con este o esta, estos o estas, camino tras camino hacia la sucesión de horizontes. Roeg era un humano adscrito a esa condición ineludible. La prudencia del proclamado jefe ha de ser una ley para sí mismo y para los dependientes de su jefatura, reza la teoría conciliar. Roeg debía aplicarse en la administración para dar ejemplo también de valor e inteligencia. Contaba con los asesores adecuados.

A Roeg no le gratificaba el espíritu cortejar el peligro como a Lubo o, en un plano subsidiario, al émulo Minos. El peligro tiene sus admiradores y sus detractores repartidos desigualmente, dependiendo de por dónde embista o por dónde asome con su inquietante proceder o la recompensa que otorgue la hazaña de enfrentarse, oponerse y batirse contra él. Roeg no tenía tanta facilidad para sortear las dificultades físicas, los obstáculos y los acechos; su papel era otro, políticamente separado de la primera línea de acción. Aun así tendía a ejercitarse en la obsesión musculosa y en la táctica bélica de campo, dando ejemplo a la hueste seleccionada para la tarea intercambiable de ataque y defensa. Roeg era un jefe aceptable, soportable, puede que también fuera justo y responsable como las sagas des-

criben a los héroes. Se dice en las sagas y en las leyendas que la fortuna, en sus míticas acepciones, sale al encuentro del héroe y le confía los secretos de la victoria; las leyendas también dicen que en los héroes recala una sustanciosa dosis de inteligencia espolvoreada de tino, argucia y presciencia, que es el báculo con el que apoyarse para el tránsito. Los mundos tenebrosos ceden su maléfico imperio si el héroe y sus fieles a la orden, henchidos de fantasía gloriosa, arremeten contra lo posible y lo imposible ignorando los prescindibles distingos.

Roeg conocía una parte de la pavorosa historia por boca de Airanta, los demás ignorábamos los antecedentes aunque preveíamos a ojos entornados y puede que hasta con el alma encogida las consecuencias. No precisamente por esa misma boca iba a conocer, y con él todos al ser inviable la privacidad, el desenlace de la épica historia.

Un minuto después de la obcecada partida era demasiado tarde para atajarla. La febril conciencia de Airanta elaboraba un plan alternativo que no la dejara en una posición comprometida; nadar y guardar la ropa y las apariencias. “Soy inocente de todo cargo que se me impute relativo a la locura de mi hermano.” ¿Pero quién iba a desconfiar de la versión de Airanta? ¿Y quién osaría calificar de locura la decisión del bienamado Lubo? Nadie desconfiaba de la palabra de Lubo o de la palabra de Roeg. Yo sí desconfiaba de la palabra, el gesto y los actos de Dimo porque Dimo, desde la cuna, ha personificado la ambigüedad. Roeg recibió la noticia, el escueto informe de la propia interesada, a solas ambos en una naturaleza descompasada en el cromatismo y sibilante la atmósfera. Gravedad en los rostros, un atisbo de temor ancestral a continuación. Roeg atendía el relato de Airanta y sus presumibles omi-

siones al tiempo que con el redivivo sentido de la premonición percibía la amenaza cerniéndose sobre nuestras cabezas, por nuestros flancos y bajo nuestros pies.

En su calidad de líder, Roeg nos previno de las iniciativas conducentes a un estado de cosas próximo al caos. Dicho en otras palabras, necesarias dada la emergencia, se nos reclamaba sin excepción el desistimiento de la iniciativa en aras a la uniformidad de criterio emanado de la autoridad legalizada. La interpretación de las palabras y el descubrimiento de su sentido escondido, así como la lectura entre líneas de los diferentes textos que han llegado a mí desde que tengo memoria, forma parte de mi carácter; un carácter, lo acepto, equidistante entre el escepticismo y la entrega cumplidora a mi cometido comunitario. El de Roeg, proveniente de los áulicos como casi todo lo de esa índole, era un consejo preceptivo indexado en el correcto proceder institucional. A ningún preboste se le escapa, tarde o temprano, que algunas noticias azuzan los bajos instintos mientras otras enervan la conducta hasta diluirla en el acatamiento. Los bajos instintos son la expresión de nuestro ser primario; la enervación de la conducta es, en definitiva, un aprendizaje al acomodo estratificado. La noticia que nos convocaba a la unidad de acción argumentaba a favor de la contrita obediencia desde el silencio. Calla y escucha; capta y cumple; mantente en tu puesto sin rechistar; sólo una voz habla; sólo quien manda conoce; únicamente quien conoce decide, orienta y guía; sólo hay una luz que da luz con la que oponerse a la oscuridad. Consignas de la teoría conciliar fácilmente asumibles por los acostumbrados a ser lo que les concede el poder; y muy fáciles de acatar para los habituados a formar parte del co-

ro, número tras número con un distintivo rutilante en mayor o menor grado luminoso prendido en lugar bien visible.

Roeg manda e impone, pero no consigue atemperar el ánimo colectivo o siquiera, y como consuelo para los subordinados, enmudecer el viento y de paso desterrar de los ateridos mortales el eco del espantoso grito de aquella figura presuntamente femenina, supuestamente llamada Airanta, venida del mundo oscuro, criatura del báratro, de la que no cabía apartarse con miedo y asco en mixtura porque ella, dadivosa, se alejaba de nosotros retornando al erebo.

Se alejaba hacia su lugar de origen con un paso tortuosamente lento y pesado. A pesar de todo lo que ya se había visto y en la última parte también oído esta vuelta al averno pillaba por sorpresa. No sé cuánto tiempo faltaba o pasaba de la medianoche o del mediodía porque las horas carecían de número. Nada era absolutamente cierto o completamente falso; nada era lo que parecía o exactamente era lo que parecía; nada indicaba que un paso después, un minuto después, una variación cromática o acústica después resolviera el enigma que Airanta, suponiendo que fuera ella, nos planteaba. La única manera de averiguar el qué, el cómo, el dónde, era seguirla aceptando que nos condujera a un destino clarificador o endemoniadamente perverso.

Roeg quería avanzar hacia ella, le atribuyo ese mérito. Minos, el esforzado soldado, pretendía rodearla; le concedo esa intrépida insolencia. Airanta daba la espalda a ambos y a los pocos que nos manteníamos enquistados en el confín de la certidumbre.

La adversidad se ceba con los héroes improvisados. Alguna ráfaga furtiva de viento hubiera podido susurrar al solitario Roeg que ciertos caminos se recorren únicamente de ida. La adversidad gusta de atormentar a esos héroes forjados en las secuelas de una iniciación incompleta, a los que su público deja que partan sin mudar la fisonomía haya o no haya una luz reveladora ilustrando la mínima distancia entre el pasado y el porvenir.

Airanta nos dio la espalda y su espalda nos irradió luz. Hízose la luz. Esa luz vibrante originada en Airanta nos señalaba con descaro, impúdica era su revista a los asistentes al fenómeno. Airanta destellando luz crepuscular volvía al origen por la senda de la ficción, repuesta del lancinante castigo. ¿Sanación milagrosa? ¿Un hechizo que afecta al espectador? No le podía ver la parte frontal pero imaginaba que la tensión ahora eliminada de su cuerpo era patente en la cara oculta de su anatomía.

Falsa impresión.

Me equivocaba.

No sé si me equivocaba, pero era lo más probable.

Los muertos desprenden una fosforescencia trémula cuando es irreversible su estado. Hay páramos enteros donde conviven mal avenidos los verdugos y sus víctimas con los carroñeros y las saprofitas. Pero no impresiona tanto una extensión mutilada de relieve como un desgajamiento o una oquedad en mitad de la nada. Allá abajo o allá dentro, incrustados a fuerza de acumulación en el suelo o en la pared del fondo y sus aledaños laterales, la convivencia de la muerte, el abandono, el silencio y el olvido alcanzan un dramatismo insuperable.

A Roeg le ardía la garganta y le lloriqueaban los ojos, muy apagados en su brillo, muy fijos en el cuerpo evasivo,

cual una víctima ataviada para el sacrificio que ha de seguir a pies arrastrados la estela de la provocación.

Minos no sabía a qué carta quedarse, si a la obediencia o si a la glorificadora osadía. Un soldado debe obedecer a rajatabla y aguardar en su puesto y dispuesto las órdenes de la superioridad; un soldado no improvisa salvo ante la solitaria desesperación y sin sentar precedente. La baraja con la que jugaba Minos esa partida al todo o al nada se le deshacía en las manos; su cara, envejecida por la indagadora luminaria era el poema de la antítesis del efugio. ¿Qué decides, Minos? No hay que burlarse de los seres limitados. Los seres humanos somos limitados, somos un experimento, somos un juguete de las paradojas concebidas para mortificarnos las neuronas. La ilación del ser humano es tan simple como la de un no ser humano modelado a imagen y semejanza nuestra: nacer, asimilar, estar, ir, volver, tropezar, dar, recibir, crear, destruir, alimentarse, evacuar, dormir, planificar, sumar derrotas, disimular, cambiar de ruta, cambiar de idea, cambiar de compañía, cambiar de paisaje, cambiar de aspecto, respirar, caer, saltar, saludar, despedirse, procrear, soñar, interpretar el sueño, equivocarse, arrepentirse por algo de lo hecho y por todo lo no hecho, matar y morir. Todos los cambios que adornan el ciclo vital son previsibles; la novedad, la pincelada de diferencia la otorga el momento, sea elegido o sea forzado. Minos lee la ceniza que el pérfido viento arremolina ante sus ojos párvulos. ¿A qué carta te quedas, Minos: obedeces o improvisas? La obediencia distingue al buen soldado tanto como el valor. Eres un valiente, Minos. Eres un soldado disciplinado, Minos; te condecorarán por ello. La improvisación merece recompensa si es la única alternativa.

La cara oculta de Airanta, la cara oculta del Sol, la cara oculta de la Luna, la cara oculta de las estrellas existentes o extintas, la cara oculta de la duda, la cara oculta del pánico, la cara oculta de la casa Tule. Repetía indigestado la letanía en un acto de contrición reflejo: la cara oculta de las ventanas, la cara oculta de las siluetas, la cara oculta de los árboles, la cara oculta de las aguas oscuras del Nogre, la cara oculta del investido de la máxima autoridad, la cara oculta del cenotafio, la cara oculta del porvenir.

Una sima de huesos evoca en las mentes asustadas una hoguera de brasas a la que no acuden los cuerpos vivos a calentarse o pedir consejo; es un oráculo fatídico sin necesidad a pronunciarse con la mediación de las huellas de los restos orgánicos o las prestas portavocías de las órdenes ultraterrenas.

Lubo y Airanta eran dos hermanos muy unidos. Suena a tópico pero juro que es verdad. Claro que yo sabía lo que era posible conocer. No me había interesado inmiscuirme hasta el nivel de la confianza en la sobremesa ni los interesados me reconocían como uno de ellos con derecho a participar de las confidencias. Mi experiencia en materia de intimidades se conducía a lo aprendido en la infancia bajo la didáctica de la cautela y la seducción de lo esquivo pero tangible. Unos pasos y se alcanza. Paciencia y pericia; mucha voluntad, constancia y sutileza; la palabra justa, la actitud metódica; apartarse discretamente de los duelos con visos de derrota.

Los consejeros áulicos deberían anticiparse a lo irremediable con presteza; tanto sentido de la medición acaba por convertirnos en dóciles animales de compañía para uso restringido a las efemérides que precisan de bulto adecentado. El séquito de la estatua de cristal.

Minos, déjalo correr.

Roeg no comprendía lo que se esperaba de él por delante ni por detrás. Con los cinco sentidos forzados al límite todavía le faltaba un enorme trecho para saber qué partido tomar: el de la amada que es y no es por el decurso de un acontecimiento inimaginable o el del pueblo abromado, lerdo por aleccionamiento progresivo, a sus órdenes. La amada tironeaba de su instinto con arte atávico, nosotros conteníamos la respiración simplemente vacíos de criterio. Puede que el único con un hálito de inspiración, si el comportamiento primario admite ese sustantivo, fuera el embrollado Minos. Aunque el mixtiferi de Minos era una minucia en comparación con el aturdimiento que ulceraba al desdeñado Roeg. Preservado y preservando a su vaticinada alteridad, la inmutable Heda, la mujer sumisa brotada de la aquiescencia, el heredero Dimo tomaba nota mental de lo que él no iba a permitir le ocurriera; le traía sin cuidado el poder que la naturaleza, la política o el enemigo le confirieran llegado el caso porque le obsesionaba otra ambición que a mí nunca me fue ajena.

Te ha abandonado, piensa Roeg acusando la sacudida. Tienes que ir a por ella, se empuja, se exige, se muerde los labios hasta sangrar.

Yo pensaba: “¿Por qué involucrar al amor, tan frágil, tan puro él? ¿Qué pinta Eros en el entreacto de la tragedia?”

El silencio traduce los pensamientos y los difunde por doquier en contra de la voluntad del puesto en evidencia. ¡Cuánto se echa de menos entonces el ensordecedor ruido de la furia despierta, de las pasiones enceladas, del cruce de improperios, del chocar estrepitoso de las armas que defienden y atacan! Cuánto se añora un vocerío iniciado

en la octava alta, concluido en un susurro enamorado: “Ven”, “sígueme”.

¿Por qué involucrar al amor, tan subjetivo, tan inocente él?

Roeg, la efigie sentimental del héroe repentizado, es un hombre aislado al que no asiste otro alivio que el jeroglífico consuelo de recuperar la posesión, la hegemonía, el dominio, la potestad, el título, la voz, el dictado y la sentencia; todo ello por obligación, en esos momentos impen-sados una maldita obligación aún más burlona que el personaje desdoblado de Airanta. Oscilan sus labios pero no emiten palabras inteligibles. Qué contrariedad para un jefe. Qué paradoja cuando se recibe respuesta a una pregunta sin formular.

Roeg es un hombre abandonado a la petición que pronuncian dos voces: “Ven”, que hablan alternando el singular: “Sígueme”.

En los caminos del héroe siempre acecha el peligro; un peligro que adopta formas caprichosas para atraer despidiendo en los primeros estadios de la tentativa, para relajar la guardia del aventurado a base de ilusiones sensoriales que hechicen su percepción condicionando los siguientes pasos; en los caminos del héroe se turnan lúbricamente el peligro y el engaño que en su forma femenina se llama trampa. Las razones personales de Roeg para aceptar la seducción de la llamada a dos voces tenían que ver con el miedo a ser despojado del refrendo popular. El héroe ha de cumplir con su obligación sin dar explicaciones ni recibir ayudas, así como el público ha de abstenerse de proferir toda clase de comentarios, reprobatorios o laudatorios incluidos, porque su papel en la representación es pasivo.

Nosotros éramos el público con la boca cosida y el ánimo clausurado.

Yo fingía ser público.

Algunos habían resistido la tentación de alejarse a todo correr de ese lugar espejado por los fantasmas, hacia donde fuera y a mucha distancia, hacia algún refugio que saliera al encuentro para ofrecer una protección maternal quizá bajo tierra. Éramos unos pocos los resistentes a esa humana tentación de salvaguarda si se tiene en cuenta el número inicial de congregados. Éramos unos pocos sucumbiendo a la tentación humana de permanecer no tanto como espectadores carentes de responsabilidad sino como testigos a los que les corresponderá declarar cuando se celebre el juicio. Un juicio por deserción, un juicio por incompetencia, un juicio por fraude, un juicio por allanamiento, un juicio por injurias y calumnias a la autoridad, un juicio por prevaricación, un juicio por abandono de funciones, un juicio por incumplimiento de las obligaciones, un juicio por homicidio en grado de tentativa, un juicio por asesinato, un juicio por complicidad y encubrimiento en la traición. Un juicio múltiple.

A Roeg se le iba el alma y un hilillo de saliva rojeante por contestar a la invitación. Mi vista, a falta de otra cosa mejor, penetraba en los detalles de las fisonomías en liza. No eran sus pies, desplazándose con cauta torpeza, aspecto significativo de la pugna interior en el héroe que no quiere abandonar a los suyos para recobrar el lugar con los suyos, que eran sus brazos y en el extremo sus manos las que autónomamente dirigían la transición de lo conocido a lo desconocido. Puede que el rictus del reverso de Airanta se asemejara al de Roeg, uno acaba pareciéndose al ser inme-

diato; y nadie más inmediato a Roeg durante años que Lubo.

—Lubo...

—Es Lubo.

¿Cuántos sabían a ciencia cierta de la aventura furtiva de Lubo? Únicamente Airanta. ¿Cuántos sabían de la aflicción de Airanta o de la mutación de Lubo o de la siniestra escenificación del fin del mundo antes del momento presente? Estúpida vanidad la de los mortales. A las puertas de la debacle y sin más horizonte que una apresurada confesión redimidora de males y penas al oído que se preste —¿dónde hay un alma compasiva que preste su oído al relato de unos hechos enmarcados en el miedo efectivo a descender a los infiernos mitológicos?—, confían en participar del elenco que deleitará en los sucesivos eones a los hacedores del caos, a los productores del melodrama, a los maestros artistas confeccionadores de los peles, dueños y señores del antepenúltimo destino recortados en la fosforescencia de la arquitectura vetada de la casa Tule, apostados en el puesto de caza y armados de paciencia, viendo pasar a los aspirantes a ocupar plaza en el purgatorio.

—Lubo...

La parturienta Airanta ha dado a luz un varón quince centímetros más alto que ella, de mayor envergadura, con un peso superior; eso sí, con el parecido que caracteriza al hijo con su madre.

Todos miramos el alumbramiento, incluso el encogido Dimo que no podía oponerse a ese capricho de la naturaleza trastocada. Repartida mi visión entre ambos espectáculos, truculento el del tándem Airanta-Lubo, una parodia política que mueve al menosprecio la de Dimo y los trujamanes, actores corridos a los flancos del heredero

dando a entender que la transición de poder se había consumado. La suerte está echada, Roeg; nadie apuesta a tu favor, compóntelas como puedas. ¿Dónde hay un médico?

—Un médico...

Me llaman, me buscan.

—Médico...

No he movido un músculo del cuerpo para atender la reclamación. Yo estoy pero no soy. Que no fíen en mí ese parto. Me ignoro como facultativo; mi atuendo apenas arroja pistas sobre mi condición y mi título es in pártibus. Me río, me río, pero disimulo. Podría decir que yo curo patologías no sortilegios.

¿Dónde está la diferencia?

No me rebajaré a contestar. Mi medicina compete a la sanación del cuerpo no a la del ánimo ni la del espíritu. ¿Por qué no convocan esas voces urgidas a los asesores, a los sincretistas de la política parda? No lo hacen porque son ellos los que piden ayuda. En mal trance nos vemos el uno y los otros. ¿Tú qué opinas?

Mi medicina no sustenta prodigios de oscuro origen. Las oscuras aguas del Nogra, la oscura fisonomía de la casa Tule. El hospital de campaña, el hospital de sangre, el centro de atención donde se suturan las heridas de los que juegan a desvelar el arcano.

Debería extender una receta prescribiendo un melifluro placebo; mi reputación continuaría incólume y se olvidarían de que existo.

Tú qué opinas, Heda —tendría que haberle preguntado.

Dejemos dormir al misterio, dejemos que goce de un sueño letárgico. Cuando amanezca, cuando el mundo en torno adquiera las tonalidades propias de la vida, cuando un viento aliado despeje el cielo y el suelo, entonces habrá

llegado la hora de la asunción de responsabilidades. Entonces y con el derecho que otorga la supervivencia será momento para inquirir: ¿quién ha provocado la alucinación colectiva?

—Un médico...

Mi diagnóstico es que Airanta ha venido a captar a Roeg.

Tú qué opinas, Heda —tendría que haberle preguntado.

Roeg en el ara de los sacrificios, carnaza propiciatoria para aplacar la ira de los retornados.

—Tú qué opinas, Heda.

Pero en voz tan baja pregunto que no se entera. Mi timidez, llamémosla así, es inseguridad y desasosiego. ¡Maldita sea! No quiero cometer ni un error. ¿Y cómo voy a saber si lo cometo? Me inclino tanto hacia la medida que no me entero de mi voz hasta que lo repito: Tú qué opinas.

Heda no escucha. Heda no oye. Heda no mira. Heda no ve.

Los áulicos redactan el siguiente capítulo. Dimo asiente, Heda acepta lo que la atrabiliaria fortuna le depare, los cívicos aguardamos una señal que nos lleve o nos traiga. Tropa inútil, saldos.

Roeg va hacia Airanta. Sigue a Airanta. Airanta ha venido a captarlo.

¿Qué hubiera hecho yo? La historia escribiría este prólogo: “Fue hacia Heda”, si hubiese seguido otro instinto que el de conservación. “Fue hacia Heda porque iba a apartarla de todo aquello antes de ser devorados”. Dimo ordena lo que le ordenan ordene.

—Vámonos —dice un apocado Dimo con la voz rasposa, más influido por el miedo que por el impulso. Aun así oímos su propuesta.

Obedecemos. ¿Quién va a oponerse a una escapatoria autorizada? Se nos revelaba como nunca nuestra identidad, la de miserables gregarios enfilados al aprisco. Obedecemos como unas criaturas domeñadas con esmero. Seguíamos la voluntad del señor de la grey usurpando y alterando al viejo estilo espurio la voluntad del señor de la grey.

Yo disimulaba.

Roeg se opuso. Nos detuvo con un detalle imperativo. Roeg todavía era el jefe y un jefe acepta la veleidad del amigo de alma, del amigo de la infancia, del amigo, pero en ningún caso el doblez con tufo de traición, desacato, rebeldía, insumisión. Cobardía. Fallaba la sangre común en las venas de los presuntos hermanos. Roeg todavía era el jefe, el hermano mayor, el líder del clan, y revocó la sugerencia elevada a la categoría de orden con el marchamo de su ya quebradiza autoridad. Clavó su desprecio en Dimo desnaturalizándolo. Me llegó alta y clara la sentencia: “Yo seré quien te nombre sucesor”. Una autoridad resquebrajada pero efectiva; una conciencia fraternal que absuelve de la ignominiosa desafección, por otra parte. Dimo bajó la cabeza apenas levantada antes, los áulicos accedieron obedientes y puede que contritos al estado de cariátides, y Heda mantuvo su dignidad y la del conjunto sosteniéndose sin balanceo delator en su firme compromiso con el devenir de la pugna.

No, tú no opinas, Heda.

Roeg era el jefe todavía y Dimo un aspirante sin traza heroica. Yo era el médico del que se ignora si su ciencia da para solucionar lo que se le reclama; yo era una figura simbólica a la que cuesta desterrar o enterrar por si acaso; de mí se había extraído todo el jugo posible al parecer. El

miedo guarda la viña. El miedo es un visado que franquea muchos pasos. Los áulicos cuentan con ese mismo factor dirimente para superar las pruebas acumuladas en su contra; por si acaso.

Desconocían, y yo desde mi creíble disimulo, qué nos reservaba la orden sugerida a Dimo por los permutados asesores; tampoco acertaban a saber si la orden de Roeg que nos asilaba en la Atalaya fue improvisada o respondía a un plan definido por la estrategia de resistir a toda costa —¿a qué?— los que quedábamos en apariencia con esa intención.

—A la Atalaya.

¿Te das cuenta, Heda? Otra vez se pone de manifiesto la identidad de cada uno en la ficción que nos sojuzga. Estás en el bando perdedor, Heda; cambia de bando.

¿Por qué no se lo dije si la tenía al lado? Los médicos echamos mano cuando se terciaba del privilegio de la situación. Camino de la Atalaya me acerqué a Heda, me situé a corta distancia de Heda, me junté a Heda porque quería respirar su aliento. Heda marchaba tres, cuatro pasos por detrás de Dimo; yo me infiltré en el binomio con descaro. Heda a tiro de mi pedagogía. La ocasión hallada para marcar diferencias.

Escucha, Heda; ese no es nadie.

Empezaría contundente, puede que la tomara del brazo o le ofreciera el mío para apoyarse. Puede que me aproximara experto a su mejilla, pretendiendo la confidencialidad.

Escúchame, Heda, te contaré que es lo que me tomo realmente en serio. Yo superpongo la ironía a la debilidad emocional. Yo soy un adicto a la ironía pero me cuesta dejarme llevar por mi fuerza interior. Yo consumo sarcas-

mo en privado cuando me miro al espejo, cuando repaso lo que no he hecho, cuando busco el argumento de razón que ponga a cada uno en su sitio, cuando interpreto las muecas incontroladas de mis pacientes y las que huyen de mi vela a horas intempestivas, cuando pienso cuál es mi papel en esta historia bicéfala. Dame tu aliento, Heda. Los dos respiramos este miasma pero tú lo devuelves filtrado para que las criaturas presas de debilidad, ¡advierde cuántas hay!, se alimenten con la resurrección del deseo. Heda, mírame un instante. Mi privilegio me permite estar a tu lado, sin embargo no alcanza a ignorar el protocolo ¿o debería decir simbiosis imperfecta? Excúsate de la inercia dirigiendo el pensamiento a las extrañas simas del espíritu de Roeg. Excúsate desviando tu mirada hacia la impronta del último coraje, el que de pura rabia parte objetos, caras y huesos, y de regreso a la línea diagonal sumisa, a la línea horizontal sumisa, obséquiamme una sonrisa de estrella fugaz que suplante a lo que de nada sirve. Dame ese desahogo, despójate de servidumbre, renace. Nos escaparemos de la Atalaya.

Había concebido la idea y la pensaba ejecutar; Heda y yo escaparíamos de la Atalaya. Elaboraría un plan sugestivo que eludiera el rechazo de los centinelas y el previsible, aunque mermada la férrea disposición, de Heda. Soy médico: a los médicos se les concede un tramo allanado de confianza por donde evadirse hacia los espacios abiertos que espejean en la imaginación.

Me acercaré a ti una vez repartidos en la Atalaya. ¿Sabes que tiene cuatro pisos? Bueno, son tres y el sótano. Lo cierto es que son dos pisos, un sótano y un ático. La planta baja, el piso superior, el sótano y el ático. Déjame recor-

dar... No hace falta, me acuerdo perfectamente, como si fuera ayer.

Era de noche, puede que semanas, meses o años atrás. Lubo, Roeg y la escolta inspeccionaban el edificio lindero con la zona descuidada. Lo hacían de un modo sigiloso, muy precavido, pendientes los guardias del menor movimiento y de los chasquidos suficientemente distantes de los propios pies. Alrededor de la Atalaya no se concibe ninguna expresión natural de vida. No hay constancia escrita ni oral fehaciente de su construcción ni un examen rápido induce a catalogarla como arqueología. ¿Por qué esa visita nocturna, una noche elegida oscura?, me pregunté al ser reclamado en aquel lugar inhóspito, desechado de nuestra cotidianidad. Lubo, en cabeza, abría todas las puertas favoreciendo que el aire circulara de fuera adentro; el aire exterior, impuro aunque respirable, sustituía al viciado con desgana, como si ya conociera de antiguo en qué consistía la mudanza y su nulo efecto pasadas las primeras inspiraciones. Primero abría las puertas únicas de cada planta, con cuidado, evaluando la presión ejercida para no incrementar el daño en la madera, todas las puertas languidecían cerradas pero sin llave, y echaba una ojeada particular sin cruzar el vano, apenas estirando el cuello, constantemente a su lado un recio brazo con un arma protectora, defensiva u ofensiva según la necesidad; luego bajó y subió los crujidores escalones comprobando que ya ninguna puerta permanecía cerrada; y en tercer lugar, con equivalente medida, desatrancaba los postigos de las ventanas donde las había, en la primera planta y el ático, no pocos de ellos incrustados al olvido, concediendo a los pares de ojos curiosos la observación de un mundo desierto fijado entre dos antagonistas. Roeg mandó apagar las luces

portátiles y poco a poco un mínimo baño de luz exterior fue alojándose donde le era posible llegar. El espectáculo sin ser bello arracimaba en torno una expectación devota, vinculada a un simbolismo fijado en el inconsciente colectivo. Una vez más era la audacia del campeón Lubo el faro que alumbraba, descarada y tiernamente, los espacios al margen de otra consideración que la fábula. El silencio, un místico silencio incluso seguido por el vetusto mobiliario y los aposentados insectos, los viscosos reptiles, los mamíferos pendientes y roedores, la fauna ponzoñosa hecha a la mala prensa y al resignado ostracismo, presidía la ceremonia de reconciliación entre etapas documentadas por transmisión oral.

Un minuto. Varios minutos. El médico pidió que le dieran unos minutos y se iría con ellos. Tardaron poco o mucho en llegar, el médico no percibía el paso del tiempo ocupado en la comprensión de aquella solicitud custodiada por un pelotón de soldados escogidos. ¿Por qué yo?, se preguntaba el médico. Es una pregunta que jamás hurgaba el diáfano entendimiento de Minos.

Era un trayecto corto o largo que recorrieron llevados por la agilidad. El instrumental médico introducido por el sabio consejo de la prevención —el médico desconoce qué aspectos de su ciencia serán requeridos en el punto de encuentro, al médico no se le ha informado de su competencia en el omitido destino— tintineaba con el estímulo corporal musicalizando la peregrinación. Por lo visto no era importante el silencio durante la marcha ni al aproximarse, reduciendo progresivamente la frecuencia de paso, al contorno de la última edificación erguida.

Habían llegado. Afuera de la sobria mole aguardaba un renuevo de la guardia camuflado y en la oscuridad. Proto-

colariamente se identificó al médico y se le condujo escalera arriba, sorteando los peldaños traidores, a comparecer ante la autoridad.

—Hemos traído al médico.

Éramos muchos, Heda; a mí me parecía multitudinaria la concentración en aquel espacio que intuía reducido; sólo lo intuía porque mi visión estaba entorpecida por cuerpos altos y envergaduras anchas. Un ejército protector de intervención inmediata y contundente. Casi todos allá dentro a la expectativa, unos obedeciendo otros decidiendo que había que seguir mudos, estatuarios y en penumbra. Es muy incómoda la rigidez si no la asume un cadáver.

No sabría darte razón de por qué me entretuve echando vistazos a la puerta y a la ventana, ambas intactas, es decir, exentas de violencia sus estructuras. No estaban forzadas ni quebradas. Una asociación de ideas que aceptarás lógica concebía un escenario de asalto aderezado de añicos, con jirones y reguero de sangre, erosiones y lamentos restringidos a las inmediaciones del herido. Yo miraba de hito en hito por los resquicios de los corpachones a la puerta y a la ventana, a la ventana y a la puerta, intercalando el recuerdo de los momentos precedentes cuando la guardia me vino a buscar y me trajo poco más que con lo puesto. Pensándolo bien, me dije, eso me aseguraba un pronto regreso. Qué ganas de volver a casa tenía, como si barruntase una celada de la que me iba a ser imposible librarme. Creció mi esperanza al no distinguir daño alguno en los humanos que mi inspección alcanzaba a comprobar, ni indicios de patologías curables en primera instancia o síntomas de daños cuya reparación obliga al traslado del afectado. Claro que un traslado de urgencia hubiera significado mi salvoconducto para el retorno a la zona civilizada. Ya ves que

la cabeza me andaba en asuntos dispares al estricto de estar en aquella frontera, porque no se me informaba de la orden que me había traído.

La Atalaya se había mostrado receptiva a las demandas del grupo colonizador. ¿A cuándo había que remontarse para encontrar en el recuerdo de los ancianos o de las crónicas una visita organizada, de ese estilo, con ese cuidado por no devaluar lo escasamente valioso? Entonces yo no contemplaba la funcionalidad del proyecto, como si en nada me concerniera aquella ocupación pacífica y hasta puede que militarmente discreta eximida de bajas; entonces yo sólo quería contemplar la causa de mi presencia allí, remaneciendo en mi nuca la sospecha de que no venía referida a un suceso anterior sino a uno posible o probable, temido o deseado, que tampoco me atañía, pero del que iba a participar contra toda previsión facultativa. Mientras mis temores avanzaban en tropel con espíritu destructivo me acordaba de ti; mientras me envolvía la desolación de la callada por respuesta, aunque no hubiera pregunta a la que responder por no haber sido formulada, intensamente me acordaba de ti. A fuerza de sincerarme, más que acordarme pensaba en ti en la circunstancia que relato. Las conexiones entre esta devoción privada y el futuro que daba inicio en esos momentos de noche oscura y silencio agobiante te serán reveladas a continuación. De ti depende que las situaciones del lado de la casualidad o del lado de la muy estudiada intención.

Yo no abrigo dudas al respecto; quisiera que tú tampoco y no han de hallar cabida en ti si te decantas por la objetividad.

Eran tantas las sombras a medida que la mínima luz exterior ocupaba los espacios de la Atalaya, eran tantas y tan

tímidas, tan tenues, casi inapreciables comparadas con el deprimente manto nocturno, que no identifiqué hasta pasado un buen rato la de Dimo. Entonces no le concedí importancia, ¿para qué iba a concederle una importancia que le negaba en el resto de lugares? Dimo no era nadie en mi cosmovisión; bueno, quizá un apéndice inocuo descartado de la cirugía o de la consideración científica. Eso, por supuesto, aún sin añadir la inquina que posteriormente brotaría del rencor y la indefectible venganza.

Dimo semioculto por la multitud atlética con sus inquietos ojos escudriñando una salida que le ausentara del futuro. Lo sé porque lo entreveía. El estómago es un consejero personal fiable que advierte sólo cuando se perfila el riesgo; mi estómago se revolvía a disgusto y su alerta despertaba a unos sentidos adormilados, acostumbrados a una monotonía placentera o por lo menos confortable. El médico merece un respeto popular y un trato deferente de las autoridades.

Llegados a ese confín de nuestra civilización, todo presidido por una calma glutinosa, y ya conducido a sus entrañas concurridas, todo bajo una aparente seguridad, pude haber sospechado con visos de certeza qué me tenía reservado el designio superior.

En otras palabras, si hay dos o tres o cuatro o cinco heridos, víctimas de una escaramuza, víctimas de una eventualidad soportable por lo imprevisto, se les transporta al hospital de sangre de las inmediaciones; si el percance resulta en mortandad el proceso es el mismo, acompañado de una retirada por escalones o a la desbandada y sálvese quien pueda, a ver quién llega antes al refugio; pero si el olor que se percibe es a miedo en vez de sangre, si la tensión reinante en el grupo humano es consecuencia de

extremar la prevención por si acaso, debía haber sospechado que de mí se esperaba cosa distinta a la ciencia aprendida y aplicada durante mi ejercicio. Fui un ignorante condenado a pagar prenda, lo asumo. En mi descargo alego que no podía hacer otra cosa que aceptar una propuesta razonable para la mayoría.

La sombra de Dimo se rebullía a los pies de sus protegidos. A cada segundo que pasaba parecía temer que de prolongarse la residencia en la Atalaya, los unos esperando lo que dijeran los otros, su excusa carecería del suficiente arraigo como para mover las piezas en la dirección apetecida. Llegado el médico a su efugio no le quedaba más que pronunciarse. Con la sola dificultad de la estrechez, una vez habituados los ojos a la penumbra, y un no querer develar ni oposición ni conciliábulo dilatorio, Dimo se dirigió a su hermano y le habló de una posibilidad coherente con el objetivo que les había traído y la salvaguarda de los presentes y sus representados. Recurriendo a la confianza fraternal, de boca a oído por no dar de sí la intimidación, hábilmente desplegó la táctica que iba a concitar una adhesión liberadora.

¿Para qué tantos si con una reducción al mínimo bastaría? Roeg entendía la cuestión y se puso a repensar su primera idea donde el papel protagonista recaía en su hermano. La idea de Roeg era dejar a Dimo con un pelotón de custodia en la Atalaya, delegando en él la responsabilidad de la confirmación del oráculo. Era un papel apropiado para ser satisfecho por el heredero del jefe y una prueba pública de su valía, discretamente cuestionada en los alejados del poder. A Roeg no se le escapaba que todo pueblo uncido a una constante vigilia necesita depositar una fe ciega en su líder y que éste responda a las expectativas

imaginables sin titubeos y a esas otras dimanadas de la leyenda que marcan una época con serenidad, presteza, valor y destreza refrendada. Deducía Roeg que se presentaba una buena oportunidad para arrastrar al olvido los cada vez más extendidos rumores sobre el carácter intrigante y medroso de su hermano; también deducía que del mismo padre no podían salir hijos tan dispares y que aun existiendo entre ellos diferencias notables desde la infancia, el estado de necesidad las corregiría o diferiría para siempre. Era una buena idea dejar a Dimo en la Atalaya. Pero la idea de Dimo de dejar al médico con una exigua guardia poco o nada delatora para los retornados tenía sentido. Roeg se enfrentaba a un gran dilema.

Dimo, adoptado gravemente el papel de edecán, protegiendo la meditación de su hermano, informó a Lubo de la sugerencia, cuidando las formas para perpetuarse en un resguardado segundo plano. A Lubo la idea no le pareció ni bien ni mal. Había que dar cuenta del augurio y esa era una manera como otra, igual que para llegar a un punto concreto valen tantos caminos como los que lo permitan.

Roeg pensaba de cara a una esquina en el doble dilema moral e intelectual. Lubo aguzaba la vista hacia la difuminada casa Tule, el punto de retorno. Dimo procuraba dar la espalda al médico y a la ventana, conservando la apariencia de propuesta inteligente a lo que era un subterfugio. Los segundos duraban minutos, la novedad tardaba en ser asumida por quien podía certificarla como acierto. Dimo tanteaba reiterarse en el intento cuando Roeg susurró a Lubo su decisión. A Lubo no le pareció ni bien ni mal. Había que dar cuenta del augurio, así se lo recordó a quien era el jefe, aceptando que el número era una circunstancia aleatoria si el campo de acción no se ampliaba hacia

la ribera del Nogre; cosa por el momento fuera del cálculo. Sopesando los beneficios y las desventajas del improvisado plan desde un sombreado intercambio de opiniones entre ambos, convinieron en la reducción de efectivos propuesta por Dimo y en la elección del médico como el representante idóneo para cumplir esa trascendental misión.

Una drástica reducción de efectivos que aliviaría la presión soportada por los viejos cimientos de la Atalaya, ya tan ajena a invasiones.

Las instrucciones corrieron jerarquizadas y casi en tono confidencial escaleras abajo hasta los centinelas apostados en la única puerta de la Atalaya. El médico contaría en cuanto lo supiera con un argumento para validar su presencia en la Atalaya.

Roeg personalmente y en un aparte exterior, comunicó al médico lo que había decidido. Tuvo la deferencia casi amistosa, posiblemente entroncada en un incómodo sentimiento de culpa, de relatarle el periplo ejecutivo iniciado con el aviso del oráculo, la interpretación de los augures, la diligente traslación de los áulicos, seguido de los movimientos pertinentes y acelerados a que ello obligaba a la autoridad. Roeg no buscaba la comprensión del elegido, es aberrante que la máxima autoridad ejerza de pedagogo con la víctima propiciatoria de un sacrificio. Roeg lo enfocaba como un servicio a la comunidad, ineludible, inapelable, insobornable; una prestación honrosa que acrecentaría su fama a ojos vista de la noche a la mañana, sin olvidar la aportación científica que aquella experiencia iba a reportarle. El breve discurso epilogaba quedamente en un premio a la categoría intelectual, un parabién merecido orlado de contribución didáctica, vino a decir el poder. No obstante, a la autoridad le tironeaba su conciencia. Pero se

sobrepuso en dos exhalaciones dando por válido lo aceptado y mandado. En circunstancia semejante la opinión del médico carecía de relevancia, silencioso, un tanto abstraído y recogido en sí, como tampoco era motivo de consideración su demostrable falta de experiencia para el cumplimiento satisfactorio, abnegado, de una misión extraordinaria.

Mientras Roeg, a medida que se le iba ocurriendo, desplegaba un deslavazado plan de contingencia, el médico devolvía imaginariamente su cuerpo al piso donde aguardaba Dimo el complaciente fallo a su ominosa propuesta de salvación personal. Roeg desviaba sus dudas al limbo y del limbo venían absueltas las del médico para recrear el episodio precedente. Podía haberse negado aduciendo la necesidad superior de sanación que compete a un médico. Podía haberse opuesto con parecido, y mejor, argumento de autoridad al esgrimido por Roeg. Podía pero no pudo. Empezaba a caer una lluvia espesa que fue la rúbrica a la declaración de intenciones y la señal de retirada. El agua oscura tomada al Nogra por nubes sedentarias iniciaba el proceso a la inversa; lo mismo que la precipitada comitiva consolada por el reemplazo forzoso. En un parpadeo la Atalaya quedó expedita de pioneros aún sin desperzarse el amanecer, nuevamente sumida en su agrietada postración en aquel lugar remoto rememorado apenas por la leyenda de un tiempo pretérito. Llovía un agua viscosa descendiendo pesada, a desgana, tiznando la mansedumbre del elegido y la resignación de los seleccionados para constituir la guardia personal en tanto que alguaciles fiscalizadores del cumplimiento de la orden. La acedia de los remanentes contrastaba con la agilidad de los devueltos a

la civilización, salvo en un soldado con vocación de servicio.

Al nivel del suelo, el desvaído conjunto, adivinado más que observable, formado por la casa Tule, los brazos del Nogre o la hilera de árboles fronterizos, era una fantasía morbosa. A las puertas de la vetusta Atalaya la secuela de los expedicionarios que al alistarse fueran aguerridos, cinco soldados y el involuntario añadido del médico, cubría la perplejidad —¿aquí quién manda?, ¿qué se espera de nosotros?— consintiendo indolentes que la densa lluvia calara la empatía. A solas la vanguardia heroica con el suplicio de la gota. Sobre la cabeza del médico percutía la cadencia de los condenados; él era la pieza que cobraba mayor patetismo también en su vestuario, inadecuado para soportar el castigo de los elementos. Podría justificarse diciendo que todo había sido tan repentino que no le dio tiempo a equiparse; pero mentiría. Cuando el enviado de la autoridad le requirió para la marcha nocturna no pasó por su cabeza este ni los siguientes capítulos que ahora gestaban el futuro. A un médico se le solicita a cualquier hora para atender urgencias relacionadas con su ciencia y se le suele acompañar en sus itinerarios porque es un bien preciado, común, escaso y en ocasiones mágico. En eso pensaba el médico escarnecido por la lluvia de gotas gruesas, malolientes; en eso y en que la autoridad le había conferido el mando civil de la operación.

Menos fue a prestarle su capote. Era tal la carencia de medios de subsistencia que había que compartir el capote o refugiarse en la Atalaya hasta que escampara; surgía otro problema con la intendencia. ¿Qué decidía el jefe? Los soldados aguantan lo que venga y lo que caiga si el entrenamiento ha surtido efecto en ellos, pero no se les debe pedir

una función para la que no han sido preparados. El médico agradeció el detalle pero rehusó la prenda. En un alarde que a nadie de los presentes hubiera extrañado tanto como el hecho de estar donde y con quien estaban, podía decir a Minos en tono poético que rechazaba el generoso ofrecimiento porque antecediendo al alba, en ese lugar incógnito, le apetecía mojarse con la lluvia regalo de la luna nueva y respirar a pleno pulmón la fragancia exhalada por la tierra humedecida y la flora asperjada. La poesía es un recurso instintivo.

La poesía engarza la desesperación a la cordura.

La poesía redime, Heda. Nos iniciamos de un modo poético, espontáneo como las uniones que fragua el viento. Tú, sin saberlo, representabas el amor difícil corrido en verso. Era radiante la mañana que acudiste a mi puerta. La abrí yo, como si supiera de antemano que eso es lo que esperabas. Me miraste y dijiste: “Quiero...”; dijiste: “Vengo...”; dijiste: “¿Puedo entrar?”; dijiste: “Soy...” No dije: “Lo sé.” Dije: “Pasa.” Y tú sin haber pronunciado una sílaba entraste invitada y te sentaste a la mesa dispuesta con el desayuno. Una mañana radiante de luz y colores viniste a desayunar conmigo sin que mediara la casualidad. No pregunté: “¿Qué te trae por aquí?”; no pregunté: “¿Qué deseas?”, “¿cómo te llamas?”, “¿cuándo fue la última vez que nos vimos?”, “¿recuerdas mi voz?” Recordaba tu voz, tu sonrisa, la gracia de tus facciones, la propagada armonía de tu cuerpo, la última vez que nos vimos y esa merodeadora cadencia expresiva que te celaba.

Tú no eras tú aquella mañana. Quiero decir que tú eras tú en esos momentos en que, distraída con el agasajo y curiosa por la novedad, buscabas una excusa que justificara tu sitio a mi mesa. Yo hablaba por los dos ofreciéndote

motivos para despertar tu interés por la reciente posesión. “Estás en tu casa”, no te dije; “estoy a tu disposición”, no te dije; “me tienes”, no te dije. Pero lo traslucía mi mirada y la viveza de mi oratoria, y tú, pese a tu condicionamiento, fuiste capaz de atesorarlo. Puse en tu plato las mismas viandas que cubrían el mío y en tu copa el mismo líquido que refrescaba mi garganta cuando tomaba aliento. Sin querer o queriendo te convertiste en mi mejor oyente, en la más agradecida compañía que conociera desde mi llegada. Desconociendo a qué debía el honor de tenerte en mi lugar me había convencido de que era yo la única realidad que te había traído. Te llamé por tu nombre y creo que no te causó asombro. Seguías escuchando lo que te contaba mi voz, no sé qué te contaba mi voz, y tu arrobo, el rubefaciente tono del candor, tu innata timidez para relacionarte con la diferencia, enardecía mi estómago. No sé qué te contaba mi voz pero no querías que dejara de hablar; me pedías que siguiera relatando distendidamente esas aventuras cotidianas que mueven a la sonrisa y a la confianza, que lejos de perjudicar a los aludidos, tampoco recuerdo si mi currículo era de casos con nombre o innominados, los exonera de otra culpa que la de ser humanos, seres y humanos, maticé, y esta diferencia aparentemente sólo semántica se convirtió en un secreto compartido que te correspondía custodiar.

Estaba a gusto contigo, halagado por mi suerte ese día tan bien comenzado. “Querida Heda, te esperaba hace mucho”, no te lo dije y mejor así, pues hubiera sido exagerada la afirmación. Una frase impropia acaba con las expectativas del sentimiento. Era preferible imaginar que el presente, tú, yo y la mañana cálida de cielo luminoso, podía eternizarse con la mutua voluntad de prolongarnos a

continuación donde fuera. No te dije: “Cuándo será la próxima vez”. Me parecía que no era necesario redundar. ¿Pero qué pensabas tú? ¿Cuántas verdades contenía tu cara? Diligente, me expusiste el motivo de la visita; un motivo bordado en la pura lógica. Volvías a ser una funcionaria ejemplar. Desempeñabas nuevamente el papel de inmovible e imperturbable ayuda de cámara. Había pasado un rato desde que llamaste a la puerta y algo menos desde que mi imaginación trazaba planes.

Minos empujó la añosa puerta de la Atalaya que el último soldado había entornado por adquirida precaución, establecida la primera guardia de la avanzadilla ante el punto débil; interpretando que al rehusar la prenda trinchera, el médico daba la orden de acuartelarse en un estilo ausente del militar pero de igual comprensión para los subordinados. Minos dio un nuevo paso hacia el médico acortando la distancia entre la puerta y el inhóspito interior de la Atalaya y el inclemente mundo exterior abatido por una antigua devastación, para a su modo simple y eficaz ofrecerle el austero cuidado que le encomienda la autoridad delegada a cambio de cumplir con lo que de su jefatura esperaba la minorada avanzadilla.

Aún se interrogaba el médico por la causa de su desdicha, cómo si no definir su situación, presumido el causante, cuando la lluvia mutaba la temperatura y el de por sí brumoso paisaje infiltrando bajo la piel púas de hielo.

Del cielo caía un telón de materia licuada fría, muy fría, cercana al límite de la congelación, cortante y agudizada en una burda imitación de parloteo. Fue repentino. Instintivamente y al unísono todos dirigieron los ojos entorpecidos a la azotada cúspide de la Atalaya, aunque eran miradas oblicuas que temen alejarse excesivamente del suelo.

No hizo falta que uno a otro, del centinela al médico, anunciara lo evidente. Allá arriba fluía un velo arrugado de una materia liviana pero de mayor solidez que la oscura licuada arreciando en intensidad y helor. Podía ser una corona, el aspecto era de halo. Un fucilazo dio pistas sobre el origen del fuego de Santelmo.

Luego, otro destello magnífico y otro avasallador hasta que dejé de perderme en su majestad.

Un fuego fatuo, Heda. Un oráculo prístino para el exégeta en que me había convertido; qué mejor texto de lectura que la proyección de los extremos de la vida; sumido en un convencimiento que se introducía en mí verticalmente, de arriba abajo y de abajo arriba, quería disfrutar de mi estatus; la brevedad de la vida se me hizo patente como si estuviera diseccionando un cadáver, un despojo humano envoltorio de secretos golosos que va a revelar lo que guarda su pudrimiento a un traductor experimentado sin recurso a la indefensión. La corona fulgente contaba muchas llamas que andaban en círculo presidiario. Me puse a enumerarlas para sacarme la espina de los relámpagos. Una, dos, tres, cuatro... Prestaba mi oído a una posible voz, prestaba mis oídos con preferencia déspota a las posibles voces que me anunciaran la decisión a seguir. Cinco, seis, siete, ocho... Era un espectáculo estupefaciente. Las llamas ardían avivadas por la licuación del cielo. Me dije: “es una metamorfosis primordial”; me dije, susurrando: “eres un privilegiado”; me dije: “has superado la humanidad.” Caía fuego helado de la bóveda. El suelo gorgoteaba empantanado; los pies iban profundizando en una parcela cenagosa. Sé que la guardia me observaba con una acusadora incredulidad. Pormenores en los que un jefe ingénito no repara. Yo era el jefe, Heda; ¿lo entiendes? Desde

aquella luminosa mañana compartiendo mesa y un esbozo de conversación bajo mi techo, un lugar seguro entonces, donde yo me sentía dueño de la situación y de mis actos, donde tú te dejabas mecer por mis deseos porque yo era alguien importante en el cerco de civilización que te ha visto nacer, aprender, orientarte y vivir en la obediencia, desde aquella mañana esplendorosa yo dejé de ser un amable extraño. Te reivindicabas en mi presencia con tu presencia, no sin timidez, lo comprendo; ¿lo comprendes?, para qué preguntarme; lo comprendía. Yo era el médico, una personalidad de segunda instancia pero incluido en la dignidad y en la deferencia; un segundo escalón en la conquista y en la defensa. Yo era un atractivo en la áspera cotidianidad. Un hombre cortés al que le daba igual quiénes eran tus progenitores y qué habían sacado con tu traspaso. ¿O fue cesión? ¿O fue renuncia expresa? ¿O fue encargo? Disculpa la insolencia, ha sido una veleidad; bien sabes que mis modales son intachables.

Al contacto de aquella sustancia viscosa y gélida la ropa y la piel se retraían; una piel lasciva que pretendía el contacto, morbosamente humano; una ropa insuficiente para impermeabilizar. El voluntarioso Minos apuraba su conciencia para saber qué hacer conmigo, ¿me había tomado cariño fraternal?, ¿o era lástima hacia el cautivo de los lazos de sangre?; echaba la mano al casco de metal estriado enfundado en lona para dármele, para sugerirme que me cubriera la cabeza suponiendo que esa parte expuesta de mi anatomía debía servir para mucho más que perderme en divagaciones que nos hendían en el fango; me ofrecía esa tapadera de encaje para exorcizarme del hechizo, llámémoslo estupor, Heda, y ya dotado de refuerzo pusiera fin a la insensatez de la permanencia a la intemperie. ¡Qué

podía imaginar una mente como la de Minos, o la agrupación de mentes adiestradas para una sola tarea que dependían de mis órdenes al no haber otra fuente de las que manarían! Era notoria su preocupación, pero yo me sentía reconfortado con el odio hacia mí mismo y con ese vacío absorbente presidiendo el cuadro de manchones. Minos, criatura confiada a la ciencia. Puede que mi boca sonriera. Un gesto ácrata, un gesto desabrido y el pacto con la indulgencia. Me culpaba de mi suerte, cierto y cabal, yo era el único culpable al que podía castigar directamente; tal vez ese era el motivo por el que me extasiaba con los elementos, con el fragor virgen de la Naturaleza. ¡Criatura afortunada asistiendo al preámbulo y al epílogo del mundo, yo! La dualidad en jaque, Heda. Mi alteridad desvanecida, Heda. Me consumía el rencor y un ansia de venganza filosa me volvió audaz. La respuesta les llegaría a ellos puntualmente; una respuesta de magnitud absoluta. Cada instante que pasaran sin noticias les acosaría la incertidumbre, puede que en un reducto de conciencias soliviantadas también la culpa por una mala acción inconfesa; y una visión reiterada de sombra furtiva y ágil. Esa sombra describiría un círculo carcelero que entraría y saldría de todas partes indemne a los daños, impune a las consecuencias, libérrima manifestación de la conducta dominante. Meticulosamente elaboraba mi consigna de espaldas a la guardia, de cara a la advertencia. Nadie iba a ganar, pero yo no iba a perder.

Aquella lluvia pesada, oscura, rugosa, viscosa y fría me había embriagado proporcionándome un coraje imprudente. Aquella luminiscencia majestuosa me confería un vástago de su poder. Yo era el jefe, Heda, y hasta donde me alcanzaba la vista mis posesiones.

Ordené a la guardia que ocupáramos la Atalaya. La exigua tropa se aprestó a cumplir mi primera orden, la que deseaba ejecutar aleando; con la luz del día las cosas se ven diferentes, disminuyen los temores y parece que hay tiempo para responder a una eventualidad.

Constituido en comandante de la guardia, ¿lo era, no lo era?, Minos cerró la puerta, atrancó la puerta, reforzó la vigilancia en la planta baja y esperó la nueva orden. Eso quería Minos, eso querían los demás: órdenes. El soldado ha de cumplir las órdenes del mando natural. Yo, Heda, era el jefe. Mi segunda orden no fue tan bien acogida y ocasionó, cómo no darse cuenta, un sentimiento de aprensión, de escama nerviosa. Las luminarias con la potencia restringida acentuaban la intranquilidad generalizada. Cada soldado una luz, en medio Minos y yo con las manos libres. Un suspiro, dos suspiros hasta que se impuso la obediencia debida y la puerta cerrada, atrancada, quedó desguarnecida de humanos armados. La fe de Minos en la autoridad me facilitaba la iniciativa.

La fe da un sentido trascendente a la vida, Heda.

El médico dispuso que la guardia acantonara en la primera planta, distribuidos los efectivos a lo largo de las paredes guardando la separación reglamentaria entre cada uno, alternados en la conciliación del sueño, con vigía incisiva a los lados de la ventana y de la puerta. Iniciados los respectivos turnos, el médico se llevó a Minos para reconocer completamente el lugar. Empezaron por el ático; el médico quería acercarse a las alturas destellantes; tres ventanas y un mirador de casa solariega, un anejo frívolo en una arquitectura mínima de superficie diáfana exenta de mobiliario. En su extremo occidental el miradero se abría a un horizonte único, constante, indescifrado; la hora y la

atmósfera no daban para ver nada en el exterior. Revisaron el techo, de menor altura que en el resto de plantas pero aun así permisivo con la de unos humanos adultos y fornidos, percutiendo cada pocos centímetros con el arma larga de Minos; nada, aparte de ocasionar nuevos desconchados y una pátina descolorida en el suelo. La misma operación ahora contra el suelo, un paso y golpe, paso y golpe, el médico concertaba los movimientos de las extremidades del ejecutor, un paso y golpe seco; tampoco el suelo escondía en su sonido un secreto de entrada o salida. Continuó el registro en las paredes sin obtener la certeza de un doble fondo, una cámara para la conservación de aquello que requiere otro momento para cobrar protagonismo allí o donde fuera. Minos hacía lo que le ordenaba el médico sin cuestionar la oportunidad o el procedimiento. La inspección probaba que el único acceso para entrar o salir del ático era la escalera que comunicaba la planta baja con los dos pisos superiores.

Para terminar con la revisión descendieron al sótano. La trampilla que daba paso a la dependencia subterránea medía dos metros de largo por un metro de ancho, las dimensiones de un ataúd holgado, y se dibujaba en el suelo de la planta baja ladeada hacia la pared oriental y tocando a la fachada orientada al Sur. La trampilla, de listones de madera deslucida y frágil, se abría hacia la derecha y quedaba apoyada en la pared formando un ángulo de setenta grados. Las dimensiones del sótano eran idénticas a las de cada piso, cuarenta metros cuadrados, aproximadamente, de geometría rectangular, ligeramente más largo que ancho. La Atalaya era un puesto de vigía definido por su nombre, pero también un sitio donde aprovisionarse y pertrecharse, un espacio a cubierto donde guarecerse de la

intemperie, de las inclemencias constantes, y la hostigadora soledad de un mundo desposeído de referencias habituales para el asilado forzoso; y también un lugar de encuentro con la introspección; y además, aunque de difícil comprensión y de improbable aceptación, la antesala de un viaje sin escalas de principio a fin o de fin a principio. La Atalaya es la muerte, colegía el médico.

Minos no traslucía su pensamiento siempre un paso por delante o un paso por detrás del mando.

El que recalca en la Atalaya muere, infería el médico; más aún, sospechaba, el que en ella permanece.

El sótano dibujaba tres accesos cegados con piedras encajadas a viva fuerza; uno en la pared de Levante, otro en la del meridión y el tercero en un suelo de terrosidad pardusca y desigual, ruta imaginaria hacia el Hades. ¿Adónde conduce el subterráneo que profundiza en la tierra? Médico y soldado cruzaron una mirada de soslayo. Intentar abrir una salida allá abajo era incongruente teniendo una franca arriba.

—Esto lleva al Norte —dijo el médico por decir, señalando la puerta en el suelo. Con la mano cogió un pequeño montón de tierra granulosa dejándolo caer a continuación—. Trizas...

Decía por decir a un oyente embebido por la solicitud.

Tres escapatorias hacia los puntos cardinales divergentes con el enemigo que se daba por hecho procedería del Oeste. Salir al encuentro del enemigo no era deseable. ¿Lo era huir en las otras direcciones? ¿Y adónde? La distancia cubierta por las salidas podía ser larga o corta, muy larga o simulada; podía tratarse de un engaño, de una nueva burla de los arquitectos; podía ser que cada ramal de huida desembocara en una sala diáfana de aproximadamente

cuarenta metros cuadrados pero sin ventana, sin fuente de luz ni aire, una estructura aunada de cárcel y patíbulo. Los huidos se refugiarían en aquella entraña destructiva sin tener conciencia del procedimiento tramposo. Acto seguido los juzgadores, antes captores, deliberan pausadamente sobre el futuro individualizado o colectivo y obran en consecuencia tapiando, mandando tapiar a los obreros asalariados, la única posibilidad de regreso al exterior o condenando a una muerte humanizada en los respectivos habitáculos; una muerte por arma idónea, más o menos certera, más o menos rápida, más o menos prorrogada con un añadido fulminante.

—Celda... Tumba... ¿Tenemos que pensarlo?

Decía por decir, quizá queriendo provocar una reacción en el inmutable soldado.

Con la pregunta esparcida en la catacumba a falta de mejor recipiente, el médico dio por finalizada la inspección rutinaria del edificio. En los minutos transcurridos desde su llegada, ¿cuántos serían?, ¿quién los contaba?, él y su percepción del mundo habían cambiado significativamente.

—Hemos dejado el ayer —dijo por decir.

La suposición del amanecer indujo al médico a buscarlo fuera de la Atalaya, valiéndose de la excusa del reconocimiento para salir solo, caminar en solitario, pensar a solas. Aceptó el capote y un arma defensiva en la que apoyar la inseguridad si llegaba a morder el libre albedrío. A Minos no le quedaba otra que resignarse a la obediencia, mal que le pesara; el médico resultaba un jefe nada común y aun así no le incomodaba su actitud ni sus órdenes; quedaría aguardando entre la tenebrosidad del espacio a cubierto y la del inmenso espacio perdido hacia la nada, una pie en

cada orilla, a cual más desazonadora. La vista larga y la boca cerrada.

El médico se alejaba en la dirección donde el Sol se pone. Era una manera de rebelarse a la certeza de que pasaría mucho tiempo hasta reconocer una mañana luminosa aureolando el cuerpo deseado, el envanecido desprecio del orillado, una venganza intimista y de poca monta. Atrás, difusa por un amanecer coartado, la sumisa construcción avizora peroraba al caminante de rumbo arriesgado desde un antiguo conocimiento que por ser útil se brinda a un destinatario concreto, cuyo nombre o cuya función terrenal hubiera sido registrada en el libro mayor.

Media vuelta para confirmar la interlocución. El médico, discretamente acompañado del explorador —una personalidad crecida dentro de la otra aparentemente en cuestión de horas, ambas taciturnas— mantiene la vista larga, el oído atento y la boca cerrada. El médico pisaba el blando viscoso de la enfermiza tierra de nadie, una zona proclive a la desaparición de todo vestigio material, un peligro de hundimiento acentuado cada segundo de insistencia por dejarse convencer de su importancia. Aquello tenía sentido y desde ese acuerdo expreso procedía interrogarse liberado de la traba por la sorpresa. No había que pensar en el regreso, algunos caminos que conducen a parajes de cautiva belleza, emparentados con los espejismos, lo ponen difícil dado que su ambición es la de compartir un misterio de esos que se cuentan una sola vez a cada visitante; y así sucesivamente con cada visita inesperada para el visitante, que nunca deja dicho como aviso solidario a los siguientes si el desistimiento de regreso es voluntario. El médico y su alteridad hollaban la calamitosa tierra de nadie pisando añicos, quiebras y desahucios. Un somero es-

tudio forense dictaminaría su procedencia humana. Restos humanos expulsados de la telúrica sepultura, capítulos desquiciados de una dominación inconclusa. ¿Y las tumbas? ¿Las lápidas, los túmulos? ¿Hubo espléndidos panteones conmemorativos de la incesante batalla delimitando el campo del honor? El viento punitivo erosiona la vergüenza de la revelación. Los elementos se ceban con el yermo cadavérico. Médico y explorador atraviesan una tierra enajenada al destierro de horizonte impreciso. ¿Dónde está lo que se busca? La mecánica de la guerra es simple, invariable si se procede al modo tradicional. Avanzaban unos mientras se retiraban los otros, luego a la inversa; los unos avanzaban hacia el extremo opuesto de la partida, es lo lógico, mientras coordinadamente con la ley del tira y afloja, los otros, en su papel, tan deseosos de sobrevivir como los primeros, se retiraban hacia el extremo original. Pero no todos ni al unísono conseguían realzar armónicamente el juego. La reiteración del toma y daca cobraba piezas alternativas en número aleatorio. Hubo días que la contabilidad de bajas: muertos, heridos, desaparecidos, evadidos, desertores, desafectos a todas las causas en litigio, excedía los límites del juego con dos contrincantes, era obvio. A eso también se le llama victoria o derrota, según el cronista del bando ganador o perdedor, según la fidelidad a los hechos o la inversión a la épica del relato.

Los cronistas de los hechos fabulosos tienen mala prensa en la artificiosamente propagada cuarentena del reconcomio, suponiéndoles alguna voz, alguna presencia testimonial en los órganos de difusión oficialmente instituidos, en las sociedades nutridas con los perdedores que se obstinan en esa denigrante condición pese a desear y

establecer decretalmente lo contrario. A todo se acostumbra uno cuando es carne de cañón o de prostíbulo. Es una forma de vida recesiva en un perímetro estrecho, aunque útil como eximente para eludir compromisos emprendedores desechados una generación tras otra a cambio de un sustento pactado con los agitadores y propagandistas de la indolencia. A todo se hace el que se conforma con la benevolencia de la célula de crisis. ¡Victoria o muerte! El médico conocía de esa querencia victimista en un número considerable de funcionarios, incurables enfermos de labilidad, cuyos nombres no eran, cuyas vidas no fueron, cuyas obras inexisten; había viajado lo suficiente para comparar y había vivido un mínimo evaluable para tener conocimiento de causa de lo que es y no es.

¿Qué precisaba el mundo antes y qué precisará después de serlo? No hay duda: médicos y soldados. El médico puede jurar que esos son los dos ingredientes de la fórmula mágica que otorga la inmortalidad. En una tribuna adosada al recinto senatorial, la nobilísima y sapiente cámara de los inmortales que ha erigido sin fecha la mayestática inteligencia, aparecen nimbados por la gloria de la utilidad los militares y los médicos. Son muchos los de ambos oficios agrupados en los anales de la historia, que no todos, pero nunca tantos como para nublar la perspectiva. La combinación resultaba elocuente al médico en su camino hacia el ocaso. Para no profanar el inmenso cementerio removido caminaba a paso corto en línea recta, tomada como referencia la hilera de árboles paralela a la orilla oriental del Nogra. Un segundo antes, puede que un minuto o una hora, antes de alejarse de la Atalaya la hilera de árboles era perfectamente visible. Ya no. Desde las inmediaciones de la Atalaya era distinguible la hilera de árboles con las

raíces unidas en la tierra húmeda que bordea el primer brazo del caudaloso Nogre. Cualquiera podía atestiguar que era cierta la visión. Ya no. Frente al asombro del médico lo que aparecía era una inacabable extensión de terreno desierto, suavemente crestado y sibilante al soplo del viento, copia fidedigna del que transitaba cuidando de no herir a los caídos. El sonido, fúnebre, de compás agónico, lo orquestaba el elemento aéreo en su discurrir caprichoso por los huecos de las fracturadas muestras del osario, tenía donde elegir instrumento el portentoso solista; y era similar a una voz humana entrecortada implorante de misericordia: “Acaba con mi sufrimiento...” “Escribe mi epitafio...” “Dile...” “Dime...” “¿Ha amanecido...?” Rastros y restos diseminados y humildemente ofrecidos a la curiosidad científica en ese mercado permanente. “¿Eres de los nuestros...” Pero ni rastro ni resto de la última frontera. Preguntar a los muertos es habilidad de forense; reponerlos para su vuelta a la movilidad vital, no. El médico detuvo un paso que lo adentraba en la desolación. Atrás, ya sumida en la distancia donde vierte su experiencia el pasado reciente, la Atalaya era una vibración de mano enferma, un estremecimiento inducido por la colemia. Sobre un pudridero hecho a la mansa espera, la perturbación fosforescente coronaba vistosa los tres pisos a modo de faro para evadidos con ínfulas de salvación en la uniforme orografía. Delante, nada. Por delante kilómetros de erial; la repetición mimética del paso previo avanzando en ninguna dirección, a ninguna parte, con un trasiego de carga mortuoria alrededor.

No dije: “He venido a veros”.

¿Por qué no fui amable con ellos? A los muertos hay que darles conversación. Los muertos, a ratos, quieren sen-

tirse vivos, no sólo recordados; gustan, como los buenos anfitriones, de tomar parte en los proyectos a corto plazo dando su versado parecer. De los muertos es la frase: “Si por mí fuera ahora yo...” A los muertos no les corroe la impaciencia y por eso su perspectiva de futuro es privilegiada.

Con las primeras luces de una mañana incierta, tenuemente lluviosa, una sección de enlace enviada desde la retaguardia para aprovisionar a los destacados en la Atalaya dejó pertrechos y vituallas para tres días; el acuse de recibo confiaba en un detalle de operaciones con que reportar puntual y satisfactoriamente a los diferentes estamentos de autoridad ansiosos de noticias. Pero la novedad es que no la había. ¿Qué iba a transmitir Minos, accidental jefe de puesto? “Seguimos alerta. El médico ha salido a reconocer el terreno. Espero que vuelva. Espero órdenes.” Poco sustancioso, minucia. La orden era continuar en la Atalaya informando cada tres días a la llegada del enlace.

Alimentos para tres días.

Al tercer día, un mediodía tenuemente lluvioso, la novedad seguía sin novedad digna de mención: “El médico ha salido a reconocer el terreno.”

El médico es un explorador concienzudo, podía alegar Minos al fruncimiento de cejas del emisario; nada es tan increíble como la verdad. Pero, ¿qué dice el médico cuando regresa de su exploración?, podía inquirir el emisario en un tono conminatorio. El médico callaba y reflexionaba o viceversa, al margen del mundo circundante. Nadie le vio tomar notas en la remesa de hojas que para el menester cronista le fue mandada, junto a los útiles de escritura, con el primer enlace; ni una sola de sus meditaciones traspasó el ámbito privado para hacerse patentes en un

documento que hubiera adquirido en el acto carácter oficial.

¿Qué dice el médico?

El médico habla sin hablar. En su aparte de estancia la fisonomía del médico no transmite una sola impresión.

¿Qué le contaba a Minos? Sólo hablaba con Minos, Heda.

Entre él y yo había surgido una simpatía fruto de la dependencia. ¿A qué me refiero? En Minos tenía un aliado espontáneo; él no iba a delatarme, qué ganaría haciéndolo, qué sabía de mis andanzas de la mañana al atardecer, de la mañana a la anochecida, de la mañana a medianoche, como para hilar una historia que cursara efecto, deseado o indeseado, en las altas magistraturas; y yo obraba a mi antojo, es un decir, sintiendo la cuerda que sujeta a la marioneta apretada en la muñeca de un lado y en el tobillo del lado opuesto, forzadas las contorsiones del ilustrado pellele, ¡nos contarás lo que hemos de saber!, títere pesquisidor de la ígnea trayectoria de las estrellas fugaces. Minos me reservaba un plato colmado, agua fresca y un espacio limpio donde no temer el acoso de la guardia sediciosa a la par que yo le confortaba siendo el jefe que vuelve, saludable, come, reposa y piensa.

Te doy otra versión, sólo para tus oídos. Yo era un errabundo artista en busca de inspiración deambulando por el país de las metáforas. Tú habías oído hablar de mí por boca interesada de admiradores anónimos, esos personajes que uno no sabe dónde catalogar que recalcan en los núcleos de población de las sociedades perfectas lo justo y necesario para constatar las maniobras evolutivas de las que se ufanan y desaparecen como llevados por los vientos enteros. Habías oído hablar del artista vagamundo desde la incli-

nación de los favorables a mi causa; y hubieses dado algo de tu exclusiva pertenencia, que no te comprometiera fatídicamente, a esos relatores de ocasión para que pintaran con mayor detalle al idealizado y, quién sabe, para que te organizaran a las afueras de la ciudad un encuentro clandestino de cariz romántico. ¿Me dicta egoístamente la imaginación? El artista vagaroso por el indómito país de las metáforas se toma esa licencia. Sigo con la versión privada acompañado de tu tímida curiosidad. Mi pretensión era atravesarlo de punta a punta, suponiendo que la Atalaya se sitúa en un extremo y la hilera de árboles a la orilla del primero de los ocho brazos del Nogre en el contrario y en absoluto simétrico; pero, lo confieso sin reparo, no daba ni con la entrada ni con la salida de aquella inmensidad idealizada. Ridículo, ¿verdad? Grotresco, bufo, estúpido pretencioso. Yo que tú me reiría por lo bajo. Yo que tú no perdería ripio de la historia, aguza los sentidos que te pertenezcan que ahora se perfila el drama para el bucólico viajero de países fingidos y la arrobada audiencia de los vates desplazados. Una tragedia me asolaba. ¿O era singularmente a esa geografía desvirtuada? Doy por factible que la misma tragedia nos asolaba a ella y a mí. Ponte en su piel con una piel elaborada de espuma de mar. Si te pones en su piel te quedas en nada, de ti no queda salvo el siseo de la ola moribunda en retirada, adiós dulce flor maculada. Una tragedia para ella y para ti si te has transmutado en espuma de la sal, adiós belleza impostada. Guarda tu piel en los paños de sedería, treintava cláusula de la dote; la trigésimo primera cláusula de la dote está escrita con tu sangre menstrua vertida en el equinoccio de otoño, convenidos los parabienes en la insonorizada dependencia auxiliar del continuador de la saga. ¿Me sigues? Lo intento de

nuevo sin disculparme, sin el menor propósito de enmienda, mojada en bilis la pluma que escribe los escolios. Todo lo que te han contado es mentira, aunque a ti no te han mentido, aunque a ti no te han contado casi nada. Empieza a mirar por tu cuenta, quiero decir con tus ojos. ¿Te han arrancado los ojos con unas tenacillas al rojo? Las cuencas vacías de las calaveras rememoran a duras penas los jirones de piel cauterizada. ¿Te han arrebatado la mirada como dación en pago? Quiero decir si lo que tus ojos ven es autónomo o está completamente condicionado o persisten atónitos leyendo la sucesión de cláusulas. ¿Te ha hundido los globos oculares la presión de sendos pulgares gruesos? No sé qué pensar. ¿Hay esperanza? No sé qué pensar. ¿Cómo te imaginas la muerte?, no me refiero a tu muerte, de la que todavía puedes escapar, sino a la muerte de la que no hay humana escapatoria. ¿Cómo la imaginas y cuándo es más nítida su presencia? La muerte no es una enfermedad sino la consecuencia de un proceso patológico, paradoja, humana paradoja; claro que la muerte también es el efecto fulminante de un suceso alevoso que rubrica la indefensión de la víctima. ¿Me sigues? Mi testimonio es confidencial. Cuando me pregunten diré que no sé nada que no sepan, que no he visto nada que no hayan visto y que no he sentido nada que no hayan sentido los que han pasado por eso mismo; puede ser suficiente para el interrogatorio preliminar y los consecuentes e incluso para convencer a los que más interese que mi versión sea la cierta; ¿a quiénes me refiero?, no sé, no sé; ¿lo sabes tú? Tú eres de los suyos, ¿tú eres de los suyos? Te dirijo una batería de preguntas: ¿te han amputado las extremidades inferiores?, ¿te han seccionado de un tajo las extremidades superiores, la cabeza, el abdomen, la nariz?, ¿te has ali-

mentado de cartílagos y tendones?, ¿has sobrevivido con una dieta de retazos de carne putrefacta, engullendo con la nariz tapada vísceras compartidas con sus legítimos comensales? Hay enfermedades horribles. Hay enfermedades que no son mortales pero arrastran unas secuelas demolidoras para el ánimo del convaleciente. Mi experiencia recuerda casos que sobrecogen al más pintado. Mi experiencia ni es tanta ni es poca, simplemente es. ¿Quieres que te cuente mi experiencia? No dices ni que sí ni que no, como si te diera igual que te encerraran en una habitación con únicamente techo, paredes y suelo a la vista o en una habitación con trampilla a un subterráneo que te depara una posibilidad de invertir el destino; pero yo creo que tienes opinión aunque la conserves entumecida en la garganta. A lo mejor es que me interesa creer que eres el reverso de tu imagen. En los lugares públicos y en los de reunión privada se enardecían los partidarios y los detractores del colérico rechazo, gritaban unos con la voz atiplada: ¡culpables!, gritaban otros con la ronquera de la desesperación: ¡víctimas!. Los deudos de las víctimas se llevaban la peor parte, es lo habitual; aunque algunas muestras de orgullo a la vieja usanza: cabezas alzadas, espaldas tiesas, miradas sutiles, vestidos elegantes, brazos y piernas de arco modulado, incitaban a creer que la disputa era pasajera como pasajera es una ruta comercial con la marinería y la oficialidad anhelantes de atracar en el puerto donde serán bien recibidos por los naturales que esperan las mercancías estipuladas, más una anejo de concebida sorpresa, y por los emigrados que esperan la nutritiva divisa al por mayor o pormenorizada en contratos verbales perfeccionados por la veloz consumación. ¿De qué te hablo? De una epidemia atroz. Te hablo del fin de los tiempos. Puedes

reírte tapándote la boca. ¿No me crees? Yo tampoco me creería si me pudiera escuchar. Yo tampoco creería a esa voz que al ser preguntada resume en una escueta frase lo que ha descubierto. Nada de nada. ¿Hay conclusión más terrible que esta?

Minos sabe lo que él médico le cuenta al volver de cada descubierta.

Para el soldado era un alivio que el médico regresara, pese a no saber cuándo; al verlo llegar con paso calmo y el aspecto abstraído por la misma dirección de la que había partido horas antes se le aflojaba el nudo del estómago. Que le hablara más o menos durante el tiempo que compartían encierro vigilante en la Atalaya era asunto intrascendente para Minos, pero agradecía que le dedicara unos monólogos en tono que quizá fuera cordial. Las novedades que reportaba Minos eran burocracia insustancial epilogada en la misma frase cómplice: “el médico ha salido a reconocer el terreno”; asentía con la cabeza sin prestar atención y deseaba paternalmente un feliz descanso al buen soldado.

¿Qué dice el médico?

Habían pasado otros tres días. Pasaron tres días más y se repetía el protocolo, incesante la lluvia acompañando las idas y las venidas de los emisarios, llovía a diario y a diario las noticias se diluían en la espesura del agua; aumentada en los emisarios la presión para sonsacar lo que no habían obtenido de la fuente electa. El fin justifica los medios, o habla ese o los enlaces cuentan una suerte de impresiones medianamente hilvanadas al agente intermedio.

Los enlaces dejaron alimento para tres días y una reconención asimilada a la amenaza; nadie quiere cargar con la responsabilidad ajena si puede evitarlo.

¿Qué dice el médico?

Menos duda. El médico ha regresado casi al amanecer, un amanecer oscuro de nuevo, con el rostro demacrado; apenas ha pronunciado unas frases de saludo, más abstraído que de costumbre; apenas ha probado su ración, la ración de subsistencia, y ha echado un sueño turbio que le agitaba el cuerpo bajo la manta. A poco se cruzan los emisarios con él.

¿Qué dice el médico?

Por un pelo la pregunta no se la formulan al interesado. ¡Qué contrariedad para los que tanto ansían el conocimiento de la verdad! La piel de los emisarios se perla con el cáustico sudor de lo irreparable. El diagnóstico facultativo es el trofeo que persigue la autoridad y no reparará en gastos humanos hasta conseguirlo; no sirven sucedáneos pues si la verdad es única sólo es fiable el testimonio de quien la posee. Las víctimas huelen su propio miedo, cuando van y vienen dejan a su embarazoso paso un reguero de miedo que traza el camino de ida y el de vuelta; las víctimas de la indefinición se adivinan condenadas a una pena ejemplar si el médico no suelta prenda; pero para que hable han de dar con él donde se le supone. Todos tienen mala cara: los destacados en la frontera, los enlaces, el médico, la autoridad, pero como no buscan lo mismo las caras no son equiparables. Nadie dice claramente lo que piensa y el malestar cunde y la decepción hace mella. Los de aquí y los de allá parecen muertos en vida pese al movimiento, de diámetro incompatible entre unos y otros, que

los trae o los lleva; es decir, que quien simula estar más muerto que vivo es el batidor del osario.

El médico ha convertido en aliciente aquella obligación que naciera del despecho y, también, en curiosidad manifiesta que tira del cuerpo y fuerza los sentidos. Infiere que cada una de las respuestas que dé a cada una de las preguntas que le lancen será decisiva para él y, por connotación, para los demás; nadie quedará indiferente diga lo que diga. Tampoco el manipulador Dimo. Deduce el médico que Dimo es la causa directa de su participación en aquella aventura extraviada donde los que vigilan el horizonte son vigilados por las siluetas retornadas del horizonte; cada par de ojos que escruta hacia la casa Tule y su alrededor acuático tiene su correspondencia remitida desde ese lugar de culto al que se teme como a los instantes previos de la muerte y que atrae como el vacío. Dimo debe sentirse a salvo en segundo o en tercer escalón, hacia la retaguardia, hacia el amurallado palacio presidencial; probablemente ya se ha instalado en su confortable parapeto tan lejos de la sospecha certera, ¿quién se atreve a denunciarlo?, como del riesgo inminente, ¿quién se atreve a comprometerlo?; acompañado del cortejo de fidelidades adquiridas mediante un precio tasado. Dimo nunca se desenvuelve solo, ¿para qué arriesgarse? En el médico anida un vulgar, trasnuchado, humano, sentimiento de odio que no quiere reprimir.

El médico duerme con un sueño intercalado de presagios y memoria que no llama al buen vaticinio. Supone que algo duerme, porque aún racionaliza, porque aún se mantiene resolute y desprende confianza, pero ningún diagnóstico se lo confirma. No recuerda con precisión lo que ha soñado pero lo cree premonitorio. En el sueño eran de

textura cenicienta los cadáveres más antiguos, los veteranos tenían un aspecto pardusco, en los recientes brotaban las livideces y los que iban a convertirse en cadáveres se tiznaban de pálido; los cadáveres efectivos y los por consignar ofrecían al espectador un contraste pintoresco, no obstante carente de relevancia en el desarrollo de la obra. Quizá lo reseñable en el sueño era la acelerada transición en los colores más que el número, ingente, de muertos desprovistos de identidad, huérfanos de allegados, desahuciados de la morada que ofrece un mínimo de dignidad, un mínimo de intimidad, un mínimo de conmiseración para la víctima. Ninguna víctima esgrime su derecho a la última pregunta; el sueño es mudo. No, si escucha el sueño tiene sonido. La banda sonora es onomatopéyica, el tema recurrente, el coro mixto. Voces y estrépitos; voces de condición humana, estrépitos de condición utilitaria. En el sueño se baila. El peticionario tutea o se afianza, al elegir, en el trato solemne: “¿Me concede este baile, señor, señora, señorita? ¿Bailamos?”. Esa voz... resulta familiar; es..., es; “¿es tu voz?”; los cadáveres saludan donosamente, lucen la sonrisa impresa en el semblante; los afortunados, quizá los antaño distinguidos por sus obras, retienen una dentadura ceremonial y los modos de la elegancia de casta; vistos con benignidad de frente, ellos o todos, parecen vivos, coquetamente descarnados como siguiendo una moda; las calaveras vistas de frente preservan el trazo de la vida, pero si se observa de lado, con el mayor disimulo para no ofender al prójimo, la sensación de muerte es absoluta, lacera como un cuchillo de monte; el perfil enseña una estructura inerte que acrece la soledad del difunto. “¿Cuál me ha dicho que es su gracia? ¿Cómo te llamas?” La boca habla con voz parca, hay que acercarse la

oreja para entender el nombre, el suceso que le ha traído y la causa del óbito. “¡Cuánto lo siento!” La sinceridad de la condolencia va unida al trance. “¿Hace mucho?” La boca cuenta al pabellón auditivo los avatares de una vida puesta en fuga. “¿Me concede esta pieza? ¿Me permites?”, insiste decorosamente el peticionario. Parece que al bailar las palabras fluyen íntimas con la música de la orquesta de cuerda. El baile es una danza con caracteres obsesivos, de línea melódica constante repetida hasta la saciedad con un fondo de percusión obstinada. El sueño es una trepidación creciente que sojuzga al espectador que guarda turno ¿para él, para quién? en la cuerda de condenados, hasta que súbitamente se derrama en una coda, ¿el final de la angustia, la liberación?, término abrupto a esa tensión acumulada de sudor frío y espasmo, portadora del todavía más horrible silencio: el del telón caído con los colores esfumados de la vida a la muerte. “¿Has venido o te han traído?”

Ella no ha aparecido en el sueño, ni sus manos ni los ojos que miran de frente con esperanza, con orgullo, enamorados; es un consuelo y es un dolor. Qué solos están los muertos, qué desamparados, qué olvidados, qué irreconocibles pasado el tiempo. Puede que ella venga después a compartir la historia nueva de una mujer y un hombre que viven pese a las circunstancias, antes de que sea tarde.

A Minos tampoco le repara el sueño que difícilmente concilia. Procura mantener la vela hasta convencerse por la profundidad de su respiración que el médico duerme. No se lo ha dicho ni, presumiblemente, hará mención de ello nunca, supera a su atrevimiento como individuo y como soldado decir al médico que le admira, que es un héroe para él y para sus compañeros. Hay que tener valor, piensa Minos, para echarse a andar tierra adelante, hacia

la frontera, atravesando el páramo significado de incógnita, un día tras otro, apenas servido de agua y comida para esa jornada, sin protección armada más que un símbolo de defensa para ahuyentar alimañas de pequeño o mediano tamaño sin ganas de arriesgarse todavía o para ir tanteando lo que pueda deparar el suelo, un objeto curioso que destella a la luz de una mirada lacónica o un indicio abandonado a un exilio vejador. El héroe reposa con su carga a cuestas, indelegable y tortuosa. Cree Minos que los héroes aun siendo mortales tienen algo que los distingue, una peculiaridad esencial e inexplicable que, además, les protege de las enfermedades comunes, de los miedos comunes, de los desvelos comunes; eso cree Minos. Las horas de espera son tantas y tediosas que dan para elucubraciones incluso en las mentes menos acostumbradas, sin querer con lo dicho señalar a Minos.

El médico se frota los ojos, tiene la boca seca y la garganta irritada; ha debido ser un golpe de aire maligno. Le escuecen los párpados y su visión acusa un principio de opacidad al que quita importancia. Es la fatiga, se convence. Y deja que se despida la secuencia final del sueño con la sentencia que ha conmocionado a Heda: “No portamos la enfermedad; nosotros somos la enfermedad.” El cansancio, los nervios, son excusas recurrentes que valen su peso en oro para guardar silencio sobre las propias acciones.

Nada parece haber cambiado en el mundo desde hace días.

Sin embargo, ha fenecido la luz en las miradas de los soldados, casi en la de Minos, que batalla por su cuenta; uno y otros, con la tez cerúlea, parecen cadáveres insepultos asistidos de una respiración artificial; no van a aguan-

tar mucho más, para ellos no hay excusa que valga; si alguno llevado del instinto rompe con su voz lo que todos quieren oír se habrá consumado la defeción. El médico así lo entiende, moralmente no puede exigirles que acepten un juego del que ni participan ni saben en qué consiste, y a él le resulta poco menos que imposible explicarlo. Los revisa uno a uno y el diagnóstico es equivalente: ya no queda vida de la que echar mano. La transferencia de imagen es elocuente, nadie da más de sí; quizá por eso les pide el esfuerzo final.

—Me voy —dijo a Minos.

Es un tono que quiere agradar. Pide el último esfuerzo a los agotados. Minos da su asentimiento, es la garantía; continúa asintiendo a espalda del explorador que retoma un camino que sus pasos han labrado en la tierra fangosa. Hasta donde divisa Minos el camino indica la dirección a la frontera. No se pregunta Minos por qué pese a la adversidad climática la hilera de árboles y la casa Tule prevalecen en el paisaje, tan estoicos como él mismo. Repite la operación de vigía apostándose en la planta alta, a por una definición mayor del solitario que persiste en su encomienda; pero hoy, ese día tan igual a los anteriores, una mañana húmeda y desapacible calcada a las precedentes, ha sentido el impulso de seguir la huella de su jefe con mayor tenacidad. Un impulso vencido al punto de su generación. Minos no se moverá de la Atalaya; sabe que si se aleja la desbandada será un hecho. Minos es un hombre responsable. El médico, su jefe, le ha pedido unas horas y él las ha concedido; la palabra dada se antepone a todo.

—Cada vez quedan menos como él, Heda; menos hombres y menos soldados como él, estoy seguro. ¿Qué será de la especie cuándo desaparezca el último ejemplar ho-

nesto? Sé que es una tontería ponerse a pensar en algo semejante; para entonces, si se consuma la tragedia, ninguno de nosotros testificará sobre lo que fue. Nosotros también seremos el pasado que forenses y arqueólogos ayuden a recomponer para los archivos y para los museos. Minos me suplicaba que le dejara acompañarme. Creo que hice bien en no darme por enterado.

Seguía lloviendo. En la tierra calada afloraban indistintos los charcos de la inundación. No había camino ni referencias, sólo la marca de mis pasos cortos y ligeros hacia el mismo lugar de fábula, al que no había manera de llegar o tan siquiera reconocer adelante. Mentiría si dijera que mi experiencia había alcanzado la frontera o estaba cerca de alcanzarla, alguno de esos días o en otros de los que no consta pública noticia; te mentiría si dijera que la leyenda era verosímil; les mentiría si me pusiese a contar lo que he visto dotándome de una extraordinaria retentiva que a esos impacientes describiera con pelos y señales la topografía de la frontera, la reciedumbre de los troncos de los árboles, la rugosidad de las cortezas, lo frondoso de sus copas y lo enrevesado de sus ramajes empujados por un viento inefable; el suelo muelle o reseco o resbaloso donde los árboles hienden sus raíces y el viajero, el explorador o el asaltante las suelas de su calzado; la negrura sulfurosa de los sucesivos brazos del Nogra, los ocho descoyuntados brazos del Nogra, los nervios de agua desiertos de navegación y un vado casualmente descubierto, divina inspiración, hacia la vertiente septentrional, camuflado por la inextricable maleza; mentiría con intención y arte si a ellos, al interrogarme con desasosiego, con tinte épico les describiera el lugar de cruce antes y después de la batalla entre una hoja muy reluciente y muy afilada manejada por un brazo

diestro que no siente congoja ni recela de su misión; sorteado el obstáculo y vadeando por la zona habilitada culminaría el segundo acto de la gran farsa explayándome con el continente y el contenido de la casa Tule, el objetivo prioritario de la temeraria descubierta.

¿Me crees capaz de encadenar varias mentiras? ¿Me crees tan hábil como para urdir una venganza que me desquite con creces? ¿Me crees tan inteligente como para salir bien librado de esta?

No te lo pregunto, pues lo que sabes de mí no ha sido dictado por tu intuición; como mucho es sospecha, a ratos buena a ratos regular; lo que sabes de mí no es producto de tus sentidos sino de la propaganda, que a ratos es tendenciosa y a ratos mala.

Como no es novedad ni influye en el relato dejaré de decir que seguía lloviendo. Lo que me rondaba la cabeza en mi tránsito solitario al desconcierto tenía que ver con un deseo personal; mejor dicho, con dos deseos personales: el uno me llevaba a certificar la leyenda y el otro, relacionado en bastante medida, me confortaba al imaginarlo hecho realidad. Los alternaba en mi imaginación sin un método que pudiera llamarse poético o, en rigor, científico. Me distraía de la desolación y el vacío, pero era perjudicial para mi propósito. No iba a renunciar a mi propósito a cambio de fruslerías como las que truecan la voluble ilusión del niño por el alivio compensatorio de los progenitores; hay un momento en que nada es tan importante como lo que se idea, nada tiene tanto valor ni fuerza como lo que se ha apoderado de tu cabeza y de tu tensión; los abalorios cautivan la ambición primeriza y sirven para decorar el fiasco especulativo de la misma, cariacontecido el aprendiz de negociador que no sabe con qué tapar la

delatora muesca de su ingenuidad. Adivino tu pregunta, ¿adivinas mi respuesta? Es simple. Desatento con el mundo en torno, abajo y arriba, corría el riesgo de pasar de largo lo que pudieran ser tus manos reclamándome, tu mirada en un punto fijo adonde, quizá, debiera dirigirme, un resto agusanado remanente de la putrefacción, una prenda raída que te identificara en mi indeleble recuerdo hacia ti, un oropel, una joya, ninguno de mis regalos, ¿son tangibles mis regalos?, un símbolo de felicidad anterior. No dudes que salía en tu búsqueda con mayor o menor conciencia sobre elpreciado objeto; admito que eras una obsesión, no la única ni la principal, disculpa mi indelicadeza. Tenía que encontrarte porque te había añadido a mi proeza y, a fuerza de consecuencia, como tantos de linaje o anónimos, podías yacer en el vertedero de miedos y segundas ambiciones. El miedo te arranca la lengua, te arranca los ojos, te arranca el oído. ¿Quién me aseguraba, entonces, que tus huesos no se apilaban o, aún altivos y en buena forma, aún dignos de la galantería de la carne prieta, se dispersaban por la ruta que conduce a la nada, como queriendo que yo diera con las piezas del armazón, escrupulosamente las recogiera, las tomara en custodia y abrigadas conmigo las llevara donde yo fuera, lejos, muy lejos, infinitamente lejos de la necrópolis.

Caminaba el viajero de oídas, guiado por la leyenda, pendiente de su idea. No conocía en persona la existencia de aquella frontera envuelta en cuchicheos y rumores, temida, admirada, mal descrita y nunca trazada en un lienzo o carta de situación que se tenga noticia; ni de la umbrosa hilera de árboles, de los aviesos brazos del Nogre o de la portentosa casa Tule anhelo de todas las imaginaciones. Lo que quiere decir que había sido testigo auditivo pero no

visual del *Finis Terrae*. Uno, desde su imaginación y en privado, cree que el final del último camino es un apostadero donde quiérase o no se reproduce al grado superior de la jerarquía una confesión sincera y completa de las acciones y de las omisiones que deben rendir cuentas. Luego, depende de la evaluación, el largo camino traído por el viajero fenece o se le abre a un nuevo horizonte del que tampoco nada sé a ciencia cierta ni doy ahora en imaginar. Pongo límite al límite.

No hace falta esforzar la memoria en pos de un recuerdo al que asirse a quien nunca ha estado en el lugar que le lleva su vida. Esos días de impuesta misión profiláctica no era la curiosidad la que le conducía a las inmediaciones del mitificado paraje; no fue antes la curiosidad, solo, acompañado, escoltado, o, en un arrebato de osadía, anticipado por una petición aterciopelada a la que se quiere ofrecer un regalo excepcional, la guía del médico para entremetarse en las habladurías de tantos. En sus oídos resonaban únicamente unos nombres desvinculados de significado convencional. Pese a las jornadas de convivencia con ese mismo paisaje devastado y esos mismos interrogantes opresivos surcando cuantos rostros acudían a su encuentro, la sensación dominante era la de haberse convertido en el remedo de una proyección de sí mismo empecinado en descubrir un imposible paso franco al otro lado. ¿Al otro lado de qué? La inspección no resolvía la incógnita. “¿Qué dice el médico?” “El médico ha salido a reconocer el terreno.” Eso hacía, reconocer el terreno vez tras vez, aumentando la distancia desde el punto de partida. A mayor distancia del origen mayor distancia hasta el destino. Juego cruel habilitado para las vidas miserables. Una extensión interminable absorbiendo lo que en ella se intro-

dujera, caminos y viajeros, a todas las luces, a todas las sombras y a todas las peticiones formuladas mediante el susurro de la atracción. A la espalda quedaba la incierta silueta de la Atalaya, nimbada por la pútrida fosforescencia que desprenden los cadáveres en descomposición. Esa era la referencia para regresar o para seguir, una muerte consciente en oposición a una muerte inconsciente que no parece consumarse si los sentidos perciben el reflejo como si fuera la imagen real. Cuántas veces lo que ven los ojos es una ilusión, meramente una añagaza del deseo que no dispone de mejor recurso para combatir la terrible certeza del engaño, ese consuelo fortalecido y duradero si agrupa el miedo común.

La casa Tule es un espejismo. Los elementos de la arcaica ficción son un producto elaborado por la fantasía de sus recurrentes autores. Este es mi diagnóstico, Heda. ¿Lo expongo crudamente a la autoridad o invento la continuación de una historia inédita? Me tienta proseguir con el engaño. A fin de cuentas, ¿quién soy yo para decir la verdad a unos oídos acostumbrados a la mentira? Ayúdame a decidir, ponte en mi pellejo que en unos días ha envejecido lo que tarda años en desgastarse; seamos coguionistas de la adaptación teatral. Dame la mano, la voy a poner en mi frente. ¿Estoy febril? Me duele la cabeza, sí. Tengo que preguntártelo, ¿puedes guardar un secreto? Sí. Después, después te lo cuento. Por si acaso, más vale estar prevenidos, busca un lugar muy distante donde refugiarnos. ¿Tanto? Bueno, no contemplaba esa posibilidad. Las estrellas no son tan esquivas como las nubes pero no creas que se dejan habitar así como así; incluso puede que cuando lleguemos a la estrella elegida ya no sea más que polvo estelar. Pero no te preocupe esa posibilidad, sigue

ideando el futuro a partir de la revelación. Supongamos, tú supones, yo supongo, que proclamo a los cuatro vientos mi versión de los hechos, desde la credibilidad que me otorga la condición científica y el cargo de alta responsabilidad que la primera autoridad arropada con su consejo, presentes en el acto testigos suficientes de probada solvencia institucional, puso sobre mis hombros, mis piernas, mi cabeza, mi sistema nervioso y mi temple. Proclamo lo que te estoy contando, quedo como un mártir y me largo a un confín remoto donde no pueda encontrarme la venganza de los defraudados. Y tú conmigo. ¿Me perdonaría el pueblo el derribo de su mito más arraigado? Claro que no. Yo pasaría a ser la encarnación del fraude, la quintaesencia de la mentira, el enemigo mayúsculo, el ser biliosamente odiado por haber destruido uno de los pilares de la comunidad. Muerta la confianza se acaba el respeto y la utilidad de un componente lesivo para la supervivencia. ¡Fuera con él! Acoso y muerte. Y para ti lo mismo, por cómplice, por traidora, por desleal.

El médico suspira. Se ha adentrado en el mundo supuesto para convencerse de la inexistencia de seres animados, de naturalezas vivas, de recintos legendarios, de fenómenos sobrenaturales contorneando la percepción de los indagadores; y para dar fe de lo contrario. Suspira. Ya ha superado la distancia precedente, ya ha llegado más lejos y sigue. Sigue un poco más. Es el último viaje. Retiene en la memoria su promesa a Minos, ve a Minos aguardando el retorno para por fin abandonar aquella vigilancia que les ha consumido. Suspira, fatigado. En el páramo inacabable hace mucho calor y hace mucho frío, independientemente del tránsito solar o lunar; sobra ropa y falta ropa pero no coincidiendo la sensación térmica con la longitud de la

noche o la del día; es la primera noche completa de tras-humancia y el recuento de cadáveres disminuye según avanza hacia un horizonte improvisado. Se pregunta dónde acaba el mundo y pone fin a la exploración. El auténtico buscador no ha de estar apegado a lo que ve, supone o descubre. La promesa a Minos, coaligada con la fatiga y la futura venganza, desplaza sin miramientos a la curiosidad; es todo por mi parte, doctor, ¿lo entiende? Después hay lo mismo, hasta la eternidad que, por cierto, tampoco se engañe en eso, es inalcanzable. ¿Es a mí?, busca el médico la fuente de la advertencia. ¿A quién si no?, estamos solos, ceñidos a la demente cordura.

El médico miraba el horizonte ni claro ni oscuro a esa hora indefinida en que un poder cede la prioridad al siguiente que fue anterior hace un ciclo; un horizonte mimético al vacío. Ha venido a convencerse, ¿se ha convencido? Alrededor no hay nada. El crujido de los huesos pisados decrece transformado en un rechinar guijarroso; la maza de Voystrom ha cesado en su cometido y él ha llegado todo lo lejos que su promesa permite.

Hay que volver, piensa.

No puede ser, piensa.

El auténtico buscador se caracteriza por la sencillez en el modo de conducirse y por sus cualidades espirituales que los demás aprecian sin acudir a un análisis exhaustivo.

Parece un espejismo; probablemente lo es. Le parece un reflejo endeble, muy débil, huido del lugar de procedencia, como si le hubiera seguido hasta allí jornada a jornada hasta esa última con algún propósito callado y entonces, opuesto al regreso, contrariado con la promesa, insinuara al caminante que era cierta la leyenda. Está lejos, muy lejos. Se ha detenido a mirar.

Muy a lo lejos frente a él quiere distinguir el parecido entre lo que recuerda y lo que no acaba de abandonar la ficción. ¿Es cierta la leyenda? Parece una edificación encaramada a una eminencia latente, rodeada por cursos de agua ocultos y antecedida por un vallado arbóreo escondido. Parece. Tiene la sensación de que por mucho que avance le será imposible llegar a una proximidad que revele el verdadero carácter de la visión. Y le faltan ganas para continuar adelante; no es sólo la promesa, dentro de sí no encuentra un motivo que le impulse. Suspira. Da media vuelta. Le espera el camino a la inversa, otra vez a pasar por los dominios del furibundo Voystrom. ¿Habrá acabado el baile?, se pregunta. No encontraba un motivo para seguir adelante pero sí encuentra el motivo para retroceder y volver al punto de partida. Va a fijarse en los cadáveres que las herramientas de Voystrom, la maza, el martillo, el cuchillo y unos músculos colosales, han conservado reconocibles con sus heridas contusas, incisas y corto punzantes; va a fijarse en los atavíos y demás posesiones que la constante inclemencia accede a reconciliar con la identificación de los allegados. ¿Le dará tiempo? El tiempo es una excusa, piensa. Minos esperaba. Minos y el médico habían prescindido del tiempo mutuamente confiados a sus respectivas promesas. Pero el camino de vuelta es breve, silencioso y parco en acontecimientos que desvíen de la ruta y del regreso. Anochecía en dirección a la Atalaya.

Minos salió a su encuentro. Nadie dudaría en calificar al soldado de feliz por verle aparecer. Los dos habían cumplido y ese vínculo equivalía a un pacto de sangre. Como un buen samaritano que frecuenta los caminos más extraños o como el padre que recibe al hijo pródigo, le ofreció

agua, comida y un capote que la lluvia comenzaba a humedecer.

—Gracias.

Era la del médico una gratitud sincera aunque escueta y distraída. En ese encharcado punto de reunión deferentemente bebió unos sorbos sin sed, comió unos bocados sin hambre y se enfundó el nuevo capote sobre el que llevaba sin reparar en el frío, todavía calculando la distancia que creía haber recorrido en la ida.

No quiso entrar en la Atalaya ni recibir las novedades del servicio a las que un jefe presta atención. Ordenó a Minos que dispusiera la partida inmediata y que revisara personalmente cada uno de los pisos cerrando ventanas, puertas y trampilla, vaciándolos de evidencia humana, y que las llaves siguieran en su poder. Otra noche en la Atalaya no iba a influir positivamente en el espíritu de nadie. Ha observado como hombre y como médico a los soldados y pese a que él está al borde de la extenuación presente en ellos la irreversible señal de la muerte; cree que su viaje a la leyenda le ha librado momentáneamente del estigma. La guardia formó con presteza y siguiendo al médico y a Minos, convertido en lugarteniente lo fuera o no, dejaba atrás el lóbrego confinamiento que les había deteriorado la fisonomía y lastrado suspicacias y padecimientos. Ninguno volvió los ojos a la construcción fronteriza, queriendo destruarla al instante de la memoria. La alargada mano de la muerte se había posado en cada uno y con ellos va a recorrer el camino que les devuelve a una añorada seguridad; algo menos opresora en Minos, que no la ha evocado; y todavía indecisa, puede que temerosa, en el médico. Un cometa gestado en el nimbo de la Atalaya, dotado con la

fosforescente divisa de la podredura, sobrevoló la pequeña comitiva sin arrancar la menor admiración.

—Heda... Hemos de irnos.

Eso te dije cuando te acercabas a mí en la planta refugio de la Atalaya; cuando, quizá, no era definitivamente tarde para escapar de la deportación. Me daba por satisfecho con mi venganza, teniendo situada a cada pieza del juego en su respectiva casilla: Dimo en el sillón, de cara a la ventana, confabulado con su miedo, ese miedo implícito que anula la lengua, anula los ojos, anula el oído; Jol y Naria, los distinguidos asesores paritarios, el extracto de un gobierno recluido en la simulación, arrumbados al desatino; el benemérito Minos multiplicándose en la guarda y custodia; tú, Heda, disociada de ti en la tierra de nadie; y yo ultimando el guion. Con Roeg, Airanta y Lubo, extinguidos de la dimensión tangible. ¿Que habrá sido de ellos?, es la pregunta que ninguno de los sitiados formula en voz alta o en voz baja o con un hilo de voz o con voz ahogada. ¿Seguimos esperando?, otra pregunta silenciada. Repite mentalmente la situación y protagonismo de cada personaje, inclúyete, inclúyeme. Pero, sobre todo, fíjate en el más odioso, en el detestado. Tenía a Dimo metido en la trampa de la que pensó haber escapado con habilidad política; no había previsto esta segunda parte, craso error el suyo; cómo imaginar, Dimo o cualquiera, ¿crees que alguien apostaba por mí?, que yo, un cerebro ahormado a la prescripción, un mesurado facultativo de patologías convencionales, conciso en la oratoria, sin otra vida a la que asirme que la manifiesta, iba a sobrevivir a la prueba del miedo, a esa monstruosa prueba de responsabilidad adjudicada sobre la marcha que corroe el tejido nervioso. Si salía con vida de la prueba, lo cual era fantasía inducida

por los vapores etílicos, una bagatela para ahuyentar un pensamiento travieso, Dimo me imaginaba transformado en piltrafa, la deseada mutación del pelele, una ruina desmembrada, el competidor fuera de circulación y habilitado como despojo a suministrar equitativamente entre las casquerías del bullicioso mercado público; con un cartel pinchado en el amasijo sanguinolento: Oferta de reciclaje para la conservación de la especie.

—Dimo es la máscara del miedo, Heda. Fíjate en él sin acercarte, con su perfil te basta. El miedo se ha posado en él y no va a soltarlo.

A la mayoría de los humanos les aterra la forma de morir, tiemblan sólo de pensarlo. Que la muerte es algo ineludible porque es consustancial a una vida expuesta al deterioro y la consunción, lógica y científica, de la materia, está plenamente asumido; pero la forma de morir, que es lo que realmente asusta, incide en el sector tornadizo de la conciencia, el más permeable al pánico, a la superchería y a la adopción indiscriminada de leyendas. Nuestra racionalidad es inestable, es casquivana, se esfuma. Lo he visto y lo he escuchado. He repartido mi atención entre preguntas sin respuesta y la contemplación de esos cuerpos dislocados que hablan de una desgracia venidera, inevitable. Eran muchas voces hablando al unísono, solapadas unas con otras, atropellándose para llegar antes a los oídos ocasionales, compasivos, los míos; muchas voces heterogéneas, pugnaces las afónicas contra las timbradas, resueltas a tomar partido las apocadas, en acto de contrición creíble las taimadas. Todas las voces con independencia del origen, de los logros, del estatus y de la derrota, esencialmente querían transmitir dos cosas: su experiencia y su sentimiento. ¿Lo comprendes? La experiencia de lo que

fue y el sentimiento de lo sentido; la elocuencia en su esplendor. Interpreto que esas voces acaparadoras del protagonismo que se les concede, engendradas en la privación más absoluta, anuncian una segunda muerte; lo que me lleva al principio de la disertación redundando en que el verdadero miedo no es a la muerte, confesado por los muertos, sino a la manera en que la muerte se cobra la espera. ¿Cómo voy a morir?, pregunta el interesado cuando le ha desinhibido la vecindad de la muerte. ¿Cuándo, cuándo?, pregunta el codicioso de vida y de satisfacciones pendientes; ¿cómo?, ¿dónde?, aunque y mientras intervenga la esperanza en el fondo lo que se quiere escuchar es lo contrario.

La muerte, Heda, es dirigida; quiero que involucres a tu conciencia en esta conclusión. Hay quien elige el momento en que se acaba la vida ajena e incluso la manera de morir, lo sabemos; pero eso no desvirtúa el sentido de mi afirmación ni nos obliga a considerar afortunados a ambos, cada uno por la circunstancia que le asiste. La muerte, Heda, es un compendio de sucesos que la desencadenan sin un tiempo estricto para su ejecución; en otras palabras, regodeándome con las palabras, la muerte también es lo que vives.

Llegaron el médico y los soldados a la antesala del poder por un acceso camuflado.

La imagen que deparaba uno y los otros era cualquier cosa menos alentadora, por lo que casi en volandas y ceñidos a la confidencia fueron conducidos preventivamente a una zona incomunicada de la notoriedad y de los presuntos gérmenes patógenos. Todas las precauciones son pocas cuando se desea mantener la ignorancia respecto a un suceso; más aún si el suceso tiene que ver con el cumpli-

miento de una orden. La cuarentena era una medida profiláctica de fácil explicación si se daba el caso, improbable, de tener que darla; pero la cuarentena y la evolución sintomática de los afectados exigían una supervisión médica competente. Hubo dudas en la autoridad, se dieron los consejos a la meditación del problema, hubo conciliábulos consecutivos para dar con una solución que impidiera el contacto entre dos médicos. El poder había elegido a su médico y únicamente éste había de ser el responsable de los certificados y las explicaciones privadas y de no haber más remedio públicas. El poder cuenta con una baza decisiva que reserva para aniquilar las incómodas suspicacias: el imaginario popular concibe a los médicos como unos seres de apariencia humana, físicamente delineados como sus semejantes, con la misma cantidad de sentidos, dedos en las manos o en los pies y años, pero inmunes a las enfermedades que tratan y con un sentido del humor endiablado. Dioses y demonios, en el imaginario popular; una baza decisiva la del poder.

El médico cumplía la cuarentena en una dependencia aparte y sólo en hora de visita era testigo de la degradación física y moral de los soldados que fueron destacados a la Atalaya; la suya, que asumía, igual que la de Minos, renuente a exteriorizarse como en sus compañeros, sobre todo la suya, medraba en la clandestinidad y con fines dispares, especializados para lo que se avecinaba. Sabe que los soldados morirán pronto, no es sólo intuición cultivada sino conocimiento efectivo, el anuncio de un hecho consumado al que se adjudicará la fecha oportuna; están desahuciados por la ciencia, incapaz de curarlos, y por una praxis política que los ha amortizado. Por lo que sea, constata el médico, los soldados despiden sus vidas langui-

deciendo en una cámara mortuoria preñada de asepsia, ajenos a la realidad, insomnes y mudos, desfallecidos, morbosamente ausentes del tiempo y del espacio, únicamente esperando un desenlace que tampoco va a afectarles como cabría esperar en otras condiciones más al uso. Salvo Minos, desconcertado pero queriendo vivir y con posibilidades de supervivencia.

El médico pidió que trasladaran a Minos. Quería salvar a Minos.

Fue aceptada su petición. Minos fue trasladado al habitación del médico; los dos juntos transitando la cuarentena.

Fue una cuarentena reducida para todos ellos.

“Hemos sobrevivido”, pensó decir a Minos.

—Estoy vivo —le dijo Minos al abandonar la reclusión—. Gracias.

Minos daba por sentado que el médico iba a sobrevivir, como lo había hecho en solitario a la exploración de la frontera tierra de nadie.

Ahora se separaban los caminos del médico y el soldado. Minos acabaría de reponerse en una posición burocrática, en el anejo de la retaguardia, cuidado y controlado en equivalente proporción. El médico fue veladamente conducido por las interioridades del palacio para declarar ante una asamblea restringida, anhelante de noticias emitidas por su verdadero autor.

Iba a deponer sobre los prodigios que la leyenda vertía en un escenario también fantástico. Concitaba mi humilde persona una expectación superlativa, Heda; quién lo habría dicho aquella mañana en que tú y yo nos sentamos a mi mesa para dejarnos ver en una protectora intimidad.

¿Qué les cuento?, me pregunté. Qué les cuento, Heda; tú, si te llego a pedir consejo, qué me hubieras recomen-

dado, teniendo muy presente que mi relato, el que fuera, debía ser absoluta e imprescindiblemente creído. Y no por miedo a la represalia fruto de la decepción, nada de eso; es para que surtiera efecto mi venganza. Si mi voz no resultaba convincente el proyecto, tan bien meditado durante la cuarentena y aun antes, como ya te he apuntado, acabaría en el sumidero y yo más que entredicho en ridículo, aupado a la subsiguiente ignominia, descrédito y puntería de la rabia legislativa. Me preguntaba retóricamente qué iba a contar al auditorio, sabiéndolo perfectamente; les contaría los que sus oídos esperaban escuchar de mi boca.

Eso hice, Heda; conté mi devaneo sacrificial, exactamente lo que esperaba oír la esclarecida asamblea.

Roeg quería y no quería apremiar al médico para que resumiera su aventura. La autoridad agotaba la reserva de paciencia, no era suficiente acortar la cuarentena, no era suficiente intimar a la deposición, no era suficiente tener al testigo de la revelación aprestado para declarar. Roeg, Lubo, Airanta, los consejeros áulicos, apartado pero con el perfil reconocible y el atuendo de dignatario sucesor Dimo, el despliegue de las fuerzas vivas del mundo conocido, Heda a un metro de Dimo subrayando la simbiosis entre el pueblo y su gobierno; el mundo pendiente de una confesión esperada y temida. Heda a un metro por detrás de Dimo con los ojos enfocados hacia el mismo punto que la autoridad y sus consejeros.

¿Qué pasaba por tu cabeza entonces? Me reconocías. Puede que hubiera cambiado un poco o mucho, con el trajín del viaje ya se sabe. Puede que íntimamente yo no fuera el que veías sino el que recordabas; algo de eso nos suele pasar a todos cuando más que creer queremos creer, cuando más que conocer nos basta con un amago de ve-

rosimilitud, una probabilidad, aún menos, una posibilidad, que nos fije las alas a la espalda para emprender el vuelo. Las cosas o las personas no siempre son como las imaginamos pero algunas, personas y cosas, generalmente las más ambicionadas por la voluntad, ofrecen un negocio para acercarse a lo libérrimamente imaginado. Tú, Heda, estabas allí y eso te convierte en parte de la verdad y en parte de la mentira; eres, como yo, como esos que aguardaban impacientes lo que tuviera que decirles, una pieza intercambiable de crédito a engaño y viceversa. Situarnos en el lugar correspondiente ayuda a elegir a continuación. Y eso es lo que hice, elegir. Opté por aplacar el ansia difundiendo lo que las apuestas, de haberlas, hubieran vaticinado. Yo no perdía ni ganaba; tú, no sé; contigo es difícil saber a qué atenerse. Sí, es un reproche.

Parecido reproche me espetó la mal embridada paciencia de Lubo. Por qué había demorado la confirmación del oráculo; no iba a contestar directamente. Era mejor seguir con el relato, aunque no me prodigara en detalles; debía ser cauto en mis referencias, ni demasiado ni apenas, un término medio que traslada el protagonismo de la realidad a la ficción y viceversa. ¿Estás de acuerdo?

Dije que me acerqué lo suficiente para distinguir a los retornados; sólo para apreciarlos como nuestros semejantes, pues yo carecía de acreditación para presentarme ante ellos como un emisario del poder legalmente constituido a este lado del mundo. Y con este resumen que confirmaba la existencia y los habitantes de la casa Tule me bastaba para dejar correr las iniciativas mientras yo daba media vuelta para irme por donde me habían traído. Pero no me satisfacía ese desplante con el cebo echado; necesitaba seguir actuando, quería dar a entender que la realidad, de la

que yo había sido testigo máximo, superaba a la fantasía; por eso me quedé donde estaba, ahora menos ansioso por empezar o por acabar, consciente del futuro alcance de mi relato.

Remitía el ululante viento tormentoso que anteriormente me zarandeaba, mi compañía indisoluble hasta la linde del tacto. La casa Tule vista de cerca impresiona, es magnífica; subyuga su arquitectura y la leyenda que la mitifica. Los brazos del Nogue no habían sido ese obstáculo insalvable que cualquier viajero teme al planear una ruta sin alternativa. Tras la hilera de árboles con los troncos gruesos y rugosos, las aguas del Nogue trazaban aquietadas el sinuoso cauce, ciertamente oscuras pero no amenazadoras; nada resultaba amenazador en aquel paisaje dominado por la eminencia donde se enclava la casa Tule. Hay que desviarse de lo que se supone el camino, un tanto hacia el Norte, siguiendo una vereda de hojarasca y guijarros. Había superado la prueba del aire. Cruje el suelo y sisea el agua en armonía; el viajero no se siente atrapado por su osadía y sigue, puesta la mirada en las ventanas de la fachada de la casa Tule. La casa Tule tiene una fachada omnimoda, con pocas pero grandes ventanas donde se recortan las siluetas que hacen reconocibles a los que llegan con los que están. Alcancé el vado que permite adentrarse en el incuestionable dominio de la casa Tule. Pasé un brazo, de ese al siguiente y así hasta completar la prueba del agua. No me pareció que mi presencia ya completamente visible molestara o alterara mínimamente a los reflejados huéspedes, las figuraciones de la leyenda que me observaban como a un objeto de dudoso valor desprovisto de atractivo; una virtualidad recíproca nos provocaba curiosidad e indiferencia, como si lo importante aún estuviera por descu-

brir; ellos, eran más de uno, confirmo, me veían y yo los miraba y creo que los veía como lo que son. Frente a la casa Tule se abre un espacio enorme, bruñido como un espejo pero eximido de reflejos aparentes, perfectamente iluminado para guiar sin deslumbrar pero falto de sombras, correspondiendo equitativamente en longitud, altura y anchura sus extraordinarias dimensiones; una geometría sublime, cautivadora, no exenta de riesgo, elemento de una organización críptica que, paradójicamente, me atrevo a decir, no pretende ocultarse. Lo describo como una bóveda circular medio enterrada en el suelo o medio elevada del suelo que rota sobre sí misma también permutando el arriba y el abajo. La portentosa figura universal se cerraba sobre sí completando un ciclo de vida desvinculado del tiempo que rige en nosotros. Lo que me eximía de puntualizar fechas y horarios. La casa Tule es una constante que abarca el horizonte, como si después de ella, medido en distancia física o temporal, nada más tangible hubiera; la mirada periférica, acentuada en situaciones extraordinarias, recogía la misma luz, la misma intriga, aquella misma sobresaliente arquitectura absorbiendo la curiosidad del viajero. Me dije que había llegado y entonces, quizá para comprobar una intuición, ¿o era una deducción que me devolvía al camino de regreso?, giré el cuerpo para encontrar la referencia del ¿lejano? punto de partida. La Atalaya se perfilaba débilmente en la dirección seguida; era visible por su corona de pálida fosforescencia, una imagen difusa que aún latía en mi percepción, la de un embajador sin cartas credenciales que reprocha esa negligencia del mandante a la potestad mitificada de la tierra ignota.

El punto de partida, esa sobria construcción en la frontera que avizora obsesivamente la ruta que conduce a la

frontera, es el punto final; un refugio de necesidades deficientemente traducidas. La Atalaya, Heda, rinde culto a la adversidad y al infortunio; me atrevo a decirte que es una excusa que acaba por afectar tanto al mentiroso como al crédulo. Perjudicados ambos en la partida de tramposos, unos por recrear la ficción y los otros por asimilarse a ella; ¿en qué bando te sitúas? Puede que seas ambivalente, puede que haya subestimado tu interpretación de los hechos, puede que no haya apreciado suficientemente tu papel en la obra.

La Atalaya cimbreaba en su reflejo, ella es intrínsecamente especulación. En lo alto y bien visible para los ojos despiertos, señoreaba un nimbo fosforescente anunciando que allí se vela a los muertos; a los irremisiblemente abocados a la criba de Voystrom, el factótum de los retornados al que se encomienda la selección de viajeros. Los muertos depositados en prenda en la Atalaya, a guisa de sacrificio, no mueren en brazos del sosiego, consolados por una esperanza antigua y renovada, adecentados por los deudos y allegados para el tránsito hacia ese lugar de leyenda y prodigio donde moran los embajadores de la última instancia.

¿Es cierto?

¿Están? ¿Son?

La casa Tule es un espejo, Heda; pero sólo si se mira desde la frontera, de cerca o de lejos, pero sólo si se mira desde la frontera. Observa y reconóctete. Tú no puedes recordar la intensidad de la mirada de Lubo escrutando obsesivamente la casa Tule y sus anejos desde una de las ventanas de la Atalaya, esa misma a la que se enfrenta el terror de Dimo, esa misma por la que circula de dentro afuera y de fuera adentro el inmundo aire de la resignación, esa misma ventana a la que se asoma Minos para relatar la

peripecia agónica de unas manos seccionadas ¿y el resto del cuerpo, de los cuerpos?, esa misma que marca el tedioso paso del tiempo para los desahuciados, ¿condenados? Voystrom se ha instalado en el pudridero con su carga ósea; a ratos juega a correr las cabezas de pared a pared; a ratos pulveriza un hueso disidente; a ratos y con estrépito anticipa a los resistentes y a los residentes, confundidos en el siniestro habitáculo, el próximo turno de disección y prensado.

La fosforescencia del pudridero, que se conoce por el nombre de Atalaya, eleva unos colores lívidos que a distancia semejan penachos de humo gris día y gris noche, alternados según impere uno u otro astro en el austero firmamento. El viajero los ve ascender y difuminarse en la nada. El viajero gira el cuerpo hacia la morada de los retornados y ve como la arquitectura y la geometría desaparecen absorbidas en un horizonte nuevo, sin puntos de referencia; tal vez sólo sea un espejismo, o quizá se trata de un reflejo endeble de ¿algo?

La casa Tule admite la visita, confirmó el médico. Los retornados esperan tras las ventanas que reciben una iluminación discreta, observan y miden; dejan acercarse y dejan entrar. Hay un vado que atraviesa las aguas del Nogra nada más cruzar la hilera de árboles y ascendiendo por la orilla, recordó el médico; es un paso franco pero discreto por el que atraviesa el que quiere llegar. Es todo lo que sé, dijo y calló.

Con mi regreso a la Atalaya y luego a nuestra civilización también superaba las pruebas del fuego y de la tierra. Me sentía contento, bien es verdad que desde una satisfacción insípida. Son esas malditas contradicciones que empañan el lustre de los momentos de gloria. Yo era un ser inmune

a la muerte, podía creérmelo, inmunizado contra las manifestaciones habituales de la muerte; sin embargo, a esa victoria no le acompañaba la felicidad. Me quedaba por cumplir una venganza y por concluir a mi favor un asunto, dos débitos intransferibles, dos aspiraciones irrenunciables. Lo primero, que es la venganza, puede decirse que ya está a falta del sello de Voystrom; lo segundo, el asunto en litigio, todavía depende de ti, aunque con cada paso recorrido y a cada minuto transcurrido esa dependencia se reduce y probablemente tornará en insignificancia. Si no me engaño he de aceptar que dejarás de ser un recuerdo persistente en mi memoria y que dejaré de provocar tu atención para desligarte de esa obscena influencia que asumes como tu principal deber en la vida; si no me engaño, he de aceptar que he perdido la batalla.

Es todo lo que sé, dije y callé; la viva imagen de un hombre modoso, modesto y obediente que ha liberado su cuerpo y su mente del gravoso peso de la información reclamada. Era todo por mi parte.

Fui convincente, Heda; lo que no he logrado contigo. Me creyeron, ¿por qué no? y Lubo se dispuso a ver, quizá vivir, en seguida y autónomamente lo mismo que yo según el relato escuchado. Contigo, Heda, no he logrado hacerme oír por eso no sé si me crees o no me crees o si juzgas verosímil lo que expuse en la audiencia pública y lo que a ti he querido contarte y no ha habido momento oportuno, elegido por ti, por mí o por ambos, que lo haya permitido. Me pregunto si todavía estoy a tiempo, si estás a tiempo o si nos queda un retazo de tiempo para resumir y sentenciar los acontecimientos. Me lo pregunto desde el consabido molde retórico que oculta la amalgama de frustración y desprecio. Yo dispongo de algo más de tiempo, como si

dijéramos una prórroga; como fuere, no me siento acuciado ni me supedita la prisa. Y a ti, en esta intimidad de purgatorio que hemos forjado, el laborioso Voystrom te ha concedido un paréntesis de audición privada para que mi voz pudiera llamarte y hablarte sin interferencias macabras.

“Soy inmortal”, no te dije. “He regresado de la muerte”, no te dije. En voz baja te dije: “Heda... vámonos.”

Dudabas. ¿Qué te hacía dudar? No lo sé. ¿Era la existencia de los retornados, la idealización contigo entre ellos de unos seres resistiendo a la espera del renacimiento o era mi tan creíble e increíble versión de la leyenda? Dudabas. Tus dudas me hicieron concebir la esperanza. Empezabas a evaluar por ti misma las palabras y los hechos, eso sí prefiguraba un renacer, momentáneamente independizada de las presiones, enmascarando con los recursos al alcance de tu feminidad los elementos que pudieran delatarte ante mi expectación, ante la violencia antigua ejercida por Dimo o por los asesores áulicos cuya eficacia por fin se enfrentaba al mutuo desconcierto y al contagiado terror. Te veía dudar y te veía elegir. Entonces lo tenía casi todo a favor para dar un golpe de efecto arrebatando la autoridad a los cobardes, ¿usurpadores?; no sé si han usurpado lo que les corresponde por sometimiento y sumisión; tan culpable es el que hace como el que tácita o expresamente lo consiente, asume y reitera; no, me equivoco, soy injusto, es más culpable el que baja la cabeza para asentir a la imposición del que propone o exige; una cabeza en posición de filo cortante, simbólicamente decapitada. Parece que gracias a la humillación la vida permanece. ¿Lo creías, lo crees? Yo creo que a casi todos los humanos, me coloco en la excepción, les da miedo la muerte. ¿Por qué? A casi

todos los humanos, no puedo colocarme en la excepción, les acosa la conciencia, incluso aquellos que la niegan o la subestiman temen la convocatoria de la conciencia porque no desean encontrarse en campo abierto con el resultado de sus actos.

La conciencia golpea como el poderoso brazo de Voystrom. Por eso da miedo la muerte. ¿Dónde me había quedado?

Es como si a Lubo le faltara tiempo para convencerse de la verdad, de una meditada ficción o del prodigio y que tal prueba la debía afrontar en solitario. Ya no le quedaba por ver sino por comprobar. Movidado por la ambición o dispuesto a prestar el gran servicio a la comunidad, Lubo se precipitó a la Atalaya donde pasó un tiempo convenciéndose de lo que había visto y de lo que veía, transcurrido el cual e incitado por la urdimbre de los vaticinios salió a cubrir la distancia con la sola visión del horizonte memorizado.

Fijada la intención en ese horizonte al que había llegado cuando empezó a preguntarse dónde estaba y qué le sucedía. Una fuerza inusual, ajena, seguía empujándole acortando la distancia hasta los diferentes obstáculos fronterizos. Ante él la hilera de árboles cuyos troncos dibujaban fisonomías recordadas, pero no pudo detenerse a averiguar la personalidad que representaba cada uno. De pronto se encontró nadando en el seno de un agua reposada sin esfuerzo ni molestia alguna, atendido por esas caras conocidas que en la oscuridad destellaban anunciándose por turnos de interrogación: Soy... Soy... Soy... Las aguas densas del Nogre portaban a Lubo a través de una galería por ellas excavada en la roca o en otra agua más profunda y antigua, una pasarela hacia el mundo imaginado que ya podía sentir

en los pulmones. Era un aire pesado y opresivo, como el agua, con pareja densidad a la de la tierra que penetraba llevado por la extraña inercia que le guiaba desde la Atalaya. Con todo y con la sorpresa, podía respirar y ver. Respiraba, veía y avanzaba. Ninguno de aquellos elementos dispuestos para el seguimiento y la intervención perturbaba su camino hacia la leyenda. Aún podía comprender y se exigía: “Quiero saber.”

El elemento conductor lo depositó en una orilla de tierra compacta, en la otra parte de la frontera, suponía; una tierra nueva, comprensible para los sentidos cuyo grado de perturbación no los invalidaba, desplegada hacia un lugar magnífico de sobrio trazado.

“He llegado”, se dijo. “La leyenda es cierta.” Era la casa Tule. La casa Tule surgía imponente de la tierra, iluminadas sus ventanas y en ellas, reflejadas, las siluetas de unos seres semejantes al viajero que devuelven mirada por mirada sin exponer gesto alguno. El admitido a visita debía presentar sus credenciales como embajador encomendado a establecer lazos de amistad y cooperación con una civilización manifiestamente progresada. El eximio diplomático haría lo que fuera por saber más y por ser habilitado para una tarea superior. Dio un paso y se detuvo. Le hubiera gustado continuar protocolariamente hasta la puerta de entrada, que se abriera fluyendo la cálida luz de la hospitalidad y escuchado la voz de la bienvenida al embajador que ha recorrido en solitario una gran distancia sorteando peligros y flaquezas. Le hubiera gustado creer que era cierto y que no le detenía un escenario tenebroso desprovisto del edificio que caracterizaba el paisaje tantas veces escrutado.

“¿Dónde estoy?”, queriendo decir: “Soy Lubo, el...”

Desapareció aquel horizonte. El mundo acababa allí. Bajo sus pies se tendía un vulgar, desportillado, contenedor —¿ataúd?— de madera agrietada acunando un esqueleto dislocado y mutilado, supuestamente víctima de un atrevimiento reconvenido por el poder incontestado. Una voz que era suya y no era la suya repetía: “Quiero saber. ¿Es cierto?”; una voz extirpada de raciocinio que sonaba junto a él pero provenía de abajo, de los informes y repulsivos restos que a sus ojos desorbitados, heraldos del miedo genuino, fueron mutando a una forma humana precedente, rehabilitando el aspecto normal de un hombre cuya fisonomía era su propio reflejo, vestido a su manera, ignorante del terrible suceso, interrogando.

“Quiero saber qué ha pasado, quiero saber dónde estoy, quiero saber qué ha sido de mí”, terciaba una voz alelada.

La fuerza inusual, ajena, de una potestad humanizada por el predominio de una razón superior, empujaba a Lubo hacia un acantilado filoso que sucumbía en unas fauces necrófagas rugiendo por la presa arrojada; el soplo de autoridad se llama Voystrom, pero el nombre no importa sino la función y el símbolo, y cuida celosamente del orden previsto. Era el fin del viaje para un obsesivo merodeador de lugares inaccesibles, también incomprensibles, y de un ayuno mal soportado y el de un plan ejecutado con las vísceras y la credulidad supliendo e ignorando al valor y la inteligencia. El miedo extendía su irrefrenable poder en los órganos de Lubo, un miedo ladrón de energía, de materia y de espíritu que ni un instante concedía para la temeridad, para un arrojado incluso suicida aceptablemente justificado, pues la decisión ya estaba tomada antes de comunicarse al interesado. Allí Lubo era nadie. Caía Lubo hacia un fondo imprevisto, multiforme, tendido en un contenedor agreste

de apariencia furtiva. ¿Qué le recordaba? A Airanta buscando el vado que supera los impetuosos brazos del vigilante Nogra; parece ser ella tirada, arrastrada, obligada por un ectoplasma que el furibundo ramaje de los árboles, que las violentamente exhumadas raíces que sostienen y alimentan los colosos murales, configura como la reposición de él mismo en un tiempo cercano aunque posterior. Podía respirar y ver, a modo de graciosa concesión, pero los impulsos y los deseos que fueron suyos ahora pertenecían a los retornados como instrumento diplomático. Política de intercambio. “Ve y encuentra”, es la orden.

El mundo le parece transfigurado por la inversión de los convencionalismos al ser devuelto al camino que fue de ida. Pero la modificación cierta reside en él, es una deformación bestial que siente en todo su terrible dramatismo; la autoridad se la ha impuesto y esta seña es indeleble hasta la muerte—¿hasta qué muerte?—, como las marcas del fuego, como los surcos que traza la experiencia. Lo que pasó se ciñe al riguroso sentido de cumplir la misión encomendada. Quizá se jugaba la vida si fallaba, si les fallaba; la vida es aquello que cree perderse definitivamente en el último envite del juego; la vida es una prenda que entregada no tiene retorno, pero eso se ignora por el que pignora para, crédulamente, seguir viendo, oyendo, respirando, cumpliendo órdenes, viviendo. Con la vida entregada, muerto. Todos los caminos del mundo anterior se han convertido en uno que acaba en seguida. La única conciencia que viaja con él le recordaba que no había escapado sino que le habían dejado salir, encomendándole aquel plan extraordinario cuya ejecución en esa fase dependía del subordinado, un embajador con poder reducido a la consecuencia y el tiempo tasado. Un minuto después

de la vacilación una escurridiza figura vagamente antropomorfa, empapada en agua oscura y sangre reprimida, emborronada de adherencias telúricas y vegetales, despiadadamente acosada por el bagaje de inclemencias que presentaban vigilancia —Lubo es un enviado de los retornados, no un fugitivo de la casa Tule—, se orienta por instinto animal depredador; pero al minuto siguiente estaba perdido y anegado de certeros meteoros que reabrían las heridas insemnando un brioso odio a su torpeza. La fiera se mutila y se devora hasta que el chasquido del látigo maestro da por acabada la penitencia. El aspecto del embajador empeora pero eso no es óbice para llevar a cabo lo que de él se espera. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué habrá cambiado en el mundo? No hay tiempo, se exige, y corre, lanceado por la sañuda tormenta, porque quiere salvar la vida; si cumple eficientemente quizá salve la vida y aquella imagen de un esqueleto mutilado y dislocado no sea la suya; debe confiar en la piedad de los retornados. La voz que le queda dentro, un ápice de sí mismo, también empuja hacia la pretensión.

Airanta lo vio corriendo de vuelta; lo reconoce, quiere que sea él, teme que sea Lubo; a lo mejor se había hecho a la idea de anunciar a Roeg una aventura sin resultado, un propósito truncado por las circunstancias adversas; los riesgos tienen eso, pero merece la pena correrlos cuando se ha nacido para dirigir. Airanta lo ve acercarse, una figura semejante a su inminente recuerdo, y empieza a modelar la historia. El episodio es conocido.

Luego, Airanta atrae a Roeg. La orden se ha ampliado. Corresponde a Lubo cerciorarse de que Airanta cumple su parte convincentemente, sin vacilar; pero como pese a la transfiguración en Lubo persiste el amor fraternal, ese del

que tanto cuesta despojarse si ha adquirido el tinte de la esencia, es Voystrom el celador quien asegura la fidelidad de los hermanos insertándolos en un mismo cuerpo, el anverso y el reverso de una moneda acuñada para la culminante transacción. El episodio es conocido.

“Ven, sígueme”, pide la moneda a Roeg. Y el héroe marcha hacia su destino fingiendo que lo es; oportunamente la multitud se engaña, o se convence de la divinal salvación llegado el fin de los tiempos, del mundo y de la humanidad, confiando en el héroe y en su destino como redentor de las culpas mancomunadas, de las solidarias y de las subsidiarias. No obstante, esa sociedad de ruego unísono y contrita asunción de responsabilidades no las tiene todas consigo y opta por disolverse en el silencio y la ausencia porque no siempre los deseos alcanzan la realidad o, de hacerlo, cobran una tasa excesiva para la mayoría de los solicitantes del favor; los unos por los otros desaparecen con el segundo paso que aleja en dirección contraria a la fenecida autoridad.

El miedo es libre, dicen; el miedo posee un ámbito desmedido. El miedo guía las conductas. Diríase que el miedo es una orden que emana de la mala conciencia o de la sabia prevención o de la falta de carácter o del rescoldo de un odio retornado; la envidia, la codicia, el rencor atávico, la inquina atizada en la hoguera donde se consumen los productos inflamables del vademécum humano. El miedo da alas mientras lastra, imponiendo la huida o la permanencia sin que en ninguna de ambas asome o se adivine el heroísmo. El miedo conforma mundos, gobiernos y destinos; muerto uno da inicio el siguiente desde la misma sustancia embrionaria.

“Vámonos”, propuso Dimo.

Roeg lo impidió. Aún era el jefe, el hermano mayor, el líder del clan, el emblema de la casta y la voz que manda aunque apenas le quede aliento. Antes de unirse a Lubo y Airanta ordenó que una notoria representación de la sociedad aguardara su regreso en la Atalaya. Puede que quisiera vengarse de la fortuna de los que quedaban atrás imponiendo el castigo de la espera desde la obediencia debida. Para ello encuentra al hombre idóneo. Minos recibió las llaves del recinto y el mandato de cumplir y hacer cumplir la voluntad ejecutiva del jefe. Una humillación para Dimo, una abrumadora responsabilidad para Minos que ascendía de hecho en el escalafón militar varios empleos y en el social varias magnitudes. Determinada la autoridad y la reprobación, impedida por resignada transición la herencia de poder entre hermanos, Roeg estipula que los asesores áulicos presten idéntico servicio en el lugar de confinamiento, dispensando consejos y sugerencias imperativas al elemento civil. Y no olvida al médico; no lo descarta. El médico es la pieza clave para imaginar el retorno allá donde se sitúe.

Roeg ha hablado como el jefe que se despide sin abdicar, con una firmeza que procura la obediencia sobre la incertidumbre. Pero la orden no alcanza a todos los destinatarios por igual o con la suficiente carga de amenaza para enfrentarla al miedo que adopta la apariencia de esperanza. Y surge espontáneo el amotinamiento de la sociedad en pleno, primero discreto, tras aceptar el protocolo de asistencia a los que van a permanecer en la frontera, una entrega masiva y precipitada que libera del remordimiento. Alimento, ropa y mobiliario en ajustada proporción. “Con eso aguantan bastante.” “¿Cuántos van a ser?” “Son los que son.” Minos los ve alejarse a la carrera con

la promesa de una separación mínima. El médico no le dijo que el cupo se cubría con ellos seis: la casta dirigente, la casta consiliaria, un soldado y un médico; un sillón, cinco sillas y sendos jergones. No era la idea de Roeg, el jefe ausente, el héroe repentizado, pero se aproximaba confiando a la representación de los poderes fácticos y el servicio abnegado. Con seis individuos se genera una nueva sociedad completa siguiendo el procedimiento clásico. Minos esperó a que la suma de deserciones desapareciera por donde había venido para cerrar y atrancar la puerta de la Atalaya inaugurando el acantonamiento de los especímenes seleccionados por la autoridad. La puerta exterior se cerró con la acostumbrada pasividad y la inestable luz del crepúsculo se tendió en un lecho cuarteado, quejoso, incómodo y sucio.

El episodio es conocido.

Minos no se cuestionaba el futuro, simplemente cumplía con su deber. Roeg no quería una suplantación de poder pero acogía con agrado, incluso en aquellos momentos de incertidumbre borrascosa, que sus dilectos asesores lo fueran en adelante de su hermano, aunque sin poder alguno para cambiar el estado de la situación tal y como la había concebido en su despedida. Dimo heredaba una parte del poder que ya no era autónoma. La elección de Minos era un acierto, en eso pensaba Roeg alejándose hacia el ocaso, eludiendo mirar a los subordinados: al intrigante abatido de sangre compartida al que le cuelga en la boca la frase atajada; a los inexcusables orientadores de mente y alma, recurrentes, prohijados hasta la obnubilación por cualquier gobernante; al extraño personaje sanador de cuerpos que daba razón del augurio con la verosimilitud de quien sabe lo que dice y apuesta por convencer;

eludiendo mirar a la monstruosa dualidad que a él reclamaba camino de la casa Tule, la certificación de la leyenda. La visión sobrecogedora de aquel cuerpo medio hombre y medio mujer, desfigurados ambos, aparentando lo que no cabía pensar, era mitigada por esa otra de Dimo y sus consejeros abocados a una espera indeterminada, sombría, tutelada, angustiada. Y el médico con ellos, experimentando la reedición de una historia inconclusa. Hacía el médico reservaba una última energía.

Minos reservaba una absoluta confianza en el médico.

Ellos dos eran veteranos en ese trance, las cuatro dependencias de la Atalaya lo testificaban; eran aliados y, llegado el caso, confidentes. El médico le había salvado la vida. El médico había cumplido con la palabra dada. El médico era fiable. Ellos dos podían hablar al margen, en otro piso, ante las ventanas, durante el fragor de la tormenta desencadenada por la ira de Voystrom; ellos dos estaban de acuerdo en lo que debían hacer. Eran los que menos sucumbían al miedo sin necesidad a disimular, mal que lo hicieran en principio los otros; tampoco exteriorizaban una seguridad pretendida ni condicionaban sus respectivas actuaciones a los cargos de la vida pasada.

—Heda...

Todo cuanto he hecho por atraerte, por convencerte, ha sido en vano. Me doy por vencido. No lamento ninguno de mis intentos pero no voy a reiterarme. Es posible que tus ojos alumbraran una chispa de rebeldía y que los míos la hayan visto, pero no voy a perseguir lo que ya no me apetece. Te he contado lo que tu atención ha querido escuchar; he aprovechado el benigno paréntesis de silencio concedido por el laborioso descuartizador Voystrom y la muestra troceada de su oficio llamada Roeg, la calma que pre-

cede a la tempestad. Podría plantearte la cuestión de otra manera, insistiendo vehemente en los aspectos redundantes o negociando una salida airosa para los implicados asumiendo el riesgo de perder la iniciativa y de que tú tendieras un puente de plata inconveniente una vez fuera de la custodia. En la Atalaya, por obra y gracia de la paródica inercia, se sintetiza el poder terrenal a partir de una mecha, larga y sinuosa, que unos colocan, otros protegen y los terceros encienden; elige tú el protagonismo de los actores, memorízalo y si surge la ocasión, porque así la buscas, transmite el magno conocimiento a los espectros. Demasiada política para mi gusto. Además, tu idea de la traición difiere sustancialmente de la mía. Tampoco tus sentidos captan lo mismo que los míos. Percibo el olor a despedida, intenso y penetrante cuando se posa en el que se va, me pregunto por qué sólo lo respira el que se va, es un olor de flores marchitas cuyos tallos cuarteados absorben el agua descompuesta de un recipiente abollado; ese olor anuncia la partida y la muerte, ¿hace falta pronunciar los nombres?, el olor de la muerte es dulzón, acre el del miedo; el olor del miedo se respira una vez más que el de la muerte, asfixia un poco más que el de la muerte. Aquí se separan nuestros caminos, valga la frase poética.

—Heda... —musité.

Puede que hubiera una chispa de comprensión en tu mirada. Insuficiente.

Por eso, Heda, aprovechando la benevolencia de los retornados, echando mano de mi influencia con Minos, quebré la reclusión y sorteé la venganza que me era adjudicada a un mismo tiempo. Roeg no había previsto esa, digamos, infidelidad. Minos confiaba en mí y lo que le dijera adquiriría carta de naturaleza.

Me dispuse a ayudarlo tras las fieras acometidas que causaron tanta alarma en vosotros; yo fingía y callaba, seguro de que no iba conmigo aunque yo fuera el principal destinatario de la venganza de Roeg. A mí me hacía caso Minos.

—Abre la puerta, Minos. Voy contigo.

Bajamos a por el agua del barril restante, sólo cuatro nos había deparado la generosidad del pueblo por lo que el racionamiento fue una medida inmediata; utilizar para beber el agua del aljibe que recogía la lluvia espesa y ácida era un recurso de extrema necesidad aún no contemplado. Depuramos la letrina acondicionada en el sótano con esa agua repelente que crepitaba la arenisca habituados al cáustico hedor. Finalizadas las tareas de supervivencia Minos propuso que revisáramos el ático, los ruidos y los golpes tenían que venir de allí porque la puerta de acceso al exterior permanecía atrancada, él actuaría en vanguardia. Le dije que prefería inspeccionar los alrededores.

Minos recordó las manos trepadoras.

Le pedí que abriera la puerta.

—Voy a buscarlos.

Asintió. Podía confiar en mí. Ya no era su jefe pero me guardaba esa consideración. Quise decirle que me acompañara, pero también esa petición hubiera sido vana. Minos jamás sería reo de desacato.

—Voy a buscarlos —dijo el médico sin especificar a quiénes ni adónde se dirigía—. Espera un tiempo, no mucho tiempo, y si no he vuelto ve a buscarme. Déjalos aquí como te exija la conciencia pero déjalos y sigue aquella dirección que me llevaba y me traía. Espera un tiempo, no mucho tiempo y sal a buscarme provisto de dos raciones de marcha. Será suficiente.

Minos desatrancó la puerta, gañeron las cerraduras y los goznes de la Atalaya en un lúgubre coro ¿despidiendo a quién?, las cuerdas vocales de los cantores extirpadas con lo que el estrépito queda reducido a la salmodia de difuntos, y por el camino conocido de tránsito irreconocible siguió un rato la partida del médico: un capote, dos raciones de subsistencia y el cayado al aire. Nadie sabrá si por la cabeza de Minos pasó rauda o tentadora la idea de alejarse de un presente reacio a complacer incluso el menor anhelo, la más humilde y humana de las peticiones, a la estela barrosa de aquel su aliado, atravesando el páramo que la insistente lluvia ha fertilizado hasta prodigar una siembra abundante de cadáveres desmenuzados. Un paso, una huella, una delación. Para el viajero es un camino introspectivo con etapas de duración alternativa, sin compañeros de andadura, hacia donde el final releva al principio. No hay más días que los transcurridos, todas las miradas y todos los recuerdos fenecen en el mismo lugar. Nadie sabrá nunca si Minos dedicó un instante a imaginarse al lado de quien recorre la distancia que lleva a la frontera, a la por algunos ansiada tierra nueva que sucede mágica, misteriosamente, a la tierra conocida y agotada y hostil en su decadencia, quizá con un suspiro de sana envidia, entelada la contemplación porque como en cualquier humano los sentimientos irreprimibles hacen mella provocando un ímpetu que sólo precisa de una inspiración. Lo que se sabe o se adivina era previsible. Minos no atendía la achacosa estridencia de puerta y ventanas, tan familiar al oído, ni el rasgueo delirante de unos dedos cortados arañando la vieja puerta que se ha cerrado definitivamente, los dedos de sensibilidad cortada de una mano amputada; descendía de la corona una emanación lucífuga —qué fenómeno extraño,

incomprensible para la ciencia— una luz huida de la luz, resuelta a propósito de la venganza, hacia el piso donde los refugiados aguardaban la orden que deshiciera la lacerante atadura al miedo. Minos dio de bruces con el estrépito de la maza de Voystrom a este lado de la puerta. Por un instante se preguntó cómo podía aguantar la violencia de la caza un parapeto tan endeble. Al instante siguiente arremetió urgido contra la débil separación de madera renegrida, golpeándola, cargando con la máxima aspiración de su humanidad contra aquel muro transmutado que no cedía una rendija por la que introducir una palanca. El soldado estrellaba su auxilio y su sangre ante un celo incommovible cuya indiferencia por el rescate todavía era peor. Los gritos de los refugiados taladraban las paredes del solitario edificio y en su entraña se perdían sin asomarse al exterior. Había bastado un momento de ausencia justificada, esa rápida despedida a pie de puerta, para que la energía apostada en el ático penetrara en el reducto defensivo. Una fina capa de escombros amortajaba a los cautivos que luchaban por sobrevivir ignorantes del enemigo que acometía con saña y certera puntería; siguieron gritando, probablemente *Dimo el que más*, ¿o eran los asesores del poder quienes a dúo clamaban por una reconsideración de la sentencia, una negociación de entrega pecuniaria en efectivo y al contado?; hasta que la esencia del miedo se fundió a la del dolor y la piel se hizo tiras, los cabellos hilachas, los huesos astillas, los humores charcos y la sangre coágulos sucios; hasta que la luz oscura renovó su sombra; hasta que las gargantas se quebraron con el último acorde del preciado instrumento; hasta la histeria que muerde y desgarras al culpable confeso por todo el daño hecho o no evitado; hasta que la nada imperó en el desierto. Pero Minos no iba

a desistir mientras le quedara vida y a Minos lo único que le quedaba era una vida de asistencia imposible; en Minos no había acomodo para otra reflexión que el cumplimiento del deber o el acatamiento a una nueva orden que debía proceder de la autoridad competente.

El médico lleva un rato andando sumido en su idea del horizonte y no va a detenerse porque un galope tullido que traza un surco diminuto en la tierra se acerque a sus pies queriendo prenderlos, clavarse en los tendones, arrancarlos y trocearlos, esparciendo la materia dúctil en la ciénaga.

“Qué raro”, murmura el médico. “¿Qué es?”, se pregunta ritualmente. “¿De dónde ha salido?”. Antes de repeler la agresión prevista imagina que lo está soñando; deduce lo que va a pasar a continuación como si él fuera el guionista de la historia, improvisando un añadido conveniente a una ocurrencia sobre la marcha, en vez del actor que se atiene a lo que está escrito. *¿Nos conocemos?* La sensación es parecida a la que antecede al miedo, la curiosidad que prescribe una concesión a lo que pueda ser. Observa con interés enajenado a la causa científica la evolución del fragmento animado, de mal color y de peor aspecto, sufriente, queriendo dar caza a la presa, el enano deforme sicario de la tiniebla retando al gigante apuesto héroe de la leyenda. El fragmento animado se parece a un vómito de tísico en la jofaina, a las heces de unapestado.

“¿De dónde sale este producto de desecho?”, se pregunta.

Sin esperar una respuesta que no iba a llegar, hinca la contera de su cayado en el dorso del torpe invasor privado de exclamaciones aplastándolo, venciendo la espasmódica



© Miguel Ángel Olmedo Fornas

ISBN: 978-84-121264-1-9

Ediciones Vitruvio, n.º 1.334

primera edición, 2019

Depósito legal: M-38261-2019

<http://www.dejaquelibros.com>

